Zita, una flor en el Infierno

Ángel Ruiz Cediel

Zita,
Una flor en el Infierno

Ángel Ruiz Cediel

© 1999 Ángel Ruiz Cediel
© 2005 Ángel Ruiz Cediel
© 2010 Ángel Ruiz Cediel
© 2014 Ángel Ruiz Cediel

Título Original: UNA FLOR EN EL INFIERNO

Editado por:
ARC EDICIONES
Manuel Machado, 25
28806 Alcalá de Henares, Madrid

E. Mail: arc@angelruizcediel.es
Web: www.angelruizcediel.es

Autor: Ángel Ruiz Cediel

ISBN: 978-84-921902-1-8

Ninguna parte de este libro, incluida la portada, puede ser reproducida en forma alguna, sin el consentimiento expreso y por escrito del autor.

Impreso en España

15ª Edición
Finalista del premio Planeta 1999

A los niños desprotegidos
y, a través de ellos, a todos los poetas,
quienes supieron señalarnos con sus versos
el emplazamiento exacto de la inocencia.

Ten cuidado, ten cuidado
de esta ganadería de alacranes
tan rencorosamente enamorados
Miguel Hernández

1. Adviento

Como una fotografía en carne viva, junto a las puertas del cinema El Mundial podía verse a la niña desde bien temprano. Desde el arroyo ascendía cada mañana cuando aún no rayaba el sol, y permanecía allí inmota, frente a la parada del coche de línea que cubría el servicio entre Lubitana y Madrid; pero no se entretenía en mirar las fotografías del tablón que ilustraban la película de Gary Cooper que había en cartelera, sino que, apoyada en la pared, se mantenía muy quieta mientras contemplaba cómo los viajeros entregaban sus bártulos al chófer para que éste los ubicara en la baca, se despedían de sus deudos y tomaban asiento en el interior. Con mirada inquieta seguía las evoluciones de cuantos allí se encontraban, no perdiendo ripio de nada ni aun cuando el conductor, una vez con todos los pasajeros ya en sus puestos, agitaba con fuerza la manivela del motor y un sordo traqueteo indicaba que la máquina estaba lista para iniciar su andadura. Después, cuando ya el vehículo se ponía en marcha, sacaba su mano del sobretodo y la agitaba despidiendo a los viajeros, sin dejar de hacerlo hasta que se perdía en la rotonda que daba a El Golo en busca de la carretera que conducía a la capital.

Cada jueves litúrgicamente repetía esto desde hacía ya algún tiempo, aunque sin emoción o con una emotividad más que bien guardada, cual si fuera incapaz de mostrar sentimientos a través de palabras, sino sólo de los gestos. Parecía respirar un aire que no era de este aire y que su presencia fuera ajena a cuanto la rodeaba, a modo de una muda testigo de una realidad que, más que mirar, contemplaba, libando sus inquietas pupilas en las cosas y acaso diciendo con ellas todo cuanto su boca no decía, aquella florecilla ensangrecida en la que parecía haber cuajado el silencio.

Cabía en no más de nueve o diez años, apretándose su pequeñez en una fisonomía muy poco agraciada. Se podría presumir que su sucio cabello era moreno, de ésos que se precipitan en cascada, ocultando a intervalos un semblante feotón y revejido en el que relumbraban airosos unos ojos grandes y negros por los que Dios se asomaba para

ver el mundo, y unos labios como pintados, entre los que destellaban descuadernados marfiles; que su delgadez era extrema, su color mixtura de sol y luna, y su piel algo apergaminada; y que sus manos eran pálidas, alargadas y asaz huesudas. Se abrigaba con un vestido de cuadros rojos y verdes —muy percudido, con algunos sietes y con varias tallas y algunas modas de atraso—, con un sobretodo de paño con respiraderos y con una vieja bufanda de lana tejida; y calzaba sus pies con unas alpargatas que, por su lamentable estado, debían de ser conocedoras de innumerables caminos.

Siempre en su entorno iba un perro paniaguado. Ni grande ni chico y de edad indeterminada, pelaje blanquicanela, orejonas caídas, mirada viva y paso inquieto, era uno de esos chuchos sin árbol genealógico, con pocas gracias y muchos defectos, pero que cubría en gran medida las expectativas y carencias que el mundo regalaba con profusión a la niña. Si ella caminaba, allá se iba husmeándolo todo, hocicando acá y allá, y siempre en prevención por si había necesidad de dar la alarma ante lo que a sus entendederas fuera cosa de peligro, en cuyo caso se paraba al frente, disponía sus patas para el salto o el arranque, y ladraba... o gruñía, mostrando unos dientes menudos y gastados que ni a los más cobardes espantaban; si ella se sentaba, se tendía a su lado con una impavidez que desquiciaba a la paciencia, sin realizar otro movimiento que el de meter su lengua de tanto en tanto en el rostro de la nena, como animándola al juego, pero aguardando sin prisa ni sobresalto, así estuvieran allí el resto de sus vidas; y si ella corría o jugaba entre las peñas, el arroyo o los álamos, se convertía en un festival de ladridos y un remolino de patas, capaz de saltar como un saltimbanqui o emprender con el mayor entusiasmo cualquier clase de aventura.

La niña iba o venía, pero nunca pedía. Cuando más, se la veía deambular por el Cementón de las Acacias entre la gente a la salida de la misa de ocho, echando mudos fárragos con su mirada a las conciencias; pero en silencio, siquiera sin extender su palma. Un silencio que provocaba sonrojo en quienes tenían y vergüenza en quienes carecían de todo, porque corrían malos años, muy malos, y pocos podían dar. Una guerra aún inacabada había despedazado vidas, haciendas y despensas: eran los días del mercado negro, de los garbanzos contados, de los sucedáneos y el hambre. Además, eran tantos los que mendigaban...

Poco o nada se sacaba. Alguna perra chica —gorda, si había suerte— o algún «Dios te ampare, niña». Cuando la fortuna sonreía, con un entusiasmo que le metía luz brava en los ojos corría a la abacería de doña Fausta, la de los Montoro, y adquiría unos dulces que

tuvieran sabor a infancia o algún pan, sin saber que aquellos escasos cuartos no daban para tanto como la ternura de aquella mujer gorda por arrobas, pero mucho más escuálida que el corazón que dentro de sí llevaba.

Hacia las nueve se apostaba en El Golo y se entretenía viendo entrar a la chiquillería en la escuela, cuyo alumnado lo componían toda suerte de galopines entre los seis y los catorce años, creciendo o menguando la menuda parroquia según la estación del año en que estuvieran o los requerimientos de las faenas precisas en los campos que alimentaban a sus familias. La complacía sobremanera verles enfundados en sus guardapolvos a rayas y con el hato de libros bajo el brazo, unos acompañados de sus madres o hermanas, y otros solos, haciendo tiempo entre corros y juegos hasta que don Viriato, el maestro, tocaba la campanilla y formaban disciplinadamente para entrar a clase.

Cuando el patio quedaba desierto y aún las notas del «Prietas las filas» o del «Montañas nevadas» retumbaban en la mañana, se marchaba de allí, bien a correr por los campos o bien a callejear sin destino, a no ser en busca de algo con qué llenar el estómago; pero acudiendo siempre, a eso de las once, a la Fuente de los Cántaros, lugar en que el Loco Eusiquio comenzaba, puntual como un reloj suizo, su ritual saludo al mundo.

Era éste un hombre como de sesenta y algunos años, cuya razón se había deteriorado hondamente por los avatares de la vida y cuyo semblante transido le daba imagen como de estar en comunicación directa con Dios mismo o de ver a la Virgen a cada rato. Alto, espigado y muy enjuto, hacía gala de una impecable cortesía que, sabría Dios por qué desconocidas razones, había derivado en aquella costumbre que le granjeó el remoquete con que todos le conocían y nombraban. Vestía con pulcra humildad, siempre enfundado en un traje mil rayas de color gris marengo que ya gritaba a los cuatro vientos los achaques propios de la prenda que había sobrevivido a su propia jubilación; camisa blanca, con no pocas arrugas y algunos lamparones producidos por la edad, que no por suciedad o descuido; pajarita negra, cuyos momentos de esplendor quedaron arrinconados ya en el olvido; y botines de charol con no pocas peladuras, indicio de que su economía emparentaba cada día más con la miseria. Sus diminutos ojuelos, muy gastados y algo apagados, parecían mirar desde la otra ribera de la sensatez, y sus histriónicos modales estaban tan fuera de lugar en aquel pueblo como él mismo. Desde que regresó a la Lubitana un año atrás, después de una ausencia que le retuvo por el mundo desde su primera mocedad, tenía por costumbre callejear cargado con una maleta atestada de sombreros de diferente tipo y condición.

Con una secuencia más propia de un plan bien organizado que de una manía, iba de plaza en plaza, se detenía ante las fuentes en que las mujeres llenaban sus cántaros o los hombres abrevaban a las caballerías, ponía su valija en el suelo, la abría, se colocaba un sombrero y saludaba con mucha teatralidad y no pocas reverencias a quienes allí estuvieran; luego, guardaba éste, se ponía otro, y repetía la operación, prosiguiendo así hasta agotar los más de cien que llevaba en su maleta de cordobán. Los tenía de ala ancha y estrecha, de hongo, cordobés, chambergo, calañés, de catite, de jipijapa, flexible, gacho, jarano e incluso alguno de copa de mucho ringorrango, y todos, todos se los ponía con una liturgia que lindaba muy de cerquita la risión o el ridículo. Los parroquianos, si los había, respondían a su cortesía de muy diversos modos: las mujeres, preferían cuchichear y dejar escapar pícaras risitas por lo bajini; mientras que los hombres, más circunspectos, solían ignorarle, siguiendo con sus quehaceres como si no existiera. Pero él no se desalentaba ante las burlas; antes bien, siempre guardaba una respetuosa galanura para las mujeres al igual que siempre reservaba una palabra de afecto para la niña, quien, sentada sobre el poyo que había junto a la barbacana, seguía con enfervorizada atención las evoluciones del desmedrado galán, gozándose junto a su perro de aquel gracejo que la hacía incluso sonreír. Y si en ella se detenía con sus halagos finoleros, Zita, conturbada, bajaba su cabecita en un golpe sanguíneo y mostraba muy levemente el blancor apagado de su dentadura.

—Si no estuviera usted aquí, *madeimoselle* —le decía con risibles reverencias—, no tendría objeto que saliera el sol.

Pero ni había sol ni Dios que lo pintó, sino nubes grises y densas que amenazaban lluvia y un frío de mil demonios, de ésos que levantan la piel y parecen meterse en el alma. Sin embargo, Zita sentía verdadera emoción por sus palabras, no sabía muy bien si por la falta de costumbre o si por tendencia natural de su esencia femenina, pero que, fuera por lo que fuese, la empujaba a acudir cada mañana para que el amable loquillo le dijera lindezas semejantes.

Ella, por pudor permanecía sentada allí hasta que el hombre recogía sus pertrechos y continuaba con su itinerario. Sólo cuando ya se había marchado, la niña se incorporaba y proseguía con su particular pulso con la vida por la supervivencia. Efectivamente, el resto del día lo dedicaba a ir de acá para allá un poco sin rumbo, o acaso trazando un mapa en sus mientes tomando como referencia ciertos puntos estratégicos de la aldea, como la torre de la iglesia, la almazara de El Golo, la ermita, la Cuesta de las Latas o la escuela. Sabía dónde husmear para hallar un poco de gallofa con que

consolar su hambre, y justo en la salida de la fábrica de conservas se dejaba caer hacia el mediodía para recoger algunos despojos, que para ella eran poco menos que deleitosas ambrosías.

Con las primeras sombras se retiraba a dormir, a un refugio construido por ella misma con cartones y un cajón de tablas desvencijadas todavía con olor a ultramarinos, entre los álamos que daban escolta al arroyo. Se arrodillaba, juntaba sus manos, reclinaba su cabeza y le rezaba a un Dios que parecía haberla olvidado, a menudo sacando de sí oraciones que no figuran en ningún breviario, y las cuales recitaba como si se las dijera a un amigo al que conociera desde siempre y con el que se codeara; después, con un ritual que era indicio de paz interior y de hábito de soledad, se acurrucaba entre los papelotes o los jirones de lona que había ido recabando, se abrazaba a su perro y se entregaba al descanso, levemente a salvo del helor que hundía puñales en su carne.

El lugar donde se había instalado se encontraba algo apartado de la aldea. Desde allí, antes de dormirse, la gustaba contemplar el titilar de las luces de las casas en la negritud de la noche, acaso imaginando que veía el paso de un tren e inundando su espíritu con imposibles paisajes e ideando improbables destinos, sin envidia ni encono, sino simplemente soñando. Entonces, mientras ponía sus manos cruzadas detrás de su cabeza como de almohada, le hablaba a su perro de recuerdos que eran casi desvaríos de su imaginación o figurándose situaciones dichosas que protagonizaba. Y con la idea o el deseo, se dormía reclamando solamente un sueño.

Pocas veces perturbaban allí su descanso, de no ser algún campesino que llegara tardío de la faena o alguna pareja de tórtolos que buscara la complicidad de la noche para sus juegos amorosos. Pero casi todas las noches, a muy altas horas —a ésas en que los pecados del mundo se derraman sobre algunas carnes—, se detenía junto a ellos una mujer, tomaba asiento en el suelo con la espalda contra un álamo, a cinco o seis metros, y prendía un cigarrillo mientras les contemplaba.

Era una mujer joven todavía, como de veintimuchos años, aunque por la facha pareciera haber saltado ya el valladar de los cuarenta. Tenía unas maneras ásperas, casi groseras, las cuales delataban desprecio social o los deplorables hábitos de la profesión a que se había entregado desde el fin de la guerra, y su forma de vestir era desaliñada, prueba de que carecía ya de quién o para qué arreglarse, porque nada esperaba ya de nadie. Su rostro, no obstante, era hermoso y de finos rasgos, y su cuerpo proporcionado, aunque había en él cierta penumbra de tristeza permanente, como de ciprés, y un resentimiento que afloraba por sus labios y sus ojos,

constriñéndolos. Bien se echaba de ver que aquella mujer vivía hacia atrás, como tantos por entonces, de espaldas al presente y de frente a la memoria, cual si pecado fuera para ella olvidar o perdonar. Lola era su gracia, y por oficio tenía el de... carne, en la peor acepción del término.

Prendió un nuevo pitillo y, al relumbrón del fósforo, el perro levantó su cabeza como aguijoneado por una lanza, pero no ladró, sino que fijó en ella sus ojos nictálopes, ladeó su cabeza como indagando y volvió a apoyarla sobre sus manos, acaso comprendiendo que la intrusa no suponía ningún peligro. Ninguno de los tres parecía sentir miedo, cual si el temor les hubiese sido negado hacía ya mucho. La niña dormía en silencio, en silencio el perro miraba y en silencio Lola les contemplaba. Cada cual, qué duda había, soñaba con su propio paraíso o con su propio infierno. Y mientras la mujer fumaba, le nacía por comparación de edades el hijo que no alcanzó a vivir, entregándose a la reflexión o al recuerdo con honda amargura y discurriendo acerca el gremio de dolores que la echaba a esa criatura de las aldeas y que le ponían a ella baldones en la carne, o en la misérrima alma de los hombres. Le daba la impresión de que la niña la empujaba al saldo de supervivencias y naufragios, o quizás sólo fuera que se recreaba en la mansedumbre con que aceptaba aquella criatura las humillaciones y vanidades del mundo, sin mostrar júbilo ni resentimiento.

La conducta se desarrolla por semejanza de ocasiones desde el nacimiento, y para cada nueva idea y cada nuevo acto requiere de un elemento de referencia; lo que conocemos como albedrío no es más que la libertad de transgredir ligeramente los límites de los ejemplos que vamos acumulando no por su razón cronológica, sino por su esencia emocional, archivándolos de acuerdo con sus fundamentos.

Así, Lola, por paridad de emociones o de experiencias, sentía que aquella niña ejercía sobre ella un influjo que la empujaba al pensamiento, abriendo de par en par las angosturas en que se había escondido de sí misma durante tantos años, un poco sofocando el odio y otro poco prendiendo la tibia llama de una incierta ternura. Acaso fuera por su costosa paz o por su plácido sueño, apenas perturbado por una tosecilla cadencial y persistente, o quizás por aquella desdicha, tanto más ancha que la suya y más desconsolada; pero, con todo, se asombraba de que no hubiera en ella el menor síntoma de desaprobación o rebeldía, cual si no le reclamara a la vida resguardo del dolor que la expulsaba de la sociedad, la negaba el afecto y la instalaba en el arroyo, quién sabía si porque el dolor, como ese incomprendido Dios al que Zita rezaba, también fuera un

viejo amigo.
Entonces, acercándose hasta sus pies, entregaba el tributo de sus querencias con alguna vianda sisada a su exigua despensa o alguna prenda que calentara el helor que la arrancaba toses del pecho y vestía sus mejillas con vivísimas encarnaduras. Y es que el Cielo no siempre obra directamente para realizar sus prodigios, sino que a veces se sirve de otras manos o emociones para lograrlo, o para hacer una múltiple carambola con el mismo lance.
Y tras depositar su ofrenda, que algo de reclamo tenía a su propia redención, se marchaba. Se iba a su casa en los arrabales de la aldea, no demasiado lejos de donde la chiquilla dormía, a consolar su impaciencia por el arribo de imposibles paraísos al mundo o puede que sólo a maldecir un poco más este gremio de alacranes que se enseñoreaba y se crecía en el sufrimiento de los más vulnerables. Y aún dormía, o trataba de hacerlo, y se instalaba en un sueño de amores muertos y niños redivivos, de risas y abrazos, tal vez de cartabones y libros y mapas, y quién sabía si de fábulas donde los buenos siempre ganaran. Dormía con el alma en vela, cual si tuviera alas grandes como techos y cálidas como hogueras para vigilar el sueño de la niña y el perro, y domeñar al viento para que su silbo fuera una canción de cuna entre los desnudos brazos de los álamos.
Cuando las sombras huían espantadas por la alborada, Zita se desperezaba y buscaba ilusa lo que la noche la había dejado, tal vez creyendo que era fruto de sus oraciones. Para ella, desde hacía algún tiempo, cada despertar era una fiesta. Entonces tomaba asiento en el suelo, partía lo que hubiera en porciones iguales y, junto con su perro, lo devoraba con un deleite que orlaba de sonrisas el aire gris de la mañana. Reposaba un instante, se lavaba la cara, apenas metiendo los dedos en el agua del arroyo y, sacudiéndolos antes de llevárselos al semblante, se secaba con los faldones del vestido y comenzaba su archiconocido recorrido: la salida de misa de ocho, la entrada de la escuela, la abacería de la señora Fausta —por si de nuevo se conmovía aquel corazón amigo con un bastón de caramelo, con una francesilla de pan tierno o, si sonreía la ventura, con una onza de chocolate—, la Fuente de los Cántaros, etcétera.
Y así un día y otro día.
Decir que su faz denotaba pena sería faltar a la verdad, pues no mostraba constricción alguna al igual que no marcaba indicio de felicidad tampoco, de no ser por las tímidas sonrisas que le regalaba pudorosamente al Loco Eusiquio o a doña Fausta. Tanto si reía abiertamente como si hablaba, lo hacía a solas con su perro en su intimidad compartida; pero en lo demás, en su vida... social,

digamos, nunca hacía mueca de anuencia o contrariedad: si ofrecían, tomaba; si despreciaban, se iba. Y punto.
Los habitantes de Lubitana se habían acostumbrado a verla deambular por el dédalo de calles como una parte más de su acervo: todos los pueblos tienen su alguacilillo, su tonto y... su pobre. Nadie le decía nada, y a nadie le decía ella ninguna cosa tampoco. Cada cual iba adelante con su vida, ignorándose mutuamente; pero si alguno hubiese faltado, incluida Zita, enseguida le hubieran echado de menos, acaso mirando a uno y otro lado sin saber muy bien quién o qué no estaba en su lugar, pero intuyéndolo incompleto.
Y así Zita, casi sin darse cuenta, se fue adueñando de la aldea. Incluso los chicos repararon en ella, aunque la despreciaron cuando les contemplaba en sus juegos, entretanto danzaban sus pies con sus cancioncillas o sus corros, o al observarles tejer en las eras sus batallas imaginarias. Pero ella nada les decía, quizás esperando una invitación a participar que nunca llegó, salvo la de marcharse y dejarles en paz con su hostigadora presencia.
Una noche muy fría, poco antes de Navidad, la niña y su perro dormían apaciblemente extenuados y no advirtieron a los golfillos que se acercaron amparados por las sombras con el mayor sigilo para pegarle fuego a la caja en que dormía, capitaneados por un tal Rufo, un mozalbete de la piel misma del diablo. Y la caja ardió, devorando papeles y agarrándose las llamas a su vestido. La niña se tuvo que arrojar al arroyo para sofocarlas, y desde allí, con los brazos cruzados sobre su pecho e iluminada por el marfil de una luna de carámbanos y plata, vio carcajearse a los tagarotes.
—¡Se está lavando, se está lavando! —se burlaban los brutos.
El perro ladraba desde la orilla y los ganapanes reían a mandíbula batiente su trastada. Uno comenzó a tirar piedras, y luego todos los demás. Ella, asustada e inmóvil, se cubrió la cabeza con los brazos para protegerse de los guijarros mientras el perro gruñía a las tinieblas. La noche estaba quebrada por la batahola de los ladridos, el silbido de las piedras y el holgorio de los mozalbetes.
Prodigios que no se sabe bien por qué se dan, Lola sintió que algo le decía el viento o la nada desde el fondo de la alameda, donde ejercía la profesión que la sustentaba; algo que la reclamó con voz de enojo y que incendió su sangre. Se zafó con disgusto del hombre que se aferraba a su carne y enardecidamente corrió entre las sombras y el blancor que derramaba la luna, persiguiendo el garbullo y los fulgores anaranjados que crepitaban entre los álamos áfilos, a lo lejos. El viento gemía entre los nudosos ramajes como llorando. No sabía qué pretendía encontrar ni de dónde procedía la voz que la había reclamado hasta ese lugar tan arrebatadamente pero, al descubrir el espectáculo, sintió que la sangre de las venas se

le hacía metal fundido, que las sienes le golpeaban con estruendo de tambores y que la rabia, aquella rabia amansada con los años, violentamente renacía echando cuernos y babas infernales. Sin detener su carrera, tomó lo que encontró más a mano y se fue a los chicos lanzándoles venablos y ternos que pugnaban entre sí por salir de la boca. No sintió la piedra que la abrió un ojal en la cabeza, desde el cual se descolgó un hilo de sangre mejilla abajo, hasta que se aseguró de que los agresores habían huido.

Recompuso sus ropas descompuestas y enseguida se fue hacia la niña, quien aún estaba metida en el agua.

—Sal de ahí, criatura, que vas a coger un mal frío —le dijo inútilmente, pues se hizo preciso arrancarla primero de aquel pánico que clavaba sus pies en el lecho del arroyo.

Tosía como piaría un pajarillo que se hubiera caído del nido. La tomó entre sus brazos y la puso junto a las últimas llamas de su chamizo, sentándola en su regazo y arropándola con su chaqueta de lana, pues no parecía haber frío capaz de sofocar la fragua de su sangre o de estremecer sus hombros desnudos. Las guedejas desaliñadas y la suciedad del rostro de la niña impedían ver con claridad si había recibido el impacto de alguna pedrada. Una lágrima, ausente de sollozo, rodó llenando de luz su semblante tremoso. La niña seguía asustada, pero se dejaba manipular como un sansirolé, con sus ojos inundados colgados de los de Lola como dos soles eclipsados que anunciaban rutilancias contenidas. Lola estaba confusa, no decidiéndose ni a la acción ni a la quietud, creyendo que la fatiga de la lucha había sembrado el caos en su ánimo, pues sentía cierta conturbación que no sabía muy bien de dónde venía ni por qué. Inopinadamente sintió vergüenza de sus manos y, antes de retirarle el cabello para inspeccionarla, con la excusa de humedecer un jirón de ropa, se acercó a la orilla para lavarse.

—No dejaron mucho de tu casa —divagó, mientras pasaba por su cara el paño húmedo.

La niña agitó su cabeza. El crepitar de las últimas llamas calentaba su cuerpecillo, pero tiritaba aún de miedo contra su seno. El perro lamía su mano allí donde se extendía, morado, negro, el resultado de una pedrada. Entonces, la niña levantó sus ojos y los clavó en los de Lola. Su faz mostraba una feotonería que era gracia desalentada en el infortunio, pero rabiosamente bellido por ser limpio y honesto. ¡Y tan tierno!... Levantó la niña su mano y la tendió a la frente de la mujer, justo donde se deslizaba una finísima hebra de sangre por su cara, limpiándola con su dedo, y, al tocarla, la mujer sintió que su cuerpo se estremecía como si un íntimo terremoto hubiera despertado de golpe innombrables fantasmas que

durmieran su intemporal sueño. No supo por qué la abrazó con fiera dulzura, con esa lentitud que pone músicas y ata miradas, sino que se limitó a obedecer la demanda que la exigía su ansia. La estrechó contra sí cerrando los ojos, al tiempo que su corazón se remontó emociones arriba, recordando. En el fondo de su mente brillaban unos ojos como aquéllos, carneriles y cálidos, y una probable infancia como la suya, con todo su esplendor. En ella estaba sucediendo algo; algo cuya esencia o significado no alcanzaba a entender.

—Tendrás que buscarte otro abrigo donde pasar la noche —musitó con voz profunda, evadiéndose de esa emoción que la desconcertaba.

La niña agitó su cabeza, afirmando. El perro tenía apoyada su barbilla sobre las piernas húmedas de la niña. Un viento frío llegaba desde el norte, desde más allá de Aquitania, haciendo crujir las ramas de los árboles. El fuego ya se estaba sofocando.

—Bueno —concluyó, poniéndose en pie—; tengo que marcharme.

Ella se levantó y la imitó el perro. La niña hizo ademán de quitarse la chaqueta para retornársela a su dueña.

—No, no; déjatela puesta, que la noche está muy fría —alegó Lola casi rogando, extendiendo sus manos para que sus palmas mostraran la limpieza del gesto—. Ya volveré por ella mañana. Te cuidarás, ¿verdad?...

Zita asintió con la cabeza, sin despegar de la mujer su mirada. Bien se echaba de ver que también la niña se hundía en la zozobra inducida por la conducta de Lola, quien ora la tomaba y ora la dejaba, sin que a su entender hubiera razón ni para lo uno ni para lo otro.

—Ten cuidado con esos barrabases, ¿eh? —se despidió.

Y se giró al tiempo que recogía el cabello en un moño, sujetándolo con una horquilla. Comenzó a caminar hacia la aldea, no volviendo su mirada hasta que estuvo lejos, aunque manteniendo atentos sus oídos a la tosecilla y a la inacción de la niña como si fuerzas invisibles hubieran extendido sus sentidos hasta donde ella se encontraba; pero al hacerlo, pudo contemplarla allí, inmóvil, sin perder de vista el bulto de su sombra.

Anduvo confusa, cavilando en todo por no pensar en nada. El pueblo vacío, a imagen de un buque fantasma, quedaba varado entre la bruma de la noche en mágico silencio, apenas rasgado por el ladrido de algunos perros desde los corrales o el rumor de orate del viento. Entró en su casa. Una casa grande y vacía que en los últimos años solamente había hospedado soledad, dolor y humillación sin jactancia. Se preparó una infusión de achicoria y se echó a la ventana. En su magín se hervían tantísimos pensamientos

a la vez que bien hubiera podido hacer con ellos el más formidable guiso. De sobra sabía que allá, en el corazón de la noche, agazapada entre su helor y su miedo había una niña fea y un perro ateridos de frío que oteaban las sombras rezando por un imposible: ¿o es que no entendía ella de miradas y de silencios?... Pero era un bien que a su parecer le estaba negado, que por su forma de vida escapaba de lo posible. ¿Qué dirían de ellas o quién se lo consentiría?... Ponderaba, tronera adentro, que más que nadie precisaba afecto y más cariño tenía ahorrado del que cabría en muchos corazones; pero por de más sabía que era lo que era, carne y nada más que carne amarilla y desolada que no podía albergar la blancura de perla de aquella chiquilla sin que el mundo se descompusiera. Si hubiera sido... lo que fuera, beata, por ejemplo, o sólo una mujer a secas, tal vez se lo permitirían, razonaba; pero así, siendo... la Lola, estaba segura de que antes se apagaba el sol que el que la consintieran tenerla a su lado.

El vidrio reflejaba su rostro atribulado por el deseo y anaranjado por la luz del quinqué. Había en su alma síntomas de combate, sentimiento feroz y callado que pugnaba por imposibles, que exigía dislates y que imponía comenzar a enterrar los pavorosos fantasmas que había estado amamantando amargamente durante demasiados años. Bien sabía que si el cabello de la niña fuera dorado o azul su mirada tendría buen techo, jugosos alimentos, incontables amigos y fino organdí y cálida lana templando su frío; pero también sabía que habitaban una sociedad de alimañas que regía con vara de hierro la apariencia, donde la fortuna era el rey y en la que no cabía más humanidad que la que se crucificaba sobre tablas o la que habitaba en los arroyos.

Pasó, no sé..., un tiempo indefinido luchando consigo misma, debatiéndose entre el deseo y la razón. En su tronera cabían muchas gentes, vivos, muertos y los que nunca morirían del todo, porque vivían en ella, y todos ellos hablaban a un tiempo, formando impresionante gatuperio con sus dimes y diretes. En ella cabía un hubo que fue esposo, y un hubiera que hoy sería hijo, y un sucedió que no podía ser paz del todo todavía, y unos fueron que andaban por ahí, muertos o en el olvido. Y había gentes y había tiempos y había dolor. Un dolor fiero que trepaba ufano años arriba sobre las risas —que las hubo—, y que con su negra sombra todo lo eclipsaban. Y, en un instante, levantó la cabeza y abrió los ojos a la distancia, allá, a lo lejos, y todos se callaron: los vivos, los muertos y los que nunca morirían del todo. Y, al fin, se dijo:

—¡Que le jodan al mundo, a la sociedad y al Santo Misterio!

Y tomando una chaqueta del perchero, se la echó sobre los hombros y salió al universo para recoger a quien ya sentía como suya.

Algunos, en su cabeza, la alentaban, llenando su corazón de una dicha que no le era conocida; y otros, en cambio, se lo reprochaban como un pecado que merecía el más horrido infierno. Pero nada había ya capaz de conmover su esperanza, pues si había consentido en despeñarse por las quebradas del odio y el desconsuelo, a fe suya que aquella criatura tendría una oportunidad, si no para el gozo, sí para la sonrisa.

Lola ya había decidido tomarse para sí el deber de querer y velar por aquella criatura, y mujer como ella era, cuando en ésas estaba, más que inflexible aunque tuviera que poner el planeta patas arriba. Su paso así lo afirmaba, no pareciendo dar de sí lo bastante las calles para acoger sus zancadas, apremiada por presentarse enseguida ante quien ya consideraba suya.

La niña estaba sentada contra un árbol, recogida sobre su cuerpo. Tan sólo al verla ante sí levantó su mirada; pero permaneció en silencio. Algo se dijeron ambas sin palabras, pero bien sabían las dos que si en un vocablo podía ampararse una idea, en el silencio cabían todas. Tendió Lola sus brazos para que la niña llegara a su corazón, y la pequeña se apretó asustada contra el tronco; aun así no cedió la mujer en su empeño, dejándolos tendidos hasta que, por fin, convencida Zita de que ningún mal albergaban, se refugió en ellos. Se arrodilló la mujer sin apartar sus ojos de los suyos, rostro frente a rostro, y atrayéndola hacia sí, la estrechó con tanta fuerza, pero tanta, que en un tris estuvo de quedarse con su vida entre los brazos.

Lola lloró entonces por primera vez, desde hacía ya nueve años.

2. Natividad

El estanque de zinc al pie del hogar prendido. Agua clara y jabón de olor al pequeño ángel. Frota que frota las manos, piel y cabello; en los rincones piedra pómez con energía y cariño, y al sortilegio de las palabras y las friegas, de la piel ennegrecida por un mundo que aún destiñe brota la pura color agitanada, bronce y luna, cuajada de soles y a fríos. ¡Cuánto dolor martilleó yunque tan diminuto, sin ritmo ni concierto! El perro vigila desde su acedía, tendido en la catalufa muy cerca de la niña. La chiquilla se asoma desde el fondo de sus ojos con una mueca de sereno desconcierto, los eleva sobre su frente y los hunde en los de la mujer, cálidos y brillantes como si en ellos danzaran las hogueras de San Juan. Apagando la tiritera, la felpa de la toalla sube y baja secando, y al fin, después de ponerle una blusa para que se abrigue mientras cena, deja estallar en el silencio una sonrisa quebrada.

«¡A comer, niña, que hoy hay sopa y tajada y leche y pan, aunque sea negro!» Y la niña toma la sopa, agarra la tajada de magro con una mano, con la otra el pan, se va al suelo junto al perro y, muerde él, muerde ella, hasta los dedos se lamen. La leche se le derrama por el pecho como Dios vertería lágrimas sobre el suyo de verlo, mientras la sorbe con un afán tal que parece irle la vida en ello.

Zita se deja meter en la cama, cubrir por las mantas y besar la frente, y al hacerlo, Lola se queda mirándola, sonriendo, diciéndole con los ojos lo que con palabras no alcanza a expresar; luego, con gratificante parsimonia, la niña desliza la mano por el semblante de su protectora, se incorpora y la abraza. Un mudo hipo y un temblor de barbilla son indicio de la gozosa hecatombe que se produce en ella, quien ya no recordaba emociones tan acendradas. La niña mira a su alrededor, llena de aire su pecho, mete su labio inferior bajo los dientes superiores y silba con fuerza, y en un decir ¡Jesús! desde la sala se precipita el perro y de un brinco, ¡zas!, salta sobre la cama y se tiende a su lado. La niña se arrodilla de cara a la pared y reza en silencio, echando a Lola una mirada por el rabillo del ojo que la fuerza a girarse para respetar esa intimidad de amigos que se

despiden hasta mañana; finalmente besa a su perro, se arrebuja entre las sábanas y, en un santiamén, su respiración pausada y serena anuncia que el Señor los ha tomado en su seno por unas horas.
¡Chist! En silencio, muy despacio, salgan y déjenlos solos para que la niña y el perro tengan un tranquilo y merecido descanso y sueños dorados..., y también ese ángel de la guarda que tanto tiempo lleva desvelado. O quédense, si lo prefieren, con Lola; pero sin hacer ni un ruido, ¿eh?, y a su lado, junto a esa mujer... mala, digamos, que hoy comienza a ser quien era, velen por ellos. ¡Chist! ¡Será, pues, hasta mañana!

* * * * * * *

No supo bien Lola por qué se armó de diferentes pertrechos de labor, los cuales hubo de rebuscar durante un buen rato hasta encontrarlos por el desuso al que estaban relegados, y se instaló en el cuarto. Posó un quinqué sobre el alféizar de la ventana, reguló la luz para que lindara con la penumbra y tomó asiento en una silla, disponiéndose a la costura. Sin poder evitarlo, le echaba de vez en cuando a la niña unas miradas por las que se desangraba, tratando no tanto de comprenderla como de comprenderse. Acaso fuera por temerse que la nena tuviera miedo de encontrarse en una casa extraña y a oscuras, o quizás por consolar el gozoso desasosiego que a ella misma la estremecía, el cual le impedía de todo punto conciliar el sueño. Sea como fuere, se decidió por la vigilia.
La cavilosa mujer se despeñaba de idea en idea, rebotando hacia la sima profundísima en la que ya hacía mucho que se habían precipitado sus ilusiones y esperanzas. La memoria es un ser intangible con carta propia de naturaleza que no olvida por más que a veces traspapele algunas notas, aunque siempre anda lista para recordarnos lo que fuimos y encararlo a lo que somos, a fin que comparemos cómo evolucionamos; pero igual que nos acusa sin compasión de los desacordes, también hace hincapié en la armonía, alentándonos a seguir adelante. Y así se sentía Lola frente a su niña, cual si el ayer, el hoy y el mañana fueran esquinas del mismo retal que se doblaran juntándose, percibiendo la existencia de aquella criatura y la suya propia como parte de un todo que las contenía a ambas, siquiera fuera por haber atravesado parecidas desolaciones y sufrimientos, convirtiéndolas en mitades que se precisaban para completarse.
En la vida suceden portentos domésticos que conducen a la dicha en un instante, que un momento varían el sentido y el fin de las cosas, no sé bien si dándonos libertad o quitándonosla, pues pareciera que

nos empujan a encontrarnos con nuestro destino. ¿Qué la había movido a meter a esa niña en su casa? ¿Qué esperaba de mañana, del mes que viene, del próximo año? Tenía preguntas, pero las faltriqueras de las repuestas se hallaban vacías por más que se calentaba el seso dándole vueltas y más vueltas a las mismas cosas. Sin embargo, su vientre gritaba que aquella niña era su hijo reamanecido en otra geometría y enfundado en otra piel, el que perdió en el agujero negro del pasado que se tragó su porvenir. Lo podía sentir en su sueño leve, en su silencio, cual si el anhelo que sometía su espíritu a la tortura del pensamiento la permitiera descifrar arcanos que pasarían inadvertidos a la mayoría de los mortales.

Tomó un vestido suyo del armario y se afanó en la tarea de proporcionarle a la niña alguna ropa en mejor estado que la que tenía. Tomó medidas como pudo, por el aire: dos palmas son un talle; cinco, mal contadas, un vuelo; cuatro dedos, una sisa. Y mientras cosía, mientras transformaba una prenda de p... mujer mala, digamos, en una de niña, pensaba o ideaba mil imágenes o situaciones dichosas, y otras mil que no lo eran tanto, dando la impresión por las muecas de que su rostro era de caucho o que se lo hubiera tomado prestado a un gato, pues tan pronto dibujaba una pícara sonrisa como ponía gesto de hacer ¡miau!

El juicio se manifiesta a veces echando los ojos al pasado, y ella cosía con su mente enraizada en años ya vencidos que la traían ecos de pánicos antiguos. Si por un lado se ponderaba afortunada por rescatarse a sí misma de tanta pérdida y tanto daño, por otro le temía al porvenir como a un nublado, ya que incluso el bien podía ser una pesada carga. Pero se sobreponía a ello no reclamando compensación por lo que hacía, sino dando por saldada la cuenta que la sociedad y la vida tenían con ella por no haber remediado su propio mal, sin eximirse de que buena parte de su dolor ella solita se lo había buscado al huir del sufrimiento y ampararse en el rencor.

En cambio, estaba segura de que en su corazón había espacio de sobra para la niña y el perro, y verse con ellos inclusos en una rueda de alegría por venir que la sisaba sonrisas y felices lágrimas. ¡La dicha es un tesoro tan simple...! Riqueza que podía acariciar con las yemas de sus dedos, o contemplarlo en el sueño liviano e inquieto de la niña. La ternura, sin dificultad, la redimía ante sí misma, aflorando desde su más recóndito interior la mujer y la madre que tanto tiempo habían permanecido escondidas, y la cual se manifestaba por la cancioncilla de cuna que, sin saber cómo ni por qué, le brotaba entre dientes:

Mírala, cómo está
cómo duerme mi niña,
sin saber, sin pensar,
que aún existe el mal.

Algo en ella retoñaba y se hacía grande, fiera que se apaciguaba. Caracolas sonaban en su cabeza, sonido de mar, agua clara; frescor sentía la piel, sonrosada por un ardor que la hacía estirar los labios entre la penumbra con una clandestinidad culpable, cómplice de un desbarro erigido en la más hermosa estupidez que jamás había llevado a cabo.

Y mañana será
un día nuevo y feliz,
y podrás tú cantar
una nueva canción.

Y aquel coser con un ojo en la prenda y el otro en la chiquilla, aquel sentir que la vida en su vientre había prorrumpido en un golpe formidable que la arrancó de la perdición, la perdonaba, mostrándola la gloria de un sol que siempre había existido, a veces eclipsado, en su corazón.

Buenas noches, mi amor,
te decía cantando,
mientras tú en tu rincón
te dormías tan feliz.

El porvenir tenía figura de niña, pensaba. Y el pensamiento se fue haciendo denso y dulce, sereno como un rumor de aguas mansas que se deslizara sobre verdes praderas inundadas de sol y de pájaros. Y entró en el sueño, dócilmente fatigada por el gozo, con el vestido terminado entre sus manos.

Buenas noches, mi amor,
que Dios vela por ti,
y podrás tú vivir
en un mundo mejor.

* * * * * * *

A esa hora en que el aire se llenaba de campanadas y gorriones, en que las callejas se inundaban de una bruma con olor a sarmientos y a pan tierno, y una luz tamizada por nubarrones grises lo bañaba todo de magia parda, a esa hora la niña abrió los ojos y bajó a la

sala.
Permaneció en pie sobre la estera, mirando cómo Lola se afanaba en atizar el fuego para caldear la cazuela que sobre los trébedes contenía leche de cabra recién adquirida. Se hallaba ésta de rodillas, soplando, apoyada sobre las manos, con la cara casi metida en las brasas y el cigarrillo en la comisura de los labios forzándola a guiñar un ojo. Maldecía a la húmeda leña y su empecinamiento por abrir la llama con unos nada píos vocablos; pero, al fin, crepitante y azul ésta inició su danza, y pronunció un ¡ajá! que mucho tenía de «Ya ves quién ríe la última». Se incorporó, apartó el cigarrillo de sus labios y, al abrir ambos ojos, encontró inmóvil a la niña y a su perro frente a ella.
—Verás lo que te hice, niña —le dijo, precipitándose escaleras arriba en busca del vestidito que había dejado tendido sobre la cama.
Su humor había mudado al contento. Bajó las escaleras con el vestido en su brazo como bajaría un cazador con su preciado trofeo, tarareando. Se lo mostró tendido al aire, invitándola a la ilusión; pero la niña mantuvo su gesto grave, incapaz de gestionar una sonrisa. Se arrodilló frente a ella, la despojó de la ropa que llevaba y le puso la nueva, embargada por la alegría de verla transformada en una princesa.
Pero no. Sus brazos en aquellas mangas eran apenas badajillos en una campana; y bajo los pliegues de la falda asomaban sus piececillos como la timidez se asomaría ante la desvergüenza, mientras el resto del cuerpo se perdía en un rebujo de tela con instinto de chilaba. La dicha primera se había transformado en decepción, haciendo baldío el esfuerzo invertido durante la noche.
En los ojos de la niña había desconcierto por el disfraz en que la había enfundado, casi amargura. Bien podía leerse en ellos que los andrajos que Lola arrojó al fuego mejor hicieron las veces de vestidura, y la misma Lola no podía estar más de acuerdo. El oficio, a veces, cubre más realidades que expectativas dibujan las buenas intenciones.
—No se puede jurar que se me dé bien la costura —musitó Lola, mientras se arrancaba el pitillo de los labios y lo tiraba con rabia a la lumbre.
La niña no dijo nada. Se inclinó hacia delante, como asomándose, y volvió a ella sus ojos, encogiéndose de hombros.
—No apurarse —dijo Lola—, remediaremos el daño más tarde. Mientras, siéntate a la mesa y desayuna.
Trajo de la cocina un tazón de greda decorado, sirvió leche caliente y puso a su lado una cuchara grande y un pedazo de pan negro, ya con dos o tres días de existencia. La niña tomó el pan y lo desmigó,

haciendo sopas, y yéndose al suelo junto a su perro, lo devoró con más ganas que aceptó el vestido. Puso la mujer al perro un plato leche con mendrugos de pan, y mientras se echaba flores por lo buena costurera, tomó el tarro en el que guardaba los cuartos e hizo inventario: treinta y dos con cincuenta, y una perra chica.

No era mucho, pensó; pero quizás bastara para comprar algunas prendas y algún calzado. Miró a la niña, quien ajena a sus discurrimientos seguía empecinada en una particular lucha por decorarse con el alimento, y se dijo a sí misma que valía la pena.

Tomó asiento frente a ella para entonarse con algo caliente. Su primera intención fue la de escanciarse un vasito de anís, como era su costumbre, que a esa hora parecía ser lo único capaz de ponerle el estómago en su sitio, pero optó por la insípida leche, sabría Dios inspirada en qué peregrinas ideas.

Apenas tenía el tazón lleno calentando sus manos, cuando la niña terminó el suyo y se la quedó mirando, y como quiera que Lola no reparara en ella, golpeó la greda con su cuchara insistentemente. La mujer entonces rodó a ella sus ojos, y nada más se cruzaron sus miradas, la niña giró enseguida su cabeza hacia la cazuela. Entendiéndola, Lola se incorporó y la sirvió otra porción de leche. La pequeña puso su recipiente en el suelo y se incorporó para coger de la mesa el único pedazo de pan que restaba, encontrándose sobre él las manos de ambas. Las dos volvieron a cruzar sus miradas.

—Tómalo si quieres —desistió Lola—. Ahora no podría comer ni aunque quisiera.

Y agarrándolo Zita casi con codicia, se fue al suelo de nuevo y, en un pispás, a muerdisorbe dio buena cuenta de lo uno y lo otro.

Mirándola comprendió Lola que la ternura no se fundaba entre arpegios de liras o de violines, sino que a menudo se establecía en un paisaje cotidiano, atada y amordazada por las rutinas. Tomó un poco de leche, ¡qué remedio!, y trató de trabar conversación con la niña, de saber qué había sucedido en su vida o cuál era su historia; pero la pequeña hizo caso omiso de su interrogatorio cual si no fuera con ella. Se limitó a comer mientras hubo qué hasta saciarse, y enseguida se echó a la ventana ansiando iniciar su actividad diaria, siguiendo un poco los pasos de su costumbre.

Lola sintió que estaba allí y que no estaba. La evidencia de aquellos ojos que iban de sus... vestiduras a la grísea mañana que se abría tras de los cristales la desconcertaba, causándole una desazón que le hacía presentir la inutilidad de sus actos.

—Quieres irte, ¿verdad, niña? —le dijo, con voz triste—. ¿Y dónde irás que mejor estés? Bueno, si es contra tu voluntad, no te retengo. Puedes marchar cuando quieras, pero mira que nada hay ahí fuera sino frío y penuria, aunque bastante sabes tú de eso, ¿no es cierto?

Nada puedo ofrecerte, salvo espacio y un techo.
Miró a la niña para ver cómo encajaba su soliloquio, y dado que ni un solo gesto evidenció que la estuviera escuchando siquiera, continuó:
—¿Sabes?, todos estamos solos: tú..., yo..., incluso muchos que se creen acompañados. Me gustaría que te quedaras conmigo, si es que así lo quieres. En fin, no sé si comprendes lo que te quiero decir. Sé que esto es una locura, pero vivimos tiempos locos, y tal vez dos soledades juntas se hagan buena compañía.
La niña se giró, miró a la mujer en silencio y volvió a rodar sus ojos a los cristales. Parecía pensar, o al menos así lo creyó Lola. No mucho después, la pequeña tomó asiento en una silla y acarició parsimoniosamente a su perro. La mujer estaba confusa, incapaz de ordenar sus ideas lo suficiente como para urdir un argumento que la arrancaran las palabras bastantes para saber qué se verificaba en su cabeza, y por librarse de su desconcierto, continuó:
—Mira, si te parece bien me voy a acercar a la abacería de doña Fausta a comprarte un vestidito, te lo pones, comes conmigo y luego, si así lo quieres, te vas o te quedas, ¿de acuerdo? Pues no se hable más. Ahora mismo voy, y enseguida estoy de vuelta. Tú, espera.
Y levantándose con ansiedad se enfundó su raída chaqueta y salió más que aprisa de la casa, en parte por no darle tiempo a la niña para negarse y en parte por ver si con tan escasos dineros podía comprar su compañía. Sin embargo, apenas puso el pie en la calle, su propia zozobra la condujo a Miguel Arcángel, su difunto esposo, con quien compartía cada novedad de su vida, incluso después de muerto.
Sin darse cuenta tomó el camino del cementerio. En su cabeza se hacían hueco pesares y esperanzas, y en aquel desbarajuste sentía la necesidad de tener unas palabras algo más próximas con él.
Caminó entre las lápidas de la parte civil, la que estaba apartada por un muro, dividiendo en dos el corto espacio que separaba las tumbas, pues hasta los muertos mantenían las enemistades. Junto a la entrada, tras las dos amplias puertas de hierro de forja del acceso, se hallaban los sepulcros cristianos, todos ellos rematados por cruces o por estatuas, según las posibilidades de cada familia; a la derecha, hacia la mitad del muro, se abría una pequeña cancela, a través de la cual se veían las de quienes no profesaron la fe de Cristo o así el pueblo quiso creerlo, sepultándolos en una tierra que no mereció la bendición de la Iglesia. La muerte también ralaba la humanidad por mitades, cual si allende la extinción continuaran las pendencias, quién sabía si la misma Guerra Civil.
Se dirigió a un sepulcro ornamentado con toda suerte de flores,

unas ajadas y otras vivas aún, prueba de la atención que aún le profesaba a su esposo. Una lápida de ladrillo enfoscado y encalado sellaba la tierra, sin cruces, solamente con un nombre y dos fechas. El lapidario se negó a fabricar una losa para un rojo, con la excusa de no recibir más encargos si lo hiciera.

Lola se detuvo ante ella, y en vez de santiguarse tal como habría hecho en otra etapa de su vida, sacó un pañuelo de la manga y lo pasó sobre la losa, limpiando la arena que el viento había arrastrado hasta ella. Luego, tomó asiento a sus pies y miró aquel nombre entrañable, sintiendo cierta conmoción en su alma.

Parecía hablar con su esposo o con el fantasma que habitaba aquella tumba, de modo semejante a como lo haría si lo estuviera haciendo con alguien vivo o capaz de entenderla; pero no utilizaba la palabra, sino que daba la impresión de bastar con la mirada o con una emoción nunca extinguida que no cesaba de multiplicarse. En realidad, para ella Miguel, su esposo, nunca había muerto del todo: no se lo habría consentido. Cada día, sin excepción, le visitaba una, dos, tres veces, y no había cosa por pequeña que fuera que no acudiera a contársela, sintiéndose siempre acompañada por su sutil presencia donde quiera que encontrara. En el único momento en que cortaba toda comunicación y en que prefería creer que Miguel no podía verla, era cuando ejercía su oficio. En su vida... normal, por así decir, era la viuda de Miguel Arcángel y nada más que eso; y en su vida... profesional, nada tenía que ver con él.

Cuando se encontraba en el cementerio, la pasión que aún sentía por él apenas si la permitía respirar. ¡Le quiso tanto! Su amor se negaba a extinguirse con el tiempo. Digamos, por entendernos, que su amor era un altar para alguien que ya no existía, y su rencor una manera de escupir en el rostro al mundo y la sociedad que le había arrebatado a su esposo. Ni amigos la quedaban siquiera, nada que pudiera suponer un vínculo, ya fuera material o inmaterial. Amor y odio, y con eso tenía bastante.

Quiso hablarle de la niña, acaso pedirle consentimiento para acogerla, y le pareció que era innecesario, cual si ella fuera un regalo que él le enviaba para cubrir la ausencia del hijo de ambos que perdió el mismo día que le asesinaron. Un regalo que le llegaba por otro camino pero que ella entendió como un guiño del más allá, un indicio de que hasta los muertos, cuando están enamorados de veras, aman hasta el milagro.

Así las cosas, en vano era decirle nada de la niña, ni aun hacerle referencia alguna que no fuese de agradecimiento. Antes bien, era motivo de intimidad, de hundirse en la memoria y encontrarse en el sintiempo como dos amantes remotos que gustaran reverdecer su romance, tal vez creando el escenario propicio para que la

intimidad de su amor retoñara de nuevo.

Hacía frío, y la brisa olía a lluvia inminente. El cielo, conturbado, se había henchido de densos nubarrones y la luz se amortiguó, haciéndose íntima y gris e invitando al recuerdo. Brisa, una brisa que llegaba de ayer, de antes, pasando hacia atrás las páginas de su vida, hasta detenerse justo en aquel tiempo de cielos azules y almas gozosas, no hacía tanto tiempo todavía.

3. Miguel Arcángel

La mortecina luz crepuscular penetraba en el templo por las altas troneras, y uno de los últimos rayos, dorado y calmo como oro celeste, aureolaba la imagen de la Virgen de la Oliva, poniendo un punto de magia mística y haciendo fluir armoniosamente cierta ciencia desconocida. «Los templos nos acercan a Dios», pensaba Lola por entonces, privándola imaginar cómo sería el Cielo, tal vez embebecida por un arrebol de emociones que le hacían desear que su corazón echase hondas raíces y se nutriera en ese clamor tibio de hombres que buscaban a Dios o de Dios que buscaba incansablemente a los hombres. Y sentía paz y sentía pena. Una pena conmovedora y firme como ese dolor que irradiaba la imagen de Nuestra Señora, quien mostraba su santa faz rebosante de desconsuelo; sus ojos, el gesto constreñido de sus manos y la leve mueca de sus labios le llegaban entre la penumbra con bemoles de una amargura irrenunciable, pero tan fecunda..., que no sé, tenía la impresión de que había en ello un punto de dicha que transcendía, como un anuncio de incipiente esperanza. Y pensando en ello tomaba asiento, abandonaba su labor y, agarrada al escobón, meditaba absorta en un ángulo oscuro, tal vez esperando una voz secreta que le desvelara el misterio o quién sabía si una invitación para entrar así, sin más ni más, de rondón en el Paraíso.

El crujir del portón de entrada la sacó de sus cavilaciones, reclamando su atención. El mundo arrojó al interior una luz alborotada y amarilla envolviendo una sombra. El hombre, corpulento y decidido, volvió a cerrar la puerta tras de sí, dio varios pasos y tomó asiento en una de las últimas bancadas. No había percibido la presencia de Lola, ni parecía notar que sus ojos enceguecidos se empeñaban en ubicarle y darle filiación; pero no fue posible ni aun cuando el relumbre de una cerilla, al prender un cigarrillo, tintó de ámbar un rostro tan decidido como irreconocible. Estaba confusa. Una actitud como ésa solamente podía corresponderse con la de un desalmado, un monstruo que profanaba el hogar de Dios con tal sacrilegio. Sangre veían sus ojos, y sintió

que su conciencia demandaba que lo impidiera a cualquier precio, aunque en ello le fuera la vida. Y escoba en mano ya se disponía a arrojar del sagrado recinto a aquel demonio, cuando una mano frenó su arrojo. Se rodó sobre los talones sobrecogida y se encontró con don Paulino, el párroco, quien haciéndole señas para que no delatara su presencia, le pidió que le siguiera en silencio.
—Pero, padre... —protestó ya en la sacristía.
—Hija —replicó él, interrumpiéndola—, hay muchas formas de buscar a Dios, y yo no soy quién para decidir cuál de ellas es mejor que las demás.
—Pero..., pero... ¡está fumando! —exclamó indignada.
—Mira, Lola, hija —la calmó el clérigo al tiempo que se sentaba con gran fatiga y la invitaba a imitarle—, en verdad te digo que he visto pocas cosas como ésta y que yo mismo me sorprendo. Escucha:
»Un día, hace ya algunas semanas, noté que cada tarde ese hombre venía, empujaba la puerta y, al descubrir que estaba cerrada, se marchaba. A menudo le buscaba entre los fieles, durante el oficio, pero nunca le vi entre ellos. El asunto, a qué no reconocerlo, me tenía intrigado, hasta que un día como hoy, en que aderezaba el templo tras una romería, empujó la puerta y la encontró abierta. Entró y tomó asiento, así como tú hoy lo has visto, y prendió un cigarrillo. No sé bien por qué, tal vez porque me quedé estupefacto, no hice ni dije nada. Entre silencio y silencio ese hombre hablaba, sacaba del arcón de su corazón lo mismo que sin duda sacaría con un amigo; pero había humildad, Lola, cristal de ese color que ha sido primero tocado por un fuego humano y doloroso, y divino, después. Había en él temor de Dios y, lo que es más importante, sed suya. Sentí más que oí sus palabras, y sé que ofrendaba su corazón y sus pecados con toda la honestidad de la que un alma arrepentida de las malas cosas y desengañada de las buenas es capaz de manifestar.
»Sí, ya sé. Me dirás que no está bien escuchar las voces que nacen de un hombre solo. Y es verdad; pero, qué quieres, soy humano y en ese momento el pecado de la curiosidad pudo más que mi ministerio. ¡Dios me lo perdone! Cierto que me indigné, que yo mismo he dado capones por irreverencias mucho más veniales, como incorrección en el vestir o en la conducta...; pero estaba solo y no podía cundir el ejemplo. Al sentirle hablar con Dios como quien lo hiciera con un amigo de siempre, conocedor de los más intrincados recovecos de su ser, capaz de escuchar en todo momento y eternamente dispuesto a extender su misericordia, pensé que por qué no, que por qué Dios iba a ser siempre el juez severo y no el amigo que tiene sed de confesiones. Él no vino a curar a los sanos. ¿A santo de qué la hipocresía de simular?... Cada cual vive su

fe y busca la verdad conforme a sus medios, y te digo que no he visto otra como ésa. Sus palabras eran hoscas, a menudo salpicadas de pestes, indicio de un ánima más revestida de sinceridad que del disfraz que proporciona la instrucción; pero nacían solas, sinceras como música de arpa, no diciéndole a Dios lo que de sobra sabe, sino indagando en su propia esencia; pidiéndole no riquezas, sino luz; y rogándole no por él, sino por todos.

»Ya ves, hijita: ese hombre le enseñó a este viejo clérigo que su ciencia es poca y su fe, flaca; que su tolerancia (que es decir su caridad), es escasa. Aquel hombre me doblaba en todo con su sencilla torpeza. Sí, ya soy un carcamal, y pronto, supongo, he de encontrarme con el Señor cara a cara; pero en ese momento deseo poder decirle: "Mira, Señor, te he espantado a muchos, pero he permitido que éste te hable como siente: una vez tuve caridad". Aprendí más de ese hombre que de todo mi seminario, porque en él hay benevolencia serena, sin temor ni miedo a nada sino a Dios, que es misericordioso con quienes le buscan y severo con los que le rechazan y desdeñan. Y eso, hija mía, es lo que Él ansía y los hombres no ven. Sé paciente conmigo, te lo suplico, y piensa que no es más que el desatino de un anciano o la excentricidad de este cura loquito, pero guarda el secreto. No le digas a nadie lo que has visto, y permite que cada tarde venga ese hombre a fumarse un cigarro con Nuestro Señor, pues aunque fume en el templo, te digo que su alma está humillada.»

Lola se había quedado estupefacta, no tenía palabras. Había escuchado al sacerdote con cierta incomodidad, o al menos con ese desasosiego que producen los actos clandestinos, no pudiendo sino pensar que, efectivamente, se trataba de la locura de un hombre que iba cayendo en el desconsuelo de la edad.

—¿Y quién es? —preguntó Lola sin convicción.

—¿Qué importa? Un hombre. Cuando me picó ese mosquito malvado que a ti te atormenta ahora, indagué con cautela, pero no lo descubrí. Hoy, ya me da igual.

No le pareció el mismo padre Paulino; más bien temió de él lo que una muchacha esperaría de un anciano pícaro. Se sentía incómoda. Ella, tal vez, creía que un sacerdote debía ser pura perfección, inalcanzable idea, sustento de la fe que predicaba; ella, sobre todo a los veintiuno, no pensaba que un cura fuera un hombre ni que tuviera debilidades: era lo que era, y punto acápite.

Salió de la sacristía con un embuste por excusa, determinada a romper el hechizo que ese hombre ejercía sobre el anciano párroco y a volver a poner las cosas en su sitio; pero, al acercarse al presbiterio, sintió la picazón que el sacerdote le había anunciado y puso oídos al silencio, tratando de ajustar fonemas al siseo que

llegaba desde el fondo de la nave.
La luz había sido vencida por hordas de sombras, y la única claridad que restaba manaba marchita de unas lamparillas de aceite que ardían junto al ara, al pie del sagrario. Por las troneras del coro penetraba ya pura plata, como dardos de un arquero nocturno y fantástico que atinara en la diana del centro justo de la crujía.
Al fin, el hombre se incorporó, dándose unas palmadas en las rodillas que proclamaban el fin de la charla, y en el momento de abrir el portón, Lola entendió con perfecta claridad un «Hasta mañana».
—Ya ves que no se come a nadie —le dijo el cura a sus espaldas.
Sorprendida en el delito y sin capacidad de reaccionar, miró desconsolada los ojos firmes del sacerdote y su gesto bonachón, y salió corriendo de la nave, sin genuflexionarse ni trazar la señal de la cruz sobre el pecho.

* * * * * * *

Ya fuera por curiosidad o por la morbosidad de conocer su identidad y mirar a los ojos a quien iba a arder eternamente en el Infierno, aquella noche de verano persiguió Lola su camisa blanca por las calles. El aire olía a cereal recién segado y a geranios, y a través de las ventanas abiertas y tras las macetas abrotoñadas se escuchaba la baraúnda de las madres llamando a su prole a la mesa. El serpenteo de las callejas parecía enderezarse al paso decidido del hombre, y la noche, engalanada con lentejuelas de nácar, acaballaba suave y azul brillo sobre su espalda. Todos sus sentidos estaban en él, metiéndose como leznas en cada acto y cada gesto que hacía, cual si no hubiera otra cosa en el mundo que su gallarda presencia, el sonido de arena vencida entre los guijarros y aquella visión como de ir en pos de un fantasma que vagase por tierras hóspitas, tan lejos de su sepulcro.
Al fin se detuvo ante una puerta, casi en los arrabales de la aldea. Era una casa humilde, como tantas, de muros enjalbegados, de ésos que son faro de caminante en la noche; de ventanas desenrejadas, como lo son las de la casa habitada por un hombre con redaños; y de hogar prendido, como lo anunciaba el pálido hilo de humo que por la techumbre manaba.
Lola se apostó en la esquina contigua con la respiración alterada y las mejillas rúbeas por el calor y la prisa. Él se hurgó en la faja, sacó la llave y se dispuso a descerrar la puerta, y justo en el momento en que los metales chocaban, tal vez a causa de un tropiezo, quizás por el sofoco o porque al asomar su rostro para buscarle nombre la viera, tronó el desconocido un «¿Quién anda ahí?» que la coaguló la

sangre en las venas. Se sintió descubierta, y ya iba a echar a correr cuando una mano firme la tomó por el brazo. Era una mano segura, firme, como de hierro templado. Conturbada, volvió la cara y se encontró con aquellos ojos —vivos, inquietos y llenos de luz y de fuego— que ya nunca podría sacarse, y con aquella piel aceitunada, fraguada a soles, vientos y lluvias. Olía como a romero, su cabello ensortijado tenía un solemne brillo negro y su voz era como un rumor de viento que se deslizara entre las estalagmitas de una profunda caverna.

—¡Hola! —dijo con sorna, sin mover apenas los labios—. Aquí tenemos una pequeña lechuza.

Los ojos de Lola destilaban rabia por la burla, fingiendo un desdén que enmascaraba el galope de sangre que se había disparado en su pecho.

—Un polluelo, a estas horas, ya debería estar en el nido —la embromó el muy ladino.

Se zafó ella de su mano como pudo y ordenó por instinto el cabello, mientras le dijo con despecho para ocultar su rubor:

—Pasaba por aquí camino de mi casa.

—Ven —le ordenó él—, yo te llevaré a ella. No quiero que se diga que Miguel Arcángel dejó una presa a la rapiña.

Y echó a andar calle arriba. Ella le miraba de vez en cuando sin decir nada, como a un jeroglífico que escondiese en sus arcanos maravillas pudorosamente imaginables, mientras le seguía sin indicarle siquiera el camino.

«¡Miguel Arcángel...! —pensó para sí— Aquél por quien en mi primera sangre soñaba, y el que antes de echarle de mi fantasía se fue a la mar con sus dos amigos, hete aquí que ha vuelto hecho todo un hombre, más bizarro todavía.»

Le siguió en silencio no ya arrebolada, sino profundamente ofendida. Esperaba..., qué sabe nadie, burlas de hombre, tal vez requiebros o galanterías de ésas que tienen propósitos... indecentes; pero al no haber sino brillos de astros y voces de tierra aplastada, sintió que le ardía la sangre. Llegados a la puerta de la casa de ella, se detuvieron y él le dijo:

—Para llegar aquí no hay que bordear el arroyo.

Aquella gentil referencia a su embuste la sacó de sus casillas. Se le juntó toda la furia en el pecho, y le soltó el siguiente jicarazo:

—Una va por donde le viene en gana.

—Eres muy dueña, niña —aceptó él, al tiempo que se giraba para marcharse.

Lola trató de impedir que lo hiciera. A decir verdad, deseó que volviera a cerrarle la huida apoyando su brazo en el muro, embriagándola con su aroma de hombre, y que la abatiera con el

peso de sus ojos decididos; pero no le venía ni una sola idea al caletre y él había comenzado a caminar. Las malditas palabras, como siempre que se precisan, faltaban.
—¿Cómo sabías que ésta es mi casa? —atinó a decir, muy precipitadamente.
—Quienes fuimos marinos nos orientamos bien en la noche —le replicó Miguel Arcángel sin detenerse—: Mira los luceros.
—¡Soy Lola! —le gritó—: ¡Lola Cisneros!
—Lo sé —replicó él en voz alta desde el otro extremo de la calle.
Y se quedó inmota y algo entontecida ante la puerta hasta que le arropó el negro manto de la noche, con la certeza de que había dejado muchas cosas a medias, mitad enfurecida contra él, mitad contra sí misma.
El sacerdote pasó justo en ese momento camino de su casa desde la ermita, y sin detenerse se levantó el sombrero con cortesía, y le dijo:
—Ya ves, hijita: a nadie, no se come a nadie.
Y se perdió entre las callejas con una risilla maliciosa entre los dientes.

* * * * * * *

Lola durmió aquella noche sobre un lecho de alfileres; o mejor dicho, sufrió, porque ni aquello fue dormir ni Dios que lo pintó, sino una interminable sucesión de delirios informes plagados de ojos negros y pieles morenas que la sometieron a un suplicio donde el mundo real y el onírico se abrazaban, ayuntando confusamente carne y deseo. Soñó que en un momento era un barco en la desembocadura en un océano de rizos prietos, y en el siguiente que estaba encarcelada por un aroma o un aliento. Pudo largamente sentir la piel salada y morena de su Romeo sobre su piel de luna, con la misma claridad que la brisa marina enredada en su cabello o los labios de aquel truhan sobre los suyos, abrasándolos de fuego. Algo se estremeció en ella con fuerza telúrica, arrancándole del fondo de la carne pasiones que nunca antes había sentido, criándole ardores inextinguibles en los senos y engendrándole insoportables pruritos en el vientre que echaban ascuas en los muslos y brasas en sus entendederas. Y así transcurrió aquella primera noche. Con ansiosa certeza consideró al despertar que un fenómeno portentoso se había verificado en ella, dejándola cicatrices que serían imposibles de ser borradas por el tiempo.
En Lubitana decían de él que era un diablo, que conocía mañas que ponían fiebres en las carnes y echaban lumbres dentro del corpiño... Decían, sí, que era hombre de todas, pero que ninguna podría tenerle porque era como el aire, siempre errabundo, sin origen ni

destino. En cambio, ella le presentía bonancible y lúcido, con un alma rumorosa como las olas que se extasían en la playa, mitad celeste transparencia, mitad nacarada blancura... Prefería imaginarle laborioso y responsable, quién sabía si con talento. Lo demás lo achacaba a habladurías, cotilleos de mujeres que le sabían inalcanzable. No le conocía mucho, era cierto, pero tenía la certeza de que se habían comunicado sus almas cuando se encontraron, no sabía ni cómo ni por qué, con esa seguridad que se adquiere al mirar al destino a los ojos. Por otra parte, aunque sólo fuera un encuentro tan breve, había tenido el pálpito de saber que él era su porvenir, y en sus pupilas donjuanescas vio indefectiblemente atisbos serios de ternura, cual si también él percibiera que la vida le desvelaba su futuro.

En ese estado permaneció un día, dos días, nueve días. Volvió a verle una tarde de toros, allá por las fiestas de la santa patrona. El sol de septiembre, en lo alto, ponía su brillo de celada sobre los rizos de su cabello azabache y su color de rumorosa espuma sobre el de su camisola de hilo.

El toro de los mozos era el más bravo, para que éstos mostraran su condición de hombres y sus redaños. Ella le había visto entre la muchedumbre, junto a su amigo Mauro y a otros jóvenes haciendo bulla, pero mirándola a su vez de tanto en tanto, aunque fingiendo que no lo hacía. Sin embargo, cuando salió del toril aquel berrendo armado con pitones como sables, imponiendo un silencio en la multitud que cualquiera creyera que iba a dar comienzo un acto religioso, Miguel Arcángel se acercó a ella cruzando la plaza y, con una familiaridad propia de quien la conociera desde siempre, le dijo:

—¡Ea, niña, dame ese clavel de tu pelo, que el toro lo quiere!

Llamó al toro desde allí mismo, y la bestia se giró y se quedó mirándole. El mundo se subió a los tendidos y guardó sobrecogido silencio. Lo citó de nuevo, y dio dos pasos hacia el centro del improvisado coso. El toro, sin apartar de él sus ojos de fuego, hocicó en el suelo, escarbó con su pezuña en la arena y se arrancó hacia él, bramando como un diablo. Miguel Arcángel le aguantó impertérrito hasta que, casi cuando las astas alcanzaron el hilo de su camisa, hizo un requiebro y en lo alto de su lomo puso la flor, arrancando del gentío una cerrada ovación y de Lola un grito tan desgarrador primero, y un suspiro tan hondo después, que algunos temieron que se le hubiera fugado el alma del cuerpo.

Aquella noche bailó con ella en la plaza. La tomó del talle y la condujo por el aire como si tuviera alas, sin retirar ni un instante sus ojos de los de ella, diciéndole al oído requiebros que le harían ruborizarse a una sinvergüenza.

—Sabré quererte, niña —le dijo muy bajito.
Ella, turbada, bajó su mirada al suelo, sintiendo que la vida se conjugaba en mil futuros perfectos, y apoyó la cabeza en su pecho abandonándose a su suerte, confiada en que el destino, por fin, había jugado su baza.
—Niña —continuó él con voz profunda—, me has puesto entre sábanas de bonanza sueños de tormenta.
—También yo sueño —le confesó ella.
Y sintió que el mundo les abandonaba, dejándolos solos bailando en la plaza.

* * * * * * *

El año siguiente, para la primavera, las bendiciones de don Paulino confirmaron ante el pueblo lo que para ellos ya era, y como correspondía al bodorrio de un marino de tierra adentro, hubo jolgorio hasta que las luces del alba fundaron otro día.
Lola apenas nada sabía del mundo, ni del amor, ni de todos esos matalotajes de la carne más que aquella quimera que la embargaba, anegándole los sentidos y nublándole la inteligencia. Apenas nada sabía del color de esa muerte blanca que era el amor cuando se consumaba, de no ser por los tímidos piquitos que se dieron cuando se citaron a solas en la alameda o las ternuras que se confesaron memamente y en secreto. Pero aquella noche, cuando malvas y granates pusieron cirros vespertinos al otro lado de los vidrios, sintió el gozo inenarrable de su sangre enamorada, la dulce pasión de su corazón infante y el estremecimiento de su alma garrida.
Sus cuerpos desnudos se reflejaron en la luna del armario como cascos extasiados por dulcísimas galernas, solazándose quilla al cielo en el plácido malecón de las sábanas. Aún con la respiración alterada y el corazón serenamente golpeando los muros de sus pechos, se mantuvieron largamente vivas las caricias que recorrían las espaldas y los dedos que se enredaban en los cabellos. Y a ejemplo de marineros de un buque fantasma, viajaron en el eviterno regocijo del amor, sintiendo el fluir de su sangre como olas que, haciéndose espuma, mansamente morían en la playa. Amores inversos en la luna del armario, pléyades de paz instaladas en el techo de aquel cuarto convertido en templo, y luz y sombra jugando en aquellas miradas que se abrían paso entre las tinieblas.
Ella no sabía bien qué embrujos jugaban con su cuerpo, qué pócimas la sometían al dolor gozoso y a la respiración alterada. Sólo que en la paz del silencio apoyaba su cabeza en el pecho de su esposo y sentía el trote de su corazón acompasado con el suyo como se sentiría si tuvieran una sola alma compartida; y que podía

percibir las mariposas de su pensamiento aleteando por el entorno, enseñoreándose del silencio, roto a veces por el rumor lejano del mundo que se filtraba por las rendijas de la ventana. La luz pujaba tras las cortinas por quebrar la calma del amor consumado, trazando pictogramas sobre los muros y levantando tabiques imaginarios.

Miguel Arcángel fumaba con la mirada tendida.

—Dime que me quieres —le dijo ella.

—Niña —respondió él con voz queda—, ya nunca podré dejar de hacerlo.

Esa noche Miguel Arcángel descerró los oxidados goznes de su espíritu, y permitió que los pájaros más íntimos revolotearan libres por el paraíso de la alcoba. Lola, con el cuerpo de su esposo entre los brazos, escuchó los más hermosos retales de su ser pensador y castigado; se transportó con sus palabras a los más remotos lugares y a los mares más profundos, realizando un trayecto con muchas paradas: unas, propósitos incumplidos, dolores acumulados, pequeños fracasos; otras, anhelos que aguardaban, osadías bien dispuestas y esperanzas que había ido ahorrando celosamente durante los años. Había en su voz poesía, luz pujante en sus ojos achispados de ésa que primero ha sido divina, y ternura inabarcable en sus caricias que brotaba a borbotones de su alma a sus manos. Y le habló de ella y de él, del presente y del futuro; y había tanta fuerza en sus palabras que le pareció, como en un relámpago, verle transfigurarse en ola dócil, agua, barco, vida briosa que navegaba por su sangre buscándose, aire, gaviota, puerto. Había un ser tan puro y tan infante en ese cuerpo tan grande que conmovió sus fibras más sensibles, y si un par de horas antes había sentido la comunión perfecta de sus almas, entonces percibió que le llamaba con una voz que durante mucho, mucho tiempo había permanecido muda..., no la que pronunciaba palabras que cualquiera más o menos entendería, sino con otra que era un balance de sumar anhelos y restar fiascos, aprendiendo costosamente.

Sí; Miguel Arcángel derribó sin acoso los muros sólidos que condenaban su corazón a la ignominia del silencio, permitiendo que la brisa del amor renovara el aire enclaustrado de su alma y mostrándose con una belleza tan suya, falible y perseverante que enaltecía su negativa a vivir sin amor. Nadie habría podido entenderle de haberle mostrado los tesoros que escondía. Habrían pensado de él..., qué sabía nadie, que tenía emociones mujeriles, o algo peor; pero con ella sí que podía, con ella no era preciso alentarle al soliloquio, y lo que primero fuera un leve esbozo de palabras entrecortadas, se hizo rítmico, tenaz, hasta que se convirtió en un echarse despeñadero de palabras abajo cual si empuñara su

espíritu con los labios, descubriendo una naturaleza tan angélica que trabajo costaba imaginarlo siquiera. Muchos años eran ya callando; muchas, muchas las jornadas de morderse la lengua para no decir lo que sentía de paz en un mundo tan bárbaro, lo que de belleza entre tanta fealdad y las estampas y estampas que había ido atesorando por cinco continentes: dolor a paladas, sufrimiento, encarnizados combates por el mezquino dios dinero... Pero también había de las otras, de aquéllas que le inundaban desde detrás de los ojos con colores imposibles: amaneceres mágicos, insondables océanos, niños jugando en la arena, hojas de hierba meciéndose en la brisa y vida pujando..., vida.

Lola gozaba escuchándole. Nunca pudo imaginar que un hombre tan seguro de sí, tan brutalmente endurecido en la fragua del mundo, tan capaz de enfrentarse a un vendaval como a un acero con el único escudo de sus manos, escondiera una belleza tan incalculable. Y durante un tiempo sin esfera sus pupilas fueron espejo de los ojos encandecidos de su esposo, el centro mismo de un universo que ni entendía de límites, ni entender pretendía tampoco. Y al fin, acunada por el trinar de aquel pájaro que era la voz de su tenorio y ensanchada por el feliz sentimiento que le producía el que la vida le hubiera tendido a su lado, se adentró en un sueño dulce y plácido, en el cual le siguió él, con la sensación de haber hallado la perla más codiciada de los mares por los que había navegado.

* * * * * * *

El hogar de los Arcángeles era una casa de labor sin pretensiones, de ésas de fábrica nueva, ladrillo y revoque enlucido con cal viva, a imagen de velas o de lunas, y con ventanas a los cuatro puntos cardinales, por donde nacían y morían las estaciones y los cuatro vientos mostraban el cabello dorado o verde o cano de sus sienes. Era ésta su atalaya, y su patrimonio un cantizal y una huerta. Fue cuanto Miguel Arcángel pudo conseguir tras siete años de trabajo continuado en alta mar, y ambos con ello se sentían más que afortunados. Éste pasó interminables jornadas deslomándose en los campos en su primer año de desposados, desbrozándolos de malezas y levantando pretiles y linderos con las piedras que arrancaba de la tierra, preparándolos para que en la siguiente estación recibieran su primera sementera.

Decir que el marinero varado sufría con aquel esfuerzo tan ingrato sería una banalidad por lo escaso. No había más que mirarle para comprender cómo echaba de menos sus brisas y sus mares, sus redes y aparejos, pues la egoísta desolación de la tierra no parecía estar hecha para su sangre. Si lo resistía, además de por amar como

amaba a su esposa, era porque ponía a los terrones nombres de cabos o de golfos, de estrechos a los surcos de la vega, y aun a pesar ello, al caer de la tarde retornaba a la casa desalentado, sosteniéndose en pie a fuer de compensar su quebranto con un amor mucho más grande.

—Niña, tus manos no fueron creadas para las penas del campo, sino para lucir ajorcas y anillos de brillantes —le decía, cuando ella le afeaba el que no le permitiera ayudarle en sus faenas.

Sin ruidos ni luces, como un ladrón que no se permitía perturbar su sueño, se levantaba, posaba un beso sobre su frente, que era posar el piar del primer pájaro, tomaba su mula y marchaba a que el sol le descubriera luchando con surcos, terrones y cizañas. Quería dar ante su esposa la apariencia de un héroe para quien el laurel era cosa de rutina y el esfuerzo de descanso; pero ella le conocía más que bien y no la engañaba aunque le consentía la mentira, regalándole todo tipo de halagos y caricias, que por de más sabía que eran su mayor recompensa.

Nunca la mar le había maltratado tanto, y su buen trabajo le costaba a Lola comprender por qué la había dejado añorándola como lo hacía, aunque en lo más íntimo de sí se alegraba por haber encontrado a quien tanto quisiera desde el albor de su infancia. Aun así, en las noches él siempre tenía dispuesto para ella su pecho por almohada, siempre listo un rizo para sus dedos, siempre enjoyado con un poco de sudor honrado y eternamente a punto para ser sacrificado en el silencio de aquellas noches turbadas y de aquella luna de armario que sabía más de amores, de pieles enlazadas y de besos que ninguna otra luna.

—Te voy a dar un hijo —le anunció Lola una mañana, cuando los desbarajustes del embarazo le anunciaron el futuro.

No supo él qué decir. Sonrió, titubeó como nunca lo había hecho, quedando como alelado o entontecido, hilvanó fútiles pensamientos y, finalmente, clavando una ingenua luz en sus ojos, le dijo:

—Niña, no tengo qué regalarle, porque teniéndote a ti, todos los tesoros son suyos.

Y mantuvo una expresión de amante vulnerado. La luz parpadeaba en su entorno disputando su espacio al relámpago de su sonrisa, la cual se ensanchaba o contraía según lo que imaginaba. Vio rielar en sus ojos, no supo qué..., quizás el humor que precedía a una lágrima; pero enseguida, reponiéndose, sintió la electricidad de su pensamiento al resolverse en una idea concreta. Puso un beso en los labios de su esposa, estrechó su cuerpo y se meció como en un aleteo incompleto. De sobra sabía ella que pensó en corales o en tesoros como supo que pensó en llamarla, si niña fuera su hija en ciernes, Carmen.

—Esto ha de conocerse —prorrumpió jubiloso—. Ha de enterarse el mundo que de Miguel Arcángel nacerá un hijo que propague su sangre.
Y, tomando la mula, se marchó camino del pueblo, jurándole a voces mientras le tragaba el camino, que su hijo sería un gran marino y que se llamaría Miguel, como él y su padre y el padre de su padre, hasta diez generaciones de Arcángeles.
Le vio marchar tan alborozado que percibió grandeza mayor en su vientre, más ancho su ser. Si él como un niño se sentía, como una reina sentíase ella, con deseos de bailar, de cantar, de gritar a la oscuridad y las tinieblas que Dios las sofocaba en el mundo prendiendo la más hermosa luz.
Le esperó hasta bien entrada la noche con el mantel tendido y el guiso en la cazuela, echándose con avidez de tanto en tanto sobre los vidrios de la ventana para anticipar su llegada. Si la lógica asesaba que podría haberle acontecido un descalabro, el corazón se afirmaba en que eran los disparates propios del regocijo de un padre novato. Prefería imaginarle con Mauro, tal vez con Ezequiel, aquéllos con quienes partiera hacía ya tantos años para aprenderse los mares, sus caminos improbables, sus islas y sus cielos. Sí; prefería imaginarle con ellos, con su buen Mauro, sangres hermanas, convencidos compañeros desde los primeros albores de la infancia; o con Ezequiel, quien, aunque se separaran tres años contados atrás por Dios sabría qué pendencias de hombres y aunque éste no hubiera acudido a los esponsales por alentar su resentimiento, sabría compartir el nuevo momento, diafanidad de un futuro que se ensanchaba. Elegía imaginarles impetuosos, compartiendo su emoción y su júbilo tan bien como supieron beberse sus lágrimas cuando el caso llegó. Aquello prefería su estado. Y les imaginaba en torno a una mesa riendo y cantando con bemoles a salitre, a lonas que trepidan, a peces que se echan a las redes enloquecidos como se echan los labios enamorados sobre los labios abiertos.
Entonces no pudo saberlo; días después, supo que había pasado largas horas en la ermita hablando con Nuestro Señor, y que por primera vez no fumó en el templo ni rezó con sus palabras, sino con las que Él nos enseñó, y con esto comprendió qué precisaban los hombres de Dios y qué Dios de los hombres, qué le retuvo lejos hasta tan fuera de horas y qué le obligó a don Paulino a hacer ayuno con gusto aquella noche. Cierto que Miguel Arcángel había bebido, pero el alcohol no tuvo participación en su proceder; después de todo también Dios fue hombre, y mejor que nadie le conocía ese bendito Cristo de los mares, ese compañero de guardias y de vientos que tantos azules infinitos compartió en aquella

soledad inconsolable.
Alta estaba la luna cuando Lola sintió el resonar de los cascos de la mula. Venía Miguel cantando por el camino, oliendo aún a vino y a risas. Entre sus brazos traía decenas, cientos de claveles y rosas. Le vio apearse del jumento con serias dificultades, pero no quiso avergonzarle, limitándose a esperarle bajo el dintel de la puerta, sin moverse ni hacer otro gesto que disfrutar de su gozo y su locura adolescente. Avanzó hasta ella, clavó su rodilla en tierra y le ofreció aquel ramo, traído Dios sabría de qué confín, que en Lubitana no había dónde adquirirlo.
—Niña —dijo—, solamente son flores, pero tienen tu aroma y tu hermosura. No pude encontrar corales y no tengo con qué para perlas; pero si unas flores hubiera puesto Dios para celebrar este día, habrían sido éstas.
Estaba hondamente conmovida, feliz de que el Cielo la hubiera premiado con un loco tan afable. Le besó con la ternura que las mujeres sienten nacerles del fondo del alma, y le condujo a la alcoba para que reposara los primeros desajustes de la paternidad. Abrazada a su ramo de flores en el borde la cama mientras él hablaba con su vientre y le prometía ínsulas y parabienes, aguardó a que el sueño le venciera.
«Amor —pensaba ella—, ¿qué celosos mares te escondieron estos años como un preciado tesoro?... ¿Qué tifón te impidió arribar antes al puerto de mi cuerpo?... ¡Qué vida baldía hasta que el destino nos reunió aquella noche! Pero hoy estás conmigo, niño grande, y la vida es por eso más digna de ser gozada.»
Miró a través de la ventana. La luna, en su alta marfileña garita, a lo lejos, como el ojo de un cíclope nictálope, parecía cimbrearse en una brisa de aromas serenos que recorría un planeta abandonado. Y debajo, al frente justo de la casa, retoñando ya como su vientre, el limonero.

* * * * * * *

Tres meses después estalló la guerra.
Mauro trajo la mala nueva. Le cortó a Miguel el paso y, allí mismo, bajo el limonero, le refirió los pormenores. El gesto y la prisa del mensajero habían sembrado la inquietud en Lola, quien presenció la escena desde la ventana de la cocina, y cuando les vio discutir con ostensibles ademanes, supo que algo trágico había acontecido.
—¿Qué pasó, Miguel? —le preguntó con zozobra apenas puso el pie en la casa, cerrándole el paso con determinación y fijándole con sus manos.
—Pasa, niña, que no nos quieren felices.
Pareciera, por el tono, que Miguel responsabilizara a su amigo de

los sucesos, cual si él los hubiera provocado. Siempre habían mantenido posturas irreconciliables en los asuntos de la política, pero nunca lo bastante grandes como para que ninguno de ellos renunciara a aquella amistad que se remontaba al alba de sus memorias. Verles juntos era ver dos hermanos que se añoraban, constantemente en pendencia y perpetuamente sedientos de su compañía. A pesar de ello, aquella noticia parecía haber abierto entre ellos una sima insondable.

—Ya tienes tu juego —le dijo Miguel encarando a Mauro con una mueca muy dura—. Ve y mata o que te maten; pero no es mi guerra. ¡No; no lo es! No hay una sola razón para que entre el odio en esta casa.

—Pero, Miguel —le replicó Mauro—; ¿no te das cuenta de que, lo quieras o no, ya lo hizo?

—No, ¡hostias! —sentenció Miguel, descargando un golpe sobre la mesa que derribó los vasos y el vino—. ¡Ni lo hará! Escúchame, Mauro, óyelo bien: ¡sobre mi cadáver!

Y, enfurecido, se dirigió al aparador, tiró de la gaveta y, tomando una escopeta montuna que estaba liada en unos paños, la puso sobre la mesa y declaró:

—¡Otra arma que ésta en mi casa, sobre mi cadáver!

Lola les miraba sobrecogida. Sentía la maza de la tragedia sobrevolar su cabeza y, aunque no comprendía en su verdadera magnitud qué estaba sucediendo, un dolor afilado se ceñía a su ánimo como una corona de espinas que advertía de futuros derribados. Empecinados sargazos se enredaban a su corazón, constriñéndolo, convirtiendo en funesto pasado un futuro promisorio que casi acariciaba ya con los dedos.

«¡Santo Dios...! —pensó ella para sí, presa del pánico—: ¿Qué diablo maldito plantó su rencor ciego en esta patria que lo echa todo a la perder tan pronto ve sonreír a sus hijos?...»

—Me lo reprochas como si fuera cosa mía —le replicó Mauro a Miguel, encarándole a su vez.

—Todos, Mauro, somos responsables de la guerra. No con las armas, que sólo escupen el odio de quienes las empuñan, sino con la palabra. Se cita a esa bestia como en un juego, y cuando mira y escarba en la arena y se arranca, cuando sus astas ya se hincan en la carne, quisiéramos no haberlo hecho; pero la suerte está echada y solamente queda ya el quite o la muerte. Tal vez ya sea irremediable que alguien sea corneado, pero ha de comprenderse que la fuerza está en el verbo, que a esa bestia la libera el vaso y el vino, porque las guerras, Mauro, siempre comienzan en las tabernas.

Los hombres tenían las cejas fruncidas por un dolor que no se

tocaba, las pupilas en las pupilas y cerradas las bocas, tal vez presagiando un porvenir inminente de pueblos derruidos, de garabatos truncados, de ruinas desconsoladas, de eclipses y de exilios, o quién sabía si de ojos sin lágrimas que lloraran a los muertos tendidos en los charcos y las aceras. Era un silencio que exhalaba un hedor acre, mandando el pensamiento lejos, más lejos que muchos años, mágico como una luna en vigilia, como el desatino de un loco en su reino. Pero en sus ojos, en los que había rabia, cabía el amor, ese amor hermano que los hombres sienten tan fiero por no poderse amar con el cuerpo..., y cabía la esperanza, aunque fuera ciega, como ciegos son los topos que minan la tierra buscando la luz del sol donde el sol no se encuentra.

—Es patente que no se te puede hacer entrar en vereda —aceptó Mauro, agitando como su cabeza.

—Pues no se hable más —concluyó Miguel.

—Sólo una palabra. Esta noche me marcho del pueblo para unirme a los míos y sabes que no me voy tranquilo. Júrame que habrás de cuidarte, Miguel: ¡júralo!

—Que sí, hombre, que sí: jurado.

Y, tras besarse los dedos índice y pulgar cruzados, se quedaron frente a frente mirándose entrañablemente. Mauro, por fin, dio un paso adelante, tomó a su amigo por los hombros y se fundieron en un abrazo.

Mauro era un hombre entrañable pero hosco, leal pero desengañado; apuesto y fornido, al igual que Miguel, con un perfil griego que le hermoseaba y que le había costado no pocas pendencias. Si Miguel era sereno, Mauro era inquietud viva, mano que obraba antes de que la mente lo ordenara, insensatez de juventud que no se redimía a sí misma, ni ganas que tenía. La belleza de aquel hombre era su castigo y aún más que eso: su idealismo. Un idealismo que obraba por puños y por sangre, capaz de poner bajo un mismo yugo acción y palabra, y armar zapatiestas de mil diablos en las que lo mismo le daba desmontar que le desmontaran. Pero ambos se amaban. Se necesitaban como las fuerzas opuestas se precisan para existir, y aquella guerra había venido a separarles para siempre quizás; tal vez alguno muriera, quizás los dos, y quién sabía si en diferentes bandos.

—Bueno —dijo Mauro—, sonó el clarín de la partida.

—Nada de eso —le cortó Miguel—. ¡A cenar!

Y tomaron asiento en torno a la mesa. Conversaron como si aún amaneciera, como si el mundo fuera capaz de seguir rodando a pesar de todo, aunque quedaba claro que, venciera quien venciese, aquella amistad jamás sería derrotada.

* * * * * * *

Aquella noche los esposos estuvieron como ausentes. Durmieron abrazados, como siempre, pero en sus corazones se había formado una galerna de incalculables proporciones. Miguel tenía el gesto amargo y la mirada extraviada. En su silencio campaba a sus anchas la pena, y en ese fumar sin pausa, con los ojos perdidos en las constelaciones que el humo formaba en su ascenso, se echaba de ver que conjugaba verbos de ausencias con muchos pretéritos imperfectos y, tal vez, con ningún futuro.

Respiró hondo, suspiró y se entregó al sueño. Impotente, Lola presenció su sufrimiento sin poder hacer nada por remediarlo. Le besó la frente con ternura de madre, ya que la de la esposa se develaba como inútil, y se echó a la ventana para maldecir a ese julio que les traía tantos males entre tanta bonanza.

Pensó. Todos habían oído hablar de la guerra. Todos habían creído que era un mal remoto, improbablemente alcanzable con la plenitud precisa como para pulverizar un instante. Los grillos tonaban su monotonía, la brisa jugaba con los remolinos en el patio y con las hojas del limonero, y un búho ululó desde las sombras. Pero la historia continuaba adelante con paso firme, hundiendo sus botas entre charcos ensangrentados y alambradas.

* * * * * * *

Miguel trabajó los campos todavía, luchando no ya contra las rocas, sino contra un mal que había visto llegar paso a paso, acaso siendo de los primeros en presentir su arribo. La noticia de un ajusticiamiento esa misma noche y el rumor de que se habían confeccionado listas para nuevos crímenes, delataron que la hecatombe se había instalado en Lubitana.

El miedo había derramado su ancha sombra por todos lados, desde el ayuntamiento a la escuela. Su olor a sentina anegaba el mercado y la iglesia, calaba por los tejados hasta los colchones, infestaba el pan y el agua y el sueño, y contagiaba con su luz negra a las madres, apagando la luminosidad alba de la sonrisa de los niños. El miedo era el rey y el dios más adorado, el que más súbditos y devotos tenía, el que se hizo silencio, navaja y aldaba, el que se hizo sombra, dolor y lágrima. Miedo.

Todos los hombres temían estar en una u otra lista, y se agruparon para protegerse afiliándose a algún partido o a muchos; pero Miguel Arcángel no lo hizo. Lola le pidió que desistiera de ir a la ermita, que podía ser listado por los unos por beato o por los otros por sacrílego, pero él se negó; le imploró que no reconociera a Mauro

como a su amigo porque tenía encarnizados enemigos, y no sólo en política, y se negó también; le suplicó que marcharan de la aldea hasta que se serenara ese universo de iniquidades, y se negó igualmente, arguyendo:
—Niña, no da marcha atrás un hombre ni elude el día de su fiesta, si llega, porque no se puede mudar la hora de mostrarle al Creador nuestros reales. Si los hombres huimos, si retrocedemos un solo paso ante la desgracia, ¿no estaremos concediéndole espacio? La guerra no se combate con la guerra, sino con la paz.
Pasaron los días y Miguel, con no poca voluntad, domeñó la tristeza que le condenaba al silencio, que era decir al pensamiento, y lentamente, a ejemplo de un tallo que rebrotase verde de un tronco seco, escaló la sonrisa a sus labios, la luz tibia a sus ojos y a su corazón la vida, de nuevo enamorada.
Regresó a los besos y a la ternura, el pródigo amor retornó al prodigio de las noches y al amparo de aquella luna de armario, y volvieron a recibir los esposos el alba detrás de las cortinas con los ojos en los ojos, esperando que la mañana rompiera el hechizo de su amor enamorado; pero enseguida aquel canto de cisne fue estrangulado por los sucesos.
Mauro entró en la casa de los Arcángeles una noche mientras ellos cenaban. Vestía un uniforme desgarrado por el fragor de batallas inacabadas. Sin descolgarse el arma del hombro, apoyó sus manos enlodadas sobre la mesa, y dijo:
—Pronto, recoged lo que podáis y vámonos. Me he enterado de que esta noche vendrán a por ti, Miguel.
Él, sin embargo, tras comprobar los estragos que la angustia ejercía en el semblante de su esposa, se levantó con determinación, se apoyó a su vez frente al recién llegado, y tronó con firmeza:
—Ya te dije que no quería otras armas en mi casa que las de caza.
—Entiéndelo de una vez, animal —le replicó—: ¡van a venir a matarte!
—No hay razón.
—Aunque no la haya. Miguel, me encontré a Julio Bengoa en el frente, a doce o quince kilómetros de aquí, y me contó las intenciones que tienen contra ti. Arriesgo mucho. Seguro que a estas horas los míos me consideran desertor, sobre todo ahora que estamos siendo desbordados. Mira que éste no es tiempo de razones; la muerte hoy es calderilla, y otro asesinato, ni eso.
—No tengo de qué huir.
—No te pido que huyas, sino que te retires. Tiempo habrá de volver. No hay nada que valga tanto como para morir por ello.
—¡Ja! ¿Y tú me lo cuentas? ¿No eras tú el de los ideales?... ¿No eras tú el que estaba dispuesto al sacrificio por la ideología? Mi credo,

Mauro, es la paz, y por ella sí estoy dispuesto a lo que sea. Ya he visto la fealdad de la muerte, y no es siquiera comparable a la del miedo. Nada tiene unos ojos tan grandes y tenebrosos. No; me quedo.

Ruido de vehículos y vocinglería de hombres corriendo por el patio interrumpieron la disputa. Mauro, con agilidad felina, de un salto echó su espalda al muro y empuñó su arma.

—Bajad la luz, ¡rápido!

Pero nadie obedeció aquella orden innecesaria. Cuando Mauro asomó su rostro por la ventana, Miguel ya había abierto la puerta del frente y se había puesto ante los faros de los dos automóviles. Varios hombres le encañonaban con sus armas.

—¿Qué os trae? —les preguntó con firmeza.

—¡Tú! —le respondió Rubén Algorza, dando un paso al frente.

Ni tiempo tuvo de decir más: Mauro le abrió un ojal en la frente. Cuantos allí estaban se quedaron sin aliento. Alguien miró hacia la puerta, y allí, aún con el revólver rebufando, encontraron a Mauro. Algunos se miraron entre sí, pero nadie se atrevió a mover un dedo. Un muchacho como de veinte años que estaba enfundado en un mono azul, tragó saliva y se orinó encima.

—¿Quién más? —les preguntó Mauro.

Los hombres, cinco vivos, comenzaron a retroceder sin bajar sus armas. Mauro, con el brazo tendido y la pistola en la mano, avanzó hacia ellos dándoles la opción de la retirada.

—¡Fuera! ¡No os bastaría con una vida!

Desde lo lejos, gritaron:

—No te nos despintas, Miguel. ¡Volveremos!

Aún Mauro hizo un nuevo disparo. Miguel, tomando el arma de Mauro por el cañón, se lo arrebató de la mano y, de un puñetazo, le tendió en el suelo.

—No tenías derecho —le dijo.

Ni respondió. Con el labio sangrando vio cómo su amigo se encaminaba a su casa y arrojaba con desdén el arma al suelo. Lola se acercó a Mauro y le ayudó a incorporarse.

—Lola —le advirtió—, en dos horas están de vuelta, o antes. Convéncele tú: ya ves que yo no puedo.

Entraron en la casa. Miguel estaba sentado a la mesa, fumando. No hizo ningún gesto al advertir su presencia. Lola se acercó a él llorando, sintiendo en su pecho un nudo que la ahogaba, que era rabia y que era miedo a un tiempo, cual si el corazón se precipitara en un galope amargo y rencoroso.

—Vámonos, Miguel ¡Por tu hijo! —atinó a decir.

—Por él, no lo hago.

—Miguel… —intervino Mauro.

—Calla, calla, Mauro. ¡Tú me has matado!
—Aún hay tiempo —le suplicó su esposa, llorando.
—No, niña mía. Me matarían a una legua o a dos, y, ¡rehostia!, ésta es mi casa. Y aún si sobreviviera, en todo lugar tendríamos que ir errando, ser tomados por cobardes, por espías... O tendríamos que matar, y no me dio Dios estas manos para la muerte, sino para la vida. Si de la voluntad de Dios viene, Miguel Arcángel no lo rechaza. No tengo otro pecado que el humano, y eso ya es bastante. Tal vez hoy parezca inútil, si es que tal cosa pasara; pero un día, tal vez dentro de no mucho, tendrá más valor esta muerte, la de alguien que murió de paz en la guerra, que la de quienes murieron antes de que les mataran.
—Bien —aceptó Mauro, dando una cachetada a su arma—: peleemos. Si han de llevarnos, será con compañía.
—Déjalo, Mauro, déjalo. ¿De qué valdría? Cuando las cosas acaban, acaban.
Y tomando a Lola entre sus brazos, le dijo Miguel que, si había que ponerse en lo peor, lo lamentaba por no poder conocer a su hijo; que sentía su corazón en el suyo y el suyo en el de ella; que no era una mala hora, sino la hora, la que a todos llegaba, y que estaba listo. Luego, dirigiéndose a Mauro, le agradeció sus intenciones, y le pidió que la sacara de allí.
—Sólo esto os pido: a ti, niña, que vivas por ese hijo que no veré; y a ti, Mauro, que los protejas de este mundo tan hecho a tu medida, aun con tu propia vida.
Pendenciaron sobre un sí o un no como si jugaran a los naipes. Tenía Miguel la muerte hilando a su lado su sudario, y no se espantaba. Parecía capaz de mirarla con furia serena, sin cerrar los ojos y sin que temblara su mirada. Le aureolaba una firmeza póstuma, como un viento interno que hinchaba su vela sola en el mar deshabitado de la muerte.
Al fin Mauro comprendió que era inútil intentar resucitar a un cadáver aunque aún no estuviera enterrado, y Miguel ya se sabía difunto. Tan sólo restaba el dolor del gatillo, el apretar los dientes y el escapar del mundo a la luz de los astros: la eternidad había elegido a su criatura.
Lola se sentía morir. Gritaba, se negaba a la evidencia y, lo que era peor, a la idea de una vida vacía sin su ternura. ¿A qué mundo de horror la arrojaba, a qué fosa siniestra?... No; no podía aceptar la tragedia si no les abarcaba a ambos. Argumentó cláusulas del contrato que el día grande de la boda les hizo jurar don Paulino, pero Miguel no quiso escucharla.
Mauro se fundió con Miguel en un abrazo desesperado, en el que bien cabían todos los amores y desamores que se habían profesado,

y la sacó por la fuerza de la casa. Las manos de Lola se aferraban desesperadamente a los guijarros, a las breñas. Y mientras la casa se hacía pequeña en sus pupilas, mientras la noche —aquella sarcástica noche estrellada— les tragaba, sentía la negritud más desconsolada adueñarse de su alma, ya para siempre. La camisa de Miguel blanqueaba como la bandera de un ejército de paz aguardando mansamente el final de la batalla. Había olor de mar, podían escucharse el rumor de las olas, el estruendo del velamen de aquella camisa en el ufano mástil de su hombre...

Varios vehículos, tres, tal vez cuatro, se acercaban hacia la casa serpenteando por el camino. Se detuvieron al fin, varios grupos de hombres se apearon de ellos y rodearon a Miguel. Se oyeron voces, tal vez amenazas.

Lola logró zafarse de Mauro y corrió hacia él, aullando no con la voz, sino con la sangre que afloraba pintándole en el cuello sierpes venenosas. Mauro echó a correr en pos de ella, deteniéndose a unos cientos de metros del patio mientras le gritaba que volviera. Entonces unos disparos quebraron aquella batahola de gritos y advertencias, precipitando el mundo a un abismo insondable de silencio.

Lola se detuvo en seco, y vio replegarse sobre sí misma aquella vela gallarda, muriendo ya por fuera; pero lo hizo lentificadamente, cual si no fuera un cuerpo lo que cayera, sino un algodón o una pluma. Sintió que algo se desgarraba en su interior, que algo se despedazaba en ella para siempre. Y gritó. No era humana. Gritaba el nombre de aquel ángel que Dios le dio por compañero, sintiendo que aquellos estampidos habíanle arrancado de cuajo las entrañas, que el niño que latía en su vientre se retorcía, mordiendo sin dientes su destino. Se precipitó entre los hombres, empujándoles, insultándoles, abriéndose paso hasta la ola de odorífera sangre que dibujaba un imposible mapa sobre el suelo; mas, cuando ya estaba casi ante el cuerpo inerte de su esposo, el culatazo de un arma la arrancó de sí, echándola de bruces sobre su cadáver.

Semiinconsciente sintió cómo Mauro les ponía nombres a los verdugos, cómo a uno le dijo Judas y cómo avanzaba a ellos revólver en mano, disparando ciegamente y sembrando de muertes aquella noche y aquel patio.

En el último hilo de consciencia, Lola vio la faz de Miguel Arcángel bebiéndose las estrellas, vio sus ojos crepusculares prendidos del vacío de la muerte y sus rizos tendidos en la arena y los guijarros, clavado en aquella quietud imperturbable.

* * * * * * *

Lola despertó sobre la carne yerta de Miguel Arcángel, una vez más

con su pecho por almohada: la última vez. El falsario verano escondía en su seno un invierno de vientos glaciares y carámbanos. Como un ángel abatido, derribado por el odio y el pecado, yacía de cara a Dios, valerosamente gallardo. Y se mezclaban sus sangres, el pecho desgarrado de él y las bragas rotas de ella, baldío cieno la carne yerta, pecina baldía la carne viva, ambas violadas por horribles seres, odiosos, ignorantes, vecinos.

Se abrazó al cuerpo sin vida de su esposo, sintiendo el suyo extinguido, igual que su vientre marchito, ajusticiado en su presencia inmóvil. Las pupilas reflejaron sus pupilas inanes, su boca de clavel sofocado, y pasó su mano por la piel de aceituna escarchada, fría como el agua fría, como una madrugada de invierno al raso.

Una mujer, algunos hombres y varios niños, con gesto impotente, cariacontecidos, miraban con litúrgico silencio desde el pretil del patio el trágico espectáculo, ansiosos por contemplar de cerca los ojos tenebrosos de la muerte... de otro. Les imaginó intrusos de su deceso íntimo, como fisgones que se asomaran por el bardal del cementerio para atisbar las riberas del Cielo o del Infierno; pero los ignoró. Se tendió sobre él, con la cara sobre su pecho, y soñó frugal con amores incomplexos, remotos, que se perdían en una inalcanzable distancia..., con el ayer eternizado en la memoria... Y se hundió en un mar de caricias que como viento lejano volvían a cernerse en su cintura, en su espalda, a enredarse en su cabello y a abrasarla con su aliento; volvió a sentir el choque de aguas que se encontraban de sus cuerpos, su reflejo en la luna del armario, el vibrar que restaba aire y sofocaba, que estremecía, que libaba su miel en el vientre sereno; y volvió a sentir la música de sus palabras, con los ojos cerrados y las cortinas echadas, ramales de su corazón de una sola vía el reflejo de sus ojos iluminados desde dentro... Pero no; ya no acapararían más cromos para la memoria, ni hundirían más su luz en los suyos, sino que eran fanales que se apagaron, abandonando a su suerte a la marinería, y que la metían hielo negro en el alma.

Esta idea tenebrosa la despertó de golpe. ¡Estaba muerto, Dios mío: muerto! La sangre era suero, agua y cieno. Y sintió cómo la ganaba la rabia, cómo le clavaba el dolor sus fieros incisivos.

—¡Despierta, maldita sea! ¡Despierta! —gritó.

Y reparó de nuevo en aquéllos que profanaban su silencio y su amargura, sin que pudiera protegerle con las manos, con los puños o con los rezos. Y enardecida, ciega de furia, yéndose de su lado les mostró sus muslos ensangrentados, su sexo eyaculado por las fieras y su rostro humillado por las lágrimas, y les arrojó su desprecio a pedradas, escupiéndoles su hiel y su cicuta.

Les dejaron solos. El sedente sol puso su más dorada luz en el escabel de aquel patio. Lola se entregó a su hora transida, la intemporal, la que no tiene manecillas, y pensó sin prisas y sintió sin impaciencia, hundiendo la raíz de sus emociones alma adentro para siempre, bien aferradas a su corazón y a sus entrañas. Memoria sin olvido. Soledad multitudinaria. El recuerdo es la cicatriz de la emoción...; el olvido, una herida que no cierra. El sufrimiento creaba su propio universo corazón adentro, donde les quedaba prohibida la entrada a la luz y a la risa; corazón afuera, la vacuidad ya era bastante compañía..., y ahí, las monedas por el uso de la carne, no eran ofensa sino venganza.

4. Conversaciones patrias

—Que le digo a usted, señora Fausta, que se está teniendo mucha permisividad, créame —le decía con afectación Marcela—. Bien está lo bueno; pero esto, ciertamente, ¡qué quiere que le diga!... Me parece que tanta blandura nos enviara a todos a la ignominia... o al Infierno, que muy ricamente ha de estarlo pasando el pícaro Belcebú. Porque dígame si yerro: ¿es o no es una indignidad que nuestro señor alcalde, ese hombre que parece no hartarse del escándalo, esté haciendo de su capa un sayo con lo humano y lo divino, y se amancebe con la Lola?... Y tanto más grave cuando, como todos sabemos, enterró no hace mucho a su mujer, que de sobra es sabido que era una santa. Y mientras ella reposa la paz de Dios, él y la Lola... *(haciendo gestos un tanto soeces)*. No, si está visto: ¡Dios los crea y ellos se juntan! Y, claro, si el alcalde se comporta como lo hace, ¿qué no va a hacer el pueblo?... Él y no otro, hija mía, es quien debería cortar estos desmanes de la carne y no alentarlos de tal guisa, que son ejemplo de perversidad para sus iguales y para esta mozalbetería que está malcriándose en el pecado. Y no es que yo me meta en camisa de once varas, no. Lo que pasa es que una tiene sus convicciones, ¡qué caramba!, es buena cristiana... y no puede pasar por alto ciertas barbaridades, que la virtud y la sociedad son asuntos de todos, y preferiblemente de las que somos decentes. ¡Hombre, hablando del ruin de Roma...!

Fausta, que hasta ese momento había estado escuchando la cantinela haciendo un auténtico alarde de paciencia mientras trasteaba aquí y allí por no dar cuerda a la adusta Marcela, se detuvo un instante y vio venir a lo lejos a Lola, quien parecía encaminarse derechita hacia la abacería.

Así fue. La campanilla de la puerta de entrada se agitó con estrépito, y Lola intercambió una fría mirada con ambas mujeres. Luego, desafiante, cerró la puerta y, aproximándose al mostrador, saludó:

—Buenas. Quisiera...

—Buenas, nos dé Dios —la interrumpió un tanto irónica Marcela,

juntando sus manos sobre el vientre y descansando todo el peso de su cuerpo sobre su pierna izquierda—. ¡Cuánto se madruga hoy, siendo día de sábado! ¿Será que va a misa?...
Lola no entró al trapo, desentendiéndose de ella. Tan sólo la lanzó una mirada como una hoja bien afilada, y luego, relajándose, siguió hablando con Fausta, y le dijo, poniendo sobre el mostrador una vasija de barro:
—Quisiera una orza de leche y un pan... y dos de esos dulces.
Mientras Fausta, sin decir palabra y con el gesto aseriado, preparaba la comanda, Marcela la revisó bien despacito de arriba abajo, inspeccionándola.
—Leche, pan, dulces...: ¡fiesta *habemus*! —exclamó con sorna—. Pues si además, por la hora, va a misa, que repiquen las campanas del Cielo.
—Mire, *señá* Marcela, no me tiente. No me tiente, que nada de nada le digo yo —replicó Lola con incomodo, encarándola con desaire y apoyando su mano izquierda en la cadera, en tanto agitaba su cuerpo desafiantemente—. Una compra lo que le viene en gana, y no tengo por qué darle ninguna explicación, ¿se entera?... Y para ir a misa ya le basta a don Melquiades con usted y con otras de su quinta, que las beatas de rosario y las ratas de sacristía han de estar bien *contás*.
Marcela, incapaz de sostener el desafío, sintió un vago temor, o acaso miedo, de que la tomara de las guedejas y le arrancara su exigua cabellera. Menos mal que Fausta, quien estaba al quite, las interrumpió a ambas con determinación cuando el desenlace parecía próximo, imponiendo compostura con su hidrópico volumen.
—¡Ea, ea, haya paz! Comportarse. ¿Habremos de pelear siendo tan de mañana?... Aquí está la leche, aquí el pan y aquí no dos dulces, sino tres. El pedido está listo, Lola. Y tú, tarasca lenguaraz, deja quietecita la húmeda, que un día te la vas a morder y vas a morir envenenada. Claro, que a lo mejor con ello ganamos todos.
Marcela hizo un mohín de disgusto, pero daba la impresión de no resultarle raras acometidas semejantes, pudiera ser porque entendía el rechazo de los demás hacia su persona como un martirologio propio de quien defendía la virtud, encarnada por gracia divina en su carne y su sangre. Lola, por su parte, aceptó la mediación y volvió enseguida al asunto que hasta allí la había conducido.
—Quisiera aún que me ensañara algunas prendas de niña, como de la talla ocho o diez..., no sé bien.
Tanto Fausta como Marcela titubearon ante la petición, haciéndose preciso que Lola la repitiera. Una vez se explicó convenientemente, Fausta sacó regular cantidad cajas con diferentes productos y las

puso sobre el mostrador. Lola fue sacando de éstas las distintas prendas y las miró y remiró una a una, echándose de ver que disfrutaba revolviendo entre ellas, imaginando cómo le quedaría ésta o aquélla a la niña, hasta que se decidió por un vestido de paño rosa y verde con unas puntillas primorosas y un lacito de raso, verde también; luego hizo lo propio con los abriguitos, inclinándose finalmente por uno tres cuartos de lanilla castaña y de cuello amplio; los zapatos los eligió de tipo botín en cuero negro, para que la abrigaran bien el pie, con suela de material; las medias, de las de abrigo, blancas y de lana; la camiseta, de felpa, de manga larga y mucho vuelo para que la abrigaran bien los riñones; la faja, de tres vueltas, de las de lana sin bolilla; y las bragas, de hilo, dos y de las finas, que pocos cuartos eran.

—¿Me dice cuanto es todo, Fausta? —dijo al cabo con tono satisfecho pero con un ahoguío en su voz que bien a las claras delataba temor por el dineral que el montante podría suponer.

Tan evidente era su miedo que no pudo reprimirse en añadir, mientras veía a la tendera hacer penosamente números sobre un pedazo del papel de estraza que serviría luego de envoltorio:

—Pero haga número fino y no se prive de aplicar su buen descuento, que ya ve que una es buena clienta.

Fausta, antes de completar el número de las decenas, miró a Lola un instante con ojos perspicaces; volvió luego a los guarismos, mojó el lápiz en la lengua por la comisura de los labios y, al tiempo que terminaba de puntear los sumandos y subrayar el resultado, dijo un «¡Ajá!» que daba acabijo a la aritmética, disminuyó el total en algunos enteros y descargó sin aviso ni anestesia:

—Treinta y cinco con sesenta.

Un chorro de sangre helada recorrió la espalda de Lola, quien había permanecido en tensión a la espera del monto igual que un condenado esperaría la sentencia o el indulto, con la mano metida en la faltriquera apretando sus cuartos.

—Me temo que me he pasado —alegó Lola con voz temblorosa—. Algo deberé dejar.

Fausta, psicóloga no colegiada en virtud de su oficio, enseguida entendió el quebranto que se abatía sobre la mujer. Bien le picaba el irritante arador de la curiosidad, produciéndole un prurito casi insoportable el no descerrajarle la pregunta de para quién eran las prendas o similar; pero se conmovió por el sudor frío que cuajaba gotas minúsculas en la frente de la *buena clienta*, quien revolvía las prendas mirando una vez y otra las etiquetas de los precios con los labios entreabiertos, buscando un aire que no le llegaba suficientemente por las fosas nasales.

—¿Cuánto se ha pasado? —le preguntó Fausta con fingida

indiferencia.
Lola metió su mano en el bolsillo y sacó de una vez todos sus ahorros, poniéndolos sobre el mostrador. La tendera los contó mientras ella seguía empeñada en idear cuál de las prendas era menos necesaria, y al fin, dijo:
—Bueno, los dulces no los llevaré, y estas braguitas, tampoco.
Pero su consternación no desaparecía, pues aún había ventaja en el Debe.
—Nada de eso —resolvió Fausta, recogiéndolo todo y doblándolo con esmero para ubicar cada prenda en su envoltorio o en su caja—. O todo, o nada. Usted, por lo pronto, se lo lleva, y las tres con diez que le faltan ya me las pagará, que se lo dejo aquí bien apuntadito. Pero me las paga, ¿eh?... Cuando pueda, no antes, pero sin olvidos ni anestesias *(por amnesias)*.
Si hubiera podido besarla, Lola lo habría hecho sin dudarlo. Bien constatado quedaba que la fama de generosidad que precedía a doña Fausta era una alfombra más que merecida que los menos agraciados tendían a su paso. La amplia sonrisa de la tarasca y su mirada agradecida así lo proclamaban sin necesidad de palabras.
—Y, además —continuó la tendera ante el desconcierto de Marcela —, a esa criatura, quienquiera que sea, me le regala estos dulces.
Y metió en el paquete media docena de bastones de caramelo, precisamente de ésos de fresa y anís que en alguna ocasión había obsequiado a Zita.
—Descuide usted, doña Fausta —le dijo algo atropelladamente Lola —, que antes de lo que se imagina le habré devuelto...
—¡Tch, tch! Nada de eso ahora, por favor —le interrumpió, aliviándole la pena de una inútil justificación—. Usted se lo lleva, regala a esa nena las prendas, y si es su cumpleaños, la felicita de mi parte.
Cuando Fausta le entregó el paquete bien atadito con un bramante, Lola la miró con los ojos casi cuajados de lágrimas, tendió una sonrisa que era como un rayo de sol, y le dijo:
—Le doy las gracias de corazón, y me lo llevo a condición de regresarle lo que me fio lo antes posible.
—Vamos, vamos, Lola, que tampoco hay para tanto —se quejó la tendera, incómoda por el agasajo que le hacía por fiarla tres pesetas con diez—. Que no es una fortuna, ni mucho menos.
Pero lo que Lola agradecía no era el que le fiaran una fortuna, sino que tuvieran con ella un gesto humano..., el primero desde que Miguel Arcángel murió y se echó por el despeñadero del odio. Nunca nadie, desde entonces, sobre todo cuando comenzó a entregarse por unas monedas, la había tratado con la menor deferencia.

Salió de la tienda con una sonrisa tan amplia y luminosa instalada en su semblante que era capaz por sí misma de iluminar la grísea mañana, aunque no sin antes levantarla desafiante su barbilla a Marcela. Trabajo le costó, una vez estuvo fuera, no echar a correr con su lío bajo el brazo como una chiquilla con zapatos nuevos.
Apenas la campanilla se aquietó, Marcela volvió a la carga.
—¡Ay que ver qué humos se gasta ésa! ¿Para quién querrá todo ese atavío? Porque mira que no se ha detenido en buscar acomodo a sus cuartos, no, sino que ha elegido de lo bueno, lo mejor. Y que yo sepa no tiene pariente de esa edad. Seguro que será para la niña de alguno de sus amantes o..., lo que es peor, igual tiene una hija por ahí y nosotras aquí, *in albis*. Lo que no sería extraño, porque por falta de ocasiones no será *(haciendo gestos de muy mal gusto y con mucha picardía)*. Bien se ve que su alma está perdida y que, además, no hay quién la salve.
—Marcela, hija, si por la boca muere el pez, por fuerza tú has de tener más vidas que un gato o has de ser el más carnal de los espíritus. Anda, anda, vete a misa, rica, que está por caer el segundo toque, y cuando llegues pídele al Señor continencia... en la lengua.
Nada dijo Marcela. Guardó su pan en una bolsa de lona, se reacomodó el velo que llevaba prendido con horquillas al cabello y, despidiéndose con fingido desdén, salió de la abacería, dejando a Fausta sola.
Calle arriba, casi llegando a la Plaza Mayor, iba ya Lola, y apenas ascendiendo la seguía Marcela. Fausta, por un momento, pensó que ambas eran las dos caras de la misma moneda, representantes contrarios de una sociedad que se convulsionaba confusa, oscilando de extremo a extremo.

* * * * * * *

Ya era tarde cuando Fausta echó la llave a la abacería y regresó a La Maldición paseando, según era su costumbre. Apenas su volumen comenzaba a divisarse por el camino, Flavio, quien estaba jugando en el patio con Agamenón —un mastín algo más jovial que aquel Asdrúbal tan perezoso a quien san Antón tuviera en su gloria—, echó a correr hacia ella para recoger el dulce que cada día le llevaba. Ella, chocha con su nieto, le consentía tanto que por exceso hubiera bastado para volver idiota a un talento, pero lo cual soportaba el galopín por el premio que bien valía su tormento.
—Fausta, Fausta, *busté* me lo está malcriando —se quejaba Veneranda, la madre del Flavio.
—¡Déjale, mujer, que disfrute! Infancia no hay más que una, y te digo en verdad que la de este truhan es la más hermosa del mundo. ¿No ves?... Si cada día se parece más a su padre, que en gloria esté.

Ambas mujeres, cada vez que se hacía referencia a la memoria del padre del mozalbete, Salvador Montoro, sentían en su pecho una desazón que las forzaba a constreñir sus semblantes; pero enseguida Fausta continuó con su acostumbrado interrogatorio acerca de la comida, de cómo estaba Armando, su esposo, de las incidencias de la tarde, etcétera.

—Siempre anda *busté* con la misma pepla, *nin* que una no *sabiera* hacer *na'* —le replicaba con displicencia Veneranda, haciendo de sus brazos molinillos y gesticulando con mil caras a cada aseveración—. ¿Cómo ha de estar *to'*?... *Po's* como debe estar, ¡caramba! ¿Será que soy lela acaso?... *Po's* la cena casi lista, *manque* no sé *p'qué*, *proque* ahí están *chusmiando to's* ésos, que se pasan los sábados dándole *güeltas* y más *güeltas* a *to'* como si *podieran rimediar nenguna* cosa. ¡Ay, qué hombres, Dios mío..., qué hombres éstos!

Fausta entró a bocajarro a la sala y, tras besar a Armando y saludar sin mirar a los demás contertulios, se puso a apilar platos y vasos con febrilidad, diciendo:

—¿Ya estamos arreglando España otra vez? Pero, hombres de Dios, ¿no les he dicho ya mil veces que esto no hay quien lo arregle?... Toda mi vida llevo viendo hombres ahí sentados intentando encontrar remiendo de acomodo, y tiene menos valor y más escasa vigencia que una extremaunción al hombre de cronicón *(por cromañón)* ése de la antigüedad. Vamos, caballeros, compostura. Sírvanse un vinito más, echen una parrafada cortita y, en una horita, ¡hala!, cada mochuelo a su olivo. O se quedan a cenar, si lo desean, a condición de que no haya más politiqueo, que éste no trae sino desgracias. Además, ese guiso que ha preparado Veneranda está diciéndome «¡Cómeme!» en todas las lenguas tabernarias *(por vernáculas)*, y por nada del mundo voy a consentir que se estropee.

—Conforme —aseveró don Melquiades—; pero ahora, mi querida Fausta, venga ese vinito.

—Dígame una cosa, padre —inquirió Fausta poniendo cara de pícara—, ¿a ustedes les alimenta la Iglesia o traen hambre ya desde el seminario?... Porque hay que ver las tragaderas que tienen. Creí que era cosa de don Paulino solamente, el párroco que teníamos antes; pero veo que esto es cosa gremial. ¡Virgen Santísima, qué disposición para la gula! Si tuvieran la misma para el rezo, en figurillas habría de vérselas el Señor para no escuchar sus plegarias.

Los hombres rieron la gracia de Fausta, disculpando las mordidas que le daba a la cultura cuando quería reforzar sus aseveraciones incorporando cultismos que escapaban de sus posibilidades.

—Anda, mujer, que ya hemos aceptado el horario —intercedió Armando—. Apiádate de nosotros. ¿Qué otro disfrute podemos tener que no sea el de compartir unas palabras entre amigos?...

—Cavar, por ejemplo —contestó Fausta con jocosa insolencia—. A buen seguro que estando cansados no tendrían tantas ganas de andar mareando al Santísimo con tanta cháchara. Ocio, señores míos: ocio tiene por nombre su problema. Si se ocuparan con asuntos de interés y no con el cuajo ése del que hacen gala, seguro que no les quedarían ganas de arreglar otra cosa que sus propios asuntos.

—Bueno, no podemos pregonar que seamos extremadamente ociosos, mi querida Fausta —se defendió Viriato—, pues ya ves que Armando quema buena parte de su talento en ese epítome que escribe sobre la verdadera historia de España, en el que se recogen datos impensables para muchos.

—Y para el que cuento con tu inestimable ayuda —apuntó don Armando, restándose méritos.

—Humilde, diría yo —añadió Viriato, otorgando todo el honor a su anfitrión—. La Historia es para mí más que conocimiento: es esencia. La esencia misma del hombre, pues que somos resultado de ella, y toda la cual debemos absorberla como si fuéramos esponjas con el fin de comprendernos, así en lo malo como en lo bueno. Pero si Armando se empeña en esto, Melquiades no se queda atrás, aunque solamente sea por aguantar a un par de Marcelas. ¡Y qué decir de Numancio, nuestro insigne doctor, quien se pasa media vida trasteando los pedestres caminos por igualas de a siete con cincuenta anuales!

—Convengo en lo de Marcela —aceptó Fausta con cierta irónica sonrisa—, pero para los demás no hay eximentes que valgan, sobre todo para ti, Viriato, que no creo que cuarenta chicos te den muchos quebraderos de cabeza.

—Ahí, amiga mía, caí con todo el equipo. Me confieso culpable —capituló con histrionismo el maestro, acompañándolo con un gesto como de haber sido descubierto—. Y es más, confidencialmente te digo que si no fuera por esta colaboración a la que me entrego con tu esposo y mi amigo, y por esta tertulia en que puedo escuchar sensateces o insensateces o pronunciar las mías propias, creo que me volvería loco de remate, que no es para un hijo de la gran urbe esta vida bucólica tan distante de universidades y bibliotecas.

—Una mujer es lo que te hace falta y dejarte de marear tanto la perdiz. Rondas ya los cuarenta y un montón, y todavía no tienes ni miras —le diagnosticó con aplomo Fausta.

—¡Ahí, ahí te querría yo ver! —exclamó Numancio, señalándole con el dedo—. Veríamos si entonces tendrías tanto donaire como para seguir mirándonos desde arriba a los esclavos del matrimonio.

—Oh, no, mi querido galeno —se indultó Viriato—, nada de eso. Lo que sucede es que hay criaturas que nacieron para el yugo, como

los bueyes y los esposos, y quienes lo hicimos libres de la responsabilidad de perpetuar la especie, haciendo del intelecto nuestra bandera y no de la bandera un moquero y del intelecto un puré de rutina y disputas de mandil.
—¿Habrase visto papazo? —inquirió Fausta con displicencia—. Pero, bueno, ¿acaso no naciste tú de mujer? ¿O es tal vez te engendraron en una cántara las ninfas del *Obispo (por Olimpo)*? Pues si tu padre quemó su ciencia en bregar para que tuvieras un moquero y tu madre dilapidó su vida entre cacharros, fregoteos y mandiles, ¿no habrías de mostrar mayor agradecimiento a esa costumbre instituida por Dios hace miles de años en vez de mofarte de ella?... Vamos, Viriato, seamos serios, que más bien creo que te pasa como a algunas monjitas, que se casan con Dios porque no hay dios que se case con ellas.
—¡*Touché*! —exclamó el maestro, echándose sobre el respaldo de la butaca y levantando los brazos mientras soportaba las burlas de sus compadres.
—Bueno, señores, lo dicho: un vinito y una horita, ¡y a levar anclas! —concedió Fausta, y salió de la sala.
Don Melquiades fue quien se ocupó de escanciar medio vaso de vino a cada uno de los presentes, en tanto se sofocaban las últimas alabanzas acerca de la imponderable Fausta, no pudiendo el anfitrión sino sentirse halagado.
—Todos somos relativamente nuevos en esta aldea —dijo con honda satisfacción Armando, reclinándose en su butacón de orejas, el principal de la pieza, y echando la vista a su entorno—. Los cuadros y estampas de estos seres a quienes ni conozco, esta sala que ha visto en pie a no pocos de ellos, esta casa, amigos míos, es para mí más que una vivienda. Hay cosas que contaminan el ánimo, pero también las hay que comunican esencias que son ajenas, cual si pudieran ciertos objetos retener parte de las vidas y eternizarlas de forma parecida a como un pintor ancla al sintempo un instante sobre la tela.
»Ya sabéis que aún saboreo las mieles de mi boda reciente. Corría el mes de octubre cuando nos casamos..., cuando tú, mi querido Melquiades, echaste las primeras bendiciones matrimoniales de las que espero sean muchas y felices durante tu larga estadía entre nosotros..., y si al principio acepté vivir aquí por no haber forma de llevarme a Fausta a Madrid, pero sabiéndome sacrificado como una res al confinarme en aldea tan minúscula, hoy he de decir digo donde dije Diego y alegrarme por ello. De quienes aquí habitaron no conocí a otro patriarca que al joven Salvador, y apenas lleva contados cuatro meses bajo tierra, siendo acaso el último caído de nuestra contienda. Hombre querido como él he conocido pocos, que

tenía gran encanto, aunque también su buena lucha. En fin, que con Veneranda, la viuda de Salvador, y Flavio, el hijo de ambos, me creí enclaustrar de por vida en una especie de retiro espiritual permanente y me metí de lleno en la bulla de una familia grande que tiene, además, la historia que torpemente estoy refiriendo, pues son dignos de echar elogios a los incunables y legajos que todas partes hay, llegados hasta aquí desde todos los renglones de la Historia. Y ahora, apenas llevando dos meses como lubitanés, no puedo sino confesarme cautivo de estos lares y estas gentes, y acaso, como Montoro, un poco haya comenzado a ver a esta aldea como suma y compendio de España. Así es la cosa, y me honra; pero, sobre todo, me enorgullezco de esta mujer, de este pedazo de Cielo que es mi buena Fausta, la cual reúne todas las condiciones de la consorte perfecta, pero especialmente de la magistral educadora. Tan es así, que también conmigo se emplea, prometiéndome que ha de sacarme el olor a muerto del uniforme que con honor vestí durante más de cuarenta años. Resumiendo, que aún soy recién casado y puedo confesar sin sonrojo que estoy enamorado como un borrego. Sí, sí..., como un borrego, Viriato, como un borrego, aunque no lo diga por lo irracional de la bestia, sino por estar listo para ir al matadero y ser degollado, si es que al matadero hay que ir. Tira mucho esta sensación, amigo mío, más de lo que te puedas figurar.»

—No te canses, Armando —intervino en su auxilio Numancio—, que ninguno de éstos puede comprenderte. ¿No ves que el uno es soltero de profesión y el otro de vocación? ¡Ah!, pero, lo que es más grave todavía es que tampoco yo puedo salir en tu apoyo, pues me casé con una palomita que tenía la geometría de una odalisca y las maneras de una princesa, y aunque convengo en que el matrimonio a todos nos cambia, hay mutaciones y metamorfosis, y en verdad te digo que tras veinte años de sacramento y cuatro hijos a cuál más calavera, mi esposa de palomita mutó en buitre, de odalisca en tonel y de princesa en la madrastra de la Cenicienta. Total, que si hubiera de repetir la experiencia, me afilio en la peña de estos sabios.

Había quien reía y quien guardaba silencio, como el clérigo, el cual parecía estar ordenando el discurso que pensaba soltar. Y no podía ser de otro modo. Don Melquiades era, ante todo, un hombre calmo, de continente abundante y semblante capaz de reflejar un estado de alma en el que sólo la paz parecía tener cabida. Sus ojos grandes, de mirada ingenua, tenían una candidez que solamente de la inocencia podía nacer o que sólo en un niño podría encontrarse, pareciéndole todo nuevo y escandalizándose prontamente ante cualquier suceso que se saliera del canon de lo ordinario, cual si los sesenta años

vividos no le hubieran servido de nada o, al menos, no para endurecerle la piel.
—No lo sé —dijo con voz serena el clérigo—, pero sinceramente me hubiera gustado conocer el matrimonio y haber dado un vástago propio al Señor... Sí, sí, brutos, no os escandalicéis, que virginidad es una palabra nada más y mantenerla cuesta más que pronunciarla. ¿Acaso duda alguno de nuestra condición humana?...
—Pues yo hubiera jurado que, como los ángeles, curas y monjas carecían de eso —rio con desenfado el doctor.
—Erraste, matasanos —se defendió don Melquiades—. Somos hombres y mujeres, y de nada nos falta..., tan sólo lo contenemos. Pero yo hablaba para quienes tienen en la cabeza un cerebro para comprender, y no esas marranadas en que siempre estáis pensando.
»Mira, Numancio, te aseguro que los que fijan su objetivo en lo efímero nunca alcanzan lo eterno, pues no es la geometría lo importante en las criaturas, sino sus esencias, y si no cejas en tu empeño de filtrarlo todo por los cánones de lo estético, habitarás nada más que con cuerpos y jamás con almas. No seas simple, hombre, que el Descartes ése estaba más que torrija el día pronunció su teoría mecanicista, o acaso inspirado por el mismo diablo. Los médicos sois mecánicos del cuerpo, la sociedad se mecaniza en sus ideologías, sus formas de trabajo y sus pronunciamientos... políticos, ¿y a qué nos lleva eso... o a dónde?... Hay más, Numancio, que la apariencia, más que la geometría y más que la bioquímica, pues parece que todo puede lograrse con buenas prendas, con dietas, ejercicio o con algunas fórmulas de botica. Pero ¿y la capacidad del bien o del mal, dónde queda?..., ¿dónde la capacidad de amor o de odio?..., ¿dónde la inocencia o el pecado..., o la inteligencia o brutalidad?...
»Amigo mío, nos hemos retirado demasiado del recto camino, renunciando al reparador esfuerzo y a la convivencia en respeto con lo natural, y claro está, el hombre, puesto a pedir, no se harta, y comienzan los abusos, el expolio, la ambición desmedida, etcétera, y todo termina en el colapso, en el rencor y, por fin, en la guerra y la muerte. A eso nos conduce. Acabamos de pasar una guerra, algunos de cuyos ecos aún resuenan en no pocos oídos, como los de esta casa, por ejemplo, y yo pregunto: ¿dónde se inició?... Mi opinión, si queréis conocerla, el mismo día que algunos empezaron a negar a Dios. Entendedme. No quiero ser juez de nadie ni delator tampoco, sino solamente dar mi opinión; una opinión de hombre que mira y observa desde su ignorancia con el corazón libre, escogiendo, con uso de su albedrío, la esclavitud del sacerdocio, pues la libertad, según esta concepción que me anima, es una vana ilusión. Pongamos por caso que Fulano o Zutano digan que la culpa

de la Guerra Civil la tuvo el amigo Casares o el amigo Calvo-Sotelo, y yo digo: ¿por qué no ha de tenerla Primo de Rivera o Sanjurjo?..., ¿o por qué Durruti o la Pasionaria?..., y más aún, ¿por qué no ha Alfonso XIII, su papá el XII, Castelar, María Cristina, Fernando VII o el mismo Godoy?... Porque ellos echaron a Dios poco a poco de sus vidas por influjo de los políticos, gentualla que sólo ansiaba poder a cualquier precio y figurar en los libros de Historia, sembrando en los corazones del pueblo la demanda o el rencor, según sus intereses particulares o sus ambiciones hedónicas.

»Y lo mismo sucede con sus acólitos y corifeos, con todo ese tejemaneje de la democracia y otros cuentos. Pero ángeles míos, ¿cómo un hombre de escasas letras ha de votar sobre el destino de un país? ¿Qué sabe él de Economía, de asuntos de Estado, de Intendencia o de intereses internacionales?... Necedad como ésta solamente puede ser creída por lo disparatado, como cosa de locos es creer que les van a dejar votar otra cosa que lo que ellos quieran, como ellos quieran y cuando ellos quieran. Y claro, con tanto lelo dispuesto a creer que los pájaros maman, cuando expulsan de sí a lo único que está al alcance de sus entendederas, cuando ponen por delante de la sagrada cruz las vanas ideas, el confort o los cuartos, pierden lo único seguro que tenemos. Tú, Viriato, bien puedes atestiguar sobre ello por tu formación. ¿Acaso no fue más brillante el destino y más inalcanzable y eterna la gloria cuando se peleó en unidad por la sagrada idea con el corazón y la vida puestas en el Señor?...»

Don Viriato se recompuso en su asiento, tomó el vaso de vino y se echó un largo trago al coleto. Luego, miró a sus contertulios con sus ojos menudos y vivarachos, entrelazó los sarmentosos dedos de sus desangeladas manos y guardó silencio.

Era un hombre que ya estaba más que instalado en la placidez de la edad madura, pero le caracterizaba un espíritu inquieto y unas costumbres espartanas, como muy bien lo atestiguaban su delgadez, más propia de un metabolismo alto que de una alimentación escasa, y el perpetuo gesto de su semblante, como de hallarse en una constante lucha interior por disquisiciones intelectuales. Asaz alto y algo desgarbado, de cabello emboscado, el cual al caer parecía haber arraigado por todo el cuerpo como si lo trasplantara, la color blanquecina y siempre enfundado en los trajes de espiguilla que gustaba vestir de lunes a lunes, era más la caprichosa figura del librepensador que la del maestro, a quienes sus alumnos llamaban el Cerbatana por su homónimo de El Buscón de Quevedo.

—Vayamos por partes —dijo al fin, tras apilar una batería de argumentos con el propósito de descargarlos sin piedad—:

»Uno: convengo contigo, Melquiades, que esta guerra fue

consecuencia de un alboroto gestado durante muchos años, y que no tenía más solución de continuidad que las armas; pero en absoluto comparto la idea de que hayan sido los culpables los políticos, sino la tendencia a la acracia del pueblo, pues muy bien sabes que si Julio Cesar no romanizó antes estas tierras se debió en buena medida a su anárquica conducta, muy fuera de la lógica romana, como lo atestigua el lusitano por quien llevo el nombre.

»Dos: no creo que fuera por el ideal de la cruz o el sentimiento divino por lo que llevamos a cabo en otras épocas lo que hicimos, pues que pocas opciones había para la libre elección, sino que más bien fue en virtud de la disciplina y a la unidad, o sí o sí, impuesta por quienes más supieron de Estado que de conciencias. Así mismo, opino que si nuestra Cruzada la ganamos fue gracias a este factor de la disciplina y no a otro.

»Tres: si Descartes fue o no una materialización del Maligno, no me pronuncio; pero es mi opinión que si Dios nos dio talento y razón, si es que Él nos los dio y no la naturaleza, por fuerza tuvo que ser para usarla y no para archivarla bajo siete llaves y a seis pies de profundidad.

»Y cuatro: la ambición, hasta donde llego, es consustancial al propio ser humano, y de todas las culturas habidas a lo largo y ancho del orbe, la mayoría no cristianas, ninguna de ella se vio libre nunca de intrigas y guerreos, que si de algo no se cansa uno es de la posesión de más y más, sin colmo ni tasa.

»Señores, todos hubimos de elegir cuando comenzó esta locura de la guerra, y aunque no pocos lo hicieron por razones geográficas, que es como decir de supervivencia, muchos sí que lo hicimos por convicción. Todo tiene sus desajustes, y la paz en estas condiciones es tanto más grave. Antes del glorioso Alzamiento Nacional no se podía caminar con seguridad por ninguna parte, que desde ser *paseado* a ser asaltado, de todo te podía pasar. En cambio, ahora se vive en paz, sin temor a nada ni a nadie, y todo ello aun cuando hay notable mayor pobreza que antes de la guerra. No es una cuestión de política, sino de prolijidad: de orden. Hoy saben los transgresores a qué se exponen, y antes nada pasaba, pues hasta en las cárceles tenían sus sindicatos y, a través de ellos, sometido al Estado. En un Estado sumiso a las presiones de ciertos grupos o donde los infractores tienen más beneficios que los inocentes, es claro que sus pasos se dirigen al precipicio, y os aseguro que si hubiéramos perdido esta guerra, todos éstos que hoy nos acusan de crueldad a buen seguro nos hubieran dejado cortos. No hay más que ver que en su ánimo estaba el exterminio de todo orden posible, no sólo fraccionados en su política y sus ideales, sino también en sus Ejércitos, que eran células políticas en armas e incluso en el

territorio, concediendo licencias estatales a quienes las quisieran y desatendiendo las razones históricas o de pura y simple lógica. Yo me decanté por el orden, por una sociedad unida y por ella luché, y una vez terminada la guerra regresé a mi ocupación sin aguardar mención ni medalla, pero listo a saltar de nuevo, si de nuevo es necesario.»

—Convengo contigo, Viriato —le apoyó Numancio, dando una palmada en la pierna de su amigo—, en parte, aunque no en todo, que también Melquiades tiene razón. Como capitán médico me desempeñé en la contienda, y he de decir con orgullo que muchos de aquellos muchachos que generosamente entregaron sus vidas, lo hicieron convencidos de que había un Dios aguardándoles al otro lado de su muerte. El ser médico le proporciona a uno un púlpito desde el que se contempla parte de la grandeza y la miseria humana, y nada hay tan terrible como el semblante del miedo ni nada tan sobrecogedor como la sonrisa ante la certeza de la muerte. Ciertamente, es algo que confunde en lo más profundo del espíritu. Por ello creo en Dios, cuando durante casi toda mi juventud fui un balarrasa que solamente gustó de mujeres y juergas..., aunque aún no reniego del todo de ello. Pero, al caso, lo que importa es que si yo me decanté por el orden, a ejemplo tuyo, lo hice por parar el tormento de amenazas y berenjenales callejeros continuos, el vivir en perpetuo sobresalto, donde por el solo hecho de llevar corbata era mérito suficiente para ser fusilado, como le sucedió a mi hermano Donato en septiembre del 36, quien fue ejecutado en las tapias de La Almudena. «¡Acabar con el enemigo!», decían, y acabaron con un funcionario de banca con seis hijos, cuyas únicas ideas políticas eran las de pagar el alquiler de una casa que se les caía a pedazos en Cedaceros. ¡Grave peligro le evitaron a la República!

Se hizo un silencio denso, acaso atávica costumbre de los hombres cuando se reverdecía el dolor de la muerte de un ser querido de alguno de los presentes, en el que tuvieron ocasión de hacer un recorrido mental por aquella guerra que no terminaba de extinguirse. Don Melquiades tenía juntas las manos, cual si orara interiormente o si se dirigiera en espíritu tiempo adelante, cicatriz arriba; Numancio, se debatía entre la continencia formal y el desaliento, pues mucho le había transformado la contienda, aunque más por dentro que por fuera, donde aún mantenía su imagen de donjuán trasnochado; Viriato, más libre que ninguno por no haber perdido a nadie pues a nadie tenía, podía mantener la hidalga compostura que le investía de aquella aureola de sensata templanza; y Armando, señor de la guerra por rango, señor de la muerte por las pérdidas de su esposa y sus dos hijos en la contienda, no podía sino

resistirse empecinadamente a no mirar hacia atrás, no fuera que el recuerdo y el dolor le alcanzaran y no soportara seguir adelante. Los ojos de los contertulios iban de los cuadros a la mesa, de las alfombras o catalufas a la toza de la chimenea, donde dos relojes caminaban a distinto paso, como aquella misma sociedad partida.

—En fin, amigos —declaró Armando—, es hora ya de enterrar a nuestros muertos y seguir adelante, aunque nos pese, pues nada podemos hacer salvo empeñarnos en que tanta sangre sirva al menos para abonar el futuro. Lo hecho, hecho está. Ellos o nosotros, no importa ahora, empezamos y terminamos con esta locura. Llegó el tiempo de la reconstrucción, y ésta es una labor que precisa del más generoso esfuerzo. Probablemente todos teníamos nuestras razones para la guerra, todos teníamos sueños que poner sobre el tapete... y seguramente ambos contendientes contábamos con asesinos entre nuestras filas, locos capaces de utilizar la sangre por escala y la guerra por instrumento de venganza. Hacia el futuro sólo se va en una dirección. El tiempo indultará a los vencidos, se elegirán algunas estampas imaginarias o aisladas de esa guerra, y se querrán extender éstas a la totalidad de los hechos...; a los vencedores, en cambio, no se nos perdonará el éxito, como siempre sucede en estas tierras. Así son las cosas. Tal vez andando los años, mucho más adelante, cuando estas heridas tan inmensas cicatricen, puedan historiarse sin pasión ni miedo estos sucesos...

—Señores —interrumpió Fausta, entrando a saco en la sala—, elijan: o a cenar..., o santas y buenas.

—Me inclino por la cena —se determinó con viveza el sacerdote, poniéndose en pie.

—No me sorprende: ya tiene puesto en la mesa, padre Tragaderas —afirmó Fausta, sin prestarle mayor atención—. ¿Y los demás?

—Aunque sería mi deseo, no me es posible —se disculpó Numancio —. Yo tengo mi propio abrevadero, y por nada del mundo quisiera contrariar a mi Bárbara, cuyo nombre ya advierte por sí solo de las consecuencias de hacerlo.

—¡Ah!, pues yo sí que me quedo —objetó Viriato—. Ese guiso, por cómo huele, ha de ser cuando menos cosa de ser degustado con el reposo que los cánones de la buena mesa imponen. Además, si no como aquí hoy hago ayuno, y no quiero que por ahora Melquiades me considere incondicional de los suyos. Hagámosle sufrir un poco todavía.

—En tal caso, señores, de aquí para allá, a la mesa, y tú, Numancio, arreando que es gerundio.

Y mientras el uno se marchaba, los demás tomaron asiento a la mesa en la amplia cocina, donde mudaron la conversación a los no menos enrevesados vericuetos de la gastronomía patria y, cómo no,

de la cocina de campaña.

5. Debe y haber

Poco le importaban a Lola las tres con diez de la deuda ni cómo podría juntar tantísimo dinero; ¡Dios proveería! Para ella lo importante era que la niña tuviera su vestidito, como las niñas de padres conocidos, para no temer al frío de diciembre ni que sus carnes avergonzaran el brillo de las estrellas. Su niña tendría el culo decentemente cubierto con hilo.

Y todo le gustó a la niña, menos las bragas: sencillamente se negó a ponérselas. Un charco de orín, junto a la chimenea, proclamaba su costumbre; pero Lola no podía afear una falta cometida sin conciencia, y sus urinarios fueron siempre el santo campo, y su hora la de la necesidad cuando apretaba.

Se le presentaba un duro trabajo por delante, pero estaba feliz de ello. Se contentó con ver su expresión exultantemente dichosa cuando se puso sus ropas nuevas, danzando en medio de la sala mientras hacía volar su vestido como si fueran alas de pájaros en primavera. Besaba a su perro una vez y otra, produciendo en Lola un prurito muy semejante al de los celos. Y tal encono le produjo el que no le tendiera las banderas de sus brazos que, trayéndole un orinal, lo puso sobre la mesa y, señalando el charco de orín, le dijo:

—Una señorita, mea en su sitio.

* * * * * * *

Aquella tarde arreció la lluvia. La niña tenía la cara echada a las ventanas con la mirada desplegada en orden de nostalgia. Culebrillas de agua se deslizaban cristales abajo, produciendo las gotas en ellos un tintineo como de esquilas. Los codos sobre el alféizar, sobre sus manos la barbilla, sobre la barbilla su boca sellada, su silencio y su tosecilla, y sobre su silencio el de Lola, revoloteando en un aire de triste dicha. Pensó que soñaba con su libertad, tal vez con una cacería de basuras, con un viento libre acogiéndola en sus salas y un mundo solo y grande contemplándola. Al fin y al cabo, por primera vez desde hacía Dios sabría cuánto, aquel día no lo pasó al raso.

Lola trataba de recomponer el vestido primero, procurando que el esmero auxiliara a las buenas intenciones, que a veces, solamente a veces, más valía el oficio que el deseo. Y en el hilo y el dedal y la aguja, como si tejiera una telaraña sutil que atrapara el devenir de la pesada idea, iba y venía la aflicción, frágil como la grandeza del equilibrista. Tenía la niña, pero no la tenía. Sentía que estaba, solamente. Tal vez fuera a causa del hundimiento de ánimo que producía la lluvia o de la luz difusa del nublado, no lo sabía; pero notaba su ausencia con quebranto, su presencia casual, casi efímera. No deseaba que pasara ante ella sin poder retener su sonrisa, sin que algo suyo le perteneciera. La generosidad es un monstruo absorbente y egoísta que paga con materia la compra del alma; y ella necesitaba de su infancia, de su luz clara y de sus manos todo aquello que el mundo le había negado. No quedaba claro quién había pedido socorro a quién, ni cuál de ellas precisaba mayor amparo, porque había fríos que calaban más hondo en los huesos que los de diciembre, que eran hielos que brotaban de entre el cieno de la memoria y que en el alma se clavaban, pudriéndola.

Comenzó a hablar con ella sin esperar respuesta. Se sabía tan sola, tan necesitada de su calor, que quiso hablarla de esperanzas desvanecidas, de quimeras que tenía almacenadas en las gavetas de sus sueños; de otras tardes como esa tarde; del hijo que pudo haber sido marinero; de un montón de sueños suspendidos, arrastrados por los vientos del pasado; de un presente inconcluso, lleno de vacíos como fosas; de noches desiertas y de silencios desconsolados; y de un vivir recordando, sin fe, ni caridad ni esperanza.

La niña, se había girado sobre sus talones, escuchándola. Luego, se aproximó a la mesa y tomó asiento, poniendo su cara entre las manos y echándole sus ojos. Lola no la miraba, pero sentía su presencia. Así hubiera deseado tener a su hijo. Y la rara enfermedad de la nostalgia lo instaló en su mente, suplantándola. Y le habló de su padre y de ella, del amor que cabía en una cana y no cabía en los mares, de la felicidad que desbordaba toda playa y que llegaba a lomos de las mariposas, y de la paz que valía la vida más preciada. Y como una idea que tirase del hilo de la madeja del deseo, su propia garla la condujo a confundir los dos mundos que habitaba: el de la realidad y el del de los anhelos. Así, su dolor y su vacío trajeron desde su vientre la piel de su hijo malogrado, tal vez su alborozada infancia, llenándole el alma de besos y de fragancias. Y se lo pintó tan vivo y tan sereno que le dijo a la niña, «hijo»; pero al extender la mano a su rostro de hombre incipiente, a sus labios engendrados de otros labios enamorados y a sus ojos iluminados por otros ojos, se diluyó en el aire en el momento de alcanzar sus yemas la cara de la niña, quedando en su lugar una mirada sorprendida y

una chiquilla inmóvil.
La niña, tal vez asustada, salió del cuarto, volviéndose a ella antes de traspasar la puerta que daba a la cocina, dejándola confusa y tal vez arrepentida. Su pensamiento vagó azorado en su ausencia, quizás reprobándose su conducta por considerarla desalentada. Continuó cosiendo en silencio, resignada a una soledad que no terminaba de extinguirse, animándose con la piedad de darse otra prórroga de esperanza, pero sin poner demasiada fe ni demasiado empeño.
La niña entró en la sala con el orinal entre sus manos. Avanzó con paso decidido, se detuvo ante ella y puso el bacín sobre la mesa, mostrándole sus heces. Lola quedó mirándolo desconcertada, y cuando comprendió su significado, la miró enternecida, encontrándola con el vestido levantado con ambas manos para que le viera las bragas puestas.
—Me llamo Zita —dijo con un hilo de voz.
—¿Cómo dices? —le preguntó Lola sin entender.
—Que me llamo Zita.
Y además de ser ángel y de ser niña, supo que hablaba.

* * * * * * *

Dicen que de una explosión de la nada que nadie comprende se generó el universo, que de seres que ni vemos se engendró la magia de la vida y que de la complejidad que nos conforma surgió nuestra conciencia de saber que somos lo que no somos. Así, desde lo infinitésimo a lo inmenso, Zita progresó en la palabra.
Lola tuvo la sensación de ser la primera mortal en sentir el arpa de su voz vibrando en el aire; pero Zita era parca, incapaz de responder a todas sus preguntas. La niña a veces mostraba enojo ante su insistencia, castigándola con su silencio, hasta que comprendió la mujer que debía respetar su voluntad de obrar a su antojo, y optó por ser únicamente oidora.
Con expresiones muy felices y muy torpes palabras, le dijo que no sabía de qué lugar procedía ni hacia qué punto cardinal se encontraba, que nunca midió el tiempo sino por el hambre y el frío, que no conservaba otros recuerdos que una mujer muerta y unas ruinas en el límite justo en que la memoria cuajaba en olvido, que nunca tuvo otra compañía que la de aquel perro que se le unió aquel mismo día, y que no sentía tristeza o pena o necesidad por nada, pues había aprendido que la vida era el arte de aceptarla tal y como venía.
Su forma de entender los sucesos, era, además de serena, un tanto autista o desconcertante. Para justificar la llegada del invierno,

decía: «cuando las golondrinas se llevan el verano...»; para nombrar la desdicha: «el envoltorio del regalo que Dios prepara...»; para nombrar las lágrimas: «gotas del alma»; y muchas otras cosas por el estilo, pero todas muy bien encasilladas, cada cual en su gavetita, ordenadas con una pulcritud y esmero tales que no hacían falta mayores indicaciones para comprender que, detrás de ellas, se hallaba una dura lección aprendida con dolorosas experiencias. Todo tenía su cómo y su porqué, y nunca mostraba inquina hacia nada ni hacia nadie, cual si no hubiera nada en el mundo capaz de perturbar aquel ánimo que pasaba por la vida sin lastimarse, o que se había lastimado tanto que había convertido su piel en un caparazón.

Nada..., o casi nada. Únicamente ensombrecía su gesto cuando hablaba de su madre —a su padre no le recordaba—, o cuando se refería al desdén con que los otros chicos la trataban, no entendiendo muy bien por qué no la permitían unirse a sus juegos si era niña como ellos y como ellos capaz de cantar o danzar.

—¿No será que Dios se enojó contigo? —le soltó Lola, sin darse cuenta de su torpeza.

Bajó Zita sus ojos mientras su labio inferior caía, despegándose del otro, mostrando las piezas descuadernadas de sus dientes de segunda infancia, y se le vino el pelo sobre el rostro, arrojando densas sombras en su carita púber y entenebreciendo el manso fulgor de sus ojos. Su mano se deslizó por el lomo de su perro como lo haría una abeja por un pétalo.

—Es porque soy pobre... y porque soy fea —dijo muy afectada.

Su gesto se había abatido como si una nube tormentosa se hubiera precipitado desde lo más alto de la dicha.

—No, mi amor —la consoló Lola, tomándola entre sus brazos, tratando de reparar el error cometido—; tú no eres fea. Eres Zita, la más hermosa del mundo porque la belleza está aquí —señalándola con el dedo su pecho—, y nadie guarda ahí tanta belleza como tú. Y no eres pobre porque la verdadera miseria es tener y no compartir, desear lo que no es de una o comprar lo que no se puede, y tú eres la joya más preciada de este gremio humano. Pobre es el que acapara: pobre de esencia, miserable. Feo es el pecado, niña mía..., y el miedo. Si a Dios le diera por elegir una cosa hermosa, la más hermosa de todas las que hay en este inmenso estercolero, ten por seguro que a ti te elegiría, porque eres rabiosamente bella y espléndidamente rara como una flor en el Infierno.

Lola guardó silencio. Zita, después de aquello, se bajó al suelo y volvió a la ventana, echando su mirada a la distancia. Una mirada larga y lánguida que resbaló entre las últimas luces de la tarde, yéndose desde los pinares a los canchales de Casasola. Y mientras

Lola la sabía viajando por las inmensas estepas del desconcierto, la veía ante ella, recostada en el alféizar o sentada sobre la estera con su perro, y pudo contemplar en su ser a la patria del hombre, esta humanidad condenada al destierro, al desamor y a la nada.
«No se puede ofender a la ofensa», se pensaba Lola, porque, a pesar de su aparente tristeza Zita vivía con saldo cero, sin debe ni haber, acaso con la esperanza justa para cada día corriente..., y el que le siguiera, ya vería. Sin embargo, le parecía que su propio padecimiento se atenuaba ante el de la niña, más ancho pero más silencioso. No en vano la niña vivió lo que vivió, sin experiencia en otra cosa que en aquel dominio, en tanto que ella se estableció por su propio rencor en el brete en el que se había presidiado, acaso como ardid para mantener antinaturalmente vivo a su Miguel Arcángel.
Durante la cena Lola trató de sacar de ella la sombra que parecía haber languidecido su ánimo, y no le costó mucho. El pesar en Zita duraba lo que una tormenta de verano, y enseguida se unió a la charla con viveza, aunque sin ser capaz de gestionar una sonrisa todavía.
—¿Qué te gustaría ser de mayor? —le preguntó la mujer, queriendo entrar en el mundo de sus aspiraciones con sigilo.
—No lo sé —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Nunca lo he pensado; pero Dios debe estar preparándome algo muy bueno.
—¿Pero no hay nada que te gustaría ser?
—¿Tengo que ser algo?... ¿No lo soy ya?... A mí me parece que ya lo soy: Zita. Si Dios hubiera querido que fuera otra cosa, me habría hecho distinta.
—Ah, ¿pero crees en Dios?
—Sí, claro —dijo, levantando sus ojos como rubricando una evidencia que no merecía ser puesta en duda—. Mi madre me enseñó casi todo de Él..., y mi madre no mentía nunca.
—Ya veo —asintió Lola, tratando de tirarle un poco de la lengua—. Y, según tú, ¿cómo es?...
—Listo.
—¿Listo?...
—Sí, listo. Pero que muy, muy listo, y no como las personas, que son bastante brutas.
—Bueno, en eso estoy de acuerdo contigo. No se puede decir que seamos muy despiertos, no. De ser así, no estarían las cosas como están, siempre al principio.
—Yo no entiendo muy bien las cosas, pero me da en la nariz que algo está del revés. Quieren a Dios vivo, pero le tienen crucificado para que no se mueva.
—Zita, me temo que Dios no hocica demasiado en los asuntos de la

gente. No creo que tenga demasiado interés en nosotros.
—¡Oh, no, qué va! Lo que pasa es que no le ven..., pero está ahí. Quieren cosas, pero desprecian las viejas por otras nuevas, apenas sin haberlas disfrutado... o como si fueran incapaces de encariñarse con nada. Yo lo sé por la basura. La basura es el rastro de las almas, ¿sabes?
—¿La basura?...
—Sí, la basura. ¡A veces tiran unas cosas... que ya, ya! —Y lo decía sacudiendo los dedos, como remarcando lo evidente—. Una vez encontré un filete casi entero; y otra, un muñeco casi nuevo; y otra más, una carta de amor. Un basurero es algo así como el lugar donde algunos arrojan lo que les duele y donde muchos podrían completar lo que les falta: el filete para los hambrientos, que mire que hay, ¿eh?...; el muñeco, para los niños que no tienen quién les regale...; y la carta de amor, para los que no tienen a quién querer o quien les quiera.
La mente de Lola se fue con estas palabras por sus propios derroteros, recordando cuántas cosas entrañables o necesarias había tirado también.
Estuvieron dándole a la hebra hasta bien entrada la noche, con el hule sin recoger y los platos aún en la mesa, la cual estaba muy cerca del hogar en el que crepitaban unos haces de sarmientos y algunas ramas de almendro que daban a la atmósfera un regusto dulzón y sonoro, como muchos «pasos de duendes», dicho con las palabras de Zita. Sobre la mesa, en el centro, había encendido un quinqué que le daba a la estancia la apariencia de una estampa antigua. Por un lado, las llamas del hogar arrojaban sobre los muros luces y sombras, aureolando los contornos de ambas con colores ambarinos, y por otro retrocedían espantadas por las del quinqué, de mucha menos fuerza pero más firme y serena, iluminándolas con tonos limón.
Decir que disfrutaba Lola sería pretender referirse a una fábrica textil por una hebra. Ella sonsacaba a la nena y escuchaba, gozando del gracejo con que se refería a sus dispares querencias. El donaire de la niña, a qué no confesarlo, la embebecía, y tenía a veces que echar risitas con mucho disimulo, cubriéndose la boca con la burda servilleta de paño para que no creyera Zita que se reía de ella.
Más tarde, cuando las campanadas del reloj del ayuntamiento les anunciaron que estaban a una hora de que se fundara otro día, se dispusieron a levantar la mesa y llevar los cubiertos a la artesa de zinc que había sobre la pila de la cocina, sin dejar de parlotear acerca de esto o de aquello como si fuera una conversación que se negara a extinguirse. Ni Lola lo quería ni lo quería Zita, pues ninguna tuvo ocasión como aquélla de expresar lo que sentía o

creía.
Al fin, cuando estuvo completa la tarea y los platos y cubiertos habían sido fregados, Lola despidió a Zita con un beso en la frente, y luego, con morbosa pleitesía puso oídos a sus susurros para escuchar cómo se despedía de aquel Dios que permitió que transitara por los lugares más feos del mundo.
Cuando el silencio se enseñoreó de la casa, Lola dio un respingo como eludiendo una nueva nostalgia, sonrió y quiso ocupar parte de su excitación en algo de provecho, como intentar enmendar con algo más de tino aquel endemoniado vestido que parecían las sayas de un fauno.
Puntada a puntada, con pulcro esmero, trató de corregir los desarreglos que había producido la ansiedad o la dicha en la prenda, y haciendo de vez en cuando un alto, como recordando dónde o dónde no le sobraba paño y cuánto, volvía a la tijera y a la aguja, y mete aquí, saca allá, fue poco a poco cambiando la geometría, harto más parecida a la del vestido que había comprado por la mañana que a la nefasta apariencia que tenía cuando se empeñó en la difícil labor.
Puntadas entre las sombras que la hacían empequeñecer los ojos hasta que casi no eran sino rayas, rodeada de una penumbra en la que danzaban las llamas. Fuera había comenzado a llover, y la lluvia y el viento ponían música de fondo en la techumbre de la casa y en los cristales de las ventanas, llevándola y trayéndola de la habitación del piso superior a las estepas de los recuerdos, y juntándose con ella el espíritu de aquella criatura y su perro y Miguel Arcángel y su hijo, y sus padres, y las antiguas amigas de la mocedad, y treinta y muchos años de vida atiborrando la estancia con su presencia mientras la contemplaban afanarse en aquella labor, trazando rayas y más rayas con el jaboncillo azul y con los dientes mordiendo muchos, pero que muchos alfileres, casi tantos como los que la asaetaban el alma.

6. Ingresos y deudas

Serían poco más de las ocho de la mañana cuando Zita bajó a la sala con su perro. Llevaba enfundado su vestido nuevo, pero era obvio que no se había lavado, a pesar de que una hora antes Lola había llevado a su alcoba un aguamanil de agua caliente y la había puesto sobre la palangana, además de una pastilla de jabón, una toalla y unas braguitas limpias. Un acto del todo inútil, pues ninguna de sus costumbres civilizadas parecían cuadrar con tales hábitos.

Lola permaneció un instante mirando sus guedejas despeinadas, entre las cuales pudieran haber tendido una emboscada todo un regimiento de sueños, luego puso gesto como de pocas amigas y, sin moverse de donde estaba, señaló hacia el cuarto y le dijo:

—Ah, no, señorita. Usted sube ahora mismo y se lava bien todo el cuerpecito. ¡Pues faltaría más! Y nada de mojar los dedos ni de venirme con triquiñuelas, que soy más que experta en estas lides. Bien de jabón en la cara y en las orejas... y detrás de ellas. Y nada de olvidarse de las axilas ni del culito.

Por el rictus que Zita tenía impreso en su semblante se comprendía que la referencia a la higiene no le hacía ni pizca de gracia; pero mucho menos aún le hizo el que nombrara sus intimidades, cual si ahora fuera preciso mostrar pulcritud hasta en donde el mundo no podía asomarse. Vamos, que tanta gazmoñería daba la impresión de parecerle ganas de andar mareando el Santísimo, pues siempre había vivido así y nunca tuvo por ello mayores inconvenientes. Parecía decir, si se atendía al mohín de sus labios formando pico y a su ceño, que no le quedaba nada claro si había acertado o no al aceptar una hospitalidad que tal precio tenía, y por su inacción, que estaba meditando si dar marcha atrás a cumplir con la encomienda o si salir de la casa, y santas y buenas.

Sin embargo, no tuvo ocasión de hacer ni lo uno ni lo otro, porque antes de que se diera cuenta se acercó a ella Lola, conmovida por su mueca de incertidumbre, se agachó hasta clavar la rodilla en el suelo y, tomándola con mucho afecto por ambos brazos, le dijo:

—¿No te das cuenta, mi amor, que si no hay higiene no hay señorita? Mira que tu vestido agarrará olor y se pudrirán tus carnes con esas inmundicias. —Y poniéndose en pie, sin separarse de su lado, solamente tomándola de la mano, continuó—: ¿Qué quieres, hija?... Vivimos en un mundo que tizna como si fuera una sartén vieja. Ya ves, incluso a una casa, que ni se mueve, es preciso estar todo el santo día dándole zorrazos y escobando como si una no tuviera más aficiones que la bayeta y el estropajo. ¡Pero es lo que hay, y tenemos que decir amén!

Cuando Zita quiso reparar en qué quería decir su preceptora con todas aquellas figuras retóricas, estaba frente a la odiosa palangana y, como aquél que dice, como su madre la trajo al mundo, apenas cubierta por su camiseta de felpa y sus braguitas de hilo.

—Mira, yo te enseñaré, porque te han faltado tanto maestros como oportunidades, y verás que no es tan terrible, que hasta parece que el espíritu se libera cuando se saca una la miseria de la mugre del cuerpo —continuó, sabiendo que si permitía un instante de sosiego, a buen seguro que se iban a hacer precisos exploradores para encontrar a la discípula de la roña—. Así, así, y así —dándole con su mano diestra jabón en abundancia por el rostro, el cuello y las orejas, casi sin compasión, mientras con la siniestra afirmaba una presa que la mantenía reclinada sobre la palangana—. Y, ahora, agua en abundancia, así, para que veas que es nuestra aliada y no nuestra enemiga.

Cuando terminó la operación y le secó bien la cara, dejó la toalla sobre la armazón que sostenía la palangana, se cruzó de brazos ante ella, a modo de institutriz, y concluyó:

—Ya sabes cómo se hace: ahora te toca a ti dar cuenta de manos, brazos... y de lo demás. Ahí tienes un pañito para esos lugares más escondidos, y el resto a pura mano.

Pero Zita ni se movió. La miró con ojos algo resentidos, frunció los labios y la soltó la siguiente ocurrencia:

—No sé yo si me va a gustar esto de ser... normal.

—Pues que te vaya gustando, cielito, porque, o se es señorita para todo y con todo o no se es para nada. Así que, ya sabes: ¡manos a la obra, y a asesarse como Dios manda!

Ella no dijo nada, sino que la miró de nuevo con molesta picardía, y le espetó:

—Ah, ¿sí?... ¿Y a quién le dijo Dios que nos laváramos?

Lola titubeó un instante ante su salida, dudando entre echarse a reír o sentirse incómoda por su rebeldía, y optando por tomárselo con paciencia, concluyó:

—A ti, bien se ve que no; pero a mí, sí. Y me dijo: «¡Y que frote bien detrás de las orejas..., y en el culito, que un día va a coger la

pelagra o algo peor!» De manera, que ya sabes lo que hay. Te lavas bien, bien, y luego enjuagas el paño, que tampoco quiero yo andar restregando sedimentos de nadie y no es mala cosa que te vayas acostumbrando a ser cuidadosa con lo tuyo. Y por anticipado te digo que antes de desayunar, hay revista.

Y dicho esto, salió del cuarto. Desde fuera, aun sintiendo ciertos desarreglos por la tensión que le suponía novedad como ésa y el temor de que su reprimenda no le hubiera caído bien, permaneció aguardando a mitad de la escalera, sintiéndola echar rezos, y no precisamente de los más píos.

Aunque no fue merecedora de un sobresaliente la primera higiene a la que se sometió Zita, sí sirvió para un aprobado ramplón, pero aprobado al fin y al cabo, al menos si tenemos en cuenta que no hubo revista de lugares íntimos, que obvió realizar Lola por respeto.

Si en esa confusión mental se instalaba Zita —que no entendía por qué se pasaba sin intermedios de no importarle un pimiento al mundo a que la quisieran revisar sus santas vergüenzas—, algo parecido sucedía con Lola, para quien la novedad de tener que ocuparse de menudencias como aquéllas, le producían un prurito que la hacía estremecerse de satisfacción y de temor a un tiempo.

Se pusieron a desayunar, y al poco de tomar el segundo sorbo, Zita ya sonreía como si el incidente anterior fuera cosa que hubiera caído en el olvido, y de nuevo volvió a su charla, animada e inquieta, agitándose sobre su silla mientras refería qué soñó y qué pretendía hacer con su día. Respecto al primer asunto, como era normal en ella, fantaseó con lugares arrasados y con un amigo con el que hablaba. «El de las barbas largas y las palabras cortas», le nombraba ella. Era un personaje habitual en casi todos los sueños que recordaba, el cual permanecía a su lado todo el tiempo, siempre con un gesto severo a la par que amistoso, aunque sin darle palique por más que ella le hablara, e incluso cuando se subía a sus rodillas y le tiraba de la barba. Él, lo más que hacía era tomarla por las manos, llevárselas a su pecho y sonreírla. A lo sumo, cuando una de sus aventuras ponía en grave riesgo su seguridad, decía él, «¡Cuidado con eso!», o le silbaba al perro para que fuera en su auxilio. Poco o nada más hablaban, aunque aquella noche, según refirió, fue menos parco que de costumbre y le dijo que en el futuro no iría tanto a su sueño por reclamarle otras obligaciones, aunque no por ello dejaba de tenerla en la estima que la tenía. Este relato, por un momento sembró en el semblante de la niña una sombra de desconcierto que la hizo parecer más vulnerable de lo que en realidad era. Luego de recuperar el aliento, refirió sus planes respecto del segundo asunto. Lola supo leer en ellos su ansiedad por plantarse ante la escuela con su vestidito, su abrigo y sus zapatos

nuevos, acaso con la intención de sentirse más igual a aquellos niños a los que tanto deseaba y quién sabía si con la esperanza de que le invitaran a participar en sus juegos.
Se tomó las sopas que hizo en la leche en un decir ¡Jesús!, y salió más que pitando de la casa, pues ya casi era la hora en que don Viriato tocaba la campanilla para que los chicos entraran en clase. Lola vio a Zita y al perro alejarse casi corriendo calle abajo, camino de la escuela, ella con el cuello de su abrigo levantado y la barbilla metida bien dentro, resguardándose del frío y de la humedad que la noche había dejado, y el perro abriendo camino unos pasos delante, lo mismo hocicando en la basura u olisqueando en las esquinas que yendo y viniendo de punta a cabo de la calle. La mujer, al contemplarles, sintió cierta emoción que, por similar, podemos comparar a cierto éxtasis místico, cual si estuviera viendo al mismo Dios sus blancas barbas diciéndole que ahí, justito ahí, iba su hija.

* * * * * * *

No nos engañemos. Si los chicos la miraron con ojos sorprendidos e hicieron comentarios entre sí al verla, no fue desde luego porque echaran al olvido quién era, sino por efecto de la sorpresa y por no entender muy bien de dónde había sacado aquel atavío que la daba apariencia de ser otra. Y así quedó bien patente cuando Rufo, acercándose a ella, le dijo un «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda» que dejó a Zita muy confusa si era que no profundamente herida, cual si sintiera la niña que todos sus anhelos e ilusiones se derrumbaban estrepitosamente sin que hubiera motivo alguno, máxime cuando ahora no vestía como una zarrapastrosa de la que avergonzarse, sino como una señorita... y de las finústicas.
Y si tal pasó con la mozalbetería, no muy distinto sucedió con las madres de los brutos, quienes entre sí indagaron lo que cada cual sabía para que se hubiera verificado aquella prodigiosa metamorfosis que la hacía parecer a Zita, si cabía, mejor adecentada y más pulcramente vestida que sus propios hijos. Pero poco les dio de sí lo que resolvieron, esto es, disparates, pues si no llega a ser por la señora Marcela, quien precisamente a esa hora pasaba por allí camino de su casa tras haber oído misa de ocho, hubieran quedado todas en la convicción de era un hecho que nada tenía que ver con la realidad. Ella, la señora Marcela, que como todos a estas alturas sabemos era persona muy amiga de poner las cosas en su sitio, les informó puntualmente la verdad con no poco histrionismo y subidas y bajadas de tono de lo más grotescas, sintiéndose *alma mater* de tan particular parroquia mientras todas metían los oídos

como leznas, cada cual afirmando los despropósitos que salían de la boca de la gaceta con frases de la índole de «¡Fíjate tú!», «¡Quién lo iba a pensar!», «¡Pues yo jamás hubiera jurado que...!» y otras muchas por el estilo, aproximándose a la relatora cual si las hubiera amarrado con una soga por el gañote y tirara hacia ella de tanto en tanto, o distanciándose como si hubiera soltado de repente una bomba. En síntesis, esto fue lo que les dijo:

—Hijas, no es que yo quiera saber lo que ignoro, que ya conocéis que soy persona muy medida con cuanto digo, porque bien sé el daño que puede hacer una lengua sin continencia; pero al caso: el otro día entró *la* Lola..., sí, todas sabemos qué Lola ..., la del arroyo —haciendo gestos muy soeces, pero harto pedagógicos por lo evidente del significado de los mismos—..., ya me entendéis.., y por éstas que son cruces que ni añado ni quito mota..., entró como si fuera el mismísimo *Cis* Capeador *(por Cid Campeador)* y, con unas ínfulas que parecía que le debíamos algo, soltó sobre la mesa un billete de banco de veinte duros, ¡fijaos bien en lo que os digo!, y compró todo un ajuar que ni en sueños podríais ninguna de vosotras adquirir para vuestros hijos. ¡Veinte duros como veinte soles, y en una sola pieza de papel, más bien nuevo, para más señas! Tal os digo, y tal fue. Y o mucho me equivoco, y no lo creo porque yo de esto entiendo lo mío, o ésa ha metido a la vagabunda en su casa, sabe Dios con qué intenciones, que imaginarlo solamente me escandaliza en vista de la perversión y vicio que es capaz esa mujerzuela de tener en su alma. ¡Ay, Dios mío, qué disparates comete el mundo! Porque, seamos francas: fea o no fea, porque esa mocosa no tiene la culpa de ser más fea que Picio, mejor estaría como hasta ahora, viviendo en el arroyo, donde hay más dignidad y más virtud que en la casa de esa comehombres, y donde al fin y al cabo la puso Dios y no nosotras, quienes sólo podemos decir «amén, Jesús, cúmplase tu voluntad» —santiguándose mientras lo decía—; pero no me digan que no es una barbaridad de las de grueso calibre y un escupitajo al Altísimo en los santos morros el que ésa..., ésa, venga ahora a querernos dar en las narices con su caridad de postín. Sí, hijas, sí. ¡Este pálpito me lo da el corazón, el cual nunca me engaña! Ésa, lo que quiere, es darnos en los hocicos con la excusa de sacar a esa vagabunda de la calle. ¡No, si Dios las cría...!, ya saben. ¡Vamos, vamos! Si es que a veces pareciera que Dios está de espaldas y no se interesa por nuestras cosas. Pues yo os digo, hijas, que no hay duda de que lo que ha hecho esa fulana es ni más ni menos que afrentarnos a todas, arrebatando a esa sucia criatura de la virtud para meterla de lleno en el vicio como si fuera una invitada de honor.

Alguna mujer, de tanto en tanto, aún con la antena puesta en lo que

la señora Marcela decía, giraba su cabeza y miraba a la niña, la cual había dejado caer sobre su pecho la barbilla, consternada por aquellos sucesos que la desconcertaban. Una niña, como de cuatro o cinco años, quien estaba agarrada a los faldones de su madre, miró también a Zita y, cuando ésta le devolvió la mirada, le sacó la lengua y se llevó ambas manos abiertas a las sienes, burlándose de ella.

Zita no entendía el porqué de aquel encono contra ella. Veía el corro de chicos a un lado, haciéndole gestos feos o ignorándola, y veía el corro de las madres al otro, unas en bata y polainas y otras con el cabello desordenado y la bolsa del pan colgando del brazo, refiriéndose a ella como si hubiera cometido algún delito.

Nada que no fuera malo se le ofrecía allí, y ya se disponía a marcharse cuando Flavio, quién llegaba en ese momento con Veranda, su madre, se acercó a ella y le dijo:

—Si quieres, jugamos.

Zita, por cómo miraba éste tanto al grupo de mujeres como al de los muchachos, entendió que estaba desafiándoles, acaso prestándole su exiguo apoyo.

—No, gracias —respondió Zita, sin levantar apenas la cabeza.

—¿No te apetece o es que tienes miedo? —le preguntó él, con una seguridad en sí mismo que alentó a la niña.

—¿Tú no tienes miedo?...

—¿Yo, miedo? —replicó al punto Flavio, cual si hubiera pronunciado una palabra que estaba prohibida en su vocabulario—. ¿De quién..., de ésos?... ¡Ay, qué risa! A todos ésos me los meriendo yo entre pan. ¡Bah, no hagas caso! No son nadie. Hacen lo que les dice Rufo, que es tan fanfarrón como su padre. Se cree que porque sea el hijo del alcalde es alguien. Vamos, que un día le agarro y le rompo los hocicos.

Probablemente Zita no lo comprendiera, pero su forma de hablar era un eco de lo que él había oído a otras personas mayores, y cuyas sentencias, en sus pocos años, venían a ser como unas pistoleras en un santo. No obstante, le sonrió algo turbada por su arranque.

—Igual tu mamá te regaña por estar conmigo —alegó Zita, dejando caer ruborosa la barbilla sobre su pecho.

—No; mi madre no es así. Al contrario, fue ella la que me dijo que viniera —la excusó el jovenzuelo—, aunque eso sí, justito, justito, cuando yo ya lo estaba haciendo.

Zita levantó su cabeza y miró a Veneranda, quien desde una prudencial distancia parecía no perder ripio de lo que hacían, y la sonrió. Aparentaba como treinta años, más o menos; vestía un abrigo de paño marrón, aún en buen uso, y cubría su cabeza con una pañoleta de flores azules y rojas; y tenía las manos una sobre la

otra y ambas sobre el vientre, las cuales sostenían el monedero y la bolsa, indicio de que acudiría al mercadillo cuando su hijo entrara en clase.
—¿De veras que no quieres jugar? —se volvió a ofrecer el caballerete.
—No, no, gracias —se disculpó de nuevo Zita, con un hilo de voz.
—Bueno, a lo mejor otra vez.
—A lo mejor.
Y se dispuso a retirarse Flavio, pero cuando, apenas había dado un par de pasos, Zita le dijo:
—¿Cómo te llamas?
—Flavio Montoro —dijo él volviendo sobre sus pasos con presteza, haciendo mucho hincapié en el apellido, como con la intención de deslumbrarla—. ¿Y tú?
—Zita.
—¿Solamente Zita?
—¿Es poco, acaso?...
Titubeó un instante Flavio, hurgando en sus mientes en busca de una lindeza que no le hiciera pensar que había pretendido ofenderla, y dijo:
—¡Oh, no! Ya se sabe que lo bueno, si breve...
Ambos se miraron sin decir palabra, y sonrieron. Don Viriato tocó entonces la campanilla y Flavio, aunque no inmediatamente, volvió su cabeza, miró a su madre, quien le hizo una seña con la mano, y girándose a Zita, se despidió.
—Me tengo que ir.
—Sí. Yo también tengo qué hacer —mintió Zita.
Dudó todavía Flavio, resistiéndose sus pies a marchar con la conversación a medias, pero finalmente, apurado porque su madre ya le había llamado dos o tres veces, le dijo atropelladamente:
—¿Puedo decirte algo?
—Si tú quieres —afirmó ella, mirándole con inquietud.
—Te sienta muy bien ese abrigo y esas cintas de tu pelo: estás muy bonita.
Un golpe sanguíneo hizo que la niña bajara su cabeza.
—¿Te burlas tú también?...
—Nada de eso. Te aseguro que estás muy linda —se reafirmó el párvulo—. Mira, ahora me tengo que marchar porque si no me van a castigar..., pero si quieres luego a la tarde jugamos juntos un rato.
—Bueno —aceptó ella, con un ligero rubor incendiándole las mejillas.
—Pues a las cinco te espero en la plaza. Iremos a las eras o a la ermita, o solo charlaremos allí, ¿te parece?
—Bueno —volvió a consentir Zita, llenando sus ojuelos de una luz

viva.
—Adiós, entonces. Hasta la tarde.
Zita no dijo nada más. Solamente le siguió con la vista, le vio acercarse a su madre, besarla y marchar corriendo a la escuela, desde cuyo patio ya estaba entrando la chiquillería al aula. Vio cómo don Viriato le detuvo y le riñó cuando iba a entrar, echándole después a ella una mirada que no le pareció que tuviera ningún matiz de complacencia.
Como Zita se distrajo siguiendo las evoluciones de Flavio, y no percibió que Veneranda se había acercado y estaba casi a su lado.
—Hola —la saludó—. Soy Veneranda, la mamá de Flavio.
—Sí, lo sé —replicó la niña.
—Veo que estás *mu'* guapa —la halagó, flexionando un poco sus piernas y llevándose las manos a las rodillas para apoyarse—. Y tú, ¿no vas *pa'* la escuela?...
—No; a mí no me dejan —se explicó, y girándose, echó a correr calle arriba.
Veneranda, en un principio, quedó algo consternada por la reacción de Zita, y con el gesto algo contrito se incorporó, dudando si había hecho o dicho algo inconveniente. Luego, sin dejar de mirarla, se encogió de hombros y se dispuso a ir a la abacería. Pasó junto al grupo de mujeres, quienes todavía rodeaban a la señora Marcela, y sin mirarlas siquiera, dijo:
—¿Qué, *señá* Marcela..., ya está *busté* dando el parte?...
Y se fue. Las mujeres por un momento siguieron con la vista a Veneranda, pero enseguida retomó la hebra la relatora y continuó con su revistín, diciendo:
—Ésta, hijas, ahí donde la veis, con esos humos que ni que fuera la hija de un marqués cuando todos sabemos que no sabe hacer la «O» con un canuto...

* * * * * * *

Zita estuvo muy inquieta desde que llegó a la casa hasta después de comer. Todo lo hacía precipitadamente, cual si con ello pudiera acelerar las manecillas del reloj, empujando al tiempo. Al menos, eso indicaba su continuo mirar la esfera una vez y otra. Hablaba, pero lo hacía como ausente, de esa forma en que se rellena el tiempo o se le procura una velocidad que no tiene. Le refirió a Lola lo que había hecho por la mañana, dónde había estado, etcétera, pero extendiéndose mucho en cómo Flavio se había entretenido en conversar con ella, aun a costa de que don Viriato le pudiera castigar por llegar tarde a la fila. Temía que le hubieran impuesto alguna penitencia que le impidiera acudir a la cita que tenía con ella esa tarde, pero enseguida desechó la idea, proponiéndose

alternativas más halagüeñas.
Lola sonreía. Asentía a las propuestas de la niña con unas cabezadas tan ostentosas que ponían en peligro la seguridad de su cabeza, la cual parecía que iba a salir disparada en cualquier momento contra los trebejos que colgaban por las paredes de la cocina; pero apenas si decía otra cosa que un «¡Ajá!», que venía a ser lo más parecido a un «Aquí hay busilis». A decir verdad, así como veía motivo de alborozo en que poco a poco fuera hallando niños como ella para jugar o conversar, lo temía como a un nublado, sobre todo porque su nuevo amigo era varón y no chiquilla, y su experiencia no hacía esperar nada bueno del otro género. La tranquilizaba, no obstante, el hecho de que ambos tuvieran parecida edad, permitiéndole este dato que le proporcionó Zita respirar con algo menos de temor; pero, aun de no haber sido así, tampoco hubiera hecho nada porque se encontrara con Flavio, pues se gozaba con el contento de su niña.
Apenas hubieron levantado la mesa, y aunque no eran más allá de las dos y cuarto, Zita se marchó con su perro para hacer tiempo trasteando por las calles o correteando por el campo. Lola, cuando se quedó sola, se empeñó en poner en orden algunas tareas atrasadas, como traer algún haz de leña o adecentar un poco el corral, que tiempo llevaba reclamando una manita.
En estas tareas estuvo ocupada toda la tarde, hasta que allá por las cinco y media o las seis, se decidió por la costura de nuevo, en parte porque las sombras amenazaban con fundar otra noche, y en parte porque comenzó a caer un calabobos que le ensopó el cabello y las ropas. Prendió la chimenea, cogió sus pertrechos de costura y, al amor del hogar, se dispuso a la faena mientras su cabeza divagaba por muy diferentes vericuetos, unos gratos y felices, y otros un tanto inquietos por cómo estaría Zita bajo esa lluvia que llevaba ya un par de horas cayendo pertinazmente, preocupada por la tosecilla aquélla que no la dejaba ni a sol ni a sombra.
A medida que la noche caía se fueron densificando sus pensamientos, dejando los más gratos, espacio para otros más aciagos. Ahora era ella la que miraba con insistencia el reloj, la que torpemente trastabillaba no solamente en la inquietud, sino también con la aguja, causándose un par de profundos pinchazos, y la que se asomaba con excesiva insistencia a la ventana previniendo la llegada de Zita, cual si fuera un ritual en que por la fuerza del deseo se pudieran conjurar los hechos. Pero ni volvía Zita ni se escuchaba otro ruido en la calle que el de la lluvia, la cual iba arreciando y tomando visos de convertirse en aguacero.
Cuando hacia las ocho tendió el hule y estaba listo el guiso de la cena, su inquietud se había transformado ya en quebranto y su impaciencia en preocupación, atravesando su magín los más negros

presentimientos. Procuraba alejarlos de sí con ideas más afortunadas, pero era en vano. Enseguida mil presagios, a cual más trágico, la forzaban a echar la cara sobre los vidrios, agudizando sus sentidos a cualquier ruido que la alertara de la llegada de la niña. En los primeros momentos pensó en echarla un réspice de ésos que no se olvidan así como así, ya se vería si con castigo incluido; más tarde, se contentaba con soltarle una catilinaria llena de moralinas y sesudos consejos, y no exenta de advertencias frente a la irresponsabilidad y mal uso de la libertad y de la confianza; y al final, se daba por satisfecha con que regresara sana y salva para comérsela a besos, pues ya iba sintiendo el nudo corredizo de la acedía apretándole el gañote, flaquear su ánimo y su corazón bajo el yugo de los más sórdidos temores.

La mesa llevaba tendida un rato y el guiso estaba casi pasado, y la niña no regresaba. Si hubiera tenido fuerzas para llorar, lo habría hecho; pero el miedo no dejaba espacio para las lágrimas. Su imaginación era un saltimbanqui que iba y venía por la cuerda floja del disparate, ora agarrándose al bastón de la esperanza para hacer equilibrio de que no hubiera reparado en la hora, de que se hubiera guarecido en algún zaguán a la espera de que escampara o de que quizás estuviera merendando en la casa de su nuevo amigo; ora extendiendo los brazos a incalculable altura sobre el empedrado sin red de que cualquier cosa mala podría haberla acontecido, de que se hubiera extraviado o mil peregrinos desvaríos por el estilo.

A las nueve en punto, sin poder ya hacer frente por más tiempo a la impaciencia, tomó una chaqueta y un paraguas del perchero del corredor y se echó a la calle. Primero que nada, y a sabiendas de que había quedado en encontrarse con Flavio en la plaza, se dirigió a ella con la confianza de que estuvieran en los soportales del ayuntamiento entretanto amainaba la lluvia; pero allí no había nadie. Todo parecía dominado por el silencio, apenas quebrado por el incesante chapoteo de la llovizna en los charcos y el pilón, y por el restallido de algunas luces que a través de las ventanas quebraban la casi completa oscuridad, trazando pictogramas sobre el pavimento de barro y los guijarros de la plaza.

Dudó por un instante hacia dónde dirigirse, creyendo conveniente no alejarse demasiado de la casa por si Zita volvía y hallaba la puerta cerrada a cal y canto, y optó después de un instante por regresar, dejar la puerta abierta e ir hacia el arroyo, donde igual se hallaba en lo que durante algún tiempo fuera lo más parecido que tuvo a un hogar.

Al principio, trató de no pisar los charcos o hundir sus zapatos en el barro, pero ante la imposibilidad de verlos tan siquiera, en parte a causa de la falta de luz y en parte por estar sus mientes en otra

cosa, cuando llegó a la puerta tenía ya sus pies calados. Dejó la puerta entreabierta y bajó por la calle del Agua hacia el arroyo. En cada bocacalle se detenía, tendía su mirada a lo largo de ella, afanándose por atisbar entre las sombras un bulto o un indicio que la advirtiera de la presencia de la niña y el perro, y continuaba su camino. Pero en el arroyo tampoco estaba. Desde allí, bordeándolo, se dirigió hacia El Golo y luego ascendió por la Mayor hacia la plaza, con el mismo resultado. Regresó a su casa, entró y voceó el nombre de la niña, pero nadie respondió; y de nuevo volvió a salir, para dirigirse ahora a la parte alta del pueblo, hacia la iglesia, primero, y hacia la ermita y el camposanto, después.

Lola estaba embargada por el miedo. Miedo y nada más que miedo que metamorfoseaba en reptil que hacía nido en su pecho, llevándole oleadas de amargura a los ojos y convirtiendo en denso azogue su sangre. No se sentía capaz de soportar la idea del abandono, de comenzar de nuevo el martirio de la soledad y del querer solamente a las sombras del ayer. Se negaba a admitir lo que a esas alturas parecía ya una prueba de cargo; pero, si esta idea le trastornaba, insufrible le era pensar que Zita se pudiera haber lastimado o que su niña sufriera.

El Cementón de las Acacias, como el resto del pueblo, estaba desierto y los portones de la iglesia cerrados con llave. Desde la techumbre se precipitaban copiosos chorros de agua, estrellándose contra el empedrado con estrépito y produciendo ronca resonancia en el interior de la nave. Tuvo la tentación de echar de sí su mejor jaculatoria —que era una petición de piedad y de armisticio a un tiempo, aunque no sabía si a Dios o a su Madre, precisamente por esa condición, o si a los dos por no desmerecer a ninguno—, pero finalmente se limitó a montar la cruz sobre el pecho y salió por la puerta que daba al camino alto, el cual llevaba directamente hacia la ermita y el camposanto.

Nada se veía en el mundo, cual si de repente se hubiera deshabitado para aumentar su angustia, y cuando aún no había llegado a la ermita, su abatimiento era tal que pensó en regresar a su casa y dejarse abatir por el desaliento. Toda la desazón había concertado cita con su corazón, y en silencio, con los pasos resonando entre la oquedad de un mundo hibernado y una lluvia dócil, emprendió el asalto de su última esperanza, dándose prórroga a un instante más de posible consuelo. Aquélla, le parecía, era la noche más honda y siniestra que Dios había ideado, y como viento arremolinado giraban sus pensamientos, mostrándole las insaciables fauces de unos brazos nuevamente deshabitados y de un corazón desesperado que tornaba el cielo en barro.

Poco tiempo había sido sobre el calendario la compañía de Zita,

meditaba. Dábale la impresión de que su casa, ensombrecida por la desdicha y el resentimiento, por unos días se sacudió las sombras de golpe y se vistió con galas de infancia, acogiendo un amor reverdecido que fue capaz de engendrar rosas en el invierno y poblarla de futuro.

Nada había, como era de esperar aunque le engañara la ilusión, ni en torno al cementerio ni en las despobladas eras, ni aun en el zaguán de la ermita, donde un farol débilmente le anunciaba al caminante que se hallaba ante un recinto sagrado. No supo por qué entró allí y echó sus ojos vidriosos por la mirilla abierta del portón. Al fondo, iluminada como desde el infinito por una miríada de velitas, estaba la imagen de la Virgen de la Oliva con su niño entre los brazos. Nada le dijo con los labios, pero por su faz, amarilleada por la aflicción, se descolgaron dos hebras de agua, y no de lluvia precisamente, y de su corazón brotó un suspiro hondo y amargo. Dejó caer su cabeza sobre el pecho y rompió a llorar desconsoladamente, ocultando su cara entre las manos mientras se derrumbaba sobre el poyo que había junto a la puerta.

—¿Por qué llora así, mujer, si la niña está a salvo? —le dijo una voz temblona.

Azarada, levantó su semblante arañado por las lágrimas y enfrentó sus ojos a la imagen del Loco Eusiquio, quien ensopado desde el sombrero a los botines estaba ante ella sin hacer el menor movimiento, con la niña entre sus brazos y el perro al lado. De cierto que Lola se habría espantado al verle de no ser porque llevaba con él a la prenda de su corazón, precipitándose sobre ella para tomarla y sintiendo que restallaba la dicha en su ser como un bendito sol en el centro mismo de aquella siniestra noche.

Apenas el hombre entregó a la niña, dio uno o dos pasos atrás, como asustado, y, extendiendo sus brazos y mostrando las palmas, dijo:

—No tema nada de mí, mujer, que sólo estoy un poco ido, pero no soy dañino.

—¡Qué dañino ni qué dañino! —le replicó ella con una displicencia que contrastaba con la honda felicidad que experimentaba—. Pronto, dígame qué pasó. ¿Cómo es que se encuentra en este estado, con el vestido roto y enlodado?... Mire, mire, no me haga cuento con estas cosas, que se la juega. ¿Quién le hizo esto?... Vamos, vamos, explíquese pronto.

Su hablar atropellado delataba el estado de exaltación de su ánimo. El hombre, no sabiendo a qué atenerse, por excitación nerviosa hacía guiños con su ojo izquierdo, signo y muestra de su desconcierto, no sabiéndose quién de los dos estaba peor, si él o la niña.

—Hubo riña, ¿sabe? —se explicó al fin el Loco Eusiquio—. Cosa de chicos, creo yo. Pasé por aquí hará cosa de una hora..., y estaban los mozos enzarzados en una pelea. De un lado el tal Flavio, el de los Montoro, y de otro seis o siete chicos..., no sé muy bien quiénes eran porque, apenas me fui a ellos dándoles el alto, echaron a correr como almas que se llevara el diablo. Lo cierto es que la niña estaba así, y Flavio... hecho un santo Cristo, con perdón —santiguándose al decirlo—. Yo les separé, ¿sabe?... Sí, sí, les separé..., o mejor dicho, les puse en fuga, porque si no lo hago, yo creo que al chiquillo ése le desmenuzan. ¡Menos mal que me tienen miedo! No fue preciso más que acercarme y, ¡zas!, cada cual por una vereda. En fin, se detuvo la cosa. Les acompañé al pueblo, no fuera que otra vez vinieran a darles una segunda mano, que estos chicos ya se sabe cómo son..., y de camino la señora Fausta, que ya estaba cerrando su establecimiento, cogió a Flavio y se le llevó a La Maldición. Quise llevar a la niña a su casa, pero o no supo o no quiso decirme dónde vivía, de modo que callejeé un rato por ver si daba con algún sitio que ella pudiera reconocer. En fin, que pian piano, la vi a usted hace un rato, la seguí y aquí estoy; pero yo le juro, señora Lola, que no le hice ningún mal.

Lola hacía rato que no le escuchaba. Había sentado a Zita en el poyo, la había hecho una rápida inspección ocular y la había puesto su chaquetón, tomándola después entre sus brazos y estrechándola. Varias veces la animó a explicarse, pero ella no quiso hablar, limitándose a abrazarla a meter su cabeza en el cuello de la mujer.

Luego se puso en pie con la niña en brazos y echó a andar calle abajo, hacia su casa; pero cuando apenas había dado cuatro o cinco pasos se detuvo, se volvió al Loco Eusiquio, el cual seguía a pie firme bajo la lluvia y con el ojo que parecía que iba a salir disparado de un momento a otro, y le dijo:

—Vamos, hombre, no sea pasmarote y venga aquí. Tome el paraguas y cúbranos. ¡Santo Dios, qué cuajo tienen algunos!

Él, como si le hubieran invitado a la mayor celebración, corrió tanto como sus desenhebradas piernas dieron de sí, tomó el paraguas que colgaba del brazo de Lola, lo abrió y procuró cubrirlas a ambas con él, entretanto el servicial hombre se curvaba fuera para evitar que las varillas le dieran en el rostro.

Hicieron el recorrido en silencio, apenas roto por los sonoros besos y los arrumacos que Lola regalaba a la niña. Zita iba con su cabeza apoyada sobre el hombro de Lola, con los ojos abiertos como platos y la mirada perdida, de modo que parecía un muñeco roto, de no ser por su pertinaz tosecilla, la cual se había hecho más persistente y ronca.

En la puerta de la casa se detuvo el hombre, cerró el paraguas y se

lo entregó a Lola, quien ya dentro con la niña, se había detenido frente a él.
—Tome doña Lola, y que no sea nada lo de nuestra *mademoiselle* —dijo respetuosamente, levantándose el sombrero.
Lola se quedó mirándole un instante, deteniéndose en su gesto desangelado y en sus ojos desconcertados y temblones, y girándose con fingida indiferencia, le dijo:
—Vamos, pase y séquese un poco esas ropas o le va a dar un pasmo.
No le vio Lola dibujar la espléndida sonrisa que surcó su semblante, pero ello es que el Loco Eusiquio casi de un saltito se coló al interior sin decir esta boca es mía, y sin atreverse a realizar movimiento alguno aguardó inmoto nuevas instrucciones.
—Venga acá, hombre de Dios, acérquese a la lumbre para secarse. Ahora le doy una toalla para que escurra la estopa esa que tiene por cabello.
Y mientras el hombre, obediente como un corderillo, hacía cuanto se le mandaba con una diligencia prodigiosa, Lola sentó a Zita en una butaca frente a la chimenea, puso a calentar agua fenicada en una bacina sobre las trébedes y buscó un paño para limpiarla las magulladuras. Poco después, cuando volvió con algunas toallas, varios trapos y con un poco de leche en un plato para el perro, el cual estaba tendido a los pies de Zita sobre la catalufa de lana, entregó una de las toallas al Loco Eusiquio y el resto de las prendas las puso sobre en el asiento contiguo. Se arrodilló a continuación frente a Zita, y se dispuso a curarla mientras le decía:
—Veamos qué fue lo que pasó con este cuerpecito. Primero que nada, este vestido fuera, que además de precisar algunos remiendos únicamente sirve para transmitirte esa mala humedad que te hace toser de esta forma. No te apures, que nadie va a ver tus vergüenzas. Eso es..., así. Veo que además de romperse un poco y ponerse como el trapo de un maquinista de tren, se han ensañado con tus carnecitas. No..., si ya les voy yo a cantar las cuarenta a esa manga de brutos, ya. Esto no queda así, no señor: ¡de eso nada, monada! ¡Pues faltaría más! Se creerán ésos que están tratando con una melindres. Van a saber cuántas son dos y dos. ¡Por éstas!
Y mientras Lola se desbarrancaba de juramento en presagio, limpiaba los rasguños con mimo, levantando cada tanto sus ojos a los de Zita por si el escozor la alertaba de la conveniencia de soplar sobre la herida o la tumefacción.
Dicho sea entre paréntesis, apenas si había tres o cuatro raspones, los cuales más parecían producto de alguna caída por el lugar donde estaban —en rodillas, codos y manos—, además de una uñetada en la barbilla, la cual había dejado una rayita de sangre. Fuera de eso, apenas nada: un pequeño chichón junto a la frente y

el vestido roto. Aun así, lo que más le preocupaba a Lola era el ánimo de Zita, quien contra su natural manera de ser parecía encastillarse en un silencio que no la beneficiaba en nada, aunque ella lo atribuía a la presencia del Loco Eusiquio.
Una vez hubo terminado la cura, la arropó con una manta y le dijo:
—Ahora, mi amor, te vas a quedar aquí, bien calentita, mientras caliento el guiso, ¿de acuerdo?
La niña asintió con la cabeza, y Lola la besó sonoramente, diciéndole con voz íntima:
—¿Sabes que me asusté?... Sí; me asusté mucho porque pensé que no volvería a verte o que te habría pasado algo malo, y no podía soportar ni lo uno ni lo otro. No sé por qué, Zita, pero creo que poquito a poco me vas robando el corazón, ¿sabes?... Bueno, mejor será que no me hagas caso, porque todavía estoy un poquito alterada.
Antes de que Lola se incorporara, Zita se echó a su cuello y la rodeó con sus brazos. La mujer dejó sobre el suelo lo que llevaba entre sus manos y la abrazó también, calmando la tristeza que bien sabía que aún le atenazaba. Luego de un instante, se separó de su ahijada sin soltarle los brazos, y le dijo:
—¡Ea, mi niña, ya pasó todo! No hay que hacer un mundo de un grano de arena, tampoco. En cuanto a esos bestias..., ya les voy yo a decir cuatro cositas al oído, ya.
—No, no; no les diga nada, por favor —le suplicó Zita—. A fin de cuentas..., únicamente rompieron el vestido.
Lola miró a la niña con preocupación y buscó en ella un síntoma de miedo, pero no lo halló. De ninguna manera le pareció que la petición que le formulaba estuviera guiada por el temor; antes bien, era como si aún se permitiera cierta generosidad con sus agresores o como si, acostumbrada a ese tipo de fechorías, prefiriera dar la callada por respuesta y pasar página, por más que tuviera ahora quién la defendiera con gusto... y sin que la temblara la mano. Lola, infiriendo bien este extremo, aceptó a regañadientes la demanda de Zita, aunque alegó:
—Por esta vez, si es así como lo quieres, sea; pero no habrá una segunda ocasión, ¡no señor! Si volviera a repetirse cosa como ésta, ¡por éstas, que son cruces, que les mondo los huesos! ¡Como que me llamo Lola!
Se fue la mujer a preparar la cena, pero aún se la escuchó rezongar desde la cocina, echando de sí juramentos y venablos que no prometían parabienes, precisamente, para aquella caterva de desalmados.
Si un rato atrás Lola se daba por más que satisfecha con recuperar a Zita con maceraciones o sin ellas, solamente por tenerla junto a sí y

poder continuar disfrutando el afecto que le prodigaba, ahora, una vez segura y a su lado, le parecía insuficiente y se le hacía necesario que quienes la habían vapuleado supieran bien a las claras con quién se la estaban jugando, pues que a su modo de ver las cosas los tiempos en que Zita fuera un entretenimiento de la chiquillería o la muestra del irrecuperable desatino social ya habían pasado... y para siempre, y ella estaba allí para hacérselo ver.

En otras circunstancias estaría contenta. Acaso hubiera puesto la radio de válvulas y canturreado una de esas canciones que eran reflejo exterior del gozo que sentía... o del amor que profesaba a la niña; pero en ésas, cacharreaba mientras recalentaba el guisote y asaba unas batatas entre las ascuas y la ceniza, yendo de acá para allá sin demasiado objeto, con la inconsciente intención de desahogar su sobreexcitación. Poco a poco, sin embargo, fue calmándose, o la actividad fue dando salida al excedente de ira y angustia contenidas, y recobró su natural estado de complacencia con Zita, si por natural entendemos el que tenía desde que la niña se estableciera en su casa.

7. El Loco Eusiquio

Regresó Lola a la sala y puso un cubierto más sobre la mesa, al tiempo que se interesó nuevamente por cómo se sentía la niña, no tanto preocupada por los insignificantes raspones como por la ronca tos que parecía haberse afincado en ella, la cual parecía arrancarla de cuajo parte de los pulmones y ponerla los respiraderos en carne viva.

—¿Qué hace ahí sentado como una esfinge, hombre?... Vamos, siéntese a la mesa, que se va a quedar la cena como el culo de un muerto —le dijo Lola con cierta rudeza al Loco Eusiquio mientras le servía a Zita un plato de guiso y ponía a su lado un zoquete de pan y un vaso de leche.

Junto a la niña y a cada lado tomaron asiento Lola y el hombre, quien miraba y remiraba aquel estofado —de mucha patata, más caldo y algún náufrago tropezón de costilla de cerdo monda y lironda— con unos ojos algo achispados, de modo semejante a como lo haría un hijo legítimo del ayuno con las ambrosías del rey David. Bien comprendió la mujer que aquel hombre era hermano de teta del hambre y que no había entrado en su cuerpo nada caliente distinto del humo de alguna chimenea desde Dios sabría cuándo. Sin embargo, el Loco Eusiquio, haciendo gala de una urbanidad completamente fuera de lugar, esperó a que Lola pronunciara el ansiado «¡Buen provecho!» que permitiera el inicio del banquete con una impaciencia contenida que le hacía temblar no sólo el ojo izquierdo, sino también el derecho y ambas manos, cual si en él se diera el milagro del movimiento continuo.

Cuando ésta pronunció aquellas dos benditas palabras que le daban licencia para saciar sus tragaderas, con una rapidez rayana en el prodigio y sin hacer el menor ruido al ingerir la aguada cena, en un decir ¡amén! dio cuenta del guiso, de los dos mendrugos de pan que había sobre la mesa, de dos terciadas batatas asadas y del cuartillo de vino que su anfitriona había puesto a su alcance; y luego, cuando aún rebañaba con la cuchara la piel de las féculas, levantó sus ojos y enfrentándolos a los de Lola, dijo:

—Me apuro porque no se enfríe, ¿sabe?...
—¿Porque no se enfríe? —le replicó ella, retirando la cuchara de sus labios y dejándola sobre el plato—. Más oportunidad tendría de hacerlo la caldera de Pedro Botero.
—Son las costumbres de la guerra —se excusó él mientras volvía su mirada al plato y se encogía de hombros—. Manías adquiridas a lo largo de una vida de soldado.
—¡Y del hambre! —añadió ella entre dientes, retirando su vista de él y echándose una cucharada de sopa al coleto.
Él se encogió nuevamente de hombros, apoyó ambos codos sobre la mesa y se limpió los labios con unos modales que bien a las claras delataban, si no una refinada educación, al menos una buena dosis de excelente urbanidad. Lola bien coligió esto, y estuvo pensando en ello mientras terminaba su cena, no pudiendo imaginar qué hacía un hombre con su formación y talento en un pueblo semejante..., y tanto más consintiendo que le tomaran por loco debido a sus manías.
Le echó un vistazo indagatorio, uno de ésos largos y tendidos que echan las mujeres para sacar conclusiones de donde al más avezado investigador le resultaría imposible: su ropa era casi una colección de paños de excusa, pero mejor que bien vestidos a pesar de la humedad y los años, lo que evidenciaba un gusto refinado, acaso ya vencido; sus rasgos eran finos aunque castigados, como lo evidenciaban su ojo temblón y su gesto como incoherente, seguramente residuo de violentas emociones que ajaron su esencia o que vapulearon sin misericordia su espíritu; la mansedumbre y dignidad de sus hábitos —dejando aparte sus extravagancias de saludar a todo el mundo como si fuera pariente carnal del universo y de arrastrar por todas partes su colección de sombreros—, eran los de un hombre que estaba al cabo de la cordura, en cuyo brete debieron haberle puesto incalculables sufrimientos, pues su urbanidad y finura no era posible que las hubiera adquirido estando en el filo de razón, sino bien metidito en ella; y por último, su saber estar, sin pronunciar una palabra que no le hubieran solicitado de antemano y su dejar que cada uno pensara o creyera lo que le viniera en gana, no eran sino el testimonio de un hombre que andaba por donde lo hacía sabiendo muy bien las causas y los fines, por más que no los pronunciara. Y era esto último lo que más le intrigaba sobre ninguna otra cosa. Sabía expresar sus ideas con claridad y pensamiento ordenado, haciendo hincapié, sobre todo, en que no era dañino. ¿Significaría acaso que alguna vez lo fue?..., se preguntaba Lola para sus adentros. Pero a pesar de la inquietud que le producía estar ante un ser que no caminaba por los mismos senderos del juicio que los demás mortales, no creía necesario

tomar prevenciones, pues si algo destacaba de él, airoso e impoluto, era el saberle incapaz de llevar a cabo ninguna acción que pudiera causar mal, cual si hubiera dedicado su vida a *no ser dañino*.
Zita, una vez terminó con cuanto había en su plato, tomó una batata, comenzó a pelarla con la mano y, sin mirar al Loco Eusiquio, le dijo:
—Por el envoltorio, señor Eusiquio, Dios le está preparando un bonito regalo.
—Me temo, princesa —alegó él con gesto de honda amargura en sus ojos que ocultó esbozando una amplia sonrisa—, que se ha quedado sin Dios este rincón del Paraíso.
Esta aseveración atrajo los ojos de Zita y de Lola hacia los de él, quien lo dijo sin mostrar encono, con una mansedumbre tan dolorosamente abatida que parecía ser la verdad más evidente del mundo. Luego, en un intento de evitar que el acíbar de sus palabras calara en la atmósfera, agregó:
—Claro está, que quizás haya mandado un ángel de avanzadilla para ver si esto tiene remedio..., y ése seas tú.
Zita bajó la cabeza, ruborosa, y sonrió. Lola creyó adivinar en la afirmación del «nada dañino» Loco Eusiquio un rezumo de sabiduría extraída a altísimo costo de experiencias tal vez dramáticas, y se sintió un poco picada por el bichillo de la curiosidad.
—Eusiquio —le dijo Lola preparando el terreno de lo que en verdad tenía interés en averiguar—, quiero agradecerle lo que hoy ha hecho por Zita.
—Yo, señora, no hice sino lo que debía. Evité un desafuero..., ¡como don Quijote! ¡Ji, ji, ji, ji! —se explicó el Loco Eusiquio, restándose méritos. Y luego, sirviéndose de esta metáfora y del tono festivo con que la promulgó para desdramatizar su anterior aserto, continuó—: Además, mi señora doña Dulcinea se hallaba en un brete. Peor suerte corrió el señor Licenciado, el chico ése de los Montoro. ¡A ése sí que le zurraron bien la badana! Pero se portó como un hombre: protegió a su señora, doña Zita, como un caballero de bien ha de hacerlo.
—¡Déjese de guasas, hombre! —le replicó con incomodo Lola—. Pero, bueno, ¿es que no es capaz de hablar en serio ni por un momento?
—Honestamente, doña Lola: no, ni un solo instante... O prefiero no hacerlo —subrayó el hombre, haciendo una graciosa reverencia—. Me niego a ser serio, si por eso entendemos aceptar como natural este orden de cosas que nos ha llevado a donde estamos. ¡Serio..., serio!... ¿De qué nos aprovechó ser serios, transcendentes, sesudos?... ¡Ah!, no, amiga mía…, si es que me permite llamarle así. Dejemos la seriedad para quienes creen que esta vida es cosa de

andar tocando campanas y de que los demás acudan a sus llamados.
—Perdóneme que le sea franca, Eusiquio, pero no le comprendo. Mire, yo no sé de qué se ríe, y discúlpeme por meterme donde no me invitaron, pero no tiene oficio ni beneficio, todo el mundo se burla de usted, pasa más hambre que un gitano, ¿y todavía se aferra a ese modo de vida que le trae a mal traer?... Yo misma le he escuchado decir a su hermana Pía que le es imposible hacer carrera de usted y que ya casi no le puede soportar..., salvo esos días en los que..., en fin, en los que se encierra en su cuarto y no quiere salir ni a sol ni a sombra.
—Lola, le diré que mi hermana vive una realidad paralela que ni se acerca a las demás. Vamos, como la mayoría de los mortales. Nadie escucha a nadie ni comprende otra cosa que a sí mismo, y mi hermana, como los demás, se imagina su realidad. Por eso estamos como estamos. Todo el mundo se mira su ombligo y va a lo suyo.
—A lo mejor es como dice, pero no parece que le venga tan mal que la realidad paralela de su hermana se preocupe de la suya, ¿no es cierto? —le replicó Lola con picardía.
—Presento enmienda a la totalidad —protestó el Loco Eusiquio con festivo histrionismo—. Mi hermana, Lola, cumple así su papel y se instituye en reinona al mismo tiempo que a mí me convierte en su súbdito. Cuestión de papeles y de valores, ya sabe a qué me refiero.
—Pues no, no lo sé.
—Me refiero a lo que cuenta para cada quién, según sus posibilidades. ¿Qué es lo que vale en nuestra sociedad?... Pues tener, ser..., y listo. Tener, sí; ¿pero cuánto, cuál es el límite?: ¿cien, mil, un millón o cuántos millones?... No hay límite, ¿verdad?... Ser, sí; ¿pero para qué, con qué objeto?: ¿ser más inteligente que éste o aquél, ser más alto o más guapo o más rico o qué?... No hay límite tampoco, ¿no es cierto? ¿Y todo esto por qué?... ¿No lo sabe, verdad?... Pues yo se lo diré: poder. Sí, sí: poder. Unos pocos sobre todos, y todos sobre quienes pueden. ¡Loado sea el dios del poder!: ¡pero el dios del hombre, de la carne, del dinero y de la muerte! —acentuándosele el tic del ojo, y desencajándosele el rostro—. Yo, Lola, no me inclino más ante ese mezquino dios..., no señor. ¿Hambre?...: ¡chufla! ¿Burla?...: ¡rechufla! Ya sabe. Sí; bien sé lo que dice mi hermana, que algunos se ríen de mí y que otros hacen escarnio de este ejemplo de la condición humana; pero no por maldad, sino porque imitan a los poderosos y únicamente tratan de imponer su poder menudo sobre alguien, acaso figurándose que de este modo son más o dejan de ser menos. Allá ellos. Ignoran que la sonrisa, como la de nuestra *mademoiselle* Zita, es un don del Cielo; pero que la risa, sin embargo, es perversa porque siempre va contra alguien. Un servidor, como Zita, sonríe: ellos se ríen de mí o de

otros..., también sabrán ellos por qué; pero no se lo he de reprochar porque ni siquiera esa batalla menuda me interesa librarla —mirando hacia detrás de los ojos, como pensando, y luego apoyándose con ambos brazos sobre la mesa—. Si me lo permite, le echaré un cuento: un hombre mató a otro injustamente; cuando el hermano del asesinado se enteró del crimen, tratando de hacer justicia buscó al asesino, le encontró y no cejó hasta darle muerte; y cuando lo hubo hecho, miró tras de sí en busca de la justicia, pero solamente vio dos cadáveres.

—No entiendo eso —alegó Lola—. Lo que sí sé es que un hombre de su talento, que de mamacallos no tiene ni un pelo, no debiera permitir que le tomaran por el pito del sereno.

—Señora, un mamacallos está más cerca de ese Dios que parece tan amigo de nuestra Zita que cualquier persona... respetable. Yo no quiero respeto, ¡que se lo queden!; ni tampoco reconocimientos, ¿para qué?... Busco la paz, Lola: ¡la bendita paz! Una paz que no la tengo en el alma. ¡Si usted supiera!... Como algunos en Lubitana saben, he viajado muchísimo, he atravesado mares, he cruzado selvas, he sido héroe en cinco guerras, he vivido muchos años en París, hablo correctamente tres idiomas... y, con todo, nunca me moví de aquí. Siempre estuve en el mismo sitio. Tardé mucho tiempo en darme cuenta, pero al final lo comprendí.

—¡Uy, uy, uy, Eusiquio, que me da en la nariz que desbarra!...

—Quizás no lo entienda, pero le aseguro que no desbarro. El mundo es mental. Todo es mental, pura idea y nada más que ensueño, donde quienes se creen despiertos son imágenes de alguien que duerme. La realidad es la imaginación de un autor que inventa lo que ni siquiera existe. ¿Se extraña?... ¡Claro!, ¿y cómo no iba a extrañarse?... Seguro que también usted piensa que estoy más que loco, y su buena razón no le falta. Son criterios que uno no puede ir por ahí pronunciando, sino ante los... exiliados de la sociedad, por así decir.

»Verá, contaba yo veintiún años cuando en el 97 fui a la Guerra de Cuba. Bien que mal, anglosajones y latinos nos la tenemos más que jurada desde siempre y para siempre, y en esa ocasión nos buscaron las vueltas, sabedores de su superioridad en todos los ámbitos, gracias a la ineptitud de nuestros gobernantes y a los desmanes carnales de nuestra Regente. Mejor que nadie sabíamos que ante tal enemigo era una guerra perdida de antemano, que son justito las que nos gustan a los españoles, aunque también la entendíamos justa por conocer la burda maniobra del gigante norteamericano para arrebatar a la muy menguada España las últimas joyas de su imperio, y también la entendíamos injusta porque sabíamos que al final la Regente lo que quería era hacer negocio con ella y venderla

a mejor precio usando para elevar el valor del pago a nuestra sangre, la de la gente humilde que éramos los que íbamos a la guerra mientras que los que tenían reales pagaban la Dispensa. Tal vez fuera la última guerra de un tiempo que ya se desvanecía en las tinieblas de la Revolución Industrial, o la primera que se celebrara en loor del espanto de un mundo mecánico, en donde los hombres quedaban relegados al mantenimiento de una maquinaria que beneficiaba únicamente a unos cuantos. Naturalmente, se imaginará que cuando le hablo de los hombres, lo hago de los que soportamos el peso de la Historia y no de los que dirigen países y sociedades. Fui a la guerra con algunos de mis amigos de Lubitana, abandonando mis estudios en señal de rebeldía ante los que pagaban la Dispensa para no ser alistados. En la colina de San Juan se entabló una terrible batalla con los yanquis. Nuestras armas, ante las de nuestros enemigos, eran como de la Edad de Piedra. Moríamos a cientos y convivíamos con la muerte, pero muchos aún cantaban. Cantaban, sí, sonriendo hombro con hombro mientras íbamos a las tinieblas en que pretendían sepultarnos, traspasando el umbral de la vida... o de la muerte, no sé bien.

»El último día, apenas si quedábamos cincuenta o sesenta hombres exhaustos por las heridas, la lucha y el hambre. Estábamos rodeados por cientos de cadáveres a los que hacía ya tiempo que habíamos desistido de enterrar. Vivíamos con ellos, dormíamos frente a sus rostros despedazados y sus ojos yertos, acaso preguntándonos qué orden verían o si no habría ninguno. Un hombre como de cincuenta años, tal vez más, Joaquín el Guarnicionero le llamábamos, se puso en pie aquella mañana. Su rostro era enjuto y apergaminado, amarillo como un papiro o como el papel de estraza. Miraba; pero no sé si veía. Su bigote apuntaba al cielo y sus ojos a la nada. Su semblante tenía impreso un sello imposible de definir si no se piensa en clave eterna. Como digo, se puso en pie, caló su bayoneta y, sin decir palabra, salió de la trinchera y comenzó a avanzar hacia las líneas enemigas. Cuando pasó sobre mí sentí un escalofrío terrible, un frío glacial cual si fuera la misma Átropos; pero me subyugó su expresión de ser ajeno a la vida. De sobra sabía que no le quedaban municiones, que tenía las fuerzas justas para mantenerse en pie y que sólo reclamaba la muerte honrosa del soldado antes que la vergüenza de la rendición. Tuve la necesidad de seguirle, de sacudirme mi pánico y marchar a su lado, siguiéndole a la muerte. Creo que todos los demás lo hicieron también, y los supervivientes nos encaminamos juntos a nuestra extinción, sin algaradas ni carreras, en silencio, pausadamente. El enemigo estaba confuso, anonadado ante aquel grupo de fantasmas, pues eso éramos y no hombres, que avanzaban reclamando el

plomo que les abriera de par en par las puertas de la eternidad. Les sentimos dudar de abrir fuego. Un oficial se lo ordenó, pero ellos no se atrevían a disparar, no sé bien por qué. Un soldado de los enemigos, dos, diez, se pusieron en pie. Eran hombres como nosotros, pudimos verles los ojos, sentimos sus pensamientos y no sé cómo entendieron que deseábamos morir con honor antes que el cautiverio. El oficial les ordenó nuevamente disparar, y otros hombres, veinte, cien, se pusieron en pie sin hacer prevención siquiera con sus armas. El oficial le disparó en la cabeza a uno de sus soldados, pero ellos permanecieron inmutables, sin pestañear siquiera. Había comunión entre las almas, esa rara conexión que se establece entre los seres de la misma especie en muy contadas ocasiones, cual si un ser colectivo acogiera a todos como parte de sí. Joaquín, delante, y los demás, detrás, seguíamos caminando, casi podíamos oler el tufo a pólvora y a muerte de nuestros recíprocos uniformes. Miré al Guarnicionero y vi resbalar por su cara una lágrima, única y sucia, ennegrecida por el polvo y la pólvora, acaso recuerdo de una mujer y unos hijos o quién sabía si reflejo de un pueblo escondido en los pliegues de algún mapa que a buen seguro quienes le mandaron a Cuba ni conocían siquiera. Un yanqui, tal vez también campesino, por misericordia se echó el fusil al rostro, le fijó en el punto de mira y disparó. Joaquín el Guarnicionero se desplomó sin un ruido, como lo hubiera hecho un títere de trapo al que le segaran los hilos. Parpadeó. Me quedé en pie mirando su gesto sereno, su piel amarilla y apergaminada, y él también me miró. Abrió su boca una vez, dos..., sonrió... y expiró. Sonó otro disparo, dos, cien, mil. Perdí la consciencia al sentir un insoportable fuego que me entraba en el pecho y me estallaba en la cabeza.

»Supe después que caí herido, que sobreviví a la muerte junto con otros seis compañeros. Los demás murieron todos. Durante el tiempo que pasé en el corredor que une vida y muerte, sin decidirme por abrir ninguna de las dos puertas, vi a aquel hombre de bigote abundante y piel amarilla caminando por el pasillo adelante y atrás con todos los demás..., muchos, muchísimos, con diferentes uniformes, todos con rostros inexpresivos y las miradas perdidas, desfilando hombro con hombro pero ciegos, cual si no hallaran el camino para instalarse ni en la vida ni en la muerte definitivas. Todos, todos iban o venían en un turbador silencio con sus miembros cercenados, sus uniformes ensangrentados, sus rostros horadados por las balas o sus cuerpos mutilados por los obuses. Era inenarrablemente horrible pero calmo, definitivamente calmo. Cuando un hombre pasa demasiado tiempo entre la vida y la muerte, parte de cuanto es en esta ribera se queda en aquélla, y parte de cuanto vio o vivió en aquélla se viene con él a ésta.

»Cuando acabada la guerra —porque los gobernantes ya hicieron su negocio— me liberaron, volví a Europa, pero no quise regresar a España y me marché a Francia a trabajar. Precisaba olvidar, desterrar en un país desconocido a los fantasmales seres que sentía adormecidos en mis días o amortiguados por el ruido del mundo, y vivos en las noches, en ocasiones cercando mi lecho, a veces surgiendo de las sombras y de tanto en tanto hurgando en mis sentimientos. Poco a poco lo conseguí. Me empleé en una biblioteca y conocí a quien con el tiempo sería mi esposa. El amor, los libros y la paz dicharachera de aquel París del 10 sofocaron mis pesadillas, aunque nunca completamente. Pero todo aquel bullicio de vida era un presentimiento colectivo de la catástrofe que se cernía sobre el mundo, acechando la paz y ansiando las vidas, muchísimo más terrible que la que yo ya había vivido.

»En el 14 estalló la guerra con Alemania. Una guerra que ni los unos ni los otros querían..., ¿o tal vez sí?... Quise marcharme, evitar enfrentarme de nuevo al horror, mirar de frente sus fríos ojos; pero no pude hacerlo. ¿Quién puede mostrase indiferente cuando el odio y la muerte separa a las sociedades como el bisturí de un cirujano?... Sentí que mis miedos me reclamaban el heroísmo de enfrentarme a ellos, y a finales del 16, después de más de dos millones de muertos, me alisté como voluntario y me enviaron al frente de Verdún. Se preparaba la gran ofensiva del 17. Fue poco antes de que Pétain tomara el mando del Ejército. Deseaban una ofensiva relámpago, de veinticuatro o cuarenta y ocho horas como mucho, con el fin de desbordar las líneas alemanas. Algunos decían que éramos más de un millón de hombres y otros que setecientos mil; los alemanes, cuando menos, eran otros tantos. Había tanques, cañones de mil calibres, aviones, globos aerostáticos y miles y miles de hombres dando y recibiendo órdenes. Cuando comenzó la ofensiva, una oleada tras otra se lanzó a tierra de nadie buscando las posiciones enemigas. Cinco horas después habían caído más de cien mil hombres, pero la carnicería no se detenía. Teníamos que avanzar pisando cuerpos, muchos de ellos aún vivos. Dormíamos entre los gritos inextinguibles de quienes reclamaban auxilio, o nos parapetábamos de las balas enemigas... o de los nuestros lo mismo con cadáveres que con heridos. Luego vinieron los alemanes y sucedió otro tanto; y volvíamos a atacar nosotros. El tercer día habían muerto medio millón de hombres entre ambos bandos y el campo de batalla, en el espacio entre las alambradas, era el más gigantesco matadero del universo, un inmenso degolladero como nadie se podría imaginar. De la tortuosa orografía del terreno se levantaban imponentes columnas de gases venenosos, el incesante caer de obuses y morteros engendraban cráteres humeantes de

forma continua, los aviones pasaban continuamente ametrallando las posiciones adversarias, y en aquella tierra de nadie, en aquel limbo sin Dios ni diablo, la carne era picada por mil ingenios fatales y morían los hombres con sus esperanzas, aullando como bestias enajenadas. Nos ordenaron reforzar las trincheras con los cadáveres. Cubríamos sus rostros con barro para no ver sus ojos, para no sentir vértigo ante sus muecas de horror. El séptimo día ya fallaba la intendencia: no teníamos municiones, ni alimentos, ni medicinas. Algunos, por aliviar el sufrimiento de los más débiles, calmaban para siempre su pánico con un disparo a quemarropa; otros, hablaban no sé si en broma o en serio con los cadáveres; y otros más eran incapaces de controlar los movimientos de su propio cuerpo.

»Un día, creo el décimo o el undécimo, un hombre espigado y enjuto saltó la trinchera justo encima de donde yo me encontraba. Tenía un abundante bigote cuyas puntas apuntaban al cielo y su piel era apergaminada y amarilla. Era el hombre de Cuba, Joaquín el Guarnicionero. Tuve que seguirle, muchos más lo hicieron. No sé qué fuerza nos movía, pero no podía apartar mis ojos de él. Era él, no albergaba ningún género de dudas: el mismo uniforme, el mismo rostro, la misma mirada perdida... Los alemanes, ante aquella oleada de orates, no sé por qué, abandonaron espantados sus trincheras. Cuando salté dentro de ellas se oyó un disparo seco, como un trueno distante, de un francotirador. El hombre, Joaquín, cayó a mi lado. Le tomé entre mis brazos, me miró muy fijo e inexpresivo, abrió su boca varias veces como buscando aire y murió con los ojos abiertos. No sé cuánto tiempo estuve contemplando su mirada vacía y sus ojos yermos, sin vida como los de un pez. Creo que fueron uno o dos días.

»Al terminar la guerra regresé a París, pero la que fue mi mujer ya no estaba. Se había marchado con un oficial de Artillería. Mejor. Uno piensa en por qué suceden las cosas, pero no alcanza a comprenderlo. La vida, el amor, la muerte, la lealtad..., ¿qué de todo ello valía, si nada servía para nada?... Quise regresar a España, olvidar aquella guerra que había asolado Europa; pero antes de hacerlo deseé buscar el lugar donde había muerto aquel hombre, Joaquín el Guarnicionero, y rezar por él, por mí o por los dos. Corrían los primeros meses del 19, y cuando llegué a los campos de Verdún, aún seguían en pie las alambradas y la tortuosa orografía tatuada por incontables obuses de todo calibre exhibía impúdicamente los decenas de miles, los centenares de miles de esqueletos de los que murieron por sus patrias, cada uno de ellos envuelto por un uniforme distinto a la vez que todos estaban hermanados en la muerte y en el desprecio de sus propios

gobernantes. También estaba allí el de aquél que tenía el uniforme de las tropas de Cuba. Eran osarios, restos de humanidad; de una humanidad sacrificada por nada y para nada. A nadie les importaron cuando estuvieron vivos y a nadie les importaban ahora. Llevaban insepultos allí dos años completos. Dos terribles años esperando la misericordia de la tierra, pero la tierra no se apiadó de ellos ni lo hicieron tampoco sus patrias.

»Me marché de allí sabiéndome escoltado por todos aquellos hombres, con sus fusiles al hombro, con su muerte a las espaldas, vagando sin rumbo. Me instalé en Madrid y comencé una nueva vida. Una vida que parecía que podría redimirse a sí misma. ¡Qué ciego! Vivía, pero ellos seguían conmigo en la fábrica, en la habitación que tenía rentada en la pensión de la calle Galileo. Me acompañaban a todas horas, haciéndose presentes en el trabajo y en el descanso, sobre todo cuando dormía, a esa hora en que el silencio parece sojuzgar al mundo. Entonces, se despertaban, me tocaban el hombro con sus manos descarnadas y me forzaban a abrir los ojos y a charlar con ellos de la guerra y de la paz y del amor. Me pedían que les hablara de sus mujeres, de sus hijos, de los beneficios de su muerte...; pero nada podía decirles. El único que no abría la boca era el hombre de bigotes abundantes y piel amarilla..., a pesar de que le preguntaba una vez y otra que quién era..., que quiénes eran todos ellos. Pero él únicamente me miraba con sus ojos glaciares y la expresión como de haberse instalado indefinidamente en mis peores pesadillas.

»Poco después, hacia el 24 o por ahí, me movilizaron para la Campaña de África. ¡Je! ¡Qué jocoso eufemismo! Desierto, escorpiones, víboras, arena, sed..., y un enemigo que no veíamos, que no sentíamos sino cuando sus alfanjes nos segaban el gañote o sus francotiradores nos convertían en trofeo. Hasta aquel día, en Annual, en que nos sometieron a una de las peores afrentas que podía soportar el orgullo español. Silvestre huyó como los gamos..., y los oficiales corrieron desconcertados. Fue algo terrible, un monumento al pánico. Muchos caímos prisioneros. Recuerdo un pueblo en el Rif, de ésos que no son importantes ni para quienes los habitan. Estábamos encadenados a postes y los moros se entretenían torturándonos, rebanando hoy una pierna, mañana un brazo, pasado una mano... Cada día una nueva perrería, ninguna mortal, solamente para que la patria que nos despreciaba pagara un precio que nunca abonó. Fueron muchos días sin poder dormir, sin poder comer ni beber, sin poder descansar de aquellos gritos y de aquel hedor a carne retorcida. Los hombres suplicaban la muerte, le pedían clemencia a Dios. Después de dos semanas, ataron frente a mí a un hombre espigado y enjuto. Vestía el uniforme de tropas de

Cuba, su color gris a listas, sus trinchas de cuero negro, sus alpargatas... Tenía un bigote abundante cuyas puntas apuntaban al cielo y la piel amarilla como el pergamino. Sí; era él, Joaquín el Guarnicionero, de nuevo. Yo llevaba ya dos semanas de tortura continuada, aunque aún conservaba todos mis miembros... menos, acaso, la razón. Me habían alimentado lo justo para seguir soportando el dolor. Le pregunté que quién era y que qué pretendía de mí, que por qué estaba allí si su guerra ya había terminado y ya había muerto las suficientes veces, pero no me respondió. Se libró de sus ataduras como por milagro, caminó hacia mí, se detuvo y, entonces, un disparo le abrió un ojal en la frente. Cayó a mis pies con los ojos abiertos, me miró sin sonrisa, abrió la boca una, dos, tres veces... y expiró. Grité. Quería limpiarme aquella sangre que enlodaba mis alpargatas, apartar sus ojos abiertos como noches sin fondo, alejar su presencia de mi lado. Habían disparado los nuestros, que llegaron a liberarnos..., pero nunca lograron liberarme de su presencia. Tardé mucho tiempo en recuperarme, mucho. Seguía viéndole en sueños, incluso conscientemente le veía caminar por una calle, por la estancia en la que estaba, tomar un café en la taberna de la esquina, ir en el tranvía, meterse en mis sueños y escarbar en mis recuerdos mientras tomaba asiento a los pies de mi cama con todos los demás caídos.

»En el 37, durante la Guerra Civil, me mandaron a Teruel y allí volví a ver a Joaquín el Guarnicionero con su uniforme de soldado de Cuba..., y allí volvieron a matarle a mi lado y dejó su vida en mis brazos..., igualmente sin palabras y de la misma forma sin queja ni resentimiento, a no ser por aquella mirada extraviada y aquel sentir indiferente. Perdimos la guerra y me volví a Francia. Ya no había lugar donde esconderse, y lo sabía. ¿A qué ir a México o a Chile o a Rusia, como muchos?... Daba igual. A esas alturas ya había comprendido que el destino existía de una forma corpórea y que se huyera hacia donde fuera, solamente se estaba uno dirigiendo a él. En fin, el caso es que poco después, casi inmediatamente de terminar la guerra española, estalló la otra Gran Guerra en Europa. De nuevo se enfrentaban alemanes y franceses, italianos e ingleses, y rusos y británicos en una orgía de sangre y dolor. ¡Qué importaba una guerra más! Si la guerra me quería, a fe mía que me tendría. Pero no fue guerra, sino ignominia, la peor de todas las catástrofes del género humano; un horror que ni el mismo diablo podría imaginar, lo había ideado el hombre.

»Caí prisionero en Bruselas, y la Gestapo, alegando que era judío, me envió a Mauthausen. Me encargaron de acomodar a los prisioneros que llegaban en trenes desde muy diferentes lugares. Eran mujeres, niños, hombres, ancianos... A golpe de música

heroica, Wagner o Beethoven, los conducíamos a los barracones, los hombres a un lado, al otro las mujeres y los niños, y luego los llevábamos a las duchas. Se desnudaban, entraban y abrían las espitas de los gases venenosos. ¡Que se jodan, que eran judíos! Nadie hizo nada, ni la Iglesia ni las sociedades libres. Aquellos seres no tuvieron un lugar adonde huir, nadie los quería. Sin duda, por la suerte que corrieron, hijos de Dios, porque los hijos del diablo, los cainitas, rigen y gobiernan y matan y hacen de lo santo ignominia, y están protegidos contra todo mal. Los que habíamos sido elegidos como manos de los carniceros, sacábamos de las duchas después aquellos cuerpos inocentes, en ocasiones niños aferrados de tal forma a sus muñecos de trapo o la cintura de sus madres... que no había forma de separarlos, y luego los echábamos a una fosa gigantesca o los llevábamos a los hornos. Y así una vez y otra, y un tren tras otro, incontablemente. Otros judíos, no sé si más o menos afortunados, eran utilizados para conseguir progreso. Les obligaban a pasar hambre, les torturaban metódicamente, científicamente, tratando de establecer los límites de la resistencia humana y de averiguar dónde se escondía su alma. Eran animales de laboratorio, y la misma impiedad e indiferencia con que la Ciencia avanza en base a su crueldad con las criaturas, lo hacía entonces con los judíos. Un día no pude más. Me negué a servir a aquella abyección. Ya no cabían más cadáveres en mi alma ni más dolor en mi corazón, y me negué. "¡Que se jodan y me maten!", pensé. Me apalearon y me recluyeron en un calabozo hasta que llegó el comandante del campo. Allí, en la soledad de aquella celda, entre las sombras, se encontraba el hombre del bigote grande y la piel amarilla, Joaquín el Guarnicionero. "Dime quién eres", le dije, "ya ves que voy a morir." Pero no me contestó. Tomó asiento ante mí y me miró con aquellos ojos vacíos, inexpresivos, o con una expresividad tal que producía vértigo mirarlos. Los miré hondo, muy hondo, y enseguida pude ver una sucesión de imágenes, guerras, muertes, crímenes, dolor, dolor, dolor. Aquél, no había duda, era el fruto humano: horror y muerte a manos llenas. No; no valía de nada la guerra, ni la política, ni la oposición. El resultado era el mismo, siempre el mismo: inocentes muertos inundando las aceras, las calles, los caminos; inocentes encharcando los campos de batalla, sin importar qué uniforme llevaran; inocentes ajusticiados, miradas infantiles, madres desoladas, huérfanos tendidos sobre los huérfanos, miseria recostada sobre la miseria, legiones de fantasmas vagando por la vacuidad de la nada, de la nada, de la nada... Pueblo, amiga mía. Los muertos de las guerras siempre son los mismos: la paz. Y sobre toda esa orgía de sangre, dolor y lágrimas, el clamor de los inocentes en este infierno que es el mundo, donde

no nos dejan lugar para otra satisfacción que recrearnos en el pecado. Al comandante le pedí, por caridad, que me dejara morir con aquellos niños, que si aún quedaba en su alma un rastro de humanidad, que lo siguiera y me permitiera morir con ellos, con su inocencia y su pureza, con su belleza y su amor. No; no me mataron, o tal vez lo hicieran. Me enviaron a las duchas, pero antes de que abrieran los gases letales, los alemanes huyeron y entraron los franceses. Me liberaron, sí, cuando abrazaba a aquellos chiquillos en su última hora, en mi última hora, consolando su miedo y mi desconsuelo...; pero, ya lo ve, no pude salvar ni una sola vida.

»Por eso creo que se ha quedado sin Dios este rincón del Paraíso, salvo por criaturas como esta niña... o como usted, que aún tiene el coraje de morder la miseria del alma humana con los incisivos de su propia necesidad. En mi vida, que ya ve que es bastante, nunca he podido salvar una sola vida o una sola sonrisa, entretanto he visto cómo se sacrificaban las más hermosas en el nombre de la patria o de la raza. Nacionalismo es una palabra que debiera escribirse con zeta. Nosotros, el pueblo, ponemos los muertos en esta farsa desde el inicio de los tiempos. Lo sé, créame, y ya que no puedo oponerme de otro modo, hago lo que hago. He comprendido que todo es mental. Los muertos de todas las guerras son los mismos, desde hace una eternidad mueren los mismos seres de las mismas formas. Dicen que estoy loco, pero ¿de veras lo estoy?... Tengo a mi lado legiones de fantasmas con miradas que claman por paz, vida, la opción de vivir una ensoñación distinta. Dicen que estoy loco, pero ¿de veras lo estoy?... Me he salido de su cordura y me he instalado donde estoy, acaso con la intención de cambiar los sueños del autor. Un sombrero, Lola, una sonrisa... y un deseo de paz. Dicen que estoy loco, pero ¿de veras cree que lo estoy?... Vivo una vida prestada por alguien que tiene una pesadilla, que está pasando una mala digestión o que está ideando una tragicomedia. Pero deseo con toda mi alma un final feliz en un cuento de carne, porque aunque sólo fuera una vez debiera haberlo para un drama humano. Ese final es el que reclamo, aunque sea a fuerza de sombrerazos y cortesías. Y el que se ría, ¡que se joda!»

Y rompió a llorar desconsoladamente.

Lola comprendió que una pena grande se desvanecía ante otra mayor. Su espíritu estaba conmocionado por el soliloquio, hermanándose con él en la emoción tantas veces sentida de que el género no merecía redención. Catástrofe era su fruto, dolor y más dolor sin tasa ni colmo.

—Le ruego que me disculpe —le dijo el Loco Eusiquio mientras se enjugaba las lágrimas con un retal de pañuelo que se sacó del

bolsillo—. A veces, no sé por qué, nos guardamos nuestros miedos y temores, y no damos rienda suelta a nuestras emociones más que en contadas ocasiones... o nunca. Lamento haberle preocupado o afligido, pero, ya ve, ni en esto soy capaz de poner las tildes correctamente.

—No se apure, hombre de Dios —le consoló Lola, poniéndole una mano sobre su hombro—. Después de todo esto es un valle de lágrimas y todos tenemos nuestros dolores. Lo que pasa, es que la desgracia no puede abarcar a todos al mismo tiempo y se mueve por barrios. No sé, quizás usted también tenga una Zita que le espera en alguna parte, a fin de recompensarle.

—Oh, no, señora, ya no espero recompensa. A decir verdad, no tengo esperanza. Se me gastó por estos andurriales. Dejé de creer en Dios y en el hombre..., o dejé de creer en Dios por el hombre, no lo sé a ciencia cierta. Únicamente quiero morir en paz y mantener entretanto viva esta locura que me diferencia de tanto odio inútil y de tanto dolor. Acaso sea por escapar de esta creación de rencorosos seres que se muestran incapaces de aprender de sus propios fracasos. Llevamos arrastrando los mismos muertos y los mismos dolores desde el inicio de los tiempos, y llegaremos al fin de los tiempos sin haberlos liberado del sufrimiento.

—Tal vez tenga razón, pero hoy vuelvo a tener esperanza. Hoy me tocó a mí, y tal vez mañana sea usted el afortunado, que si la desgracia se mueve por barrios, por barrios se mueve la dicha.

Conversaron aún un poco más, hasta que las ropas del Loco Eusiquio se hubieron secado del todo. Luego se despidieron hasta otro día, quedándose Lola con la sensación de haber sido incapaz de compensar o liberar a tan *poco dañino* personaje de un ápice de su sufrimiento.

El hombre, cuando ya se iba, había escondido ya su dolor carne adentro y de dentro de sí sacó al afable loco que era todo cortesía y sonrisas, pareciéndoles a Lola y a Zita que despedían al más triste payaso del universo.

1. Pagos y cobros

Lola tenía la sensación de que la vida le estaba mandando un mensaje encriptado que huía de sus entendederas como si tuviera la sarna. De cualquier cosa se creía capaz en ese momento menos de dormir y, tras acostar a Zita, la emprendió con el vestido nuevo igual que hubiera podido tomarla con el fregoteo o cualquier otra faena doméstica que le permitiera relajar la excitación de ánimo que experimentaba.

De vez en cuando se le iba la vista por la ventana a la negritud de la noche, acaso intentando comprender los postulados del Loco Eusiquio. Sus desquiciadas ideas eran inquietantes, acaso por haber nacido de un dolor semejante al que ella misma padecía, aunque no cupieran tantos muertos en su alma. Sin embargo, fantasmas no le faltaban tampoco, y éstos vagaban por su vida con ese hálito como de ultratumba y la acompañaban en la realidad, convirtiendo su entorno en un lugar donde cualquier cosa era posible, así sentir a Miguel Arcángel a su lado como encarnar en Zita al hijo que nunca llegó a nacer siquiera.

En éstas estaba cuando alguien llamó a la puerta con insistencia. Arrojó irritada el vestido que intentaba reparar sobre la mesa y acudió a ver quién osaba interrumpir el proceso mental al que se había entregado con tanto frenesí.

—Lola —dijo un hombre de voz dura y aspecto montaraz, medio oculto en las sombras—, me traen las ganas a verte.

Y apartándola con desdén, entró sin mayores preámbulos en la casa. Era Ezequiel, el antiguo camarada de Miguel y de Mauro, ahora alcalde. Tenía la expresión segura de quien sabía que lo tenía todo cumplido y a disposición de su poder y su dinero.

—¡Pues te las llevas a casa de vuelta! —le replicó Lola, indicándole que saliera.

Él, apenas girándose desde la puerta que daba a la sala, la miró burlonamente y sonrió, sin dar importancia a sus palabras. Se llevó las manos al cinto, esbozó una sonrisa incrédula y le dijo:

—¿Y desde cuándo haces tú ascos a cuatro pesetas?...
La mujer, al oír estas palabras, sintió que una nube de sangre se le avecindaba y que las sienes le latían con violencia, cual si ese aspecto de su vida fuera ya tan lejano y distante que estuviera mucho más que olvidado. Sin embargo, comprendiendo que se hacía preciso echar siete aldabas sobre su pasado, tomó aire y, con el mayor aplomo, le anunció:
—Eso, Ezequiel, ya pasó: *la* Lola ya no irá más a la alameda.
—Ven acá, gatita —le dijo él sin creerla, pensando quizás que se trataba de un artificio para aumentar el precio del servicio—, enfurecida te pones más hermosa. ¿Será que quieres un par más de reales?
Guiada más por su instinto que por la reflexión, le abofeteó y retrocedió unos pasos, advirtiéndole que nunca más se permitiera tales libertades. Luego, comprendiendo que era preciso tener cierta mano izquierda y no poca paciencia, le dijo:
—Comprende que no quiero hacer más ese tipo de cosas. ¡Eso se acabó! Te pido que imagines que esa mujer no existe más. Por favor, Ezequiel.
—Lola —le interrumpió él, algo conturbado por lo que estaba oyendo—, por fuerza tú te has vuelto loca. ¿Qué pasó?... Mira, si es por dinero...
—No; no es por dinero. Es solamente que ya no ejerceré más. He pasado página sobre eso.
—Página que yo no he leído del todo —redarguyó Ezequiel, acercándose de nuevo a ella—, y que quiero conocer hasta en las tildes.
—No te acerques —le advirtió—, que no estoy hablando de balde. Te aseguro que si me tocas un pelo te saco los ojos. He dicho no, y es no, ahora y para siempre, de manera que ya te estás marchando por donde has venido, y hoy santas y mañana buenas.
Pero él, acostumbrado a domeñar la rebeldía por las mansas o por las bravas, se fue a ella y la tomó de nuevo por la cintura, metiendo la cara en su cuello. Ella, enfurecida, sacó de sí su mayor rabia y, casi por instinto, le marcó las barras de Aragón en el rostro. Ezequiel se separó de ella casi al instante, llevándose la mano a la cara, la cual comenzaba a sangrar por los arañazos que le había hecho desde la sien a la mandíbula inferior.
—Te lo dije —alegó Lola, con la voz algo temblona por conocer el mal pronto que tenía—: no más libertades como...
Ni tiempo tuvo de decir más, porque el hombre, iracundamente, de una bofetada la arrojó al suelo. Desde él, Lola sintió que la fiera que llevaba dentro se enardecía, que le nacían espolones en las manos y que le brotaban espumarajos de la boca. Desentendiéndose de su

mejilla descompuesta, ya se disponía a lanzarse sobre él cuando se detuvo a medio camino cual si se hubiera petrificado al ver avanzar hacia Ezequiel al perro, y tras de él, inmóvil, a Zita, al final del corredor. El hombre, al percibir el estupor de Lola, se giró también y vio a la niña, y desatendiendo los gruñidos del perro, dijo:
—Vaya, ¿qué tenemos aquí?... Así que es verdad lo que se cuenta: la Lola y la Muda, ¡vaya, vaya! —Y volviéndose a Lola, completó—: ¡Ya tienes escuela!
Aquellas palabras prendieron ascuas en el pecho de la mujer, quien, como si tuviera muelles en las piernas, se levantó de un brinco, se fue como una centella al aparador, abrió la primera gaveta, tomó la escopeta de caza que fuera de su esposo y, encañonándole, gritó:
—¡Fuera de aquí o te descerrajo!
Ezequiel leyó sin dificultad que la mujer estaba fuera sí y que era más que capaz de cometer cualquier disparate, pero no perdió por ello su presencia de ánimo. Muy al contrario, aun llevándose de cuando en cuando la mano a los arañazos del rostro, avanzó hacia ella y sonrió con desparpajo.
—Está bien, mujer, dispara. ¿No lo haces?...
Y con la mayor parsimonia le arrebató la escopeta y la puso sobre la mesa.
—No debieras jugar con estas cosas, que siempre traen cola. Ya sabes que las armas las carga el diablo.
Ella estaba asustada, temiendo que descargara otro golpe o que continuara con tan sórdido espectáculo en presencia de la niña, quien continuaba en pie sin perder ripio, atenazada por el pánico.
—Bueno, está bien. Será así, si así lo quieres...; pero únicamente por hoy. Has de cumplir con el pago —zanjó Ezequiel, poniendo cuatro pesetas sobre la mesa.
Se quedó mirándola con un gesto imperturbable. Se metió las manos en los bolsillos, se giró y salió de la casa, cerrando tras de sí la puerta, la cual había permanecido abierta durante toda la escena.
Lola se sintió libre, por fin. Reculó contra la pared y dejó que la cabeza cayera sobre el pecho, exhalando un hondo suspiro que liberaba la tensión que aún atenazaba sus músculos. Zita se acercó a ella, tomó su mano y se quedó mirándola con unos ojos entre confusos y solidarios.
—No temas —le dijo Lola—. Es un poco bruto, pero solo eso. No ha pasado nada. Ven, anda, mejor te llevaré a la cama que así como estás puedes coger un mal frío.
Y no solamente la condujo a su alcoba y la acostó con mimo, sino que se quedó con ella y le inventó un largo cuento con muchos aderezos, para que la ilusión borrara de su cabecita las huellas de aquel episodio desafortunado.

* * * * * * *

Zita rio por aquellos días, y su risa le condujo a Lola hasta la infancia, haciéndola rodar por los suelos y poniéndola cosquillas en el costado. La estera de esparto que había ante la chimenea se convirtió por momentos en una plazuela donde hacía equilibrios el mundo y donde se concentraban duendes, sirenas e hijos. Por fin volvía a sentir aquella casa el orgullo de sus muros, llenándose de una alegría que nunca, nunca, debiera haberla faltado.

Pero ésta era sólo una cara de la moneda; el envés era mucho más feo. Las risas, para que lo fueran, era preciso alimentarlas con algo más que con buenas intenciones, y Lola no había tenido en los últimos años otros ingresos que los obtenidos con su «profesión». Quería ser honrada, sí; ¿pero cómo?... Los escasos dineros que logró ahorrar los había empleado en comprar el vestidito y las cuatro prendas más que necesarias para Zita, y ya no había qué llevarse a la boca; las tierras heredadas de su padre y las de su esposo estaban al barbecho desde el final de la guerra, la despensa andaba tan desalentada que hasta las plagas habían huido y se hacía imprescindible conseguir alimentos que mantuvieran la verticalidad propia y de la niña.

Zita reía ajena a sus disquisiciones, y aunque su risa la cautivaba, ello era que por dentro sentía un constante reconcomio que era mucho más que una obsesión por resolver con tino aquella cuita. Ahora, bien lo sabía, tenía sobradas razones para la vida, y una vida honrada por añadidura, y estaba dispuesta a lo que fuera por dar lo mejor de sí a aquella criatura.

Hizo lo primero que le vino a las mientes, pretendió empeñar las cuatro cosas que estimó de mayor valor y menor necesidad, como la escopeta de su esposo, su anillo de casada, unos pendientes de oro que su madre le regalara cuando se casó y algunos enseres de muy distinta procedencia. Pasó toda la mañana haciendo inventario de lo más prescindible y metiéndolo todo en un fardo para llevárselo a don Julián, quien tenía justa fama de usurero, pero el cual poseía un bazar que era algo así como el monte de piedad de Lubitana. Negocios de posguerra que le dejaban sus buenos reales.

A eso de las cinco de la tarde, cuando ya tenía cuanto pensaba empeñar metido en un pañolón, tocaron la puerta. Al abrirla, Lola se encontró de frente a Flavio, quien aún tenía el rostro lleno de magulladuras.

—Buenos tardes, señora Lola —saludó el mozalbete con mucha cortesía—. Vine para ver si podía pasear con Zita.

Lola permaneció por un momento contemplando al párvulo,

inspeccionando los raspones y contusiones que ostentaba en profusión.
—Pasa, pasa —le dijo atolondradamente.
El muchacho entró y se detuvo en el corredor, manteniendo una compostura asaz adulta para su edad, evidencia de la buena educación recibida.
—¡Flavio! —le saludó Zita desde la puerta de la sala—. Ven, ven.
—Con su permiso, señora —se disculpó, y enfiló hacia donde Zita se encontraba, mientras el perro iba dando saltos a su alrededor, olisqueándole los zapatos y las heridas de las rodillas.
Pasó Lola a la sala tras ellos e, interrumpiéndoles, le dijo:
—¡Criatura, hay que ver cómo te pusieron esos brutos!
—¿Esto? —dijo él, señalándose el rostro—. ¡Oh!, no es nada. Es que tropecé y me caí.
—En ese caso, te agradezco que te *cayeras* por Zita —alegó ella, aceptándole el requiebro—. Creo que fuiste muy valiente; pero, dime, ¿por qué fue? Zita no me ha querido contar...
El jovenzuelo rodó sus ojos a la niña como pidiendo autorización y, en vista de que ella bajó su cabeza como asintiendo, volviéndose a Lola, le explicó:
—Bueno, es que... Lo que pasó fue que...
Ante el titubeo de Flavio, comprendió Lola que iba a soltarle una bola de esas que no tienen pies ni cabeza y cuyo único objeto es salir del paso, de manera que le interrumpió con mucha delicadeza, diciéndole:
—Ya veo. Quizás un golpe te hizo perder la memoria, como a Zita. Está bien, está bien, dejémoslo. Mirad, yo tengo que ir a hacer un recado, de modo que lo mejor será que os vayáis a pasear... por la plaza o por donde haya mucha gente para evitar otra desmemoria —les propuso con mucha intención, esbozando una complaciente sonrisa.
Y así lo hicieron. Cuando la dejaron sola, sonrió, felicitándose porque Zita tuviera ya un amigo y de tan buena catadura. Con este feliz pensamiento tomó el fardo que había preparado con sus demás cosas y salió también ella, dirigiéndose calle abajo hacia el bazar de don Julián, el cual tenía por nombre La Barata.
Mientras caminaba por las callejas, su mente iba haciendo cálculos de lo que haría con lo que sacara, de cómo repartir los cuartos para que bien extendidos cubrieran las necesidades mínimas el mayor número de días... y de cómo obrar después, que todo se acababa. Dibujaba una cifra en la columna del haber, y la del debe se llenaba de números con tal velocidad que el saldo era cosa de chiste, lo que la forzaba a ir cambiando a cada paso una cifra por otra sin que ninguna le pareciera lo bastante generosa como para cubrir un

plazo de tiempo razonable sin quebrantos. Cuando se halló frente a la puerta de La Barata al menos doscientas propuestas se agolpaban en sus mientes, ninguna suficiente para cubrir sus expectativas, pero cualquiera capaz de poner solución momentánea a las urgencias de su economía.

«Mejor un parche que un roto», se pensó.

Abrió la puerta y sonó la campanilla. La tienda, una pieza cuadrilonga sin más ventanas al exterior que un pequeño escaparate en el que se agolpaban los más variados enseres, estaba atiborrada de todo tipo de pertrechos, desde los de labranza, como azadas, horquillos o aperos de caballería, hasta cacharros de cocina u otras fruslerías, los cuales se mezclaban sin orden ni concierto, ya fueran nuevos o usados. La pieza estaba dividida en dos partes casi iguales por un mostrador de madera corriente con cristales al frente, en el cual se exhibían algunas mercaderías de mayor valor, como joyas o bisuterías, y sobre el cual se amontonaban diversas mercancías de muy distinta procedencia. Tras él, todo el muro hasta la puerta que daba a la trastienda lo ocupaba un mueble corrido, en cuya parte superior había amplios estantes en los que abundaban alimentos en conserva y botellas de licores, y en la profusión de gavetas de distintos tamaños, cada una de las cuales tenía el nombre de lo que contenía: legumbres, fideos y hasta de especias a granel. A un lado del mueble, justo sobre la pared, tres tinajas grandes con grifo se instituían en el dispensario de los vinos.

Esperó un rato husmeando aquí y allí, haciendo resumen de la estrategia que emplearía para enfrentar su empresa y calculando, por los precios que veía sobre alimentos y enseres, para cuánto la alcanzaría con el beneficio. Y en éstas estaba, cuando apareció el tal don Julián por la puerta de la trastienda.

Era éste un hombre rechoncho y mal ataviado. Sus trazas eran más propias de un hortelano que de un comerciante al uso, y el brillo del sudor que cubría la amplia calva que coronaba su cráneo testimoniaba el poco conocimiento de higiene que tenía, dándole una pátina como de estar nimbado cuando santos como ése no figuran en santoral alguno. Su estatura era mediana, su continente abundante y sus atavíos, en el mejor de los casos, lamentables. Sus ojos eran muy vivos, de ésos que trataban de husmear en el alma de quienes se dejaban caer por su feudo; sus labios finos, de los que uno solamente esperaría una maldad o una mentira; sus orejas y su nariz de generosas proporciones, asomando por ambos apéndices mechones de cabello con los que bien se hubieran podido hacer trenzas; y su barba a medio rapar, corriéndole por el labio superior un fino bigote a la usanza del Generalísimo, pero muy mal recortado.

Cuando el hombre entró y la reconoció, le ofreció un saludo de cortesía muy exiguo, de los que reducen el tratamiento a incomodidad.
—¿Qué es lo que quieres? —le dijo a bocajarro.
Y puso ambas manazas sobre la mesa. Manos grandes, por más señas, y llenas de un bello tan abundante y negro que pareciera abonarlo con aquel copioso sudor que le empapaba. Al verlas, Lola comprendió enseguida que se le iba a hacer preciso mucha lucha para obtener alguna ventaja, y así y todo tendría que reducir de forma considerable los guarismos con los que había hecho malabares.
—Buenas —dijo ella, con cierta pretendida cortesía, sobreponiéndose al mal talante que le producía su fachendoso interlocutor, mientras ponía el paquete que llevaba sobre el mostrador—, venía a...
—Ya veo, ya veo —le interrumpió el hombre con muy mal gesto, como estrategia para disminuir el precio de las cosas—. A vender, ¿no?... Sí; está claro. Vivimos tiempos en que todo el mundo vende y nadie compra; pero el caso es que yo estoy bien surtido de todo y no preciso adquirir más mercancías.
Lola sintió que el desánimo la ganaba y que le faltaban palabras para rebatirle, mientras él no le quitaba el ojo de encima cual si le estuviera haciendo un estudio psiquiátrico. Sin embargo, sacando fuerzas de su necesidad, dio un respingo y le dijo:
—Vamos, vamos, don Julián, no se me haga el duro, que ni de haldas ni de mangas está la cosa tan mal. Este pueblo es chico y aquí nos conocemos todos, de manera que no me venga con ésas, que bien sabemos dónde y cómo está cada uno. —Y luego, dulcificando su tono, añadió—: Además, lo que aquí le traigo le hará ganar sus buenos reales. Ya lo vendería yo directamente, pero me urge, ¿sabe?...
—Está bien, está bien, veamos lo que traes..., aunque no te prometo nada.
Deslió el bulto y husmeó entre los distintos artículos, sacándoles tantos defectos que debían apretarse para caber. Tomaba uno, dejaba otro, lo miraba por arriba, por abajo, por dentro y por fuera, e incluso las ajorcas y pendientes los examinó con su lupa de relojero. Luego de un buen rato, puso ambas manos sobre la mesa y soltó:
—Treinta y dos reales, ni uno más.
Lola se quedó de piedra. Cierto que en sus mientes no había números que se salieran de la categoría de modestos, pero ninguno de los que barajaba alcanzaban la de ridículos.
—¿Está de guasa? —dijo la mujer con muy mal talante.

—Es lo que hay, hija. ¿Qué quieres?... El negocio anda de cabeza, no hay clientes para esta mercadería en tal mal estado, y créeme que te hago un favor si...
—¿Favor? —le interrumpió—. Pues con favores como éste, ¿para qué quiere una buscar disfavores?... Mire, don Julián, dejemos las chuscadas para las fiestas y rasque ese bolsillo, que a buena fe se le va a cerrar de no usarlo.
El hombre, más diestro en el arte del regateo, bajó la cabeza como pensando, mugió un par de veces, y dijo:
—Bien sé que mi señora de ésta me mata, pero estoy dispuesto a llegar a cincuenta reales, si hay colaboración de tu parte..., ya me entiendes.
Cuando Lola escuchó ese requiebro —hecho con mucha intención, pero toda mala—, sintió tal asco que en su garganta se atropellaban varios catálogos de ternos para ametrallar sin piedad al pícaro don Julián; pero, acaso pensando en Zita, se contuvo. No obstante, recogió sus enseres y comenzó a liarlos en el pañolón en que los había llevado.
—Mire, porque tengo más vergüenza que usted me callo; pero si se le ocurre volver a decir una barbaridad semejante, su señora va a estar al tanto. De modo que ni hay trato ni nada que se le parezca. ¡Ah!, y apee el tratamiento de tú, que usted y yo nunca comimos en el mismo plato, a Dios gracias. Y en el futuro, como mínimo, señora reverendísima, ¿estamos?...
Ya había cubierto la mercancía, cuando el hombre la detuvo, poniendo su mano sobre la de ella, quien enseguida la retiró como si se la hubieran quemado, y dijo sin perturbarse:
—Está bien, que no haya enojos ni malentendidos, que eres..., que es usted muy capaz de poner en la boca de uno palabras que no ha pronunciado.
—Ni falta que hace decirlas, que todos sabemos de qué va este teatro.
—Venga, diga qué pretende por todo y terminemos con esta farsa.
—Ciento cincuenta reales, ni uno más, ni uno menos.
—¿Ciento...? ¿Pero..., pero se ha vuelto loca de remate? Mire, le doy los cincuenta prometidos, y va lista. Si le hace, bien; si no le hace, váyale con los chismes a quien quiera.
—Pues, don Julián, eso mismo haré —dijo Lola, envolviendo sus pertrechos y cargándolos sobre sus brazos—. ¡Al vertedero van antes que dejarme robar!
Y ya se disponía a salir de la tienda, cuando el hombre le hizo su última oferta.
—Está bien, ni para uno ni para otro: cien reales. Pero habrá de ser en mercancía, porque si no es así, está visto que no vendo un clavel.

Lola se detuvo con una mano en el picaporte. Reflexionó un instante y, dándose la vuelta, dijo:
—Cincuenta reales en mercancía, cincuenta en rubias.
El hombre renegó en media docena de lenguas vernáculas y dijo disparates de muy distinto jaez, pero aceptó, no se sabe si por temor a que Lola le fuera con algún cuento a su señora o si porque el precio era mucho más que ventajoso.
Con no poco dolor contó el hombre las monedas que iba poniendo sobre la palma de Lola, pareciendo que se las estaba arrancando del alma. Luego, cuando la mujer comenzó a señalar mercancías, don Julián dilataba el precio como si la inflación se hubiera disparado en un instante; pero ambos quedaron satisfechos, aunque Lola dudara cuando tuvo que entregar su anillo de casada, el único vínculo que le restaba de su malogrado matrimonio.
Cuando salió del establecimiento con una caja de cartón llena de viandas y sus cincuenta reales en el bolsillo, se sentía como Hernán Cortés tras la conquista de México. Tenía ganas de cantar, de reír, pero sobre todo de ir a casa y prepararle a Zita uno de esos guisos que por lo opíparo se dejan para las celebraciones de los grandes fastos, y aquélla lo era. ¡Vaya si lo era!
Nada más entrar en la casa, se metió Lola en la cocina y puso manos a la obra. En ello estaba cuando llegó Zita con su perro. Se acercó la niña al oler el guiso, vio sobre la mesa la enorme caja llena de alimentos, y exclamó:
—¡Dios comenzó a entregarle su regalo!
Lola se giró desde el fogón y contempló algo conmovida a Zita, para quien aquellas viandas eran lo más parecido a la gloria, como muy bien lo delataban el fulgor de sus ojillos. Sus manos recorrían los cucuruchos de papel de estraza de legumbres, la tina de leche, el pan blanco, las latas de conserva y hasta las medias libras de sucedáneo de chocolate como si estuviera acariciando las distintas ambrosías del paraíso.
—Dios —dijo Lola—, ya comenzó a hacerme su regalo hace algunos días.
Y hubiera dicho más, pero un movimiento temblón de su barbilla anunció que lo siguiente no serían palabras, sino lágrimas, y por fingir una fortaleza que no tenía se giró de nuevo a las perolas y prosiguió con el guiso.
Al tiempo que Lola cocinaba, fue indicándole a Zita dónde ir guardando cada alimento, y mientras la niña lo hacía no cesó de hacer elogios de Flavio, quien de pronto pareció tener todas las virtudes del mundo y ninguno de sus defectos. No así con Rufo, con quien aquella misma tarde tuvieron un nuevo rifirrafe que por suerte no llegó a mayores por hallarse al quite el Loco Eusiquio,

quien «por casualidad» pasó por allí en el justo momento y permaneció a prudencial distancia hasta que el peligro pasó.
—¿Por qué me odia Rufo? —preguntó Zita, echando su barbilla sobre las manos y tendiendo una mirada larga y densa.
—Los niños, hija, son el reflejo de sus padres. Aprendemos imitando, y él tiene por padre y maestro a ese Ezequiel de mis pecados. De tal palo, tal astilla. El padre se cree que tiene derecho sobre todos, y el hijo también quiere tenerlo.
—Sin embargo, yo sé que no es malo —le disculpó Zita.
—No, hija, nadie es malo del todo. Nos hacemos malos..., o nos hace la vida, según se mire.
—Yo sé que es bueno, aunque bruto. A lo mejor es que nadie le ha querido nunca.
—A lo mejor —aceptó Lola—. Su padre fue un buen hombre, pero hoy, ¿qué quieres que te diga?..., deja a Barrabás como una hermanita de la caridad.
—¿Usted le conocía bien?
—Ya ves, hija, que nunca se conoce bien a nadie —se explicó Lola, sin dejar de atender perolas y sartenes—. Fuimos compañeros de escuela, cuando niños. Él me pretendía y me lo hizo saber muchas veces, pero yo quería a otro, al que fue mi marido. Miguel Arcángel, mi esposo, nunca me dijo nada porque Ezequiel estaba encaprichado conmigo. Cuando se hicieron hombres se fueron a trabajar a la mar, después del servicio militar: Miguel, Mauro y Ezequiel. Eran tres amigos de los buenos, de los que son..., o suelen serlo, para toda la vida. Algunos años después regresó Ezequiel solo. Al parecer habían discutido por algo, y se separaron. De nuevo me propuso matrimonio; pero yo no le quería como esposo. Un par de años más tarde regresaron Miguel y Mauro, y no mucho después me casé con Miguel. Aquello terminó de separarles para siempre, y en la guerra se pusieron los tres en bandos distintos: Mauro con los rojos, Ezequiel con los fascistas y Miguel...
—¿Con quién se puso Miguel? —preguntó intrigada Zita.
—Con el de la paz. Para él los bandos eran distintas caras del mismo demonio. Para Miguel el mundo no era como para los demás: era trabajo, familia, hijos... Un lugar donde el odio no tenía cabida.
—¿Y qué fue de él?
—Murió. Le mataron en la guerra, como a la paz.
—¿Quién le mató?
—El odio, niña: el odio.
Zita percibió que el gesto de su preceptora se había ensombrecido y que la nube densa del recuerdo amenazaba con sumirla en las tinieblas de la memoria. Se acercó a ella, tomó su mano, y le dijo:

—¿Por eso sube al cementerio cada día?...
—Por eso, sí —respondió Lola, clavando en sus ojos infantes su aguada mirada—. Para mí nunca murió del todo.
—Todos perdemos algo en la guerra —dijo Zita con una sensatez muy impropia de su edad. Y añadió—: A veces, la muerte de un pájaro puede matar muchas primaveras.
Un leve escalofrío latigueó la espalda de Lola. Aquélla era una verdad como un templo, y mejor que nadie lo sabía ella, un ser condenado al frío glacial de una vida sin prolongación ni rebrotes. Comprendió que de nuevo había sobrepuesto su dolor al de la niña, quien también tenía el suyo y quizás más ancho y dilatado, como lo develaba aquella cabecita que había caído reclinada levemente sobre su pecho, con una mirada perdida a una distancia imposible, cual si fuera capaz de ver por detrás de los ojos parajes que no cabían en ninguna geografía. Entonces, desoyendo la firme invitación a la nostalgia y a la derrota que le exigía un amor imposible, se inclinó, le advirtió a Zita que dispusiera la mesa porque el mejor guiso que había probado en su vida estaba ya listo, y mientras pasaba por su cabello la mano con una parsimonia que era sedimento de muchas emociones suspendidas, le dijo:
—Y en la paz, mi amor, todos, todos ganamos.
Y cenaron, mientras charlaban alegremente.

* * * * * * *

Ya había acostado a Zita, cuando llamaron a la puerta. Dejó Lola el vestido en el que trabajaba sobre la mesa, y acudió a abrir con presteza. Era la señora Fausta, quien llegaba liada en su mantón negro con un hato de papeles bajo el brazo.
Lola, un tanto perpleja, la miró un instante, hojeando en sus mientes la probable causa de su visita, y al punto recordó la deuda que tenía con ella, diciéndole mientras apresuradamente se iba pasillo adelante en busca de sus cuartos:
—Pase, pase doña Fausta en buena hora, que ya dispongo del monto de la deuda y al punto se la abono. No sabe usted el socorro que me hizo. En fin, que todo agradecimiento es poco.
Fausta, sin decir palabra entró con la mayor familiaridad, colándose en la sala y permaneciendo en pie junto a la mesa camilla sobre la que Lola había dejado sus pertrechos de costura. Esperó un rato, pero fue poco tiempo, pues la anfitriona no tardó en llegar con las tres con diez de la deuda.
—Aquí tiene usted, cabalito, el monto que le debo, y mi gratitud por añadidura, señora, por haberme fiado esos cuartos sin que tuviéramos confianza.

Nunca había tenido Lola proximidad con Fausta, fuera de la familiaridad que facilitaba el trato en su tienda de ultramarinos. Salvo eso, apenas nada, pues nadie en la aldea la saludaba cuando se cruzaban en la calle a causa de su... «profesión». La visitante, con un gesto de circunspección que revelaba la incomodidad que sentía por encontrarse en aquella casa, no supo si saludarla con sequedad o si besarla como exigía la cortesía, y al fin resolvió hacerlo de palabra y tomar asiento, escapándose por la tangente.

—¡El frío de hoy no lo quiero ni para los perros! —dijo, rompiendo el hielo por la recurrencia del tiempo.

Tomó asiento Lola a su lado, sin saber tampoco cómo encarar aquella situación que Fausta parecía dispuesta a gobernar, y se quedó mirándola. Fausta, que efectivamente tenía bien claritas sus intenciones al ir a aquella casa por más que no las hubiera puesto aún sobre el tapete, guardó un momento de silencio y sus ojos algo exoftálmicos se fueron a los de Lola, primero, y al fardo, después. Luego, los levantó de nuevo, y con la mayor franqueza, dijo:

—Bueno, al caso. No; no tenemos ninguna confianza, pero, si me lo permite, quisiera ofrecerle esto para esa niña que tiene en casa.

Y estiró los brazos, acercándole el paquete sin apartar sus ojos de los suyos, cual si midiera la reacción que producían sus palabras. Lola, a qué negarlo, estaba sorprendida. Cualquier cosa esperaba menos que nadie fuera a hacerle un regalo, y menos de ella, a quien por su condición social nunca consideró ni próxima siquiera. El gesto de Fausta, sin embargo, le pareció honesto. Su abultado volumen, sus modales sin artificios y la bondad que inspiraba su semblante, le proporcionaban una especie de aura como de estar en paz con el mundo, cuando todos sabían que aún sufría por la muerte de su ahijado, Salvador Montoro, el último caído de la guerra —aunque la guerra ya había terminado cuando le mataron —, y quien fue mucho más que su vida.

—No me lo tome a mal —continuó, algo ruborizada pero con voz firme y propósito decidido—. No es lástima, se lo aseguro. Lo que ha hecho con esa criatura es voz popurrí *(por vox pópuli),* y... créame, la admiro por ello. Tal vez nos falten más corazones como el suyo.

Lola se quedó helada. No atinaba a comprender por qué aquella respetada mujer decía cosas semejantes. Nada las unía, ni siquiera una conversación intranscendente o un palique fuera de los estrictos límites de la compra en su establecimiento.

—¿Por qué hace esto? —se atrevió a preguntar.

Ella pareció organizar su pensamiento, y luego, bajando su cabeza, agrupó sus ocurrencias y lanzó el siguiente exordio:

—Bueno, éste es un pueblo muy pequeño y enseguidita todo se

sabe. Todos conocemos lo que es cada quien, pero a menudo nos olvidamos por qué cada uno hace lo que hace, lo que nos empuja al resentimiento o a... las afueras de la sociedad. Yo no soy quién para juzgar a nadie, por más que tenga mis ideas. Todos habíamos visto a esa criatura rondar por las calles entre el hambre y el frío. ¿Cuánto tiempo llevaba?... ¿Uno, dos, veinte meses?... Pero ninguno hicimos nada, sino compadecernos, o acaso ni eso. En fin, usted tuvo la osadía de acogerla, a pesar del revuelo que sabía que iba a levantarse, demostrando un valor que a muchos nos faltaba. En fin, quisiera, ya que mis posibles no me permiten otra cosa, que aceptara estas prendas. Son de la misma talla que las que compró días atrás. Sé que sus ropas se las rompieron los otros chicos, esos diablejos que son capaces de montar un calvario en cualquier esquina, pero que en realidad no hacen sino emular a sus padres y ser eco de lo que hay en sus casas. A la guerra aún le supuran sus heridas.

Los ojos de Lola se fueron al paquete, y lo acarició dejosamente. En su corazón se abría una puerta a la esperanza, presintiendo acaso que el futuro tenía remedio o que restaba una oportunidad por ser hollada, siquiera fuera porque había gentes capaces de gestos como aquél. ¿Qué bendito Dios escondía entre los garabatos de la vida una caligrafía tan hermosa?... Sus lágrimas —«gotas de alma», dicho en palabras de Zita—, anegaron sus ojos, desbordándolos. Fausta, sin darle ocasión de derrumbe, continuó:

—Sí, Lola. Los chicos lo fraguaron, y en ellos se da la pureza de ser lo que son sin rubores ni recelos, así en el bien como en el mal. Pero igual que los hay... brutos, los hay nobles, y mi Flavio no ha parado de insistir desde entonces con este martirio. Sí, él y Zita se conocen o se han tratado, siquiera sea en malas circunstancias. Ya le habrá contado la nena que cuando le rompieron su vestido...

—No; no me dijo ni palabra de lo sucedido —le interrumpió, ansiosa de conocer los hechos—. Lo poco que sé me lo contó Eusiquio, quien parece ser que detuvo la refriega; pero no sé cuál fue la verdadera causa.

—Sí; sé lo de ese locuelo. Él fue quien me entregó al chico hecho un santo Cristo. ¡Pobre hombre! Figúrese que al traerme así a la criatura casi me voy a él y le hago la autopista *(por autopsia)*. Y es que cuando vi a Flavio en aquel estado me imaginé lo peor, y casi lo pago con ese bendito. En fin, que vivimos unos tiempos que uno ya no sabe en quién poner su confianza. Camino de casa, y antes que Veneranda, mi nuera, le diera una buena azotaina a causa de su estado, le interrogué usando mis mejores artimañas..., ya sabe, un poquito de mano izquierda y otro tanto de derecha. Él se negaba a decir ni mu..., igualito que su padre, a quien Dios tenga en su

gloria; pero yo le conozco bien, que no en vano crie a Salvador. Así que apenas llegamos a casa y antes que nos dieran el quién vive, le metí en mi cuarto y, con mucha paciencia y buenas palabras, le interrogué hasta que me soltó puntual confesión. Los hechos, Lola, son como eran de esperar: Rufo, el barrabás ése, y sus amigotes, trataron de ofender a su Zita no increpándola a ella, sino mentándola a usted con no muy buenos peritos *(por epítetos)*. Ella, por lo que se ve, se lanzó a los brutos como una exhalación, tratando de meterles las uñas por donde podía, y el tal Rufo se la sacó de encima sin mucha dificultad, haciéndole lo que de sobra conoce. Mi Flavio, que será cualquier cosa menos un cobarde, trató de impedirlo a pesar de la diferencia numérica, de resultas de lo cual recibió una paliza de las que hacen época. Desde que me confidenció los hechos no ha parado de darme la murga con que trajera estas ropas, y aquí estoy. Ya ve, siquiera sea por Flavio, que no todo es malo. Ésta es la talidad de los hechos.

No sabía qué decir Lola, quien estaba hondamente conmovida por el relato, si agradecer el gesto o si arrojarse a sus brazos. Por una parte, ¡qué orgullo de hija!; y por otra, ¡qué rebién nacido que era aquel muchacho! Pero también estaba allí Fausta, a quien a buen seguro aquella toma de postura le iba a traer sus buenas complicaciones con buena parte de su parroquia.

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptarlo —le dijo—. No me perdonaría que tuviera el menor inconveniente por ayudarnos. Con el gesto es suficiente.

Y empujó el paquete hacia Fausta, quien detuvo su acción poniendo sus manos sobre las de la anfitriona.

—El problema, Lola, es que no es suficiente con los gestos. Este paquete se queda aquí, como que yo me llamo Fausta. Entiéndame: no es únicamente una cuestión de gestos, sino que hay mucho más. Usted tuvo un bendito marido más que querido por todos. Cuando mataron a Miguel Arcángel, mataron un hombre que sólo ansiaba la paz. ¿Sabe que en forma parecida mataron a mi Salvador?... Sí; claro que lo sabe, ¿cómo no habría de saberlo?... Apenas hace unos meses de eso..., y aún murió por la paz. El suyo fue el primer muerto de esta guerra en Lubitana, y el mío el último. Pues su hombre y mi niño, ya ve, se saciaban en semejantes abrevaderos, de manera que parece que nuestros destinos están vinculados y vuelven a encontrarse. Lo que ha hecho es cosa de todos... o debiera serlo. Muchos, estoy segura, hubiéramos querido acoger a ese ángel que tiene a su lado, pero nadie lo hizo, nadie pasó del propósito o de la idea. Usted, sí. Y en lo que a mí respecta, usted es su madre y su hermana y su hija..., o lo que usted quiera ser, porque un corazón que es capaz de acoger a otro que sufre, no sobrándole, nos

está dando a todos una lección de las que no se olvidan. Sé que perdió a su hijo el día que mataron a su esposo..., y hasta puede ser que quiera remediarlo en ella; pero ¿y qué mal hay en eso?... ¿Acaso no será que Dios se la entrega en compensación?... Al fin y al cabo, ella se beneficia y el mundo tiene un pajarillo huérfano menos. Mire, quizás porque nunca tuve los hijos que ansié, los chicos siempre me han parecido cosa del Cielo, querubes sobre los que los hombres escriben lo malo o lo bueno. Y sé que lo que está escribiendo, sea con buena o mala caligrafía, no puede ser malo. Qué quiere que le diga... Pero no crea que me ha gustado. No; nunca me gustó usted, como jamás me han hecho tilín quienes tuercen sus caminos y se dan a la mala vida. Soy como soy, y eso está fuera del orden de cosas que yo estimo en la gente de bien. Es muy fácil odiar, liarse la manta a la cabeza y renunciar a lo mejor del ser humano. No; nunca me gustó. Pero esto que hizo me mudó el parecer, porque me ha demostrado que es mejor que los que están todo el día con don Melquiades.

Lola tenía prendidas vivísimas encarnaduras en las mejillas, reflejo del pudor que sentía por lo que estaba oyendo; pero su inacción era un acta de que aceptaba el rapapolvo con la mayor humildad y el mayor agradecimiento. Luego de un instante, levantó la mirada y dijo un «gracias» que desconcertó a Fausta.

—Déjese de gracias ni de gracios —replicó la mujer—, y no se crea que he venido aquí a lucir la cola como si fuera un pavo real. Hago lo que me dicta mi conciencia, y punto. Si otra cosa me empujara a decir, no tenga la menor duda de que le soltaba cuatro frescas con las mismas.

—De eso estoy segura —afirmó Lola.

—Pues no se hable más.

Lola lo aceptó al fin de buen grado, llevándose hacia sí el paquete, pero sin levantarlo de la mesa. Era obvio que Fausta no había ido a pedir permiso, sino a cumplir con una exigencia de su corazón, y lo hizo. Su gordura era apenas un símil de su alma. Sobrellevaba sus pérdidas —la de su ahijado Salvador, su cuñado Sebastián y la del abuelo Teobaldo, tres generaciones caídas en la más carnicera de las guerras—, con una dignidad que era merecedora del mayor encomio, cuando bien se le notaba que cualquier referencia a ellos le criaba espinas en el alma. No en vano sus sepulcros eran los más acendrados y mejor dispuestos del cementerio, especialmente el de Salvador, el único consuelo para un ser que se despeñaba en la soledad de una pérdida que, sin ser de su misma sangre, era el más propiamente hijo de cuantos pudo haber tenido. Acaso aquel paralelismo entre su querencia y la de Lola las identificara o, al menos, así prefirieron ambas creerlo.

—Me aceptará una tacita de achicoria —se ofreció Lola; pero no esperó respuesta, sino que se puso en pie diligentemente y se dirigió a la cocina.
Fausta aguardó mientras la anfitriona regresaba con el servicio. Husmeó por las paredes, deteniéndose en un retrato de Lola con Miguel Arcángel del día de su boda, el cual pendía sobre la chimenea. Recordaba bien aquel gracejo y aquella apostura tan suya que supo hacerle tan querible entre todos sus convecinos; luego vino la guerra, y el tiempo de las armas volvió a los hombres locos y buscaron a quién odiar, hasta que le encontraron.
En ésas estaba la mujer, cuando entró Lola con dos tazas y un azucarero sobre una bandeja de lata. Lo puso sobre la mesa y tomó asiento, ofreciéndose a servir a su invitada:
—Confío que no le importe que sea achicoria. El café está por las nubes, igual que el azúcar blanco.
—No, por favor —replicó Fausta—. Mire, hace mucho que no traigo café a mi establecimiento, porque lo poco que hay en el mercado es de estraperlo, y no seré yo quien dé de comer a esos golfos...
Y ya más distendidas y con mayor familiaridad, bajaron las defensas y comenzaron una plática acerca de las cosas de Lubitana, de cómo habían cambiado los usos y costumbres con el fin de la guerra y, cómo no, de Salvador y de Miguel, y de tantos y tantos que cayeron en aquellos tres años terribles que se resistían a terminar cual si el tiempo se hubiera detenido.
En vista de que esta conversación les levantaba los empedrados del alma, enseguida hizo un quiebro Fausta y se adentró en los vericuetos de los chicos, verdadera devoción de su ser, haciendo inefables ponderaciones acerca de Zita y de Flavio, a quienes parecía empeñada en hacer emparentar con la misma esencia de la virtud de Platón. Bien se apreciaba que veía por los ojos de su nieto y que su alma se regocijaba en la grandeza de la infancia.
Su charla se hizo amena y distendida, incluso permitiéndose la licencia de echarse al coleto una copita de anís o hacerse algunas confidencias. No mucho después le entraron las prisas a Fausta, cuando reparó en la hora que era al escuchar el montón de campanadas que difundió el reloj del ayuntamiento.

* * * * * * *

Aquella noche Lola estaba tan excitada que no halló acomodo para descabezar un sueño. Dio vueltas y más vueltas en la cama, haciendo tal rebujo con las sábanas en torno a su cuerpo que daba la impresión de que iba a necesitar la intervención de un equipo de urgencias para liberarla de ellas; pero ni aun así encontró la postura

en que sus músculos pudieran hallar la quietud bastante como para el relajo.

Su mente era un pájaro que volaba muy alto y muy aprisa, veloz como la centella y azul como vapor divino. Figuras había en su mente que se mezclaban, juntándose y separándose como si danzaran una melodía imposible y frenética; pero así como había inquietud vivísima en su alma, también había un punto de paz que la invitaba al alborozo. Su pensamiento iba de una cuestión a otra, de una a otra disquisición sin alto ni descanso: «¿Hacia dónde se dirige el futuro?...», se decía a sí misma, y no hallaba respuesta, aunque imaginaba un paraíso que parecía abrir fieramente sus codos para hacerse hueco en el mundo. «Lucha. Arma la voluntad con acero y la esperanza con cota de malla, y lucha», se alentaba... o la alentaban sus ensoñaciones, e imaginaba un porvenir capaz de ser sometido y una vida que creía factible de ser mudada. Supo que su redención estaba en ella misma, porque por fin había hallado las fuerzas bastantes para combatirse, desprendiéndose para siempre del rencor en que había angostado su vida.

Y acunada por esta feliz idea, al fin se durmió plácidamente.

9. El pasado no se olvida

La mañana siguiente se levantó Lola de excelente humor, alentada por la conversación que la noche anterior había mantenido con Fausta. En su cabeza no cesaban de nacer planes y más planes para con Zita, arrinconando el difícil problema sin resolver de la supervivencia, que aún la atormentaba. Dios proveería, parecía decirse, entre tanto el orden del mundo le daba la impresión de que se restablecía, amparándolas.

—Esta mañana iré a ver a don Viriato a la escuela, para que acudas a clase cuanto antes —le anunció a Zita apenas ésta se hubo levantado—. Sé que te gustará, y no está de más que una nena tan linda como tú sepa cuando menos las cuatro reglas: un poco de leer, otro de escribir, una pizca de aritmética y mucha urbanidad, que son el secreto de una vida ordenada.

Vamos, eso no se lo creía ni ella misma cuando lo pronunciaba, pero lo decía para que Zita se fijara en su coartada y no en el móvil de su propósito, que no era otro que proporcionarle los recursos sociales de una niña como cualquiera otra. Zita, sin embargo, tenía cierto temor a este suceso por causa del tal Rufo y sus secuaces.

—¿Es necesario? —preguntó la niña con un estigma de terror mal controlado en su mirada.

—¡Por supuesto que sí! —recalcó Lola, tratando de infundirle seguridad—. Date cuenta de que si ésta ha de ser tu vida, has de ser como todos los demás. Además, en la escuela tendrás todos los amigos que quieras y te enseñarán que el mundo es mucho más grande de lo que parece. El saber, como la medicina, debe ser en su justa proporción para que surta un adecuado efecto, pues tanto el exceso como la carencia hacen padecer al cuerpo y sufrir al alma. Saber leer, para enterarse por una misma de cuanto nos rodea, ya sea en la tienda o la vida; escribir, para enviar algunas letras a quienes tengamos lejos o apuntar las cosas que no queremos que se nos olviden; aritmética, para hacer cuentas y controlar los dineros que nos mantienen; y urbanidad, para respetar y ser respetados. Hija, quien permanece en la ignorancia únicamente puede ser

objeto de abuso por parte de los que se consideran más listos, y una mujer debe valerse por sí misma en todo y para todo.
Zita, mientras miraba sin ver a su preceptora, trataba de vencer sus temores, pues cualquier cosa se consideraba menos melindrosa. Le asustaba la seguridad con que Lola hacía acopio de argumentos, desgranándoselos como don Quijote hiciera con Sancho cuando iba a entregarle la ínsula de Barataria. Le asustaba y le alentaba a un tiempo, o al menos así le parecía a la párvula, quien desconocía que su tutora se había pasado buena parte de la noche reuniendo aquellos cuatro argumentos traídos por los pelos, cuando en realidad ella tenía más miedo que la propia Zita, y también por temor de lo que aquellos truhanes pudieran hacer con ella. No obstante, comprendía que debía renunciar a sus pavores para que la niña no los tuviera, y que ella debía vivir con las artes de su tiempo.
—Bueno —aceptó Zita—, si los libros me necesitan...
Y la necesitaban, qué duda había, pues de lo contrario no tendrían sentido. Al menos, así pensaba ella, aunque su primer pánico fuera enfrentarse continuadamente a una situación que no estaba muy segura de poder controlar.
—¿Vendrás conmigo? —le preguntó Lola.
—Sí —aceptó—; nunca he visto por dentro la escuela.
—Mejor. Luego, cuando haga las camas, nos bajaremos al lavadero, que es preciso hacer algo de colada y hoy está el día claro, y después, allá para la hora del recreo, iremos a ver a don Viriato, ¿te parece?...
Zita se encogió de hombros en señal de acuerdo, y se quedó como pensando, con la mirada tendida muy a lo lejos, a través de la ventana, mientras acariciaba con mucha parsimonia el lomo de su perro. Permaneció así algunos minutos, sin que Lola se atreviera a interrumpir sus disquisiciones mentales, en la seguridad de que cuando descendiera de nuevo a la tierra tendría toda una caterva de preguntas, como así sucedió.
—¿Me enseñarán a comportarme?
—Seguro que sí.
—¿Y a hacer cuentas?
—Naturalmente.
—¿Y a anotar ideas con palabras que luego yo sepa lo que pone?
—¡Ajá!
—¿Y a entender a los demás y que los demás me entiendan?
—¡Ay, hija, eso me temo que no! Es lo único que en las escuelas no enseñan.
—¿A jugar, entonces?
—No, me temo que a eso tampoco.
—¿A ser mejor persona, quizás?

—No, no; nada de eso se enseña en la escuela. Te dan conocimiento: que si un poco de Geografía, que si un poco de Historia, que si su algo de Aritmética, etcétera, como si estuvieran haciendo un guiso. Luego, cada cual actúa con eso como mejor le conviene.
—Pero los que saben mucho de todo, ¿son mejores o peores?
—¡Ay, ya te veía yo venir! De todo hay, Zita, como en botica. Algunos, con ese guiso reparten a los demás y hacen que el mundo sea más hermoso y llevadero, pero son los menos. Los más, o se lo entripan ellos solitos y agarran una indigestión de soberbia que para qué te cuento, o venden esa sabiduría para enriquecerse.
—Es decir, que el ir a la escuela no nos convierte en mejores, ¿no es cierto?
—Ni en peores, cielo. Todo en la vida es bueno o malo según la mano que lo maneja, como un cuchillo, por ejemplo.
—Claro, claro —alegó la niña haciendo pico y cerrando un ojo con picardía—, pero el que tiene el conocimiento tiene el cuchillo más grande, ¿no es verdad?... Francamente, no sé si me va a gustar eso de la escuela. Iré, pero no me convence mucho, porque yo sólo quiero vivir.
Lola sintió que se derramaba por su espalda la helada copa del invierno, cuyo helor recorrió la columna vertebral como si fuera gélida corriente eléctrica. «Vivir»..., ya lo había escuchado antes en los labios de su difunto esposo, ni por encima ni por debajo de los demás, sino a su lado. Posibilidad ésta que, dado el paso al que caminaba la Historia, quedaba claro que el conocimiento había reducido a su mínima expresión. Sin embargo, la última sentencia de Zita puso las cosas en su sitio.
—A lo mejor, lo que pasa es que necesita de más gentes buenas el conocimiento para que todos se entiendan —continuó Zita—. En fin, que si para mejorar el mundo, el mundo quiere que aprenda todas esas cosas...
—Claro que sí, tontita —le corroboró Lola—. ¿Qué otra cosa podría ser, si no?... Y verás que tú lo vas a conseguir, repartiendo ese saber como si fueran regalos.
No mudaron el tema, pero mientras recogían la mesa y hacían las camas incluyeron de rondón en su cháchara algunas otras notas más festivas, acerca de los chicos que acudían a la escuela y las particularidades y genealogía de cada uno de los párvulos. Sin saber muy bien a qué obedecía, Zita confesó una especial afinidad con Flavio pero mayor atracción por Rufo, de quien dijo que era bruto porque no se le había permitido ser otra cosa.
—¿Y quién crees tú que se lo ha impedido? ¿Su padre?
—No sé; su padre... o él mismo.
Zita le resultaba desconcertante, siempre sacando conclusiones que

tenían visos de ser promulgadas por alguien de mayor edad que ella. Acaso fuera cierto o acaso no, ¿quién sabía?, pero su cabeza no estaba lista a esas horas de la mañana como para adentrarse en el ser de los mortales, e hizo sonar el clarín del cambio de tercio, como quien diría.

—Quisiera también que fuéramos a ver al doctor para que te revise esa tosecilla. No remite ni a sol ni a sombra, y cada día me tiene más cansada. Luego o antes de ir a la escuela, según se dé.

—Llevo tanto tiempo con ella que pienso que no seré igual si me la quitan.

—¡Quita de ahí esa idea, niña! ¿Habrás de cuestionar también la salud?... Mira que ésa es una cosa muy seria. Y no hay más que decir: iremos, te recetará... un jarabe, si es necesario, y hoy santas y mañana buenas. Verás cómo la salud es el bien más preciado, por más que te hayas habituado a ir media vida arrancando esos miasmas del pecho.

Y no admitió que su decisión se moviera ni tanto así, que no era en absoluto una propuesta, sino un mandato. Terminaron de hacer las camas, escobaron muy por encima el suelo, se pusieron los abrigos, tomaron la tabla de lavar, la pastilla de jabón y una gran banasta de ropa, la cual, cuando salieron a la calle, Lola se puso sobre la cabeza con singular maestría, y descendieron de la mano hasta el lavadero del arroyo.

Estaba situado a un lado del puente romano que cruzaba el arroyo, cuya carretera conducía a Orusco y Carabaña. En realidad, el lavadero no era otra cosa que unas rocas en la orilla, en las que habían esculpido a golpe de cincel una especie de puestos para facilitar a las lavanderas su tarea, rodeando a los cuales había una pradera de pasto, ni grande ni pequeña, donde solían tender la ropa una vez lavada para que se oreara.

Una o dos mujeres estaban haciendo su colada, quienes al percibir la presencia de Lola y de Zita se miraron entre sí y se apartaron desdeñosas, yéndose a tender sus prendas en la parte más lejana del prado, junto a la linde de la alameda. Lola, dando un respingo con su barbilla, tiró de la mano de Zita, se acercó a uno de los puestos, puso su tabla en el suelo, se arrodilló y comenzó a restregar su ropa con energía.

La niña tomó asiento a su lado, subiéndose el cuello de su abriguito para protegerse del frío. La mañana estaba clara y el sol ya asomaba por arriba de la Piedra del Reloj, pero la temperatura no alzaba muchos grados y no había sido capaz de deshacer completamente el hielo que aún quedaba en las sombras. Miraba a las mujeres cuchichear entre sí, amparándose en las sábanas que tendían, y volvía sus ojos a Lola, quien frotaba la ropa como si tuviera una

pendencia personal con ella, comprendiendo que tampoco su preceptora era persona demasiado estimada por sus vecinas.
—¿Tampoco la quieren? —preguntó curiosa Zita.
—¡Ni falta que hace! —exclamó la preceptora con sequedad, tundiendo la ropa contra la roca como si se lo estuviera haciendo a las otras lavanderas.
—¡No saben lo que se pierden! —añadió Zita.
Y, poniéndose de rodillas, tomó un vestido sucio y se acercó al agua para lavarlo, imitando los gestos y postura de Lola; pero ella le tomó de la mano, le miró con ternura y, al tiempo que se recogía las guedejas descompuestas de con la mano izquierda, le dijo:
—No, mi amor, tú deja eso, que está el agua muy fría y no te conviene.
Mantuvieron sus miradas cruzadas un instante y Zita, devolviendo su prenda a la banasta, tomó nuevamente asiento a su lado y tendió una mirada al arroyo, el cual tenía aún retales de hielo en la otra ribera.
—También está fría para usted —dijo.
—Ya no me asusta el frío ni el calor —musitó, regresando a su frotar y tundir—. En realidad, hace mucho tiempo que ya no me asusta nada.
—¿Ni ellas?
—¡Menos que nada! —afirmó con un punto de rabia—. Hija, hay quienes buscan defectos en los demás para sentirse mejores; pero es inútil, porque no tratan de ser mejores que los demás, sino solamente que haya otros peores. Si los demás fueran como Satán, ésas andarían contentas con ser diablejos.
—Usted es mejor.
—No quiero ser mejor que nadie —replicó Lola, descansando todo su cuerpo sobre el rebujo de ropa—: me basta con ser buena para ti.
Y siguieron de palique mientras lavaba la mujer y tendían ambas, desdeñando a las comadres que, poco a poco, fueron llegando y sumándose a las que allí estaban. Cuando terminaron de tender las prendas que habían lavado, Lola se secó en el mandil las manos, tomó a la niña y, mientras la colada se oreaba, se dirigieron a la consulta médica para que el doctor reconociera a Zita.
La consulta de don Numancio estaba muy cerca de El Golo, en un edificio casi adyacente a la escuela en la que más tarde pretendía Lola visitar a don Viriato.
—¿Quién da la vez? —preguntó Lola nada más rebasar el umbral.
—Servidora —dijo una mujer como de sesenta años, cuyos rasgos demacrados y su tez amarillenta parecían clamar por un lugar en el camposanto.
Tomó asiento la preceptora en una silla vacía que había junto a la

ventana, entre un labriego enjuto como un sarmiento, el cual tosía como si fuera la encarnación de la tisis, y una mujer que tenía un mamón en brazos que lloraba con una potencia tal que parecía haberle robado los pulmones al tísico. Lo más difícil fue esperar turno, sabiéndose centro de atención de cuantos allí se encontraban.
La sala de espera era de planta cuadrilonga, ligeramente más larga que ancha, en la cual se hacinaba una docena larga de parroquianos; unos paseaban con parsimonia, cual si midieran sus exiguas dimensiones; otros, los más, esperaban en incómodas sillas de anea; y dos o tres hombres aguardaban su turno apoyados en las jambas de la puerta o bajo los soportales que daban al exterior, donde fumaban compulsivamente. Toda ella estaba alicatada de azulejo blanco desde el rodapié hasta el techo, dominando la estancia una fotografía del Caudillo y otra del fundador de la Falange, entre los cuales, y a mayor altura, había un crucifijo de latón. En el muro contrario a la ventana que daba al patio del dispensario había un reloj de péndulo, cuyo monótono tictac parecía ahogarlo todo menos las violentas toses del tuberculoso y los conmovedores ayes de la hidrópica matrona, en alguno de los cuales amenazaba con quedarse para siempre.
Si por la puerta que daba al dispensario se iban vaciando la sala de espera, por la que daba a los soportales no dejaban de entrar pacientes, hasta que al punto de las once pareció que hubieran tocado a rebato. No cabía duda: a juzgar la cantidad de enfermos, la salud era un bien más que escaso en Lubitana.
Al filo de las doce les llegó el turno a Lola y Zita, cuando un bronco «¡Que pase el siguiente!» reverberó imperioso en el alicatado. El abultado ser de don Numancio ocupaba casi por completo el escritorio sobre el que trabajaba, el cual estaba atiborrado de carpetas, resmas de distintos papeles, recetarios y hasta un bote de regular tamaño con algunos instrumentos clínicos. A ambos lados de éste había vitrinas gemelas con multitud de medicamentos pulcramente ordenados y diferentes instrumentos de cirugía, y a la derecha —la izquierda de ellas—, un biombo de tubo curvado con ruedas y tejido de hilo, y una camilla de reconocimiento. Sobre el alicatado había varias láminas del cuerpo humano, mostrando con impudicia los entresijos que hacían posible la vida, y las cuales le parecieron a Zita algo de lo más repugnante, no alcanzando sus entendederas a dilucidar cómo alguien habituado a su estudio podía admitir que los mortales eran algo más que un entramado de tubos, filetes y recortes de casquería.
—Siéntense —les ordenó el doctor sin levantar sus gruesos lentes del pliego en el que anotaba con ilegible escritura las prescripciones del anterior paciente.

Obedecieron al punto, y esperaron estáticas hasta que terminó, cerró la carpeta y la puso sobre el montón de expedientes que había sobre el lado derecho del escritorio. Mientras los ojos de Zita se iban por el mobiliario y las láminas, por el sereno continente de don Numancio o se asomaba disimuladamente por la ventana que había a las espaldas del galeno, Lola creyó haber entrado en una sala de disección donde bien podrían extirparle el alma a poco que quisieran, y cuyo olor a éter anegaba sus sentidos haciéndole sentir mareos.

—Usted dirá —dijo con sequedad el doctor, encarándolas.

La mentora, un tanto apabullada, tragó saliva y soltó de carrerilla cuanto le sucedía a Zita, sin dejar espacio ni para las comas, cual si tuviera prisa por terminar y salir de allí más que pitando, pero sin olvidar ni uno sólo de los síntomas del mal que aquejaba a la niña.

El doctor escuchó sin interrumpir el monólogo y sin hacer el menor gesto de contrariedad cuando su interlocutora se atrevió a aventurar un diagnóstico, al decir que «Para mí que es un catarro mal curado», cosa ésta absolutamente contraria a la paciencia clínica. Con todo, a pesar de la mueca de disgusto el doctor, se limitó a decir varios «¡Ajá!» que parecían denotar un prediagnóstico en su sesera.

—Bueno, veamos que le sucede a la nena —dijo sin moverse el doctor, señalando la camilla de reconocimientos con el lápiz que escribía—. Mientras la va desvistiendo de cintura para arriba, por favor, deme los datos de la niña.

Lola tomó a Zita de la mano y la condujo junto a la camilla, cerrando el paso tras de sí con el biombo para proteger su intimidad, y comenzó a desvestirla, respondiendo a las preguntas del doctor a medida que él iba rellenando la anamnesis.

—¿Nombre?

—Zita.

—¿Apellidos?

¡Zas! Un chorro de sangre helada se coaguló en sus venas, sintiendo en un instante que todos sus propósitos se derrumbaban como un castillo de naipes; pero enseguida, como una luz que se prendiera en la tiniebla, acudió en su auxilio la mentirijilla piadosa, coadyuvante de quienes más experiencia de vida tienen que talento.

—Cisneros Rivadavia —dijo.

Zita la miró, y ella le hizo un gesto sacudiendo la cabeza, haciéndole ver que era mejor así que andar dando explicaciones. Además, se pensaba para sí Lola, aquéllos, sus mismos apellidos, eran los que más y mejor la correspondían.

—¿Fecha de nacimiento?

¡Zas, otra vez! Y de nuevo un destello que la empujó a decir casi

automáticamente:
—12 de septiembre de 1936.
Era la fecha en que hubiera nacido su hijo, si le hubieran dado oportunidad. Se echaba de ver a simple vista que la niña era mayor, pero así había salido sin pretenderlo y así estaba dispuesta a mantenerlo hasta el final. Los ojos de Zita se dilataron por la sorpresa, pues no sólo le daban apellidos, sino que también le asignaban además una fecha de nacimiento como si pudieran desarmar y rearmar su vida como les viniera en gana; pero una seña de Lola restándolo importancia, zanjó el asunto, tendiendo la niña una sonrisa de complicidad que le hizo mostrar sus dientes descuadernados y llevarse la mano a la boca para ocultarlos con picardía.
Enseguida apareció el doctor, quien con la mayor naturalidad reconoció a la niña, tactándole las vísceras y auscultándola con el fonendo. Luego, miró sus ojos con detenimiento, haciendo hincapié en el interior de los párpados, sondó sus oídos, inspeccionó su laringe y su dentadura, y comprobó sus reflejos, no diciendo otra cosa que «¡Ajá!» y más «¡Ajá!» y regresando a continuación a su escritorio.
—Puede vestir a la nena.
Mientras Lola ayudaba a la niña a enfundarse de nuevo el vestido miraba de tanto en tanto al doctor, quien sentado ya con solemnidad y concentración, como uno esperaría que lo hiciera un investigador de ésos muy sesudos, escribía con agilidad, deteniéndose cada tanto para ordenar sus ideas antes de trasladarlas al papel.
Una vez vestida Zita, volvieron a tomar asiento frente al escritorio, en la misma forma y postura que al principio, y aguardaron a que terminara el doctor sus anotaciones. No tardó en hacerlo, y quitándose los lentes y dejándolos con descuido sobre la mesa, dijo mientras se recostaba sobre el respaldo de su asiento:
—Bueno, precisaríamos de una placa de tórax, pero no hay ningún aparato de rayos X por los contornos, y esto es un inconveniente que dificulta el diagnóstico. Sin embargo, esta niña tiene mal los pulmones, de eso no hay duda, aunque la magnitud de su malestar es lo que nos queda por dirimir. Descarto la tuberculosis en principio, pero más me guío de mi intuición que de pruebas, pues tampoco nos es posible hacer ningún cultivo. Dígame, ¿esputa?
—Yo... —tartamudeó Lola, poniéndose colorada como un tomate al escuchar semejante pregunta.
—No, no. Quiero decir que si cuando la niña tose arranca flemas, en ocasiones sanguinolentas, mujer.
—¡Ah! No; no que yo sepa. ¿Arrancas flemas, mi amor? —le

preguntó a su vez a Zita, quien agitó horizontalmente su cabeza, aunque vaya cualquiera a saber qué entendía ella por «flemas»—. No, no; solamente tose mucho, nada más.
—¡Humm! No sé..., quisiera pensar que es ese catarro mal curado que usted mencionaba, el cual se ha hecho crónico. Lo demás está bien, no hay duda, pero los pulmones... ¿Ve ese ligero tono azulado de sus labios y su piel?.. Bueno, pues eso es síntoma de que no ventila bien, cosa que si no se detiene a tiempo pudiera ser que incluso afectara al buen funcionamiento del músculo cardiaco. Dime, tesoro, ¿te duele el pecho?
Zita se encogió de hombros, restándole importancia o temiendo responder.
—Bueno, muy importante no será si no quieres responder de palabra. En fin, para las niñas muditas como tú, aquí tengo unos dulces que a veces hacen milagros y les sueltan la lengua. Toma uno, si quieres —le dijo, ofreciéndole varios en la palma de la mano tras sacarlos del cajón del escritorio.
Zita, después de levantar su mirada a Lola, quien dio su consentimiento con un leve movimiento de cabeza, aceptó uno, lo deslió y se lo metió en la boca.
—¿Qué tal alimentada está? —continuó el doctor con su interrogatorio.
—En los tiempos que corren, doctor, no está la cosa como para atar los perros con longaniza, pero no falta lo imprescindible.
—Ya me figuro, hija. Pero leche, ¿toma la suficiente?... Está un poco flaca.
Lola, angustiada por el continuo bombardeo de preguntas, sintió que cierto ahoguío le congestionaba el pecho. Su estado de nervios le impedía pensar con claridad, y su esfuerzo por resistir lo que le parecía acoso la estaba agotando, faltándole no sólo seguridad en lo acertado de cuanto respondía, sino también sintiéndose un poco atrapada por sus propias mentirijillas. Solamente quería que su niña sanara, que le dieran una pócima o un medicamento milagroso, y ya está. Tenía la impresión de que en cualquier momento iba a ser descubierta y poco menos que despedida con cajas destempladas, y eso sin contar con el agobio que le producía el no disponer de grandes recursos para hacer frente al costo de la consulta.
Comprendiendo que no le quedaba otra que ir por la directa y sincerarse, dejó caer la cabeza hasta que su barbilla casi la tocó el pecho, y luego de un instante, tras haber puesto en disciplina el desgreño de ideas que se embarullaban en su cabeza, la subió con la mirada decidida, encaró al doctor, y le dijo con la mayor decisión de que fue capaz:
—Doctor, únicamente le puedo decir que esta niña ya ha pasado lo

suyo...
—Detenga el carro, señora, que se embala —la interrumpió el doctor, oliéndose por qué derroteros echaba su discurso—. Escúcheme bien, porque no es baladí lo que pienso decirle: yo soy doctor, ni confesor, ni policía, ni conciencia de nadie..., ni aun de usted. Me ocupo de la mecánica del cuerpo como un obrero de esta ciencia, nada más. No quiero que se sienta obligada a hacer confesiones que en absoluto tienen que ver con el estado de mi paciente, porque créame que no me interesan. Me dijo que se llama Zita Cisneros y que tiene nueve años, y para mí ésa es una verdad que creo y sostengo. Me basta. E igualmente me bastaría si me dijera que se llama doña Catalina de Médicis. En este pueblo tan chico todos sabemos quiénes y qué somos, pero en lo que a mí respecta no me queda tiempo para ciertos... cotilleos sociales, y aunque lo tuviera, lo dedicaría a cosas de mayor provecho para mi parroquia. ¿Nos vamos comprendiendo? ¿Sí? ¡Lo celebro! Y ahora, volvamos al caso —girándose y regresando a su compostura originaria—. Le dije a que soy un poco como un mecánico, y no creo haberme expresado bien del todo, porque creo que el cariño cura más que la botica. Bueno, mi diagnóstico, con los medios que tengo, es que la nena tiene una broncolaringitis crónica que hay que vigilar muy de cerca. Le va a dar este remedio todas las noches y todas las mañanas sin excepción, y va a hacer lo imposible por tenerla bien alimentada y mejor abrigada. Nada de fríos ni de ayunos, que para los enfermos no hay Cuaresma que valga, y dele tantos besos que la agobie, que verá cómo con estos rudimentarios elementos vamos a poner a esta reina sobre el trono de la salud. Mejor, en vez de ir a la botica, que supongo que no estará sobrada de cuartos, es que le dé este preparado que tengo aquí.
Y con cierta perezosa agilidad, se levantó, abrió la vitrina que tenía a su derecha y sacó un frasco de jarabe. Pero antes de echar de nuevo la llave, se detuvo, abrió de nuevo y tomó otro más, éste de aceite de hígado de bacalao, y se lo entregó también, diciendo:
—Y le da una cucharadita de este aceite una vez cada dos días para fortalecer sus defensas, que me temo que están en retirada.
Lola, con solícita presteza se puso en pie y tomó los fármacos con ambas manos, poniéndolos sobre la mesa. Luego, diligentemente, se llevó las manos al bolsillo que había bajo su mandil, y dijo sin mirarle:
—Le quedo muy agradecida, doctor. ¿Me dice cuánto le debo?
—Pues me debe buenos cuidados para esta niña, prodigarle mucho cariño y esmerarse en su salud tanto como le sea posible.
—Me refería a...
—Usted, señora, obedece a su doctor que además es capitán

retirado y está más que acostumbrado a dar órdenes, y sigue al pie de la letra las instrucciones que le he dado, ¿estamos?... Y me trae a esta preciosidad pasadas las Navidades.
Lola no sabía bien cómo actuar. Con ganas hubiera clavado rodilla en tierra y le hubiera comido las manos a besos, que incluso sintió que cierto humor empañaba su visión.
—No sé cómo agradecerle...
—Obedeciendo. Cada uno con su trabajo: usted la cuida el alma, y yo velaré por su cuerpo, ¿conforme?...
—Conforme, sí.
—Pues, ¡hala!, vaya con Dios, y hágalo lo mejor que pueda y sepa.
Apenas Lola y Zita salieron de la consulta, oyeron el crujir de la destartalada butaca sobre la que tomaba asiento don Numancio y la estridencia que producía su estilográfica al garabatear sobre el papel. Miraron a los pacientes que esperaban turno, cerraron la puerta del gabinete tras de sí y salieron fuera, al punto que se escuchó la bronca voz del galeno tronando: «¡Pase el siguiente!»
Ya en la calle Lola sintió deseos de reír, pero se contuvo, limitándose a levantar la cara al cielo, inhalar un buen buche de aire fresco, y luego, agitando la mano de Zita, le dijo:
—Ya oíste: te he de comer a besos por órdenes del médico. Una orden es una orden, de modo que prepárate. Es capitán retirado, y cualquier cosa deseo menos un arresto.
Y se la llevó de allí, camino de la escuela.

* * * * * *

Apenas media manzana separaba la consulta de don Numancio de la escuela. Ésta quedaba junto a la carretera general a Tielmes y se encontraba defendida por un pretil de casi un metro de altura, cuya utilidad era más delimitar el patio de recreo en el que los alumnos hacían sus juegos que ser un obstáculo para evitar que los de dentro pudieran salir o los de fuera entrar, pues incluso algunos ancianos lo aprovechaban para tomar asiento sobre él los días soleados y montar sus tertulias. Al fondo de este patio irregular, ni grande ni pequeño y dominado en su centro por un mástil sobre el que ondeaba la enseña patria, una construcción muy antigua, varias veces remozada y otras tantas ampliada o modificada, albergaba la única aula de que constaba y en la que incontables generaciones de lubitaneses habían recibido sus primeros rudimentos académicos.
Cuando Lola y Zita atravesaron el patio para dirigirse a ésta, la clase había terminado no hacía mucho, aunque aún quedaban algunos mozalbetes jugando en el patio. Algunos de ellos usaban el uniforme del Frente de Juventudes, si bien no tanto por devoción

política como por no tener ropas de mayor prestancia que aquellos atuendos que les daban aspecto de ser una imberbe soldadesca.
Lola tocó la puerta de la clase, y casi al instante se oyó desde el interior un ronco y cavernoso «¡Adelante!» que la autorizó a empujarla y entrar con la niña. Antes de dirigirse a donde estaba don Viriato, al fondo de la clase ordenando mapas, recorrió con la mirada los pupitres pareados de madera desvencijada, de ésos de tintero y tapa levadiza, y el encerado, viniéndosele a las mientes sus años entre aquellas paredes, su infancia y su juventud, y la primera imagen de Miguel Arcángel, cual si aún estuviera entre sementera y siega dibujando en su cuaderno barcos veleros y corazones atravesados con flechas.
Desde luego no era la misma aula, ni los mismos quienes la presidían, como muy bien denotaban los cercos de diferente color que había en torno a los cuadros del Caudillo y de José Antonio Primo de Rivera. No recordaba bien cuántos próceres y presidentes había visto desfilar por aquel muro, pero fueron muchos, pues no en vano había vivido los años más convulsos de la Historia reciente de España.
—¿Qué se le ofrece? —indagó don Viriato desde donde se encontraba.
—Buenas —saludó Lola, saliendo arrebatada de su distracción—. Venía a hablar con usted.
—Usted me dirá, señora. Se dará cuenta de que estoy muy atareado, de manera que le ruego que sea breve.
Lola leyó sin dificultad que en las palabras del maestro había cualquier cosa menos simpatía, pero armándose de paciencia se determinó a cumplir su propósito, diciendo:
—Zita, tú espérame fuera, por favor. Enseguida salgo.
Y esperó a que la niña cerrara la puerta tras de sí antes de dirigirse al maestro, en prevención de lo que pudiera pasar, que de sobra conocía qué solían encerrar semejantes tonos y modales.
—Bueno, don Viriato, verá..., venía a ver si es posible inscribir a la niña para que venga a tomar clases.
Don Viriato siguió con lo que hacía sin prestar demasiada atención a la visitante, cual si ya tuviera tomada de antemano su postura ante lo que le estaba proponiendo.
—Me parece que eso es del todo imposible. Las clases empezaron hace tres meses, y no puedo admitir nuevos alumnos.
No se conformó. Muy al contrario, Lola creyó que aquello no era sino una excusa para no admitir a la niña, teniendo para sí la seguridad de que mejor que nadie sabía quién era Zita y quién ella misma. Precisamente debido a la oleada de mala sangre que se le vino a la cabeza, pero intentando contenerla, alegó:

—Don Viriato, le ruego que haga lo necesario y consienta en que Zita pueda apuntarse, porque es una niña muy despierta que en poco o nada retrasará a los demás alumnos, a quienes se unirá e incluso aventajará en mucho menos tiempo de lo que se pueda imaginar... Además, según dice la radio no debe haber ningún niño sin escolarizar, y esta disposición también debe afectarle a ella, ¿no?

Bueno está lo bueno, pero que le viniera una... cualquiera a un don Viriato con toda la barba con la legalidad en la mano no era, desde luego, algo que estuviera dispuesto a pasar por alto. No había hecho él una guerra, no había sido herido en dos ocasiones y no le habían concedido la Laureada de San Fernando de primera clase para que ahora viniera una... *roja* a decirle qué, cómo y cuándo debía hacer qué. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Como si le hubieran lanceado el honor, colérico dejó los mapas donde estaban, se giró casi bufando como los toros cuando se arrancan y de dos zancadas se puso frente a Lola, quien por un instante deseó que la tierra se abriera y se la tragara enterita.

—¿A mí con cuentecitos de radios? —le replicó iracundo el maestro mientras se aproximaba a ella—. Veo que conoce muy bien la ley, señora... o lo que sea. Pero yo le voy a contar otro cuentecito: en esta escuela mando yo, ¿comprende?... Yo soy Dios aquí, y aquí estudia quien a mí me dé la real gana. Si está conforme, bien, y si no lo está, también.

—No quise molestar.

—Pues molesta, de modo que le ruego que se marche. Mire, de sobra sé quién es y quién es ella, y de ninguna manera voy a tolerar que gente así ensucie mi escuela. Usted..., ya sabemos todos qué es y de qué vive. Es vox populi. Y, además, es roja como rojo fue su esposo, ejecutado tras haber dado muerte a un camarada. Y, por si fuera poco, me trae ahora a esa... esa ... niña, que será hija de otros rojos de su calaña. ¿Tiene papeles? ¿Partida de nacimiento? ¿Libro de familia? No, naturalmente, porque los rojos creen que puede hacerse lo que a uno le salga de los... entresijos, y no es así la cosa. Ahora hay una ley para todos los españoles, que todos, y digo todos, han de cumplir a rajatabla. De manera que ya lo sabe: ni quiero malos ejemplos, ni quiero rojos en mi escuela ni quiero indocumentados. Y si no le gusta, ¡vaya a protestar al maestro armero! ¡Pues faltaría más!

Y sin darse cuenta apenas, Lola estaba en la santa calle, como lo anunció el portazo que dio el maestro en sus narices. Estaba alelada, sin saber qué hacer o decir. Si en otras se hubiera visto, si su estado de conciencia hubiera sido el... habitual hasta la llegada de Zita, allí mismo le monda los huesos, le mete las uñas y le deja

más hilado que una de esas rayas que recorrían apretaditas su traje; y con todo, no sabía por qué, ni cuándo ni cómo había sucedido, pero había cambiado. Aunque, ya se sabe, quien tuvo, retuvo, y por algún lado la brotaría la idea o la fuerza, que la rabia ya estaba en el disparadero.

—¿Cuándo empezaré a ir a la escuela? —le preguntó Zita.

Lola, descendiendo al mundo de los mortales desde las alturas de su indignación, no atinó sino a balbucear:

—Pronto..., muy pronto, tesoro.

Enardecida y con la mente en otro sitio, Lola tomó de la mano a Zita y se pusieron en el camino del lavadero para recoger la colada; pero lo hicieron en silencio, pues el ánimo de la preceptora se iba caldeando cual si sus pensamientos fueran combustible en la fragua de su enfado, jurándose a sí misma que, de una u otra forma, su niña iba a ir a la escuela así tuviera que ser sentándose sobre el cadáver de aquel famélico maestro tirillas. Si a ella se lo hubieran hecho, fuera y pasara, pero que se lo hicieran a Zita, su Zita..., ¡muerto habría de verle antes y ella bailaría sobre su tumba!

Así bullía el alma de Lola cuando llegaron al prado del lavadero, descubriéndole inusualmente solo y con toda su colada tirada por los suelos y salpicada de barro e inmundicias. Zita miró a Lola con sorpresa, acaso pretendiendo mostrarle su apoyo, pero no tuvo ocasión ni de decir palabra, porque el ya excesivamente caldeado ánimo de su preceptora sintió esta afrenta como la espoleta que deflagraba su capacidad de control, diciendo a voz en grito:

—¡Ah, perras cobardes, qué capaces sois cuando una no está, pero qué poco valor tenéis a la cara, *facistas (por fascistas)*! ¡Si tenéis lo que hay que tener, venid y hacédmelo a la cara! —deteniéndose y poniéndose en jarras, mirando a todo su en derredor—. ¡Vamos! ¿No hay ninguna valiente?... *Facistas* asquerosas, ¡como os agarre del moño me quedo con él entre los dedos! Pero ya me sé yo de alguna a la que voy a dejar de tal guisa que por fuerza la van a tener que llamar la Pelona.

Y aún estuvo renegando en cuanta lengua vernácula conocía mientras hacía de nuevo la colada, tratando de no dejar rastro de las inmundicias con que habían ensuciado sus prendas.

Una vez terminó todo lo bien que pudo la faena, lejos de tenderla, la metió en la banasta bien escurrida y regresó a la casa, prefiriendo orearla en el patio por más sombra que tuviera, a que de nuevo le volvieran a hacer una barrabasada semejante.

10. Aceptaciones y rechazos

Días como ése no nos dé Dios demasiados. Y lo que más temía Lola era que, lejos de haber terminado la jornada, todavía restaba la tarde, y presentía lo que les deparaba, pues por experiencia sabía que cuando se amanece a contramano, del revés está asegurado el acabijo. Sólo quedaba, ¡qué remedio!, tener continencia de ánimo suficiente y salir lo menos posible, que sobre todo convenía no tentar a la suerte y era mucho mejor dejar que el tiempo pasara sin mayores tropiezos.

Y a ello se dispuso. Preparó una frugal comida a base de patatas y huevos —escasos, que no estaba la despensa para despilfarros ni la economía para echar las campanas al vuelo—, y decidió echarse un poco la siesta con Zita, no tanto por pesadez de la digestión como por dar ocasión al temperamento a que se sosegara.

Ambas se recostaron en la cama poco más de una hora, aunque ninguna de ellas durmió. Todo lo más, se adentraron con timidez en el reino de Morfeo, y no para descansar precisamente, sino para darle vueltas y más vueltas al magín, sobre todo en el caso de Lola, pues Zita no había conseguido sacarle ni mu sobre cuándo comenzaría a ir a la escuela, incertidumbre ésta que la agobiaba como al condenado a muerte le angustiaría el no saber cuándo se iba a ejecutar la sentencia. En fin, que fuera lo que Dios quisiera, pareció que se dijo la niña, y se durmió muy superficialmente.

Lola, sin embargo, no dejó de darle vueltas al molino de la inteligencia, tratando de urdir una estrategia que resolviera el descalabro tanto de no poder acudir a la escuela como de que fuera malmirada por culpa de su pasado, pues a cualquier cosa estaba dispuesta menos a que a la niña la negaran el derecho no tanto de la educación, como de ser una niña... normal, en la más amplia acepción del término. Pensó, en primera instancia, en acudir a Fausta y rogarle porque intercediera ante el maestro, pues sabía de la influencia que tenían los Montoro sobre éste, especialmente su esposo, el general retirado don Armando, pues en una guerra inacabada aún mandaban los galones, y tanto más cuando casi

todos los hombres eran excombatientes. Y si esta idea en principio le pareció que podía tener visos de convertirse en una solución, o al menos de ser un paso hacia ella, se mezcló con el resentimiento que sentía contra el maestro, al que aún sentía gritarla «¡roja!» y que escupía la por el diente aquellas difamaciones sobre su Miguel Arcángel. Y todo ello sin contar, claro está, con que su merecida fama de meretriz podía convertirse en el más grave de todos los inconvenientes.

Pero así estaban las cosas, que la imaginación, cuando se calienta, salta de ascua en ascua y una cosa lleva a otra y ésta a una tercera, no sabiéndose bien dónde pueden conducir tantas elucubraciones. De la frustración pasó a la rabia y de la rabia al recuerdo, a una remembranza que pareciera encontrar territorio que ni pintiparado en su ánimo para solazarse en su emoción más ancha y recrear el pasado como si fuera eviterno, teniendo por momentos la impresión de que todos los tiempos verbales eran una pelota que rebotaba por su duermevela, como si todo, pero absolutamente todo, fuera posible.

Cayó, al fin, en un sueño breve, y soñó con Miguel Arcángel vivo y muerto, quimérico fantasma y ser de carne y hueso, habitante de su rutina y único huésped de una inmensidad en la que se adentraba desde una puerta lejana e intemporal de la que manaba una luz muy brava. No; no pudo ver su cara, porque ésta se había difuminado con el tiempo y no podía precisarle si no tenía ante ella el testigo de un retrato; pero sabía que era él de nuevo, como siempre que le precisaba, mudo pero presente, diciéndole sin palabras que allí estaría mientras le necesitara. Pero era difícil identificar si se trataba de una desviación onírica o de una realidad tangible, cual si se hubieran abierto a un tiempo las puertas de la verdad y los deseos, mezclándose todo en un matalotaje de mil diablos.

Se despertó ensopada en sudor como consecuencia del ardor del sueño, recurso divino que usa el Cielo para comunicarse con los mortales, y de que se había arropado en exceso por estar la tarde algo más fresquita de lo normal. Se levantó de la cama, dejando aún que Zita descansara un poco más, y se dirigió a la jofaina, escanció un poco de agua sobre la palangana y se humedeció el rostro y el cuello; pero no se secó, sino que apoyó ambas manos en el armazón y se enfrentó a la luna oval que había sobre ella, recreándose en la sensación que le producían las gotas de agua al enredarse en la leve vellosidad del rostro, en el borde de los labios y en las hirsutas hebras de las cejas y los párpados.

El frescor le aliviaba por dentro y por fuera, pero también le invitaba a reconocerse como aquella Lola que nunca tuvo sobre la

piel la sombra de un pecado como ahora, densa y tenebrosa. Era ella, sus facciones, su cutis —algo más ajado ya y con tintes más amarillentos—, su cabello sedoso, aunque también ya con signos de maltrato y algunas canas que eran testigos primeros de un sufrimiento que se había extendido impiadosamente durante nueve años. Podía sentirse debajo de los tenues surcos que garabateaban su mirada y fruncían muy levemente su boca. Por allí, bajo aquellas pruebas de una vida... mala, estaba su verdadero ser, la niña, la adolescente, la que sabía bien dónde estaba el Paraíso y la que era capaz de creer todavía en Dios o en el futuro; por allí, en algún lugar, estaban dormidos los enamorados besos de su extinto esposo, por allí ambulaban verdaderas todavía sus caricias, y por allí, mezclada en su sudor y agazapada en sus poros, rezumaba la transpiración de amante de quien fue su compañero y amigo.

Por un momento se sintió ajena a la imagen que le devolvía la luna, e imaginó que aquélla, falsa, y ésta, verdadera, eran personas distintas, cual si se disociaran en ocasiones muy puntuales, algo así como si estuviera afectada de un trastorno bipolar o fuera una especie de licántropo, mujer y bestia en la misma piel, aunque nunca al mismo tiempo. Conscientemente renegaba de su rencor cuando se sentía persona, pero una compulsión irrefrenable le hacía convertirse en el otro ser cuando algo o alguien hacía saltar el muelle de la metamorfosis: bastaba con que le mentaran su condición, su esposo... o su niña, en términos que no considerara reverentes.

Mucho había cambiado su vida en pocos días, facultando que echara renuevos la mujer que se había ocultado del mundo en la carne, pero qué difícil era dejar de ser la mujer endurecida y resentida que se recreaba en los picachos y maldades de la vida. Con toda su alma deseaba volver a su ayer, emprender un viaje imposible de retorno a la pureza y sentirse como aquélla que grabó con su plumilla el nombre de Miguel Arcángel en una esquina del pupitre en su adolescencia, la que sintió en su espíritu la expansión del amor y en su vientre el amanecer de la vida más hermosa.

Sí; aquélla quería sentirse, o dicho con más propiedad, aquélla se sentía en momentos como ése, y sin darse cuenta, llevada por esta embriagadora idea, descendió con su mano hasta el vientre, posándola como una leve mariposa sobre la enagua y apretando muy suavemente, cual si aún pudiera sentir el leve palpitar de Dios que se encarnaba o el latir de un mundo que se ensanchaba. Miró al espejo nuevamente, pero el reflejo le dijo que estaba vacía, baldía, estéril como un ejido...; aunque si esto pronunciaba con crueldad el azogue, la placidez de la niña que dormía en el fondo, con una levedad que era algodón entre los cardos y la prodigiosa hermosura

de ser una flor en el Infierno, pareció gritarle que tenía una oportunidad todavía.
Al filo de las cuatro y media se levantó Zita y bajó a la cocina, donde ya llevaba Lola un buen rato trasteando. Ésta la recibió con el anuncio de que tenía intención de primero acudir al cementerio y después a casa de los Montoro, añadiendo varias razones que el aletargado cerebro de la niña no supo ordenar bien. Le ofreció la posibilidad de quedarse jugando en la plaza, si es que había concertado encuentro con Flavio, pero Zita prefirió acompañarla porque nada deseaba más que conocer la famosa La Maldición, el hogar del único amigo que tenía.
Y tal y como se propuso, al punto se hizo. No tardaron mucho en ponerse en camino al cementerio, ascendiendo por las desiertas y empinadas callejas. El cielo se había cubierto de nubes densas y negras que amenazaban con iniciar una segunda parte del diluvio, dando al ámbito la sensación de estar bajo techado, pues ni los mismos gorriones se atrevían al vuelo.
—¿Y por qué no va a ver a la señora Fausta a la abacería?
—No —rehusó Lola—; es mejor en su casa porque lo que tengo que tratar con ella es de mucha importancia, y no conviene que sea interrumpido por cualquier vecina o que alguna cotilla meta la antena en la cuestión y luego salgamos todos en las noticias.
No entendía Zita ni tanto así lo que su mentora se proponía, pero tampoco le importa demasiado porque, merced a su sentir epicúreo, podía aceptar cualquier suceso como un acto más de la naturaleza.
Cuando alcanzaron la verja del camposanto, se detuvieron y volvieron su vista al valle, el cual se abría a sus pies ocultando su parte más honda con vellones de nubes grises. Contrastaba el presado color de los pinares y las huertas con los ocres de los cantizales y los bermejos de los canchales de las tierras altas.
Luego, con cierta ceremonia, se giraron y miraron al interior, donde incontables generaciones de lubitaneses se agrupaban en otra aldea, ésta menos combativa que la de los vivos, pero igualmente con sus niveles y escalas sociales. A un lado, en la parte más baja —lo que podríamos comparar con los palcos de un singular teatro—, había dos o tres panteones, pertenecientes a las familias más prominentes de Lubitana, además de las tumbas de mayor lustre, sobre alguna de las cuales había primorosas estatuas de finos mármoles o granitos de ángeles conturbados o justicieros, mujeres tan desconsoladas que daban ganas de prestarles el ánimo que les faltaba, o niños alados que se reclinaban sobre las losas, consternados por los otros niños que dormían en las raíces de la tierra; hacia el centro —lo que conformaría la platea—, se ubicaban las tumbas de las clases medias, pertenecientes a familias que tenían algunos posibles pero

sin poder prodigar a sus muertos excesivo regalo, estando la mayoría de ellas cubiertas por losas de mediana ostentación y rematadas con cruces más o menos hermosas, pero sin grandes despilfarros; y arriba del todo —lo que sería el gallinero—, había un multitudinario abigarramiento de fosas sin lustrar o con los mínimos enlucimientos imaginables, indicio de escasez de recursos de los deudos de los finados, aunque no por falta de afectos, si se atendía a que pocas de ellas carecían de restos de ramos ajados de flores. Y si esto era con las clases sociales... cristianas, poco más o menos sucedía con las agnósticas o ateas, las cuales quedaban del otro lado del bardal que dividía en dos el camposanto por su medianería lateral, aunque esta segunda parte sin ser tierra bendita, cual si fuera parcela cuya escritura estuviera nominada al Limbo.

Y hacia allí se encaminaron, siguiendo al perro, quien ya esperaba ante la puerta moviendo el rabo. Abrieron con dificultad ésta y entraron, destacando en el centro justo un inmenso enterramiento en el que dieron descanso eterno a los hombres de Lubitana que murieron juntos en la última y única batalla de la Guerra Civil que se celebró en la pedanía, cuando se enfrentaron a las tropas Nacionales por proteger una caravana de niños que iban camino de Valencia. Nadie renunció al deseo de que descansaran juntos en vez de con sus respectivas familias, por causa de aquella tragedia que marcó para siempre la vida de la aldea. Era un túmulo que carecía de losa, efigie, monolito u ornamento alguno distinto de un sencillo recubrimiento de fábrica que había sido encalado, y sobre el cual habían pintado los nombres de cuantos cayeron en aquella batalla: doscientos cuarenta y seis nombres y apellidos, con fechas de nacimiento y deceso que comprendían desde los dieciséis a los sesenta y nueve años. A los pies del túmulo, junto al camino principal, había una inmensa cantidad de objetos que a modo de exvotos habían ido depositando parientes y amigos, y entre los que destacaban, como muy bien reparó Zita en ello, una pistola, una navaja, unos galones y un libro. Dos nombres estaban pintados de segundas al final de la lista, uno de los cuales correspondía al de Salvador Montoro —el padre de Flavio Montoro, el cual había sido añadido apenas unos meses atrás, allá por agosto—, y el otro a un hijo de la *señá* Ciruela, el cual murió junto al anterior en el mismo luctuoso suceso. Y bajo estos dos últimos nombres, la fecha de su óbito, la misma que la del mayor genocidio de la humanidad en ese tenebroso siglo: 6 de agosto de 1945.

Lola se dirigió directamente a la tumba de Miguel Arcángel, pero Zita se quedó un momento contemplando el formidable monumento, si bien por no saber leer todavía no pudo enterarse de que tres generaciones de Montoros yacían enterrados en él: el

abuelo Teobaldo, al decir de muchos el mejor patriarca que nunca tuvo la casta; su hijo Sebastián, un hombre que solucionó sus disquisiciones con la vida en el instante de su muerte; y el joven Salvador, quien solamente pudo concluir la guerra el mismo día que asesinaron a su hijo natural... y el mismo que él murió.

Ignoraba Zita, pues, que allí estaba sepultada casi toda la progenie de su amigo Flavio, pero tal vez subyugada por aquella congregación de hombres tan dispares que se habían unido indeleblemente en su muerte, permaneció un rato mirando lo mismo la larguísima lista de nombres que aquellos objetos tan poco comunes que a sus pies había. Luego de un instante, se giró y se fue con Lola, quien ya estaba hincada rodilla en tierra sobre la losa que cubría a su esposo, y metiéndose bajo el paraguas porque la lluvia arreciaba, la imitó en su postura. El sonido que producía la lluvia sobre la tela invitaba al recogimiento, como a él inducían lo sombrío del día que moría y el lejano refucilo de los relámpagos en la distancia, aviso de que la tormenta se acercaba a pasos agigantados.

Zita se agarró del brazo de su mentora y apoyó su cabeza sobre él no tanto porque estuviera cansada, sino porque ésta la sintiera a su lado. Lola mostraba la mejilla arañada por gotas, y no de lluvia precisamente, mostrando en su semblante una amargura y un amor frustrado tan hondo y doliente, que el mismo Miguel Ángel no hubiera tenido mejor modelo para su Piedad.

—¿Por qué está enterrado aquí, y no en el otro lado? —le preguntó Zita, refiriéndose a que le hubieran dado sepultura en la parte no consagrada del cementerio cuando la había escuchado decir que era cristiano.

—Dicen que fue rojo —replicó Lola con un tono muy emocionado.

—¿Y qué es ser rojo?...

Ella le devolvió una mirada enternecida, pasó su mano por el cabello mojado de la niña con mucha ternura, y le dijo sonriendo:

—En su caso, mi amor, ser manso. ¡Rojo! ¡Cuántos pájaros como éste nos faltarían para que el mundo fuera habitable!

—Sí —convino la niña, bajando su mirada y repitiendo lo que ya en la casa el día anterior afirmara—; la muerte de un pájaro puede matar muchas primaveras.

Hacía frío, pero Lola sentía un inextinguible calor que le empujaba serenamente a las lágrimas, despeñándose por una sima de amor imposible. En un gesto de piedad, se reclinó y pasó su mano parsimoniosamente por la cal cuajada de gotas de lluvia no acariciando la humilde losa, sino queriendo transmitirle su afecto a su esposo. Zita, conturbada, contempló lo que a su entender era una incognoscible liturgia, y le dijo:

—¿Por qué no le deja morir todavía?
Lola guardó un silencio que era síntoma de reflexión interior, y respondió:
—Aún no puedo: no sabría vivir sin él.
Zita se levantó, se puso frente a ella y, sin decir una sola palabra, se cernió a su cuello, apretándose con fuerza, y le replicó:
—Pero la vida le llama, ¿no la oye?...
La mujer se dejó abrazar y abrazó también a la niña, no sabiendo qué hacer o decir. Mejor que nadie sabía ella que se había estancado en el tiempo y en la muerte, y que como el agua detenida ya comenzaba a oler a descomposición, pero a la vez sentía que algunas voces la reclamaban para la vida, unas interiores y exteriores otras. Se dominó a su pesar y, poniéndose en pie, miró a Zita y le dijo:
—Quizás, Zita, tengas razón y sea el momento de permitir que corra el agua.
Y tomándole de la mano salieron de allí, no sin antes besar sus dedos y pasarlos después sobre la fría losa que cubría los restos de su esposo.

* * * * * * *

Tardaron en llegar a La Maldición algo más de una hora y, cuando lo hicieron, era ya de noche. A causa de la persistencia de la lluvia, se presentaron caladas hasta los huesos y con los pies llenos de barro hasta casi las rodillas, cosas éstas que no le hacían mucha gracia a Lola porque suponía una desobediencia explícita de las órdenes de don Numancio y un atentado contra la salud de Zita; pero en compensación, había sido un trayecto casi divertido, pues entre saltar charcos y tenerse que guarecer bajo un olivo porque las sorprendió un denso chaparrón, hubo ocasión para la chuscada, alejando definitivamente los sombríos pensamientos que las atenazaron en el camposanto.
Entraron en el patio tras franquear la cancela que defendía La Maldición del mundo, y al cerrarla tras de sí el perro que protegía la finca ladró a lo lejos —aunque lo hizo más al de Zita que a quienes lo acompañaban—, pero no se atrevió a sacar de su perrera otra cosa que el hocico, pues aquel holgazán parecía tener sangre gatuna y huía del agua como de la peste.
La casa se hallaba a noventa o cien metros del acceso a la finca. Era una construcción a caballo entre las de labor y las que alguna vez tuvieron mayores pretensiones, indicio de la naturaleza de una familia que, aun siendo acomodada, no renunciaba a ser parte de la urdimbre social de la que había surgido, obteniendo sus haberes de la tierra y del trabajo, y donde la abacería Las Américas que

regentaba Fausta no representaba en absoluto una fuente de ingresos, sino de gastos más bien, pues allí a casi todo el mundo se le fiaba sin mayores trámites que la necesidad, sobre todo en tiempos como éstos de racionamiento y hambre. El edificio se elevaba en dos plantas sobre el ras del suelo, y su estructura era muy sobria, de líneas rectas y planta rectangular, tejado a dos aguas y dos chimeneas, por una de las cuales manaba ahora un finísimo hilo de plata. Brotaba copiosa luz a través de la ventana mayor, correspondiente a la pieza de más lustre de la casa, dibujando sobre el suelo los arabescos de los visillos. De una ventana menor que daba al otro lado de la puerta principal, igualmente salía luz, quizás correspondiéndose esta pieza de la casa con la cocina, y donde, por la hora, debían de estar preparando la cena.

El resto permanecía a oscuras, así en la casa como en los edificios adyacentes, tal vez éstos destinados a granero o cuadras, excepto una construcción más humilde que había bastante más lejos, desde donde llegaba vocinglería de familia numerosa.

Tocaron la aldaba de la puerta principal y esperaron pacientemente a que las franquearan el paso, lo que no tardó en suceder.

—¡*Señá* Lola! —saludó Veneranda, un tanto sorprendida por quién era. Luego, recomponiendo el gesto, se disculpó—. Pensé que era Fausta.

—Con ella, si nos lo permite, quisiera hablar.

—El caso es que no ha *llegao entavía*, *manque* supongo que no tardará ya —titubeó Veneranda, quien aún sujetaba la puerta con su mano izquierda.

—Esperaremos aquí fuera, si no le importa —dijo con mucha cortesía Lola.

—Bueno..., no sé. Creo que *mijor* sería que pasaran a la cocina y esperaran ahí. No está el tiempo *pa'* esperar a cielo abierto... o cerrado. Pasen, pasen, *pro* favor, y séquense un poco, que está la noche *mu'* mala.

—No quisiéramos molestar. Preferimos esperar aquí. Vea usted que traemos los zapatos y las ropas llenos de barro, y allá por donde pasemos lo pondremos todo perdido.

—En ese caso, vayan *pro* detrás, y yo les abriré la puerta de la cocina y *poneré* unos papelotes en el suelo *pa'* que no manchen. Pero eso de quedase ahí a la *temperie*, *na'* de *na'*.

La diligente Veneranda preparó todo un camino de hojas de diario hasta la boca misma de la chimenea, disponiendo ante ella dos sillas para sus visitas. Abrió la puerta de par en par y las acompañó hasta donde había colocado sus asientos, ayudándolas a desprenderse de sus ropas húmedas y rogándoles que se descalzaran y pusieran los zapatos junto al fuego para que se secaran un poco.

Por su estado bien se echaba de ver que habían cocinado en aquella chimenea hasta hacía pocos años, pero un fogón de hierro fundido muy nuevo, sobre el que había un odorífero puchero, había variado sus costumbres. Así al menos quiso entenderlo Lola.

La pieza, aunque no demasiado grande, sí era de considerables proporciones, pareciendo por su disposición y mobiliario una de las de mayor uso de la casa. Una mesa de madera de haya, pintada en blanco y con una losa de mármol cubriéndola, dominaba el centro de la estancia, la cual estaba cercada por ocho sillas de la misma madera con asientos de anea; junto al fogón, montado sobre obra de fábrica enlucida con azulejos de Talavera, había un lavadero de dos senos con un grifo de bronce, de ésos de llave, indicio que tenían en la casa agua corriente y que no se les hacía preciso sacarla del pozo o acarrearla desde lejos; y junto a la pila, un mueble, también de fábrica y cubierto con losa de mármol, recorría todo el frente que daba a la ventana que habían visto iluminada desde el exterior, la cual llegaba hasta donde estaba el hogar, frente al que Lola y Zita habían tomado asiento. El piso, sobre el que habían montado muy recientemente un enlosado de baldosín muy vistoso, era de tierra batida, y las paredes estaban alicatadas hasta media altura, cosa de un metro y medio más o menos, rematadas con una cenefa que imitaba las grecas antiguas, dando paso al resto del muro, el cual estaba cubierto de pintura plástica, según creyó entender la visitante por la reverberación de la lámpara que dominaba el centro de la pieza, justo sobre la mesa, una de ésas de las llamadas de visera.

—¿Estás bien, mi vida? —le preguntó la anfitriona a Zita—. Ven, déjame ese abriguito y lo *poneremos* sobre esta silla, aquí, bien cerquita del fuego *pa'* que se seque *deseguida*. ¿Estás bien, de verdad?... Bueno, ahora, si tu... *señá* Lola me lo *premite*, te voy a preparar una taza de leche bien calentita con cacao, *pa'* que te *güelva* el ánima al cuerpo, que te vas a chupar los dedos. Y ahora *mesmo* aviso a Flavio, que ya verás que le va a dar *muchisma* alegría *de* verte.

Y ni corta ni perezosa, con el mismo atropello y desconcierto que había mostrado durante su soliloquio, abrió la puerta que daba al corredor y voceó el nombre de Flavio sin el menor pudor, ordenándole que se bajara algunas toallas del armario del pasillo, incluso dándole instrucciones a viva voz de cuáles específicamente deseaba que bajara y cuáles no.

Luego, se volvió a ellas y dio sus razones:

—A este chico, con lo *despistao* que es, si no se le dan pelos y señales de *to'*, es capaz de presentarse aquí con unas sábanas.

Lola rio por cortesía, o dicho con más propiedad, forzó una sonrisa,

sin poder envaguecer el gesto de incomodidad que sentía por estar allí sin conocer siquiera a la propietaria de la casa.
—¿Dice que no tardará mucho doña Fausta?... —se atrevió a preguntar.
—Eso creo, *proque* siempre está aquí *pa'* las seis y media, más o menos —respondió la mujer, mientras se disponía a calentar leche en un cazo para prepararle a Zita su cacao—. Claro, que tal y como están los caminos *pué* demorarse un poco más. Armando, su esposo, bajó *pro* ella hace un rato con el *tomóvil*, *proque* el camino a pie está *itrasitable* y hasta *pa'* las *mesmas* caballerías es harto difícil. Invierno de agua como éste, hace *muchismo* que no teníamos. ¡Y frío!, *proque*, válgame el Santísimo el frío que está haciendo.
Lola no sabía bien qué hacer o decir, y a una de aquellas preguntas de cortesía le seguía el silencio como la sombra persigue a la luz. Por suerte, la irrupción de Flavio las sacó del tedio, quien lo hizo cargado con cuatro o cinco toallas de felpa de dos tipos distintos, las cuales le impedían ver por dónde iba, dada su pequeñez.
—No sabía cuáles me decía y bajé las blancas con orillo rosa y las rosas con orillo blanco —dijo el tagarote sin percatarse aún de la presencia de la visita.
—¡Ay, Dios, qué chico! —exclamó su madre, precipitándose en su ayuda—. Las *brancas* con orillo rosa, cabeza hueca, las *brancas* con orillo rosa. No sé *pa'* qué *ice* una las cosas si *aluego* van a hacer los demás lo que les viene en gana. ¡Jesús, qué *pacencia tié* una que criar! Anda, anda, dame eso, y saluda a la *señá* Lola y a Zita, que han *venío pa'* ver a la abuela.
Flavio, que ya ponía uno de esos gestos de resignación con que se sufren las regañinas y rezongueos de las madres, pareció que se le iluminaban los ojuelos, y exclamó:
—¡Zita!
Y corrió hasta su lado, atropellándose con un querer saber y preguntar todo sin dar lugar para que la interrogada metiera una sílaba. Lola le hizo un recorrido de arriba abajo al jovenzuelo, quien debía de tener poco más o menos la edad de Zita, aunque era un poco más alto; sus carnes eran las justas, de ésas que domina el músculo blanco sobre la carne inútil y roja, síntoma de que era un muchacho hiperactivo; su atavío, lustroso aunque humilde, lo conformaba un pantalón corto de paño de color gris marengo que se sujetaba con tirantes, una camisa de franela blanca y una chaqueta de lana negra tejida con punto de panal —o bien por su madre, Veneranda, o bien por Fausta—, y calzaba zapatillas de fieltro con calcetines de lana; su rostro le pareció de los llamados luminosos, de frente despejada y facciones suaves, sin grandes protuberancias ni órganos que atenuaran la limpidez que mostraba —así los ojos,

vivaces y de color amielado, como la nariz, de muy finos trazos, o como los labios, carnosos y bien dibujados—, rematándolo todo con un peinado a la raya, la cual estaba a su izquierda como trazada con un tiralíneas.
—¿No saludas a la *señá* Lola? —le increpó su madre—. ¿Es que ya *hamos perdío* los *güenos* modales?...
—Oh, sí, claro, claro —replicó el jovenzuelo, quien al punto se giró a ella y le tendió su mano, diciéndole—: Tanto gusto en verla de nuevo, señora, tenga usted buenas tardes.
Ésta esbozó una sonrisa y estrechó su mano, pareciéndole un gesto un tanto anacrónico para la edad del muchacho, quien a buen seguro no había cumplido aún los diez años, pero cuyos modales denotaban un exquisito esmero en su educación por parte de quienes le rodeaban, siendo el eje mismo de aquella familia. No en vano, pensó Lola, era el patriarca de aquellas gentes que habían perdido a todos sus hombres en la Guerra Civil.
Contrastaba el atuendo sobrio pero alegre del muchacho con las ropas austeras y enlutadas de su madre, quien vestía así en memoria de su difunto esposo, Salvador Montoro. Y bien se echaba de ver que no sólo en las ropas llevaba su luto, sino que su rostro macilento y su gesto apesadumbrado proclamaban un dolor inextinguible que aún la atormentaba sin piedad, haciéndole parecer exoftálmica cuando, si sus ojos estaban hinchados, era por la frecuente recurrencia a las lágrimas a que la empujaba el recuerdo.
—*Güeno* —se entrometió Veneranda, sirviendo el contenido del cazo en dos vasos de vidrio común que había dispuesto sobre una bandeja con unas galletas María—, *agora vusotros* dos os vais a venir conmigo a la sala *pa'* tomaros esta merienda, os vais a sentar en la mesa camilla, bien pegaditos al brasero, y os vais a tomar esto mientras la *señá* Lola y yo charlamos un ratito.
Y dicho y hecho. Llevó la bandeja al salón principal de la casa, y luego regresó a por Zita, pidiéndole permiso a Lola para llevarla en brazos y que así no tuviera que caminar descalza. Los acomodó en la mesa camilla, les puso sobre las piernas los faldones de la misma y regresó con la mayor diligencia a la cocina.
—Les he dejado ahí, con unos libros *d'esos* que *tién* muchas estampas de *to'* el mundo que tanto le gustan a Flavio, *pa'* que le cuente a Zita a qué sitios va a ir cuando sea grande. Este chico, ¿sabe *busté*?..., me ha *salío* de lo más viajero, al menos en las intenciones, *proque* ver un retrato de la Conchinchina y quererse ir *p'allá pa'* verlo *to'* con sus *mesmos* ojos, es *to'* la *mesma* cosa. Ya veremos si la vida da *pa'* tanto, que *me se* da el pálpito que cuando crezca a éste no le vemos más el pelo. ¡Como no mude el ser, fíjese

busté bien en lo que le digo, ni por retrato! ¡Jesús, una cría hijos *pa'* que *aluego* se vayan, y si te he visto, no *m'acuerdo*!
—No sé —replicó Lola por no callar—, pero igual son cosas que con el tiempo cambian. Están en la edad de echar la imaginación a volar.
—¡*Maginación*, *maginación*!... —protestó Veneranda, deteniéndose frente a Lola y dándose una palmada en la pierna—. ¡Ya me gustaría que fuera *maginación*, ya! Pero este badulaque *m'ha salío* viajero, que se lo digo yo, que le conozco rebién.
Y volvió la mujer a su cacharreo, acopiando enseres para tender la mesa. Los dispuso sobre la encimera y, cuando terminó, exhalando un suspiro se limpió las manos en un paño y acudió a sentarse junto a Lola, encarándola con la mayor familiaridad y diciéndole:
—Su... chica y el mío se llevan *mu'* bien, ¿*verdá*?
—Sí. Flavio, hoy por hoy, es el único niño que se acerca a ella. Zita le tiene en mucha estima.
—¡Carape de *puebro*!... La guerra lo puso *to'* patas arriba, como si las bombas *axplotaran* en el corazón *mesmo*. Hoy andan *to's* con *risentimentos* de la guerra. Los que *l'han ganao*, *pa'* que los otros s*'enteren*, y los que *l'han perdío*, *pa'* que no se olviden de que un día *haberá* ocasión de revancha. Esta guerra no va a acabar nunca, me lo dice el corazón.
—¡Ojalá que sí, Veneranda! —le animó Lola, poniendo una mano sobre la pierna de su anfitriona—. Ya hubo tanto dolor que no nos cabe más. Ellos, los chicos, sabrán hacer un país más ancho donde quepan todos, sin odios ni inquinas. Ellos son nuestra oportunidad.
—Sí, hija, sí —replicó consternada ésta—, *manque* a lo *mijor* no les dejan sus mayores, que *to's* son vencedores o *vencíos*, cual si ya no quedaran hombres a secas.
—Verá que sí, tranquilice ese ánimo.
Si no llegan a escuchar el traqueteo que precedía a la detención del motor del automóvil de Armando no sé lo que hubiera pasado, porque la conversación iba adentrándose ya en los fangosos terrenos de la memoria, que era decir de la muerte, y ahí ambas eran mucho más que vulnerables. Pero el Cielo, que siempre está al quite del último dolor, precipitó el regreso del general retirado y Fausta, quienes entraron por la cocina por haber dejado el vehículo en el corral, más próximo a esta puerta que a la principal.
—¡Caramba, qué sorpresa, Lola! ¿Qué le trae por aquí? —exclamó Fausta en el momento de verla.
—Buenas tardes, doña Fausta. Me atreví a venir porque quise comentarla un asunto..., abusando de la confianza que me dio —se explicó, poniéndose en pie de un salto como si le clavaran un alfiler bajo el asiento.

—Pues ha hecho muy bien; pero discúlpeme un instante que voy a cambiarme y enseguidita estoy de regreso —dijo Fausta mientras se iba camino de su cuarto, atravesando la cocina. Y añadió sin detenerse—: ¿Conocía a mi esposo?... Armando, ésta es Lola, la señora de la que te hablé.

Armando se acercó adonde estaba Lola, la tendió la mano y se la estrechó con mucha delicadeza, añadiendo fórmulas de cortesía que no estaban consideradas en los usos y costumbres de ésta, quien no supo bien si callar o si hacer una reverencia ante los floreos de caballero tan finústicamente educado.

Sin querer, como era su costumbre, trató de adivinar en él los aspectos que no se apreciarían si no fuera mediante una indagación profunda. Era éste un hombre alto y espigado, distinguido no sólo en su educación, sino también en su porte. Vestía un traje de lanilla castaño claro con chaleco de rayas gris oscuro y corbata azul marino con rayas inclinadas muy finas de color amarillo; usaba un sombrero de fieltro igualmente castaño claro, que en cuanto estuvo a cubierto se quitó y lo colgó en el perchero que había junto a la puerta de la cocina; y se enfundaba en una gabardina tres cuartos del mismo color, la cual dejó junto a su sombrero. Su cabello era enteramente albo, ralo y emboscado, y su piel morena, algo cetrina, en la que destacaba un bigote abundante y canoso que era un punto de contraste en su faz, y cuyos extremos apuntaban al techo; sus labios no eran ni finos ni gruesos, quizás estando un poco afeblecidos por la edad; su boca era de mediano tamaño; su nariz, por el contrario, era aguileña y de no menudas proporciones; y sus ojos, de un color muy oscuro, mostraban la calma de quien había atravesado a pie el mismo Infierno, como tantos por entonces.

En ésas estaba con sus interlocutores, cuando apareció de nuevo Fausta, quien había sustituido los borceguíes por unas zapatillas más cómodas de fieltro negro y se había echado sobre los hombros un chal de lana negra.

—Bueno, un café creo que nos vendrá bien —dijo sin preámbulos ésta, dirigiéndose a la cafetera con intención de prepararla, mientras los demás, a instancias de Armando, tomaban asiento en torno a la mesa—. No es café, puede suponerse, pero es lo que más y mejor se le parece. Yo creo que no va a notar la diferencia.

—No podría aunque quisiera —bromeó Lola—. ¡Hace tanto tiempo que tomé el último que ya no recuerdo su sabor!

Rieron por cortesía, pero no fue una de esas risas abiertas y familiares, sino de las que imponía el protocolo y cuya virtud era la de distender un ambiente que parecía electrizado. Fausta, una vez que terminó los preparativos y dejó al fuego la cafetera, tomó asiento entre su esposo y Lola, y dijo sin ambages:

—Con confianza, querida, diga lo que tenga que decir. Mi esposo sabe de usted, y tanto él como Veneranda están al corriente de la conversación que mantuvimos anoche en su casa, al menos hasta donde considero que deben saber. Hable con franqueza y veamos qué es eso que la trajo hasta tan lejos con este tiempo en que ni los diablos se aventuran por estos parajes.
Lola bajó la cabeza, hizo un esfuerzo considerable por organizar su pensamiento y se dispuso a exponerlo como quien dispararía un trabucazo; pero justo en ese momento se dio cuenta de que había pensado en plantearlo de tantas formas que ninguna le parecía ahora conveniente del todo, y sintió que el gañote se estrechaba y le impedía decir ni mu. Bajó de nuevo la cabeza y lo intentó de segundas, con el mismo resultado. En fin, en vista que la faltaban las palabras cuando más las necesitaba, se decidió por la aventura de explayarse según sentía y dejar todo lo demás para mejor ocasión.
—Bueno, es por Zita —dijo al fin—. Por Zita y por don Viriato. Es decir, por don Viriato, el maestro. Sé que ustedes tienen cierta amistad con él y, sirviéndome de la confianza que me dio..., pues vengo a que, si es posible y no causa perjuicio...
—Diga, querida, diga sin temor. ¿Qué podemos hacer nosotros por esa criatura?... ¿Acaso le hizo algo Viriato?..
—Oh, no, no; nada de eso. No me explico bien, pero seguro que sabrán comprender... Bueno, el caso es que en la mañana de hoy fui a verle, por ver si la niña podría ir a la escuela. Ya sabe, para aprender al menos las cuatro reglas. Yo quisiera que fuera como los demás niños, dentro de que ella no tiene ese derecho, y bien lo sé...
—¿Y qué le dijo ese faldistero? —le interrogó con displicencia Fausta, soltando sobre la mesa un golpe que hizo temblar no sólo los servicios y cachivaches de los anaqueles, sino el mismo ánimo de Lola—. ¡Uy, uy, uy, Armando, que ya me lo veía yo venir a ése! Pero diga, Lola: ¿qué fue lo que pasó?..., porque me temo que tengo la sangre a punto de hervor.
—En definitiva —se explicó—, lo que dijo es que no, que yo era roja, como mi marido, y que esa niña no tiene papeles.
—¡Meapilas!... —exclamó de muy mal talante Fausta—. Ya te lo decía yo, Armando, que ese tiralevitas no tenía buena ralea. ¡Ya te lo decía yo! No, si la que a mí se me escape. ¡Un chupaculos: eso es lo que es! Y perdón por la expresión, pero es que esa gentuza me saca de mis casillas. ¡Toma ayudante de Historia, Armando! ¿Te das cuenta de lo que te decía?...
—De ninguna manera quisiera enturbiar la relación que pudieran tener con él —se disculpó Lola con timidez, dejando caer su barbilla hasta el pecho—. Solamente vine por si podían interceder.

—Intercederemos —dijo con mucha serenidad Armando—, téngalo por seguro. Mañana mismo hablaré con él. Y tú, querida, deja de hacerte mala sangre, que te sentará mal la cena. Estoy más que acostumbrado a tratar con esta gente, y no es el mejor modo el enfrentamiento, créeme. La mano izquierda hace más que la derecha, pero o no soy militar, o es preciso una estrategia alternativa.
—¡Qué mano izquierda ni qué mano izquierda!... —enfatizó Fausta —. Esos ruines son los que han conducido a este país al descalabro. Lo ha dicho, claro está, porque no hay un hombre que proteja a estas criaturas. ¡Ay, si lo tuvieran! ¡Corriendo iba a encararlas de ese modo! Ése, lo que necesita, es una derecha, y si es posible bien cerrada y en el mentón para que se entere de lo que vale un peine.
—Bueno, haya paz —la serenó de nuevo Armando—. Soseguemos el ánimo o no llegaremos más que a un inútil enfrentamiento.
—Pero qué cuajo tienes —le increpó Fausta.
—Escucha, querida, que no es el mejor camino. Déjame expresarme. Mira, hasta donde yo sé Zita está indocumentada y la señora Lola no tiene la patria potestad, ¿no es cierto?... Pues así las cosas, ir a más sólo será perder y, acaso, que le quiten a esa criatura. Esto es lo que propongo, un plan en dos fases: primero, hablaré mañana con Viriato para ver si conseguimos por las buenas que la niña vaya a la escuela; y segundo, mañana también, iré a Madrid y veré cuál es el trámite para que le otorguen la patria potestad de esta niña a la señora Lola, aun poniéndonos nosotros como fiadores, ¿estamos de acuerdo?
Bien se echaba de ver que todo lo que no fuera que corriera la sangre de Viriato no terminaba de satisfacerle a Fausta, pero Lola, al escuchar aquellas palabras, tuvo el deseo de clavar su rodilla en el suelo y comerse a besos las manos del general. Sus ojos así lo proclamaban, como lo hacía el movimiento temblón que pareció apoderarse de todos sus músculos.
—No sabría cómo agradecerle...
—No tiene nada que agradecerme, porque aquí sabemos todos qué está haciendo, señora, y estamos de su parte. Créame si le digo que aquí es fuente de inspiración, y es más que querida.
—Yo...
—Usted, Lola, cierra el pico y se calla. Lo ha dicho mi esposo, y con eso basta, que no en vano es general. Y además, es una verdad como un templo, y punto acápite, ¡recontracarape!, ¿o es que nadie va a tomar en cuenta mis palabras?...
Trabajo le costaba a Lola evitar que las lágrimas desbordaran el limo de sus ojos, y de no haber sido por la mano de Veneranda que enseguida apretó su brazo con mucho afecto, seguro que allí mismo

se echa a llorar como una Magdalena.
—Bueno, me parece que ya he molestado bastante.
—De eso nada. Usted se queda aquí, que primero hay cosas que discutir; luego cenaremos y, más tarde, mi esposo les bajará hasta su casa que, lejos de amainar la tormenta, parece que arrecia.
—No, no, gracias, que les estoy causando muchos trastornos.
—¡*Quiá*, hija, quite de ahí esos miedos! —replicó Fausta—. Sin embargo, sí creo que faltan algunos detalles para que todas estas cosas lleguen a buen puerto, y es que su vida…
Rúbeo color trepó a las mejillas de Lola, quien se temió que su... profesión iba a ser puesta sobre el tapete.
—Ya no hago más esas cosas —se disculpó.
—Ni yo se lo permitiría teniendo a su cuidado a Zita —la interrumpió la confesión Fausta, pero sin hacer hincapié, como si estuviera de pasada camino de otro objetivo bien distinto—. Me refiero a que tenga, a falta de hombre en casa, un empleo, unos ingresos con los que mantener su hogar y sostener la educación de su hija..., vamos, me parece a mí.
—Una observación muy oportuna —convino Armando—. ¿Y en qué estás pensando?...
—No sé, quizás en hablar con Tomás, el propietario de la fábrica de latas.
—¿Y *pro* qué no trabaja en la abacería? —propuso Veneranda—. A mí me viene *mu'* mal bajar hasta allí *to's* los días, y esta casa da mucha guerra.
—¡Claro! —exclamó Fausta—. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Claro está que no podré pagarle mucho, porque el negocio no está en su mejor momento, aunque creo que para diez duros a la semana llegará.
¡Santo Dios: diez duros! Aquello mareaba la imaginación de Lola, quien tuvo que sujetarse al asiento para no irse al suelo. ¡Diez duros! Fortuna como aquélla no la recordaba desde... nunca, porque nunca vio diez duros juntos. Y para colmo, ¡todas las semanas! Pero, ¡reconcha!, si ahora unas pesetas las estiraba días y días, ¿qué no hacer con diez duros como diez soles?
—Nada, nada, así está dicho y así será hecho. Yo extenderé un certificado como que trabaja en Las Américas como dependienta, y listo. Al andar se hace camino, amiga mía, como decía Machado, y éste es otro pasito.
—No sé si sabré...
—Pero bueno, ¿es que va a replicar a todo?
—Son tan buenos conmigo...
—Nosotras, Lola, somos mujeres —se explicó Fausta—, y como todas las de este pueblo hemos perdido mucho en esta guerra, y

nada nos hace más felices que el que una mujer gane algo, sobre todo si se trata de un doble bien, porque Zita se lo merece.
—*Amás* —apoyó Veneranda—, Flavio no nos *premitiría* otra cosa. Zita es *mu'* buena amiga *pa'* él, y puedo *maginar* lo que ella debe sentir ante mocito tan garrido, *proque* un día yo sentí lo *mesmo pro* su padre, que era igualito.
—Bueno, dejémonos de gazmoñerías y cenemos, que estoy desmayado. Además, si seguimos así nos liaremos todos. Cada cual hace lo que debe hacer, y basta —interrumpió con cordialidad Armando—. Mire, Lola, hace años, cuando quiso Dios que cayera por aquí, tuve la suerte de enfrentarme a todo lo bueno y lo malo de mi vida... o de la vida a secas, no lo sé bien; pero hoy, a muchos años ya de distancia, no puedo sino decir que esta gente son ángeles extraviados del Paraíso... o un anticipo suyo. Y, créame, más vale obedecer ciegamente porque aman hasta la muerte... de los demás. Aquí, donde lo ve, mi querida esposa y mi nuera postiza casi me acuchillan. Ahora bien, en su disculpa he de decir que lo merecía. En fin, si me acepta un consejo, consienta en lo propuesto y obtendrá dos bienes: salvar la vida y probablemente conseguir su propósito. Y si la cosa sale mal, ya sabe: eximente de obediencia debida.
Lola sabía que Armando fue el general que mandaba las fuerzas que se enfrentaron a los lubitaneses en la Batalla de los Ángeles en la que perecieron tantísimos de ellos, pero nunca supo que Fausta y Veneranda hubieran atentado contra su vida, sino más bien que fueron el salvoconducto imprescindible para que pudiera caminar o vivir sin temor en Lubitana, pues ninguna familia era tan respetada como la de los Montoro, y ahora ella también tenía una muestra de dónde les venía la fama.
Cenaron, charlaron, rieron y se despidieron bien entrada la noche, cuando daban las once. Los chicos, con su baraúnda de vida, contribuyeron a llenar en buena medida el ámbito de la cocina, donde parecía poderse contener todo un universo, estampa que se coló de rondón en el alma de Lola y que ya nunca pudo olvidar, guardándola para sí como de las más dichosas que recordaba, porque si Dios con una mano quitaba, con la otra daba... y más que abundantemente.
Bajaron en el automóvil de Armando hasta la casa, quien les alegró el camino con una conversación asaz entretenida, pues era un hombre de sentido buen humor, pero Zita no le hizo el menor caso porque iba con la cara pegada a la ventanilla del automóvil, no sabiendo si estaba despierta o no. ¡Ella ya iba en automóvil! Dios, por fin, comenzaba a entregarle su gran regalo, y algo le decía que aún estaba sólo atisbando el envoltorio.

11. El regreso

La dicha se manifiesta de muchas maneras, algunas sigilosas, íntimas. E íntimo gozo era lo que Lola sentía mientras acostaba a su niña, la besaba en la frente y esperaba que rezara a ese Dios que, para ella, silenciosamente caminaba a esas horas por las callejas, tomando sus anotaciones del día.

Más tarde, en la sala, sintiendo un alborozo interior que no era capaz de aplacar con nada, estuvo largo rato pensando en los porqués de que las cosas se dieran como se estaban dando, que pudiera volverse el mundo del revés y que, apenas en unos días, pasara de ser una mujer... despreciada, a tener una sensación futurible y dichosa. Se decidió a prepararse una taza de achicoria y luego, entretanto la tomaba, echó su vista y su pensamiento por la ventana hacia el arroyo en donde había dado inicio su redención, cual si pretendiera entablar un diálogo con el mismo Dios de Zita

Su mirada era larga y profunda, como el infortunio, el cual sentía que se iba lentamente sofocando como el pábilo de una vela que se consumía. El cristal le devolvía su imagen, translúcidamente bosquejada sobre la negritud de la noche, invitándole a adentrarse en su deseo de dar gracias a alguien, siquiera fuera a ese Dios de Zita que tanto acostumbraba a callar. Y lo hizo, hablando con Él o consigo misma, no lo sabía bien, pero percibiendo sin ambages que la vida era mucho más ancha que las angosturas en que se había recluido, que tenía matices muy diferentes de los que se había acostumbrado a ver y que, poco a poco, parecía poder verla otra vez con ojos nuevos.

A lo lejos, la chispa de un relámpago azuló los contornos de las nubes, y su pensamiento le dijo que era talmente así como la verdad se mostraba, rauda y fugaz, vaporosa y refulgente. No había duda de que su vida se reordenaba a sí misma. ¿O era que había alguien que lo hacía, alguien que iba poniendo pieza a pieza en su sitio con infinita paciencia, como en un rompecabezas?... Esta idea le fascinó por lo excitante, como le fascina al estudiante ir aprobando materia a materia, curso a curso, para alcanzar el grado de conocimiento

suficiente para ejercer de licenciado.
Pero el Cielo, igual que siempre tiene lista la revelación, tiene preparada la prueba que ratifique y atestigüe el aprovechamiento del aprendizaje, y justo en aquel momento alguien llamó a la puerta. Pensó Lola, en primera instancia, que se trataba de don Armando que había olvidado algún recado, pero mientras se dirigía a franquear el paso cayó en la cuenta de que no había escuchado el motor de su automóvil. Abrió, no obstante, y se encontró cara a cara con Ezequiel, quien pretendió entrar sin saludar siquiera.
—¿Qué se te ofrece? —le preguntó bloqueándole el paso.
—Hoy es sábado, ¿sabes? —replicó él, apoyando su mano en el muro y acercando su rostro al de la mujer.
—¿Y? —le cortó, retirándolo con repugnancia.
—No te hagas la nueva —dijo escueto—. De sobra sabes qué quiero decir.
Ezequiel le acarició el brazo, pero Lola sintió profunda repugnancia al sentir el contacto de su piel, y le dijo:
—Ya te avisé que *la* Lola no volverá más a la alameda.
—Oye —argumentó él, metiéndose en la casa—, el servicio está pagado: reclamo lo que es mío.
Ella, precipitándose con insólita presteza al aparador, abrió una gaveta, sacó un bolsillo, contó las monedas que su anterior encuentro había dejado el intruso sobre la mesa, y regresó adonde estaba Ezequiel.
—Aquí tienes lo tuyo. Nada te pedí, y ahí te lo retorno. Y ahora, por favor, vete y no vuelvas.
—No lo acepto. Te consentí el desaire la semana pasada, hoy no —dijo él, con tonillo conciliador—. Preferiría que fuera de grado, mas será de cualquier modo..., aquí o en otro lugar: elige.
Titubeó un instante. Como una centella, su mente buscó un argumento que evitara el enfrentamiento que presentía inevitable. Durante un instante pareció cavilar, acaso comprender, que abandonar el tipo de vida que había llevado durante aquellos años no le iba a resultar fácil, y que también debía tener cierta paciencia con quienes había ejercido. Sin embargo, a pesar de que se trataba de infundir templanza, ello es que no pudo, y sin el menor tacto le soltó:
—Ni aquí, ni en el Infierno.
El semblante de Ezequiel se transformó al escucharle y, enardecido, se fue a ella. La tomó por la muñeca con una mano, mientras con la otra la rasgó el vestido, obligándola a recular hasta la sala, donde la forzó a caer de espaldas sobre la mesa. Lola trató de meterle las uñas acá o allá, no logrando otra cosa que arañar apenas el brazo del agresor. Fuera de sí, lanzaba apagados gritos que ora

suplicaban, ora amenazaban con fuegos peores que los del Infierno si se atrevía a consumar su propósito.
—¡No! —aulló—. ¡Por el amor de Dios!
Y rogó, amenazó. ¿Qué le importaba a una ramera una vez más? ¿Qué podía baldonar más el escarnio, si hasta ello había descendido por voluntad propia? Pero en ello le iba la vida.
—¡Suéltela, suéltela! —gritó Zita, al tiempo que se abalanzaba sobre él y le golpeaba con sus diminutas manos.
El perro también se lanzó sobre el hombre, el cual, enrabiado por el dolor de una dentellada, le propinó una patada y lo lanzó contra el aparador, y luego, enfebrecido aún, le golpeó a Zita con el envés de su mano, saliendo despedida hacia atrás hasta estrellarse con el muro que había a su espalda. Zita quedó como clavada en la pared, deslizándose después hasta caer sentada y a continuación sobre sí misma. Ezequiel, por un instante, pareció asustarse, temiendo haber golpeado demasiado fuerte a la criatura, momento que aprovechó Lola para liberarse y correr hacia ella, gritando como una posesa. La llamó una vez y otra, la abrazó, la besuqueó y la enjugó con su llanto; pero Zita no respondía. Un mal presentimiento sacudió sus sentidos, cargando su voz de bemoles en los que el miedo se hizo físico, cuando al tomarla por la cabeza sus manos se ensoparon de sangre.
Aterrorizada por la idea fatal de la muerte, como si hubiera sentido aletear sobre su corazón las hórridas alas de la tragedia, gritó con cuanto de amor o de rabia en ella había y, en un golpe de rencor salvaje, dejó con mimo a Zita sobre el suelo, se incorporó como una bestia sedienta de venganza y se arrojó sobre Ezequiel, quién de nuevo golpeaba al perro por haberle dado otra dentellada. Con una saña que le era ajena, Lola clavó sus dientes en la carne de Ezequiel, sus uñas le buscaron los ojos y el fuego que la consumía ansió abrasarle la vida.
Pero Ezequiel era hombre y, no sin daño ni dificultad, se libró de ella, la tomó por ambas muñecas y la arrojó de espaldas sobre el suelo, poniendo sus rodillas sobre sus brazos para inmovilizarlos. Se frotó la parte del rostro que le había mordido y el lugar del pecho en que había clavado sus uñas y, luego, iracundo y dolido, volvió sus ojos a ella. Entonces, levantando un puño y arrugando los labios, dijo:
—Yo te voy a enseñar cómo debes comportarte, ¡puta!
Lola, al ver que el puño comenzaba su fatídico recorrido, cerró los ojos y apretó los dientes, dispuesta a encajar el golpe; pero ello fue que el golpe no llegaba. Sorprendida, los abrió de nuevo y vio cómo una sombra de alguien que no supo identificar, la cual parecía cimbrearse por el mecimiento de la lámpara con visera, detenía con

férrea firmeza el brazo de Ezequiel. Éste trató de vencer la oposición, ciego de rencor aún, pero la sombra, tan impasible como decididamente, le forzó a Ezequiel a ponerse en pie, le condujo hasta la puerta y, tras estrellar contra su rostro un puño como una maza que le tendió al agresor sobre los charcos de la calle, le dijo:
—Nunca más pongas tus pies en esta casa: ¡por tu vida! Un día, hace ya demasiados años, juré matarte: no hurgues en la memoria y reclames palabras que no se han consumado.
Ezequiel se esforzó por reconocer aquellos rasgos velados por el sombrero de ala ancha que le cubría, aquella voz honda y cascada y aquellos modales altaneros, como Lola lo hacía a su vez mientras trataba de ocultar sus carnes con los jirones del vestido.
—¿Mauro? —averiguó, entre confuso y sorprendido, mientras se incorporaba.
—Mauro —le confirmó el hombre.
Y ambos se mantuvieron la mirada, tal vez midiendo cada cual el menoscabo que el tiempo había ejercido sobre el otro. Al fin, Ezequiel, recobrando la palabra y cierta compostura, sentenció:
—Debí rematarte aquella noche.
—Pero no lo hiciste. Hoy soy yo quien puede hacerlo.
—Tú no eres más que un fantasma que ha regresado —escupió por el diente Ezequiel.
Mauro no le respondió, sino que, como una centella que surgiera de lo más hondo de la noche, por segunda vez estrelló su puño contra el rostro de Ezequiel, haciéndole rodar por el suelo. No satisfecho con ello, Mauro se fue a él, le tomó por las solapas de su pelliza y le puso en pie, diciéndole:
—Vete y no regreses, hazme caso. Ni los fantasmas golpean, ni para ti habrá ya más avisos.
—¿Sabes qué podría encerrarte si quisiera... y para siempre? ¿Sabes cuál es la pena por agredir a un alcalde del Movimiento?
—Sí, lo sé —dijo imperturbable Mauro—: la de tu vida. Y tú, ¿sabes que sólo intentar algo contra mí o contra Lola te supone un entierro?...
Después de unos instantes en que le hundió el frío acero de su mirada, Mauro soltó a Ezequiel y, con una desquiciante calma, se giró y entró en la casa, cerrando de un portazo y haciendo caso omiso de las bravatas que llegaban desde fuera. Se dirigió a la sala y se detuvo junto a Lola, quien no dejaba de acariciar y prodigar frases de cariño a Zita, la cual ya iba saliendo de la inconsciencia. Lola se detuvo un instante al percibir la sombra de Mauro cubriéndola y levantó hacia él sus ojos. En silencio, vio cómo se desprendía de su sombrero con pesada lentitud, mostrándola su rostro castigado y su cabello encanecido.

—¡Debí matarte, Mauro; pero descuida, quizás aún haya tiempo! —amenazó desde fuera Ezequiel, todavía—. Habréis de tener noticias mías, ¿me oís? ¡Y pronto! Y tú, Lola, vete despidiendo de esa pordiosera. ¡Por éstas lo juro!
—Perdona un instante, Lola, que le voy a cerrar a ése la boca, aunque tenga que cosérsela —le dijo Mauro, girándose y saliendo afuera en dos zancadas al tiempo que sacaba de su bolsillo una navaja del tamaño de un alfanje.
Ezequiel, sabiendo muy bien cómo se las gastaba Mauro, apenas vio aquel metal que se desplegaba como una guillotina, comprendió que no tenía opción de defensa y apretó a correr calle abajo, sin dejar por ello de amenazarle.
Mauro le siguió con la vista hasta que dobló la esquina de la calle de San Pedro. Cuando lo hizo, plegó la navaja, la guardó en el bolsillo y, con su habitual aplomo, regresó calmosamente junto a la mujer y la niña.
Lola, que también le conocía más que de sobra, le sonrió, admirándose de que ni la cárcel, ni la derrota ni los años hubieran logrado vencer su carácter combativo y ese genio tan suyo que lo mismo era capaz de la más dulce caricia con los débiles que de la violencia más extrema con los soberbios. Era el mismito Mauro de siempre, aquél que no veía desde el ajusticiamiento de Miguel Arcángel.
No supo por qué Lola reparó en aquel instante en las monedas de Ezequiel que habían quedado por el suelo, y con agilidad felina dejó a Zita un momento, las recogió y, saliendo luego fuera, le gritó a la noche al tiempo que arrojaba las monedas a la calle:
—¡Ezequiel, ahí tienes! ¡Tu dinero no cursará jamás en esta casa!
Cuando Lola volvió a traspasar el umbral, tenía solamente veinte años. Vio cómo Mauro acunaba a la niña entre sus brazos, la cual definitivamente había vuelto en sí, dándole besos en la frente mientras con un pañuelo en su mano presionaba su herida. Zita, sin embargo, temerosa como siempre de quienes desconocía, apenas vio entrar a Lola en la sala le tendió sus brazos y buscó su amparo, rompiendo a llorar sin sollozos.
—No debes temer nada de Mauro, mi amor —le explicó—. Él es un buen amigo que ha llegado demasiado tarde desde demasiado lejos. Nunca permitiría que nadie nos hiciera daño, ¿no es cierto, Mauro?...
—Nada es más verdad que eso —replicó él, levantándose y tendiendo su mano con fingida cortesía a Zita, quien dudó en tomarla un momento, pero finalmente lo hizo.
—¿Es pariente suyo? —le preguntó Zita a Lola
—Solamente en cierta forma —respondió él, adelantándose a la

respuesta de la mujer. Y luego, atendiendo a su curiosidad, añadió —: Yo era muy amigo de Miguel Arcángel. ¿Sabes de quién te hablo?

—¿Le mandó él para que nos ayudara?

Ante interrogantes como éste nadie puede estar preparado, pero Mauro lo estaba mucho menos, mostrando su rostro cierta confusión. No obstante, se encogió de hombros, hizo pico con los labios, y dijo:

—Pues... ahora que lo dices, quizás sí. Quizás, porque no era mi idea volver tan pronto, y hace unos días, no sé todavía por qué, me decidí a venir. ¿Crees tú que eso puede ser que me envió él?

—Puede —replicó Zita desde los brazos de Lola—, porque los muertos no hablan como las personas: lo hacen de otro modo.

—¡Me rindo, tú ganas! —dijo Mauro histriónicamente, levantando sus manos—. En fin, de esas cosas no entiendo mucho. Sólo suelo hacer lo que se me ocurre, y creí llegada la hora del regreso, nada más.

—Pues así, justito así, es como dicen las cosas los muertos.

Rio, ¡qué remedio!, por dar por terminado el tema, y enseguida se urgió a realizar una cura en la herida de la cabeza, a pesar de que ésta no revestía mayor importancia, no fuera a ser que le acorralara con nuevas preguntas.

Bastó con lavar la herida, un poco de cariño y unos polvitos de Azol, pero porque la niña se sintiera mejor atendida, Lola decidió ponerle una venda en la cabeza sujetando una compresa. Tenía escuchado ella, no sabía bien de dónde, que los niños agradecían las cosas por el tamaño, de modo que quiso que este apósito fuera proporcional al afecto que le profesaba. Al fin, cuando ya estaba tranquila Zita y la cura había sido completada, Mauro le dijo:

—Bueno, si crees que puede ayudarte a dormir mejor, puedo contarte un cuento marinero de ésos que he aprendido por los mares, sobre ciertos secretos que únicamente algunos conocemos.

Aceptó la niña, y Mauro, tomándola en brazos, la subió a su cuarto, siguiendo los pasos de Lola. Allí tendió a la niña en su cama, tomó asiento a su lado y, con la luz muy bajita, comenzó a desgranar una historia de barcos y sirenas, ciudades hundidas y seres fantásticos que solamente podía caber en la imaginación de Zita y de aquel marinero de tierra adentro. Lola, en pie junto a la ventana, les miraba sin verles, acaso fijándose en el pasado... o en el futuro, o entreviendo que en la caligrafía de la vida, Dios, efectivamente, escribía derecho sobre renglones torcidos.

* * * * * * *

Quizás fuera la memoria, detenida en el rostro de Mauro como se

detendría en un retrato, la que volcó sobre ella aromas de ayer que ocultaron las arrugas y las canas de su antiguo amigo, la que condujo encarnaduras a sus labios y la que remontó luz infante a sus ojos negros. Quizás fuera la memoria, minuciosa y alegre, o la emoción del encuentro la que obvió el tufo de cárceles que tenían sus atavíos, el dolor de sus cicatrices y el cansancio de sus huesos. Sí, quizás fuera la memoria, minuciosa y alegre, o el afecto, indulgente y ciego; pero el corazón de la mujer se travistió de ventipocos años y sus ojos buscaron en el fondo de los de él el rincón del pretérito, aquel bullicioso tiempo anterior a la tragedia que apagó el mundo entregándola en cautividad al resentimiento, a la soledad y al vacío de una casa rendida a la tristeza. Quizás fuera la memoria o el afecto, ¡quién sabía!, o aun la dicha de un mundo que se recomponía; pero sentado frente a ella, con la piel quemada en las trincheras y tras de las rejas de la penitenciaría, como un legajo que testimoniaba Dios sabría qué horribles padecimientos, con sus ojos azabache mostrando el inquieto brillo de mares anochecidos, comulgó del sigiloso murmurio de recuerdos que se precipitaban desbocados, asomándose a las ventanas por las que la mirada de Mauro tendió su esperanza, escuchando el garrapateo de su voz de guitarra y sintiendo los estertores que el sólo sobrevolar ciertos páramos del pasado producían en el alma.

En ningún momento le pidió Lola explicación alguna, pero él precisó abrirse, vomitar de una vez y entre amigos el ajenjo que llevaba ahorrando desde hacía tantos y tan largos años. Bien sabía ella de este extremo y, tomándole por las manos, le puso al frente una botella de anís y un vaso, y se dispuso a escucharle hasta que consumara aquella necesidad que proclamaba sin palabras y que anunciaba su gesto, quién sabía si únicamente para comprenderlo... o comprenderse. Tomó asiento frontera a él y le miró a los ojos, aquéllos por los que tantas mozas de Lubitana suspiraron y que ahora eran púlpitos desde los que podían contemplarse muchas celdas, horror apilado y cadáveres encharcando una inmensa geografía que, como tantos otros, no había podido enterrar del todo. Y Mauro, poco a poco, comenzó su tránsito al pasado para desde allí precipitarse al ahora, haciendo un recorrido que, aunque no le redimiera del pecado de haber sido hombre y haber matado, sí le condonaba la inmensa deuda que tenía con la vida y la que la vida tenía con él, haciendo unas paces que sólo de la confesión podían nacer. Su remembranza hojeó el más vasto epítome de lo vencido, trayendo desde el ayer los retales de un tiempo dolorosamente traspasado y no habiendo una sola página en la no se detuviera para revisarla.

Narró lo vivido en ocho años terribles, ocho años que le marcaban

como ocho indelebles cicatrices, que le dolían como ocho puñales que no había podido desclavarse todavía. Habló de la miseria y del baldío horror que recompensaba tanta sangre derramada, de las cruces anónimas que jalonaban los caminos, del amor que languidecía en la tenebrosa penumbra de las cárceles y del rencor y de la guerra; de esa guerra que asesinó futuros y dinamitó promesas, que sacrificó la inocencia de esa tierra al rencoroso dios de la venganza, de tantos seres solos que habían quedado sin más porvenir que la nada y la nada...; de los demás... y de ellos mismos, intrépidos ángeles fallidos que equivocaron por amor o desamor su destino, desalentándose por no hallar con premura el ansiado Cielo, y que se entregaron lúbricamente a un infierno de muerte y pánico sin otra esperanza que la noche eterna. ¡Había tanto amargor anegándole la boca! Su mirada veía por detrás de los ojos a muchas leguas, a muchos destinos... Su mente buscaba la ciencia, hollaba el ayer por ilustrar el mañana, pero había demasiada ruina por todos lados, demasiada sangre derramada hacía de la tierra un imposible barro por el que avanzar y demasiados odios sobrevivían todavía, sobreponiéndose a la paz y condenándola de antemano.

Lola, contagiada por la emoción que Mauro ponía en su relato, sintió que su alma se estremecía con sus palabras, que sus labios temblaban por los de su amigo —pues los de un hombre de veras no tiemblan— y, cuando la rabia contrajo sus manos por ser inútiles ante el descalabro, sintió que se estrechaba su corazón en un cobijo minúsculo. Nada había en el mundo comparable a aquel dolor, le parecía, ni ninguna tristeza podría jamás reflejarla, excepto otra tristeza igual..., porque la suya cubría una inabarcable extensión de inalcanzables ideales que se disolvieron en vanas pretensiones, baldías jactancias, impotencias, inservibles emociones, miembros inútiles... No; definitivamente, nada se podía comparar con aquella pena tan alta, altísima, desde donde contemplaba con una aflicción infinita que nada bueno se lograba conquistar a pesar de tanta lucha, de tanto dolor y sufrimiento, ante el que el suyo mismo parecía inclinarse avergonzado, haciéndolo casi insignificante.

Y mitigados los años de cárcel y de juicios sumarísimos, le devolvieron a un mundo formado por ruinas y tristeza, pues ésta última era la papisa que más prosélitos tenía en España y la que con más derecho había tomado por propios casi todos los hogares, metiéndose en retratos como altares, en presencias vacías y en camas deshabitadas.

Ocho años de cárcel cabían en una frase, pero un instante de dolor no cabía ni de soslayo en el universo. Y había demasiado dolor desde la noche en que la muerte se echó a devorar lo creado, cuando la Guardia Civil le rescató de un ajusticiamiento mil veces

preferible, desde el juicio y la inmundicia de un perpetuo aguardar su nombre en un listín de nombres que irían al paredón, desde la inmundicia de la cárcel, inundada de hombres vencidos, doblegados en su humanidad y reducidos a retales de nada... por aquellos políticos que se rindieron sin rematar la faena, un trabajo que, a su parecer, no se terminaría mientras quedara una gota de sangre. ¡Benditos combatientes, que se entregaron al heroísmo de la muerte por una idea tan noble como aquélla, y malditos mercenarios del poder, que engañaron a tanto pueblo, huyendo como...!

No se extinguía el rencor con el tiempo, pero un año de mar puso un punto de paz en el infierno, y la espuma de los océanos y el viento de sus noches le dieron el valor del retorno. El mar... y el recuerdo de una palabra empeñada hacía ya nueve años, que lo despertó sobresaltado durante un sueño, cual si alguien le exigiera su cumplimiento inmediato. Por eso regresó como lo hizo, que las deudas de honor eran deudas de vida, a cumplir con lo que le había jurado a un amigo. Y ahí estaba, junto a quien había de proteger de un mundo creado a su medida, así tuviera que hundir su navaja en el alma de ese mismo mundo que retribuía con muerte lo que se le había dado de vida.

Abreviemos. Digamos de Mauro Almazán, para comprender bien de dónde le venían los humos y adónde le llevaban los vientos, que su temperamento y carácter le venía de casta, pues era descendiente directo de Saturnino Almazán, un liberal que allá por los fines del XIX fue conocido como el Capellán, y quien se metió a bandolero en un intento de proteger a los más humildes ante la sarta de injusticias cometidas por los conservadores que se enseñoreaban de España. Nacido allá por el 39 del antepasado siglo, el tal Saturnino fue un muchacho de la piel misma del diablo más dado al ideal que a la obediencia sin principios, quien trató de reformarse tomando los hábitos, pero de lo que se arrepintió por considerar que la Iglesia pervertía el mensaje cristiano y que era aún más carcunda que los conservadores. Aquellos años lo fueron de revoluciones y el Capellán no le iba a zaga, pues si había en alguna aldea concentración de facinerosos, era en Lubitana, donde bien se la juraron éstos. Tenían mayoría los liberales, pero no la fuerza, y aunque consiguió la alcaldía en las elecciones del 70, en el 74 el gobernador le cesó por establecer la revolución social, imponiendo a los ricos deberes de los que estaban privados los de las rentas más bajas. Así las cosas, formó una cuadrilla con algunos amigos liberales —como él con el seso caliente por tanta injusticia como había por todas partes—, y se convirtieron para los ricos en la Hacienda Pública por lo que se llevaban, y para los pobres en los Reyes Magos por lo que les dejaban. Como se ve, era un gobierno de

ideas, cuyos asaltos realizaba con poca o ninguna sangre, aunque no faltan quienes sostienen que tampoco le hubiera importado hacerlos con mucha. La ley le importaba un maravedí, por considerarla hecha por los caciques en su beneficio, y la democracia una amarga broma ideada por ellos para torcer las leyes. Naturalmente, un hombre así hubo de morir asesinado, cosa que sucedió en el 83, en Lubitana y a traición. Si cada Jesús tiene su Judas en el mundo, en Iberia cada Viriato tiene sus capitanes, y para este fin compraron los carcundas a los camaradas del Capellán, quienes le dieron muerte en lo que hoy es la plaza de la Cruz del Capellán. El crimen, como debía ser, quedó impune, porque nadie se condenaría a sí mismo, y las fuerzas conservadoras pudieron dormir tranquilas otra temporada.

Dicho esto, rematemos la faena de perfilar el carácter de Mauro añadiendo que, tal y como a su antecesor, la justicia no le parecía que tuviera nada que ver con la ley, a la que consideraba como una cadena forjada para sofocar las ansias de libertad del pueblo, prefiriendo, como aquel prócer, morir de pie que vivir de rodillas. Su idealismo, ya pareciera romántico o trasnochado, era su razón de vida... o de muerte.

Y ahora continuemos, sabiendo ya a qué atenernos.

La noche era densa, pero feliz. La niña dormía con el perro a los pies de la cama. Ambos callaron y escucharon el silencio, un silencio dichoso sin estruendos ni alarmas... Era el sonido de una paz provisional, pero paz, al fin y al cabo. Mauro levantó sus ojos a Lola, y sonrió.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Qué fue de tu vida en estos años?...

No; no era un interrogatorio, pero con la mayor naturalidad Lola le refirió su historia acerca de la degradación de la carne y del desfallecimiento del alma, de su constante esperar un milagro, del derrumbamiento de su fe y del estrépito de soledad que sintió en todas sus horas... hasta que apareció Zita, apenas unos días atrás, y decidieron que bien podían vivir juntas.

—La vida se vive con lo que se tiene: con los hígados. Apretar los dientes, respirar hondo y aguantar, pero sin rendirse. Antes la muerte.

Era la forma que tenía Mauro de decir que lo entendía... o que lo respetaba.

Sobre el hule había puesto cada uno nueve años descarnados, destacando cada cual lo que les había marcado más indeleblemente, pero ninguno de los dos reclamó réditos por su dolor: fue lo que había sido, y les bastaba, acaso conjurando al porvenir y apremiándole por otra esperanza.

Ambos notaron en su triste alegría la falta de Miguel Arcángel: él,

por compañero, y ella por sangre de su sangre; pero ambos hicieron un pacto que no pronunciaron para no referirse sino a su vida, notando que ocupaba más su ausencia que su presencia. El retrato de boda que había colgado en la pared cobró vida por un instante, tornándose los grises ocres, cielos y parques, y desgranando su gesto severo una sonrisa dulce y lejana, como llegada desde el bies de la vida; pero Miguel Arcángel ya no estaba, y lo echaron de menos: su sangre aún le manchaba a Lola el corpiño y su frío de muerto helaba su vientre.

Mauro se quedó mirando la puerta que conducía al cuarto, tal vez escuchando la tosecilla que a intervalos regulares se le escapaba a Zita; luego, volvió su rostro a Lola y echó el cuerpo sobre los brazos.

—Tal vez en ella se encarne nuestro futuro —pensó en voz alta.

—Tal vez sea la recompensa por tanto daño —arguyó Lola, a su vez.

—¡Por ella y por el porvenir! —brindó Mauro.

—¡Por todos nosotros!

Y tomaron un sorbo de anís sabiendo que el futuro era ilegible, pero decididos a enfrentarse a él, tal vez juntos. Y mudaron la gravedad de sus semblantes por leves sonrisas, mariposas que nacieron al reverdecer dichosos recuerdos que pacían almacenados en la memoria de aquella juventud detenida hacía muchos años, cuando la vida se manifestaba en la risa y el trabajo y el amor...

Y hablaron de aquel baile en la plaza, y de aquel vestido o de aquel chascarrillo con que tanto rieron..., y de aquel día en que Lola le dijo a Miguel que estaba concebida, de los amigos de la cantina, de los consejos que le dieron, de los amigos... Aquellos amigos, caídos unos, otros vencidos, otros... No sabían qué habría sido de los otros... Quizás estuvieran por ahí buscando el olvido, quizás en otro país habrían formado familia... o quién sabía si estarían en esa mar que todo lo cura.

Mauro dijo que también aprendió a rezar solo, pero al dios de la revolución y la rebeldía, a ese dios al que ya le iban faltándole fieles porque la mayoría de ellos o habían muerto, o se habían entregado con impiedad al diablo del miedo o de la cobardía. El brillo de sus ojos era gris, cual si una incalculable borrasca sacudiera su esencia desde dentro.

—Ni la guerra ni la paz están fuera de nosotros —sentenció—. Nuestro mundo es lo que admite: esto he aprendido.

Y tomando Lola sus manos, añadió:

—Estopa es la vida sin amor: esto me enseñó a mí.

Y los dos, con el alma plácidamente embriagada por los sones dulzones del tango del recuerdo, se perdieron bailando con las palabras en la inmensa sala de un pasado que se desvanecía entre

ecos.

12. Vísperas

Mauro se instaló en la que fuera su casa antes de la guerra, no demasiado distante de donde estaba la de Lola y Zita. No tenía familia ni nada que se le pareciera: su madre murió siendo él muy niño todavía, sus hermanos emigraron a la Argentina allá por el 34, cuando lo de la Revolución de Asturias, y su padre murió al final de la guerra en la Batalla de los Ángeles, aquélla en la que perecieron tantos otros vecinos. Tal vez por no tener a nadie que le aguardase pudo soportar la cárcel y la interminable espera de la ejecución de una condena a muerte que nunca llegó a materializarse. «Medidas de gracia que concede el Caudillo», le dijeron cuando se la conmutaron..., pero le dio lo mismo.

A decir verdad, ya todo le daba lo mismo desde hacía mucho tiempo, y no veía la muerte como una descarnada y cruel Átropos que gozara con su fatal oficio, sino como un descanso a su fatiga de sangre y muerte... o una salida de este infierno en que los hombres venían a convertir el mundo. Lo había perdido todo. La última hoja que cayó de su árbol de la vida fue la de la esperanza, y ya se sabe que un hombre sin esperanza no es nada, ni un hombre tan siquiera. Se había entregado mansamente, como un cordero se confiaría al cuchillo, tal vez entendiendo que no podía hacer nada más. El paisaje, su entorno y las ruinas amontonadas en que había quedado reducido el país eran desconsoladores, habiendo por todas partes montañas de recuerdos insepultos, pilas de cadáveres insepultos e incontables resmas de sueños insepultos, como en un inmenso cementerio donde no cupiera ya tanto muerto. «Besa la cruz y ve al mundo: pídele a Dios que te guíe en tu nueva vida», le dijo el páter cuando le soltaron de la penitenciaría de Alcalá. Y besó la cruz como podría haber cantado «Soy un pobre presidiario», de Angelillo, o haber recitado de carrerilla la «Canción de la ametralladora» de Miguel Hernández. Ya todo le daba igual: vivir o morir, ser o no, que amaneciera o que sonaran por fin las trompetas del Apocalipsis. Y si besó la cruz, más que por creer, fue por el páter, quien al fin y al cabo era un buen hombre, honesto con sus

creencias y quien siempre respetó a los que soportaron sus ideales hasta los umbrales mismos de la muerte.
Le soltaron justo cuando ya no ansiaba ni la libertad, porque ya era un hombre sin fe. No se respetaba en absoluto, sintiéndose un poco la encarnación de la derrota. Estaba vencido. Por eso, cuando se cruzaba con guardias civiles, y aún con policías o falangistas, levantaba la mano y pronunciaba el ¡Arriba España! sin convicción ni entusiasmo, con el mínimo protocolo para pasar inadvertido. Por eso mismo un día decidió huir de sí mismo e irse al mar, acaso conjurando al pasado para reencontrar su propia huella de aquel entonces, cuando en la esplendorosa juventud compartió esa misma mar con Miguel Arcángel y con Ezequiel. Así, pues, en Gijón se enroló en un pesquero de altura, de ésos que lo mismo iban a Guinea que a las aguas de Viedma, y allí estuvo durante año y pico.
Pudo encontrarse a sí mismo porque estaba solo y con nadie más podía dar. O se encontraba, o es que ya no era más. ¿Qué influjo ejerció sobre él la soledad, el rumor del mar, la tibia luz de la luna o la furia de las tormentas en una inmensidad tan ancha como para mudar sus convicciones? No; tampoco él lo supo, pero se sintió nada ante el inconsolable esplendor de azules y blancos, se sintió cero bajo la bóveda celeste en las noches rasas en que se podían contar los luceros por miríadas, y se sintió menos aún ante el desconcierto de vida que se echaba pujante a las redes como brotando de las profundidades. Y entonces supo que solamente cuando un hombre se sentía vacío podía comenzar a llenarse, y desde aquella hora pudo hablar consigo y conocerse sin fingimientos ni circunloquios, y perdonarse.
Después de eso todo fue más fácil, y un día pudo contemplarse de frente, vital como antaño, sin ansiedad por la victoria ni temor por el fracaso, sin jactancias ni resentimientos hacia lo que pasó o pudiera haber pasado. Entonces fue cuando escuchó el eco de aquella promesa hecha a un amigo el día que lo mataron, y supo que debía regresar y ser lo que era: el personaje que le había tocado en el reparto y representar su parte del drama.
Se despidió de la mar, de sus horizontes lineales y sus colores fríos, y se marchó tierra adentro sin volver la vista atrás, buscando una aldea que como un monstruo terrible dormía en el fondo de su memoria.
Estas ideas le daban vueltas y más vueltas en la cabeza mientras trataba de poner orden en el desconcierto en que los años habían sumido la que fuera su casa. Incluso los chicos la habían asaltado, cometiendo no pocos registros y otros delitos... menores. Los daños, al fin y al cabo, no eran irreparables, y sólo requerían de un poco de esfuerzo para restañarlo.

Hacia el final de la mañana, poco antes de comer, quiso tomarse un descanso y echarse un trago de vino. El trabajo le había hecho transpirar. Sacó al patio la mesa de la cocina y una silla, y allí se acomodó un rato mientras se refrescaba por fuera y se reubicaba por dentro. Hacía un frío húmedo, pese a lo cual estaba en mangas de camisa. Colocó los pies sobre la mesa, se hamacó sobre las patas posteriores de la silla y, tendiendo una mirada larga hacia el valle, lo recorrió una vez y otra; luego, echando mano sin mirar al bolsillo de su camisa, sacó su paquete de Ideales, se puso un cigarrillo en los labios, lo prendió con el chisquero y fumó pausadamente, cual si el efecto del vino hiciera más placentera la expansión del humo en su boca y en su pecho.

Julio Bengoa le vio desde el pretil que marcaba los límites de su finca, y se detuvo a saludarle.

—¡Julio! —le recibió alborozado Mauro, apenas le vio detenido junto a la cancela.

—Pasaba por aquí —se explicó el hombre, sin sacar las manos de los bolsillos mientras se acercaba hacia él—. Me enteré de que regresaste y quise comprobar por mí mismo que no te mataron.

—Bicho malo..., ya sabes —bromeó Mauro, y le abrazó con efusión.

—Ya veo, ya.

—Espera, sacaré otra silla y tomaremos un vino.

—Sea.

No es que se apurara en salir con el asiento, pero tampoco fue lerdo; sin embargo, cuando apareció con él, se encontró en el patio a Plácido y al Hostia, quienes charlaban con Julio. Tras detenerse un instante hasta reconocerles, se acercó a ellos.

—Hola —dijo con sequedad.

—Hola —saludó el Hostia—. Vinimos *proque sabimos* que habías *regresao*, y... ¡hostia!, *manque* no seamos de la *mesma* quinta ni hallamos *luchao* juntos, un camarada es un tocayo, ¿o no?

—Todo eso me temo que ya pasó, amigos; pero igualmente sed bienvenidos. Esperad un momento y saco un par de sillas más.

Y, efectivamente, poco después regresó con ellas, además de tres vasos de vidrio común. Los hombres tomaron asiento en torno a la mesa y brindaron por el regreso, por el futuro, y quiso el Hostia hacerlo también por lo que eufemísticamente llamó «la segunda tanda», pero nadie quiso secundar esta propuesta, recogiéndose cada cual en su silencio y en su reflexión.

—¿Cómo está la cosa? —curioseó Mauro, mostrando su deseo de recabar información acerca de la vida en la aldea, sus pormenores y rutinas.

—Ya nada es lo mismo —le informó Julio—, todo ha cambiado. No sé si sabrás que allá para los primeros días de agosto se dieron los

últimos muertos, Aníbal y Salvador..., dos muchachos amigos y parientes de estos dos calaveras. El uno había atravesado los límites de la razón, por así decir, y el otro... para mí que también. Claudio, el comandante, que por entonces era alcalde, estaba al frente de quienes les dieron muerte delante de todo el pueblo: sus familias, vecinos, amigos...

—¿Y nadie hizo nada?

—¿Qué hacer? —respondió Plácido, entrando a saco en la conversación—. En el *puebro* casi no quedaban hombres, sino los que *golvían* de las cárceles... y los nacionales. ¿Qué sangre podríamos verter ya? ¿La de los niños o la del mujerío? Éramos seis o siete los que allí estábamos en *edá* de morir. El comandante Claudio, *dimpués* de aquello, se marchó a Madrid y dejó la alcaldía en manos de Ezequiel, como ya sabes, supongo.

—Lo que se ha acabado, muchacho, son los redaños —rebulló Mauro—. Nadie podía derramar sangre; pero, por lo que se ve, sí que se podía mirar cómo ellos lo hacían, ¿no?

—Ya no hay lugar para más enfrentamiento, Mauro —continuó Julio, tratando de aplacarle, por conocerle mejor que nadie—. Incluso puede que nos equivocáramos. Nadie nos puede pedir mayor sacrificio: hemos luchado, sangrado, muerto..., y todo para nada, porque ninguno de los que nos empujaron a esta carnicería ha caído, sino que todos se fueron al exilio con nuestros cuartos y viven como los reyes, abandonándonos a nuestra suerte.

—¿Es que no quedan hombres, acaso? —replicó enfáticamente Mauro.

—Pues no, no quedan —alegó Julio amargamente—. Cada uno vive su tragedia, y tú eres muy libre de hacerlo como quieras. Nunca fui un cobarde. Perdí mi pierna derecha en Brunete y, con todo, seguí luchando en Intendencia y en la resistencia de Madrid. Mi mujer murió en un bombardeo con dos de mis hijos, y únicamente me queda ya Cristina, una criatura que está por cumplir los catorce y que aún no es capaz de conciliar el sueño. No; nadie me puede tachar de desleal, nadie. Si no, dime: ¿qué dio la República por mí, por mi mujer o por mis hijos?... Nada, Mauro, nada de nada. La República se diluyó en luchas intestinas y pugnas por el poder, beneficiando al enemigo. La guerra acabó para siempre porque la guerra misma fue un error: no nos ganaron la guerra, sino que la perdió la República.

—¿Cómo puedes decir eso? —le disputó Mauro un tanto jaque—. Tú, precisamente, que fuiste un comunista ejemplar.

—Lo que yo fui, es un tonto que dio la vida de los suyos y parte de la propia para que unos golfos vivan a cuerpo de rey en el exilio. Debimos verlo al principio, pero no lo hicimos, y por el poder de

algunos, sacrificamos a nuestra juventud. Cuando se estableció la República dimos tantas patadas a todos los que no pensaban como nosotros que era obvio que tarde o temprano nos las iban a devolver... y sin piedad. Y así ha sido. ¿Acaso no fueron los socialistas los que se levantaron contra la República en Asturias en el 34 y luego nos exigieron que diéramos la vida por la misma República que quisieron destruir? Despierta Mauro, aquello fue un error, acaso como lo sea esto, con la única diferencia de que ha costado demasiada sangre que abriéramos los ojos: nosotros pusimos esta simiente que ahora da fruto. ¿Que ahora hay que levantar la mano? ¡Pues la levanto, como antes me forzaron a alzar el puño! ¿Que hay que decir «¡Arriba España!»? ¡Pues lo digo, como antes me obligaron a decir «¡Salud!» o cosas parecidas!

»Mira, Mauro, sé cómo te sientes porque por ahí hemos pasado todos, y bien se echa de ver que la sangre te hierve..., pero créeme si te digo que lo único que ha cambiado son quienes nos gobiernan. ¿Qué estos han cometido crímenes? ¡Por supuesto! Pero nuestras filas no estaban formadas por monjitas, precisamente. Tú y yo sabemos muy bien cómo fue la cosa, lo que se hacía con los curas, con los anarquistas y hasta con quienes usaban corbata, que bastaba que alguien dijera que ese era fascista para que se le pasara por las armas sin oportunidad de defenderse: ni juicio, ni Dios que lo fundó. Se indultaba a un criminal, pero no se le perdonaba a un hombre por llevar corbata, y nuestros jefes nos decían que eso era justo porque llevaban siglos asesinando al pueblo. Arengas que todos creímos, hasta que despertamos de esta pesadilla y nos enfrentamos a la verdad: muerte entre vecinos, hombres que pensábamos probablemente diferente, pero que éramos iguales. Desengáñate, porque fuimos seducidos por quienes querían mamar de la teta del poder a costa de la sangre del pueblo. Caciques, al fin, como los otros a los que criticaban.»

Quizás tuviera razón. Mauro había escuchado ese mismo discurso de derrota en las cárceles, viendo llorar a hombres hechos y derechos porque iban a ser ajusticiados por los crímenes... de otros. Los vencidos, bien lo sabía, lo eran desde dentro de sí mismos y no a causa del enemigo: todos los combatientes, o una mayoría al menos, se sentían traicionados por la República. ¡Cuánta sangre se había vertido, y qué inútilmente! Él había sido combatiente, acaso aún lo fuera, y sabía que pocos políticos habían muerto... si es que tuvieron la opción de huir. Se fueron y les dejaron solos. Él mismo había participado en enfrentamientos armados con la FAI, en la que no pocos murieron, y sabía que pasaron casi dos años de guerra antes de que se viera la primera bandera republicana en una trinchera. Tal vez Julio tuviera razón y se les fue la mano en

muchas cosas, pero seguía creyendo en la libertad que proclamó la República, y seguía haciéndolo en el hombre, por más que se revelara como un criminal que mataba en cuanto tenía ocasión, haciendo de su pequeñez, jactancia, y de su poder, crimen.
No, no podía renunciar a tanta sangre vertida, aunque quisiera, que si la había ignominiosa y rastrera, merecedora de los peores baldones, la había también hermosa, de hombres que la derramaron creyendo que el mundo podía ser un lugar justo y habitable. ¿Pero sólo ellos así lo creían, o los otros también pensaban algo parecido? ¿Acaso la razón estaba sólo de su lado, y del otro lado de la raya ideológica únicamente hubo locura y maldad?...
—Un día, amigo mío, cuando toda esta sangre que chorrea por España se haya secado, regresarán los políticos, estos mismos que se fueron —continuó Julio con su exordio—, y nos arengarán de nuevo, haciendo ver que cualquier propuesta distinta de la de su partido es traición, fascismo, mentira... Lo que no sea como lo suyo, será antidemocrático, y lo que no les beneficie, manipulador y dictatorial. Tal vez entonces creamos y otra vez nos organicemos para asaltar el poder, y llenemos de vuelta las aceras de cadáveres y los cementerios y los cuartos de lágrimas para que ellos gocen. Mira, aunque esto se olvide, yo ya estoy fuera de todo porque he aprendido mi lección...: mi gente, mi trabajo, mis campos y mi Dios. Sí, mi Dios, porque incluso a Él le he encontrado cuando me salí de esta orgía de muerte en que sumimos a España.
—He escuchado eso demasiado, Julio —admitió Mauro, posando su mano en el hombro de su amigo—, y te comprendo. Tal vez sea verdad que disculpamos en nuestras filas mucho desorden y que algunos asesinos se escondieron entre nosotros para cometer sus fechorías. Es verdad. Incluso admito que nunca creí en ningún político, que jamás creí en esa ralea que nos venden como corderos que pueden ser degollados por cualquier cuchillo que pague lo bastante, porque para ellos los credos se miden en beneficios. Y no salvo a ninguno, ni de los de ellos ni de los nuestros. Pero, qué quieres, sigo creyendo en la bendita libertad a pesar de las maldades, a pesar de los criminales y de la muerte. Para mí la vida, sin libertad o sin justicia, no merece la pena. Luchamos y perdimos. Miro los campos de batalla y aún veo a esos chicos que murieron con honor y valentía, y no puedo considerar ni por un momento que murieran en vano. Ellos fueron valientes como nosotros y vertieron su sangre como nosotros, para que los mismos de siempre, llámense carcundas, carlistas, conservadores, fascistas, nazis o como se quiera, sigan mangoneando y sembrando pobreza y miseria, e inventando cadenas, muchas de ellas sutiles, de ésas que no se ven a simple vista. Pero sé que para llegar a los malos, es preciso

derramar mucha sangre inocente.
»Hoy miro a mi alrededor y veo más de lo mismo..., gente que pasa necesidades, sin derecho a justicia, sino a ley, y sobre cuyas espaldas está todo el peso de la vida propia y de la de los demás como si pudieran soportar cualquier carga. ¿Qué quieres?, no me gusta. La riqueza, al final, es lo que cuenta, y ésta está en unas pocas manos: diez, cien, doscientas familias en el mundo tienen todo lo que corresponde a todo el pueblo. No, amigos; no me congratulo de haber derramado sangre de esos soldados que tenía enfrente, y os aseguro que pensé en sus madres, en sus novias o en sus hijos..., pero volvería hacerlo si pudiera arrebatar a uno de esos... magnates, su poder de secar las tetas que alimentan al pueblo.»
Todos callaron cual si estuvieran meditando acerca de estas palabras o cual si su memoria se hubiera remontado al pasado, preguntándose cada quien por qué había luchado en aquella guerra, qué les había hecho enfrentarse a la muerte y entregar a los suyos... en el nombre de qué o de quién. Distintas imágenes que podían refundirse en una sola: la de la Batalla de los Ángeles que se dio en Lubitana al final de la guerra, cuando los hombres aparcaron sus ideologías y diferencias y se enfrentaron al enemigo por proteger la huida de la guerra de unos niños... sin conseguirlo. No; no había sido por política, ni por egoísmo, ni siquiera por dinero, sino por un gesto de hombría, sabiendo de antemano que la partida estaba perdida y que iban a morir. Ahora, otra patria amanecía, distinta, con ínfulas de una grandeza que opositaba al Imperio. Al Imperio... ¡Je! ¡Qué amargo eufemismo! Estaba el pueblo hundido en el hambre y la miseria y se hablaba de imperios, de destinos en lo universal, de grandezas que a nadie le cabían ni en las mientes, y se contaba el paso del tiempo en años triunfales de la victoria. Pero había paz, y esto, después de tanto dolor, ya era algo.

* * * * * * *

Mauro, ese día, después que sus visitantes se fueron, comió copiosamente y, entre la pesadez de la digestión y la somnolencia que producían las bajas presiones, le entró un sopor que quiso mitigar durmiendo la siesta. Por la tarde, cuando se despertó, se aseó con pulcritud, se mudó la ropa que había utilizado para el trabajo por la mañana y se encaminó a la casa de Lola, donde pretendía pasar lo que restaba del día.
No permitió Lola que Zita saliera aquella tarde, ya que durante la mañana se había quejado de dolores de cabeza, y prefirió que, si lo deseaba, Flavio pasara a visitarla un rato después de las clases. Y

allí encontró Mauro a las dos cuando llegó, ambas sentadas en torno a la mesa camilla —la cual habían movido hasta ponerla justo al lado de la ventana—, y con el brasero bien cebado de cisco.
Desde allí se podía atisbar buena parte de la vega, sobre todo en ese tiempo en que los álamos estaban deshojados y no eran un obstáculo para la vista. Verdes y pardos se alternaban casi a intervalos regulares, empañándose todo por una luz ebria o como si estuviera disuelto en un cristal líquido y ahumado. Una niebla pertinaz había ido cayendo desde el mediodía y poco a poco se iba espesando, ahogando el paisaje en ella o dándole cierto aspecto fantasmagórico, cual si pudiera pertenecer al lugar de la ilusión que se quisiera.
—Los marinos, cuando hay niebla, hacemos sonar nuestras sirenas —le dijo Mauro a Zita, quien echaba sus ojos por la ventana—, y el marinero con mejor voz se pone en la proa con un farol y lo agita mientas canta estrofas como estas: «¡Buuuuh, buuuuuh! El Santa Rita avisaaaaa que teme a Dios y va a misaaaaa. ¡Buuuuh, buuuuuh! que terminó su trabajooooo y regresa con prisaaaaa. ¡Buuuuh, buuuuuh! Si oyes y eres marinooooo llevaremos tus misivaaaaas. ¡Buuuuh, buuuuuh! Pero si eres fantasmaaaaa no te acerques al Santa Ritaaaaa. ¡Buuuuh, buuuuuh! o la Virgen del Carmeeeeen te atará lejos de la orillaaaaa.» Y naturalmente, ni se acercan, porque esta canción tiene mucha, pero mucha fuerza.
Era difícil saber para Lola si Mauro tenía más mano para los niños o para las mujeres, porque siempre, desde que le conocía, estuvo rodeado de los unos y las otras. Tenía un especial magnetismo para todos ellos, siempre con miles de historias listas para ser disparadas a bocajarro contra la credulidad más blindada y dejarlos inermes. Por otro lado, su voz era muy musical y mimética, capaz de imitar lo mismo a una bestia que a una máquina, y ponía un entusiasmo tan grande en todo cuanto hacía que enseguida se metía al auditorio en el bolsillo.
Con un currículo semejante no es de extrañar que Zita le mirara con sus ojos abiertos y luminosos como faros de costa, poniendo toda una colección de caras según se desarrollaban las historias de su narrador, quien, animado por la audiencia, histriónicamente bajaba el tono hasta que Zita y su perro casi pegaban las orejas a sus labios, para luego reventar en uno de los apoteósicos colofones con que le gustaba terminar sus relatos, teniéndoles, como aquél que dice, el corazón en vilo todo el tiempo.
No hicieron falta ni muchos días ni muchas reuniones, sino que desde aquella misma tarde Zita se convirtió en una incondicional suya y, como tal, dispuesta a jurar que las nereidas salían a las playas las noches en que había luna llena, que en el fondo del mar

del Japón había una casa de verano para el mismo rey Neptuno, o que bajo los glaciares del Ártico se escondía un palacio de hielo cálido donde celebraban la Navidad todas las criaturas del océano. Tan descabellado era este hombre y tal su capacidad de seducción.
Lola sonreía, viendo a la niña maravillarse por lo que Mauro decía y dejándose llevar por aquellos lugares imaginarios jamás hollados sino por la ilusión de aquel loco. Y Zita ponía aquellos ojos crédulos, inmensos, y reía o se asombraba o se abrazaba a su perro, quien, tumbado, como si comprendiera, también escuchaba. Y allí, sentados en torno a la mesa, nacían sobre las olas de hule barcos, veleros, islas fantasmas que iban y venían, brillos de San Telmo, fantasías de San Bandrano, galeones hundidos por la codicia, sirenas, ninfas y hasta las mismísimas barbas de Neptuno se extendían. Y la niña decía un «¿Y eso existe, Mauro?» que erizaba el vello; y él, tomándola con sus manos para ponerla sobre sus rodillas, le decía que sí, que sí que existían, que él lo había visto; y la niña preguntaba feliz, intrigada por aquellos portentos, por el paradero del Holandés Errante, por si las estatuas de Pascua usaban sombrero, por las aguas blancas del Caribe y por los monstruos del Fin del Mundo... Y, Mauro, juntando su mejilla a la de ella como si vieran en el aire arcanos propios sólo de una casta marinera, señalaba con su dedo las blancas olas, nortes, rosas de los vientos, paralelos de fantasía nacidos únicamente para Zita y su perro.
Así transcurrió su primera tarde con Zita, haciéndose ya imprescindible para ella. La hospitalidad de sus brazos fueron una cuna para sus sueños, una almohada en la que, después de cenar temprano para que descansara de aquella migraña, cerró sus ojos para ir a las olas, al barco aquel que navegaba por el cielo y al fondo de los mares donde las sirenas tejían con algas un jersey al rey de los océanos, porque ya estaba viejo.
A buen seguro que soñó con él en una barcaza descubriendo mundos nuevos, islas, paraísos, universos donde pudiera atesorar todo lo que sentía: deseos o querencias, cielos o tierra fértil y dichosa.

* * * * * * *

—¿Se durmió? —le preguntó Lola cuando bajó de la habitación.
—Hace rato, pero me quedé un instante mirándola. Dime, ¿de dónde salió esa niña?
—Ya te conté —respondió la mujer sin dejar de coser—. Un día, no sabemos bien cuándo, apareció en el pueblo y enseguida dio la impresión de llenarlo todo, desde la cochera de Auto Res a la Cuesta de las Latas o al Cementón de las Acacias. Estaba en todas partes al

mismo tiempo, como si se tratara del apóstol Santiago en la batalla de Las Navas de Tolosa. —le explicó mientas dejaba el vestido sobre las piernas y miraba a lo lejos, más allá del techo—. Y un día, así, sin más, me la traje: nos hacíamos falta la una a la otra. Y en verdad te digo, Mauro, que desde entonces, no sé..., siento que soy feliz. No; no es que me haya olvidado de Miguel o de cuanto sucede, o que pase por alto las dificultades de cada día..., pero he perdido el miedo a vivir. Únicamente eso..., y ya es bastante.

—Es muy despierta.

—¿Verdad que sí?... Bueno, y hablando de otra cosa, ¿cómo encontraste el pueblo?

—Gentes vencidas —replicó él, agachándose ante la chimenea y removiendo las ascuas, sobre las que echó un par de maderos de almendro—. No sólo han perdido una guerra, sino también sus convicciones. Ya justifican al enemigo, primer paso de haber aceptado la derrota y de llevar puesto el yugo de su cautiverio moral.

—Todos perdimos con la guerra. No les culpes... ni te culpes a ti mismo. Nunca debió darse esa inútil matanza.

—¿Acaso perdonaste tú que asesinaran a Miguel?

—A Miguel, y tú lo sabes bien, le asesinaron personas exaltadas dispuestas a creer que al Santísimo le habían crecido alas..., un poco como Zita puede creer en el Holandés Errante. A mi Miguel le mató el odio. Poco importa si fue o no éste o aquél el ejecutor, pero no puedo condenar... ¿a cuántos..., quince millones?... por su muerte. Mira, ayer, cuando estuvimos en el cementerio, Zita me preguntó que por qué no le dejaba morir todavía, y creo que tiene razón, que he estado empujando a Miguel a una agonía de nueve años. Quizás, Mauro, sea hora de que empecemos a enterrar del todo a nuestros muertos.

—Hay quien dice que esta guerra ha costado tantas vidas, y estos otros que tantas más. Se barajan muchas cifras, pero desde luego todas ellas enormes, y no reparamos en que tras cada número, por pequeño que sea, hay un dolor inmenso: huérfanos, viudas, ancianos... Y hacemos malabares con los números, olvidándonos del dolor. Ese es el dolor, Lola, que yo no quiero olvidar, que me niego a enterrar mientras no sea compensado.

—Pero tú no puedes cargar con esa cruz, porque te partirá la espalda. Tú mismo nos dijiste, allá para fines del 36, que la guerra estaba perdida, que era cuestión de tiempo... ¿Quién, en el nombre de Dios, la prolongó durante dos años y medio más, costándonos tanto como nos costó?... Pudieron firmar una paz honorable, pero prefirieron arrodillar al enemigo, porque al fin y al cabo los muertos eran nuestros, nuestras las calamidades... y nuestro el dolor.

—No sé, no sé. ¡Maldita sea! Ya no sé dónde o dónde no se encierra la verdad.
—Yo creo que en cada uno —dijo Lola sin mirarle, volviendo a la costura.
—¿Y cómo se busca entre tanta confusión?
—No tengo ni idea, pero Zita me dijo una vez que apartando lo que no nos deja ver, como el odio, por ejemplo.
—Zita... Tal vez ella pueda enseñarnos a todos y mostrarnos con su dedo cuál es el camino a seguir —bromeó, tomando asiento junto a ella, quien le miró y le devolvió una sonrisa cómplice.
—Quizás.
—Parece que la quieres mucho, ¿no es cierto?
—La quiero, sí. Se nota, ¿verdad? —reflexionó, dejando de coser un instante y perdiendo la mirada, mientras dibujaba en los labios una sonrisa leve, pero llena de ilusión—. Sí, ciertamente la quiero como no es fácil de imaginar. Por ella pagaría el precio de otra guerra. Los hombres habláis de muertes y bombas y todo eso en las tabernas, os ensopáis en vino y juráis vidas o muertes como quien jura heredades. Pero no..., no más, Mauro. ¡Por éstas, que son cruces, que no permitiré ni una palabra más de guerra o de odio, ni aun a ti! Basta con eso: ya sabemos su precio. ¿Perdimos?... ¡Pues a jodernos, que mejor perder una vez que dos! Porque bien sabemos ambos que perderíamos de nuevo, aunque ganáramos, si hubiera un segundo enfrentamiento.
—Tal vez tengas razón, ¿sabes?... Te comprendo, y no voy a gastar ni un solo segundo en hacerte comprender que la libertad cuesta mucha sangre y una sonrisa muchas lágrimas, porque de sobra lo sabes. Quizás en otro momento.
—Bueno, dejemos ahora la transcendencia para mejor ocasión, y preparemos la cena.
Lola se fue a la cocina y le dejó solo. Él, ensimismado en sus disquisiciones, echó la mirada al trashoguero, allí donde las llamas, crepitantes y azules, abrazaban los maderos que antes había puesto en él. Algo tenía la danza del fuego que le subyugaba, y Mauro se sintió transportado más allá de donde miraba, a todo el tiempo o puede que a nueve años tan sólo. Tantos amigos habían quedado por el camino, tantos pedazos de él mismo, que le parecía que debía de ir mostrando impúdicamente pedazos de su esqueleto. Sin embargo, ya pasó el tiempo en que aceptó la derrota y podía ya negarse a darse por vencido. Bien estaba callar por ahora, bien el no aumentar el dolor en quienes lo tenían ligeramente sometido; pero su idea era como la del Hostia: prepararse para la segunda tanda.
Estaban terminando de cenar cuando llegó Armando con noticias de sus gestiones tanto en Madrid como ante Viriato. Sin embargo, el

exgeneral se sintió un poco sorprendido por la presencia de Mauro en la casa, echando al punto una mirada a Lola que era todo un interrogante sobre su condición, tal vez temiéndose que hubiera vuelto a las andadas.
—Pase, don Armando, que le presentaré a Mauro —dijo la anfitriona, llevando al general hasta la misma sala y tomando el sombrero y la gabardina para colgarlos en el perchero del corredor —. Es un amigo que regresó ayer a Lubitana después de nueve años.
—Mauro..., Mauro... —pensó en voz alta Armando, forzando la memoria.
—Mauro Almazán, sí, de la prisión militar de Alcalá de Henares. Debe saberlo bien, porque fue gracias a usted por lo que me concedieron el indulto y luego la libertad.
—¡Oh, sí, sí..., perdone! Hace ya algún tiempo de eso, ahora recuerdo. Debió de suceder allá por...
—Exactamente por el 44, señor, ¡justito en el 44! Pero no espere reverencias de agradecimiento, porque nada le pedí.
Armando se quedó perplejo. Se puso en pie de un brinco y se le quedó mirando a Mauro con un gesto mucho más que aseriado.
—Si no quiere agradecer, no lo haga, que tampoco le he pedido tal cosa; pero no trate de ofenderme, porque en absoluto consentiré algo así.
—Mauro, ¿pero qué te pasa?... —le retó Lola—. ¿Estás ciego o es que te has vuelto loco? Este hombre se preocupó durante años en buscar a cuanto lubitanés hubiera por el país, sacándoles a menudo de las cárceles o de los paredones. ¿Te convertiste también en un desagradecido? A muchos hogares de esta aldea ha devuelto un punto de esperanza, que de otro modo... no sé qué hubiera pasado.
—No hace falta que siga, Lola. Creo que la embajada que me traía hasta aquí puede esperar. Ya hablaremos en mejor ocasión.
Y se dispuso a salir de la sala. Ya estaba rebasando la puerta, cuando Mauro le llamó:
—General —le dijo costosamente, haciéndolo tanto por Lola, que le miraba con dureza, como por él mismo—, no tome en cuenta mis palabras, se lo ruego. Pasar de no poder decir ni pío a poder desbocarse, no es fácil.
Armando, quien se había detenido y se había puesto de frente a su interlocutor, escuchó la disculpa sin mover ni un solo músculo, clavando sus ojos en Mauro y sin estrechar la mano que le había tendido éste en señal de disculpa. Luego de un instante, tras comprobar que Lola se sentía algo avergonzada por la conducta de su amigo, tomó la mano que Mauro le ofrecía, y dijo:
—Todos, Mauro, estamos un poco desquiciados todavía. En fin, pelillos a la mar y pasemos página sobre este incidente. Había

venido a otra cosa, referida a Zita. Las noticias que traigo no pueden ser más halagüeñas —dijo, mientras todos tomaban asiento en torno a la mesa—. Dos pasos hemos dado hoy que confío serán importantes en el futuro: primero, hablé con Viriato, quien conviene en que la niña acuda a clase desde su inicio en enero, tras las vacaciones de Navidad, sólo si antes de tres meses le presentamos los papeles con la patria potestad de la criatura a su nombre; y segundo, viajé a Madrid, donde me entrevisté con un tío de mi difunta esposa, el cual tiene un cargo de mucho peso en el Ministerio de la Gobernación, y me aseguró que no será difícil lograr la custodia de Zita si mi esposa y yo salimos de fiadores. La cuestión es que no depende de su Ministerio y se requieren ciertos papeleos un tanto pesados, pero tengo su anuencia de que hará cuanto esté en su mano para agilizar los trámites.

»Aquí traigo una relación de documentos necesarios para el expediente, con lo que se podría conseguir en unos días una autorización provisional, que es casi lo mismo que decir la patria potestad definitiva. Como ve, amiga mía, las noticias no pueden ser mejores, e incluso me he permitido la libertad de encargar el caso a mi abogado, un togado militar que tiene mucha más influencia de lo que pueda imaginarse. Mañana mismo, si le parece bien, pásese por la abacería para firmar los documentos, y el mismo lunes estarán iniciando las diligencias.»

—Mi querido don Armando —dijo Lola—, jamás podré pagarle lo que está haciendo por nosotras.

—Ni falta que hace —replicó él, dándola unas palmaditas en las manos—. Ya le dije ayer: cada cual hace lo que debe, y basta. Yo tenía más posibilidades que usted, ¿no es cierto? Pues mío era el deber. En fin, que lo único importante es que esa criatura pueda vivir todo lo feliz y protegida que sea posible, y en ningún lado va a estar mejor que a su lado.

—Dios, señor, debe tenerle en mucha estima —añadió Lola, tratando de halagarle, compensándole por las molestias que se tomaba.

—Me daré por más que satisfecho únicamente con que Dios me perdone —alegó él, con un gesto de honda amargura en el semblante—. El bien que hago no tiene ni punto de comparación con el dolor que he producido en tantos años de ejercicio como militar.

El corazón de una mujer no puede consentir el dolor, sobre todo cuando éste se pone del lado de quien es benefactor y protector de los que ama, y aun a pesar de la edad que les distanciaba, sintió deseos de protegerle de sí mismo.

—No sé si ha hecho mucho o poco daño o de qué forma ha ofendido

a Dios o al Cielo —dijo, mientras le tomaba la mano—; pero dice la Biblia que quien salva una vida, salva al mundo, y usted ha salvado muchas. ¿A cuántos hombres ha arrancado de los brazos mismos de la muerte?

—¿A cuántos les eché a ellos? —objetó Armando—. Si supiera... Hay noches en que les siento deambular por mis sueños, reclamando su lugar en la vida.

—Muchos más habría si no fuera por usted, y bien que lo sabe. Vamos, general, que ya todo eso pasó. Ahora da alas a la paz, y en muchos hogares se sonríe. ¿Qué hubiera sido de Lubitana?... Todos conocemos a Claudio, y sabemos que de no haber sido por usted muchos habrían sido ejecutados, como pasó en Campo Real, o en Perales o en Tielmes.

El rostro de Armando se debatía entre el gozo y el quebranto, pues ambas emociones parecían disputarse su espacio.

—Don Armando —se entrometió Mauro, apoyando ambos codos sobre la mesa y aproximándose a su interlocutor—, nunca me he tenido por secuaz de la sensatez en ninguna de sus formas, sino más bien por un amigo de las algaradas y partidario de cuanto tuviera tufillo a libertad, diosa a quien siempre rendí pleitesía y por la que estoy más que dispuesto a armar una marimorena. Y, en cambio, debo confesarle con la misma sinceridad con la que hace un momento dije lo contrario, que un hombre que hace lo que usted está haciendo por esa criatura a la que apenas conoce, no merece condena, ni juicio tan siquiera. Nada sé de usted, excepto que por devoción a Fausta o por exigencia propia ha tomado este pueblo por su protectorado, y no tengo muy claro si eso es un acto de humildad o de jactancia..., pero sí que sirve a los intereses de todos. Nada, digo, sé, pero todos hemos luchado en esta guerra, y ni podría acusarle por haberme matado ni usted a mí por haberlo hecho yo. Eso es la guerra, ni más ni menos. Duerma tranquilo, mi general, que no hay novedad en el puesto.

Mauro pronunció estas palabras usando la jerga militar, conocedor de que sería mejor vehículo que cualquier otro para llegar hasta él, conmovido por la actitud que el hombre había tomado frente a la vida, frente a Lubitana y frente a quienes en ella vivían. Y su buen resultado daba, pues el general retirado pareció inflar su pecho de nuevo, engallándose.

—Creo, señor, que sus palabras son sinceras —replicó Armando—, y se las agradezco. Veo que también es soldado, y como tal sabe lo que en nuestro ser reside así lo malo como lo bueno. ¡Que Dios nos perdone a los soldados por el pecado de serlo!

Esta última exclamación la hizo con un tono tan amargo que dieron ganas de darle el pésame; pero era evidente que ninguna otra cosa

podía salir de un alma tan duramente castigada por la vida castrense cuando se hablaba de la peor guerra de todas, que era la que se dio entre hermanos.
Pesadamente se levantó, se despidió con mucha urbanidad de ambos y salió de la casa, rogándoles que el día de Navidad se pasaran por La Maldición para celebrarla con un trago, a lo que ambos accedieron muy complacidos.
Desde el umbral le vieron montar en su automóvil, arrancarlo y partir camino de su casa con el corazón alborozado por haber abierto una puerta a la esperanza para Zita y para Lola, y el alma rota por haber sido durante tanto tiempo soldado.

1. Navidad

Aquella Navidad fue la más feliz que Lola recordaba, y no por falta de memoria, sino porque el doloroso transcurrir de los últimos años había causado en su ser un efecto muy parecido al de la amnesia, pareciéndole increíble que en algún instante del pasado cupiera una felicidad tan ancha en su vida, aun a pesar de no manifestarse con trompeterías o farándulas, sino con aquellas risas y presencias que parecían llenarlo todo, ocupando tan poco como poblaban su entorno.
Mauro se había aficionado a pasar las tardes con ellas; por las mañanas continuaba afanándose en remozar su terruño, incluso haciendo lo propio con el de Lola, los cuales llevaban ya demasiado tiempo sin conocer rejones ni azadas, ni que unas manos recompusieran los pretiles de los linderos. No es que retornara después de tanto tiempo con una gran fortuna, pero los ahorros de un año de trabajo en alta mar eran una cantidad más que considerable para los tiempos que corrían, y eso le permitía ser un tanto optimista frente al porvenir más inmediato.
Sin embargo, Mauro aún estaba en el alambique de su propia transformación, masticando y digiriendo con harta dificultad cómo era el mundo al que había regresado, porque nada de cuanto había era como esperó que fuera. Su conciencia, como a él le gustaba llamar al conjunto de su ideario, era básicamente social, o dicho con más propiedad, solidario con los más débiles; es decir, una

especie de quijotismo que consistía en dar la razón al más desfavorecido, aun en los casos en que no la tuviera, en concepto de *compensación*. Pero la nueva sociedad, al igual que la antigua, seguía cargando sus tintas sobre los más desfavorecidos, y los males endémicos de la anterior continuaban siendo los mismos.

El mundo había cambiado sin cambiar en absoluto. No por ello —o quizás precisamente por ello— dejó de volver a sus atávicas costumbres del pasado, ya fuera acudir algunos días a la cantina para echar su partida de mus o de dominó con los pocos amigos que habían sobrevivido a la guerra, ya reuniéndose en la casa de alguno de sus camaradas hasta las tantas de la noche, entregados al guitarreo y al aguardiente, o ya —a falta de su entrañable Miguel Arcángel— pasando largas horas con Lola, e incluso acompañándola al camposanto. Costumbre ésta última que casi tuvieron que abandonar de golpe cuando ella comenzó a trabajar como dependienta en Las Américas, teniendo que sustituir Mauro la compañía de la mujer por la de Zita y su perro.

Así llegó la Navidad. Una Navidad que se mostró dichosa como pocas para Lola, pero no tanto para Mauro, pues a pesar de hallarse feliz de haber regresado a su pueblo, seguía latiendo en él su «conciencia», advirtiéndole del precario equilibrio del orden social. La Navidad, por ser el fin de una etapa cíclica, les empujaba a todos a una introspección que tenía algo de lupa que dilataba los haberes, fueran éstos tenencias o carencias, y como no podía ser de otro modo, mejor que nunca se percibía cómo se repartían en las casas las risas y las lágrimas.

«Y Dios, dale que dale, empeñado en nacer, todavía», se decía el agnóstico, a quien se le iban juntando convicciones e ideologías formándole un gatuperio en su cabeza de mil diablos, paso primero e imprescindible para que de todo ello brotara la naturaleza del nuevo Mauro, al igual que de la multitud de elementos que conforman un guiso surgía, tras un proceso de fuego y agitación, un solo sabor de espléndidos y variados matices.

* * * * * * *

Pero abreviemos saltándonos los pasos intermedios, que no hacen sino redundar en lo expuesto, y vayamos al grano, añadiendo a grueso pincel que dentro de los desarreglos naturales que producía la falta de costumbre, esa Navidad hubo dicha, risas y nostalgias por las ausencias, aunque tuvo eco de algo parecido a una despedida definitiva y de enterrar para siempre a los muertos. En lo demás, y gracias al empleo de Lola, quien las pasó moradas aprendiendo a valerse con tanto género, cartilla de racionamiento y asuntos referentes a los números y la intendencia, hubo hasta

regalos para Zita en el día de Reyes Magos.
Éstos depositaron junto a los zapatos de la niña, además de una muñeca de cartón decorada como si fuera de china, los libros y cuadernos de iniciación escolar. Cuando al amanecer de ese día Zita abrió los ojos, todo el alborozo vino a reunirse a los pies de la cama. Abrazada a su muñeca, besaba al perro y hojeaba los libros con vivísima inquietud, repartiéndose entre los unos y la otra con un frenesí que le llevaba del júbilo a la disconformidad, acaso sopesando los quebraderos de cabeza que le iba a costar meter toda aquella ciencia en su cabeza y dar sentido a aquellos garabatos infernales con que los adultos se entendían sin decir ni mu.
Lola y Mauro, desde la puerta del cuarto, sintieron al verla que mientras una humanidad se despedazaba en pos de las quimeras del conocimiento, la riqueza o la eterna juventud, la otra mitad explosionaba en la felicidad más humilde, logrando en la celulosa de un libro, en la estopa de una muñeca de trapo o en la frágil pervivencia de las hojas de un cuaderno, todo el oro, el incienso y la mirra de los Cristos encarnados en la miseria.

* * * * * * *

La mañana del ocho de enero condujo Lola a Zita a la escuela, percibiendo ya a las mismas puertas lo que aquélla sería para la niña. Lo decían las miradas de madres y mozalbetes bien a las claras; pero el expectante silencio lo alborotaba la rutilancia de la sonrisa de Zita. Toda ella era viva agitación por entrar en aquella aula en la que aprendería sus primeras letras y donde se relacionaría de igual a igual con aquellos niños, haciendo caso omiso al miedo que ciertamente sentía.
Pero el temor de Lola era distinto, pues le parecía que iba a entregar a su criatura a los mismos verdugos que un día crucificaron al otro Cristo, por más que Flavio enseguida buscó su compañía con el afán de protegerla o acompañarla. Por otra parte, no tenía muy claro que el maestro la aceptara como a uno más, cuando si allí estaba era por un favor concedido a Armando sobre su natural convicción de que la niña no tenía carta de naturaleza y que su preceptora era, además de puta, roja.
Pero a ello se habían comprometido y así había que aceptarlo, o sí o sí, sin que hubiera marcha atrás posible. Con algunas lágrimas pugnando por invadir sus ojos se retiró Lola, una vez hubieron entrado los chicos en el aula, reteniendo hasta donde le fue posible aquel ala de paloma que fue la mano de su niña agitándose en el aire gris de la mañana. Algunas madres la miraron de reojo, haciendo comidilla entre ellas con ese bisbiseo que disparata el

silencio y mudando las miradas cuando se cruzaban con la suya; otras, sin embargo, no dijeron nada y hasta le tendieron como una sonrisa velada, prueba de algunas simpatías —pocas— que por entonces ya iba despertando, no sabía bien si por la aceptación de los Montoro o si por la protección que le concedía el hecho de trabajar en Las Américas.

Las cosas grandes del mundo se constatan en las pequeñas, como la felicidad y la desgracia se asientan en los detalles más que en las proezas o en las calamidades. Hay menudencias que levantan la carne de los huesos y ponen llagas en el corazón..., y su Zita, por más que fuera insignificante para este mundo de judases, era la luz que justificaba sus ojos, la sonrisa que ponía ilusión en su vida y el aleteo que colmaba de paz su esperanza.

«—¡Maldita sea! —se decía desde la esquina en que se había apostado aguardando el final de la mañana, ponderando los posibles desajustes que esos pollinos pudieran ejercer en ella. Y añadía—: ¡Que no me la toquen, porque les parto el alma!»

Aquel primer día de escuela le había pedido Lola permiso a Fausta para no ir a la abacería, quien se lo concedió en vista de la hipocondría que le producía su excitación nerviosa, pues daba la impresión de que iba a someter a la criatura a una intervención quirúrgica a vida o muerte en vez de llevarla al colegio. Por de más sabía Fausta que la madre novata estaría toda la santa mañana dando vueltas y más vueltas en torno a la escuela, sin quitar un ojo de ella; y también sabía que en cuantito comprobara por sí misma que todo era normal, ¡listo!, una rutina más que aceptaría como lo que era, sin los desquicios que producía la novedad y el miedo, que todo lo sacaba de quicio con su absurdidad.

Y en parte, así fue. En una esquina, no muy lejana, desde donde se veía todo el patio de recreo y el pabellón principal, estuvo Lola a pie firme toda la mañana junto con el perro, aguantando una temperatura de muchos grados bajo cero y el helor que se le metía en los borceguíes, cuyas suelas habían desistido de cubrir del todo los pies que albergaban.

La escuela —sobre cuyos raídos mapas generaciones de lubitaneses aprendieron una geografía en la que jamás creyeron más de lo que lo hicieron en la ilusión de ir dando tumbos por el espacio o de provenir del mono—, seguía siendo la misma, aunque con un maestro en distinto al angélico don Seve que a ella le mostró el camino de los primeros palotes. Empero, aún conservaba el mismo encerado en el que garrapateó sus disparates y los mismos pupitres en que graficó su primera emoción amorosa, cuando gravó con la plumilla la turbadora impresión que le produjo la mirada Miguel Arcángel, allá por la primera sangre, mucho antes de que se

marchara con Mauro y Ezequiel a entrevistarse con el dios de los mares.
Ceniza gris y negra cubría y descubría el sol que calentaba la esquina desde la que espiaba. El viento penetraba gélido por las costuras y aberturas de la pelliza, agitándole el cabello y poniéndole encarnaduras en el rostro, y soliviantando el picor de los sabañones que tenía en manos y pies cual si los criara; pero inmutable aguardó la voz de su niña pidiendo auxilio, su demanda de cobijo o su renuncia a una ciencia que de bien poco servía. Y se decía para sus adentros:
«¿A qué aprender otra cosa que el trabajo? ¿A qué el sacrificio vano de llenar la cabeza de esa ciencia que hace crecer a unos sobre otros en su beneficio?... Los pájaros desconocen en qué río sofocan la sed, y beben; la cabeza desconoce los logogrifos de la sapiencia, y funciona. Nunca un hombre lo fue más por estar más instruido ni menos por ser ignorante. ¿A qué escuela acudió Cristo o nos dijo que fuéramos?...»
Y hemos de reconocer que, al menos en parte, su buena razón tenía, pues a pesar de tanta ciencia y tanto sabio, el planeta crujía desde sus cimientos, se tambaleaba en lo más íntimo de su estructura y se ahogaba en dolor para que solamente unos pocos instalaran el paraíso más efímero en su entorno mientras se desheredaba a la inmensa mayoría. La ciencia, admitámoslo, únicamente servía para que unos cuantos represasen con gigantescos diques el río de la fortuna, dejando a los que más abajo del cauce social sin una gota siquiera para humedecer sus labios.
En fin, por obvia dejemos esta reflexión, y continuemos, que si aquí nos ponemos a desmadejar la hebra nos dan maitines. A su forma de ver las cosas, si su Zita renunciara, con toda seguridad que no pisaba más la escuela, sin castigo ni reproche; pero Zita no renunció. Sola durante el recreo y abrazaba su muñeca de trapo, miraba cómo los chicos jugaban a corros y palmas sin invitarla, mientras permanecía sentada junto a Flavio, quien parecía sentirse celoso de que no le prestara la atención que él la dedicaba. Zita, entre dientes, tarareaba una estrofa delante de la cancioncilla que los muchachos canturreaban, y sus piececitos marcaban el ritmo con pasos infinitesimales; sus ojos desbordaban una lástima que era demanda de cariño, pero que no producían otro efecto que el de romper el corazón de su preceptora en miles de añicos.
El perro ladró y, al escucharle, Zita volvió sus ojos y les vio apostados en la esquina y, no sé si sonrojándose, retiró su vista precipitadamente; pero al punto, tal vez reconsiderando su rubor, levantó la mano hacia ellos y la agitó al aire, tendiendo una lejana sonrisa, para volver enseguida a su canturreo.

Rufo presenció la escena. La insolencia de su corta edad era añosa. Se fue a sus compañeros de corro, masticaron un acuerdo y, yéndose después a Zita, le invitaron al corro. Zita llenó sus ojos de una luz brava y dichosa, puso su muñeca en el bolsillo del guardapolvos y se fue con ellos.
Un corro, una doble hilera, las manos en la cintura y los zapatitos con alas, —arriba..., abajo—, la canción en la boca como una flor dichosa en la plenitud de la primavera, y en el corazón una alegría que brotaba, que sentía, vendaval de ilusión.

Buenas tardes, jardinero,
jardinero del Señor,
dime cuál de estas flores,
dime cuál es la mejor.

Se sentía ángel, nácar puro con alas de luz y nieve, aceptada en la gloria celeste; se sentía por primera vez testigo, miembro vivo de una comunidad de la que injustamente había sido expulsada, brillando sus dientes en la grisácea mañana como un prodigio de estrellas matutinas.

La mejor es una rosa
que se viste de color,
del color que se le antoja
y verde tiene la hoja.

Las lágrimas, ¡ay!, son testimonio puro del espíritu, y el ser de la mujer, como el de la niña, gozaba y brincaba, iba y venía como una lanzadera entre las palmas, ligera, volátil como un sueño que se hacía vida, que se alcanzaba. También los helados pies de Lola cobraban vida y llegaban con el aire frío del invierno hasta aquellos compases de la infancia, metiéndole hormigas en los zapatos.

Tres hojitas tiene verdes
y las demás coloradas:
a ti te prefiero, niña,
por ser la más sonrosada.

A Rufo eligió, y mientras sus pies se cruzaban en el suelo, sus miradas lo hacían en el aire. Los ojos de la infancia tienen una forma tan dulce de manifestar sus emociones y es tan pequeño el recinto de su egoísmo... que ambos se descubrieron en un instante lo que en sus corazones escondían. Pareció en un punto que Rufo dejaba caer sus párpados, tal vez incapaz de soportar aquella losa tan liviana.

Muchas gracias, jardinero
por el gusto que has tenido:
tantas como hay en el corro
y a mí sola has elegido.

Y en el punto en que se preparaba el cambio, un pie del muchacho dio con un mundo de ilusiones en el barro. Desde el suelo, Zita levantó sus ojos carneriles, tal vez apuntalando la esperanza de que sólo hubiera sido un accidente; pero su desconsuelo se encontró con un torbellino de carcajadas que hacían chuscada de su guardapolvos y su vestido sucios, de su semblante salpicado de barro y de sus rodillas y manos enlodadas.

Como un protohéroe investido por la soberbia, Rufo la contempló en silencio con gesto aseriado, soportando impasible el histrionismo de sus compañeros de crueldad y el desafío a que Flavio le retaba, quien se precipitó en auxilio de Zita; había en él, sin embargo, un punto de dolor que se abría paso entre su inútil jactancia, convirtiendo su pírrica victoria en humillación y su gozo en quebranto.

Rufo, todavía, le tendió una mano a Zita, y ella, desatendiendo las atenciones que Flavio le prodigaba, la aceptó, y todo el rubor y la pena se disiparon como humo en el vendaval, tornando el sol de la sonrisa a sus labios; pero cuando Zita se encontraba ya casi en pie, soltó el muy bruto la mano que la soportaba y la niña cayó de nuevo en el barro.

Ya sin fuerzas, Zita se echó a llorar en silencio, como solía hacerlo cuando la tristeza era más fuerte que ella; entre lágrimas acídulas como la hiel y el vinagre, Lola los vio retirarse de su lado riendo, felicitando al verdugo con sumisa lealtad, quien desde el centro de la algarabía volvía sus ojos con doloroso placer hacia la víctima, entre tanto Flavio trataba inútilmente de consolarla.

Lola sintió que su sangre le abrasaba las venas, que golpeaba en sus sienes y se apretaba en sus labios. Desde el fondo de sus entrañas brotaron huracanados deseos de venganza, dando alas a sus pies, y antes de que los ojos de la niña la buscaran, ya había clavado sus rodillas en el bendito barro en el que la crueldad de aquellos chicos había puesto a su ángel. El perro ladraba, dos pasos adelante. Verificó que no había otro dolor que el desamor ni otra herida que la del rechazo, y ya se disponía a castigar la afrenta cuando Zita la tomó del cuello, impidiéndoselo. Quedó frontera a sus ojos, y le dijo:

—Mamá, me quiero ir a casa.

Y metió la cabecita en su pecho, mientras la lava que de él fluía se

sofocaba con lágrimas. A Lola le pareció que su corazón sangraba como un día lo hizo el de Nuestra Señora con su hijo muerto entre los brazos, y que aquellos ojos de miel y sol celeste con que los centuriones no supieron enfrentarse debían tener, en cierta forma, algo en común con los suyos. Ni aquella soldadesca ni esta mozalbetería pudieron soportar el peso de una pena tan honda, y todos dejaron caer sobre su pecho la barbilla, y sus pupilas se fueron al mismo barro y al silencio.

Se despidió de Flavio, agradeciéndole el gesto que había tenido, quien juró por su sangre que aquel insulto no quedaría sin retribución. Pero no tuvo la mujer presencia de ánimo suficiente para sopesar el alcance de sus palabras, y se retiró sin más al tiempo que el maestro hacía sonar la campanilla, anunciando que el recreo se había terminado.

Cuando llegaron a la casa ya no había resentimiento en ninguna de ellas, sino pena. Una pena vasta y desierta como una estepa, de la que una madre con su hija y un perro se guarecieron recíprocamente del castigo que les imponía el mundo.

14. Venganza

Zita sentía zumbar sus pensamientos mientras hablaba con el perro, echado sobre la catalufa de lana, a la vez que peinaba la desgreñada cabeza de su muñeca de trapo. Tal vez en ella echara sus quebrantos, murmurando esa cancioncilla entre dientes, abrazándola y meciéndola contra su pecho impúber. La ternura, definitivamente, no se aprendía en la escuela.

La esperanza de Lola, a esas alturas, ya no tenía otro refugio que su mutua compañía. Se mortificaba pensando que todo cuanto sucedió lo había provocado su jactancia por pretender forzar que la sociedad admitiera algo puro en ella o que aceptara a Zita la chiquillería, reflejo fiel del sentir doméstico del pueblo. Una ilusión que se desvanecía por sí sola, a imagen de cómo la mentira desmiente los propios labios que la pronuncian.

Poco más allá del mediodía comenzó a llover. Zita a esa hora en que la digestión derivaba en somnolencia, echó su mirada a través de los vidrios hacia la cárcava. Los álamos desnudos, escoltando con gravedad legionaria el arroyo, mecían en sus sarmentosos brazos la fría brisa y sus sueños de primavera dormida, con un silbo como de flauta; los cerros, cual senos púberes, escalaban la grisura húmeda del incipiente crepúsculo, medio velados por tules de nubes derramadas; y el tiempo, detenido, guardaba equilibrio en el frágil hilo de la tarde que iba languideciendo en un dulce sopor. Zita parpadeó con pesadez, como si tuviera las pestañas ungidas de azogue, descubriendo cuando los levantaba una luz difusa, ingenua como la distancia.

Lola estaba en vigilia a su lado, al modo de un centinela que montara guardia en respetuoso silencio, pero atentos sus sentidos a la actividad de la niña, haciendo punto con un ojo y con el otro en ella, aguardando el instante en que con un suspiro rompiera su silencio para acudir presta en su auxilio si fuera preciso.

Moría la luz sin remedio y Zita, ingrávida, se retiró de la ventana y tomó asiento sobre las piernas de Lola, apoyó su cabeza en su pecho y le rodeó su cuello con sus brazos. Ella, ¡qué iba a hacer!, la

estrechó con serena ternura, meciéndola en el algodón de unas palabras que procuraban distanciarla de su dolor, remontándose tiempo arriba, tanto, que pretendían alcanzar un lugar donde no hubiera rastro alguno de padecimiento. ¡Qué sabía la mujer por qué le habló de los mares y otras geografías, si nunca supo otra cosa de ellas que lo que le oyó a Miguel Arcángel o a Mauro!, pero le hizo un dibujo de su amor con palabras tan hermosas que le llevaron a la luz de otros continentes sin sombra, en los cuales cabían muchas risas y podían apilarse ilusiones unas sobre otras. La Historia es el embuste de los que consultan el pasado; pero ellas ansiaban el futuro porque les pertenecía, porque lo habían ganado con amor y era suyo, por más que no se lo concedieran.

Tal vez en su cabecita, resonaran aquellas estrofas de la coplilla «Muchas gracias, jardinero...», cual si participara en un corro de felices galopines que la aceptaran entre ellos..., y se durmió con un dulcísimo mohín en su ceño.

* * * * * * *

Que aquella noche la visitara don Melquiades no era algo que pudiera Lola esperar. La última vez que pisó la iglesia fue en los funerales de Miguel Arcángel y, aunque en su interior nunca había renunciado al bendito Dios de los cielos, sí lo había hecho al de los hombres.

Don Melquiades saludó sin detenerse, se quitó el bonete, entró casi haciéndola a un lado, y dejó la mano tendida hasta que Lola hizo una media genuflexión y se la besó.

—Y la chiquilla, ¿duerme? —preguntó con la seguridad de saberlo, como cumplimentando un formulario. Y sin esperar respuesta, continuó—: Bien, bien, en ese caso, hablemos.

Y tomó acomodo en la sala. Ella le siguió como si fuera la invitada en su propio hogar, y tomó asiento frente a él en una postura muy erguida, como si se hubiera tragado un sable de oficial. Para ella, estar después de tantos años frente a un sacerdote la ponía, en el mejor de los casos, nerviosa. Le parecía que el sacerdote podía leer sin dificultad las inmensas catervas de pecados que guardaba escondidos en los fondillos de su alma, cual si estuvieran expuestos sobre la mesa.

—No, no —negó con la mayor familiaridad el clérigo—; no temas. No he venido a confesarte. Ni siquiera a regañarte, quede claro, por más que te lo merezcas. ¡Hay tantos a quienes les echaría yo un buen rapapolvos que...!, en fin, que no serías tú de las primeras, no. Mira, hija, no soy persona que me guste andar con circunloquios, de manera que entremos en el tema sin dar licencia a la cortesía de

hacer requiebros a la verdad.
»Has recogido a una niña del arroyo: bien hecho...; has abandonado tus hábitos de... carne, digamos: bien hecho, también...; pero, dime: ¿crees que es lo mejor?... ¿De veras crees que podrás mantener a salvo a esa criatura de tu fama y tu pasado?... He venido a hacerte esta reflexión, buscando lo mejor para ti y para ella. Mira, Lola, mi labor es de sacerdote, y no voy a explicarte cuáles son mis obligaciones porque de sobra las conoces, pues sé que fuiste durante muchos años una estrecha colaboradora de don Paulino, a quien Dios le tenga en su gloria. Mi obligación es velar no por una, sino por todas mis ovejitas y, en cierta forma..., o sin cierta forma, ¡caramba!, eres una piedra de escándalo. Mira, te digo esto porque don Armando está tramitando en tu nombre la patria potestad de esta niña que duerme arriba, y ahora me piden a mí que certifique tu buena conducta, a lo que ni me pliego ni rechazo..., al menos hasta que cambie contigo algunas opiniones. Mira, mira, no me mientas en esto, Lola, porque es cosa muy seria y a buen seguro que mi informe va a pesar más de lo que te imaginas. Así pues, con la mayor sinceridad, dame tu parecer sobre lo que te pregunto y no trates de dorarme la píldora, que yo las sé tragar sin agua..., incluso lo prefiero.»
—Yo, padre... —intentó replicar, aturdida.
—Reflexiona, hija: reflexiona. Esa pequeña tarde o temprano va a saber qué eres... o qué eras, dicho más propiamente. ¿En verdad piensas que eso es bueno para ella..., que podrá crecer bien, sin avergonzarse de ti, sin que los chicos, que ya sabes cómo son, se lo echen en cara a la menor ocasión?... Mira, hija, por más que está muy bien lo que haces, es un escándalo para la feligresía, para ti misma y un mal para ese angelito, que ya ha sufrido bastante. Existen lugares...
La sangre de Lola se iba acalorando, presintiendo que no había acudido el sacerdote a recabar una opinión que mereciera apoyo, sino con el ardid de confundirla para arrebatársela, y esta idea la ponía hecha un basilisco. Sus emociones bullían como una sopa atiborrada de conchas, produciendo en su cabeza ensordecedor ruido capaz de entontecer hasta las mismas ideas.
—No, padre —replicó enfáticamente—, nadie va a sacar a Zita de mi casa: ¡nadie! ¿Qué si es bueno para ella?...: ¡pues claro que lo es! ¿Es que ahora a todo el mundo le entró preocupación por ella?... ¿Por qué no se preocuparon cuando estaba tirada en el arroyo, con el frío metido en las carnes y el helor anegándola el alma?... Nadie hizo nada por remediarlo, ni los que tienen ni los que pueden, ni siquiera quienes se pasan todo el santo día en la iglesia dándose golpes de pecho. ¿Sabe qué le digo..., lo sabe?...: pues que si soy

piedra de escándalo, ¡que se jodan! ¿Habré de preocuparme yo por esa gentualla que nada hizo por ella, ni por mí, ni por la justicia ni por el santo Dios?... ¿Habré de preocuparme por quienes viven apartados del mundo, en su realidad, y no quieren que nada se altere a sus ojitos mientras la vida vapulea sin contemplaciones a ángeles como ella?... ¿Habré de preocuparme por lo que sienten esos... comodones, que para que no les perturbe la pobreza les basta con no verla... o con no tenerla cerca?... Mire, padre, mire, que yo hace mucho que dejé la sacristía; pero aún me acuerdo de las cosas. ¿No decía Cristo que el buen pastor abandona al rebaño para buscar a la oveja perdida?...: ¡Pues nosotras somos las ovejas perdidas y las que necesitamos caridad... y no esas supuestas pías bondades que tratan de mantener una apariencia falsaria y teatrera!

—¡Je, je, je! —rio con ganas el sacerdote.

—¿Se burla de mí? —inquirió irritada, poniéndose en pie de un brinco.

—No, no, hija —dijo él, conteniendo su risa y haciendo un gesto con la mano para que se sentara de nuevo—. Verás, es que ese argumento a mí me costó el puesto. Sí, hija sí, como lo oyes. Anda, serénate y escucha con atención, que no he venido a quitarte ni a esa niña ni Dios que lo fundó. Te voy a echar un cuento: yo tenía un buen cargo en la catedral de Vitoria y, hace un año cantado, cuando Pío XII dijo algo semejante acerca de la persecución y exterminio de los judíos en esa Europa de mis pecados, argumentando que su responsabilidad era con todo el rebaño y no con una parte pequeña de él, que además no eran ni cristianos y que ellos fueron los que crucificaron a Cristo, yo me atreví a dar un sermón utilizando justito, justito, ese mismo argumento y a enviar a Su Santidad una misiva en ese sentido, rogándole que intercediera por esas personas, tan hijos de Dios como cualquiera. Y ya ves donde estoy: en Lubitana. Bueno, casi satisfecho porque no me excomulgara, que a punto estuve de enfrentarme al Tribunal para la Fe, vulgo Santo Oficio, vulgo Inquisición, que todavía funciona..., hijita.

—¿Entonces? —preguntó Lola, no entendiendo muy bien por dónde iban los tiros.

—Entonces, hija, que vine a por lana y salgo trasquilado. Tienes razón, ¡recontracarape! Al final, para que veas cómo son las cosas, de lo mismo que me dieron una patada en... salva sea la parte, vengo yo a endilgar a los demás los mismos sermones y a amenazar con las mismas ascuas de esos infiernos. En verdad es por ti por quien debería preocuparme, o mejor dicho por esa niña —dijo a la vez que señalaba con el dedo y echaba los ojos al techo—. ¿Sabes?..., esto es como enfrentarme a mí mismo. Podría utilizar millones de argumentos, pero no quiero, ¡ea! Como dices muy bien,

a quienes les gusta quejarse sin hacer nada: ¡Que les... lo que has dicho! Y que Dios me lo perdone. Pero algo habrás de prometerme a cambio: que no harás nada que pueda perjudicar a nuestra Zita, ni hoy, ni mañana ni nunca. ¿Conforme?...
—Conforme, padre, conforme —asintió Lola satisfecha y confundida al tiempo, pero con una luz manándola de los ojos que era capaz ella misma de iluminar toda la casa—. ¿De veras cree que podría hacer algo que la perjudicara?...
—¿Y cómo voy a saberlo? —respondió el presbítero a la gallega, encogiéndose de hombros—. Piensa que únicamente soy un párroco, nada más, y que lo que sé es por lo que me cuentas o por lo que uno atisba a través de las celosías del confesionario. De todo hay, ¿sabes?..., que para todo tenemos excusa, hasta para el pecado, y si no eximente completa, al menos atenuante. En fin, lo que a mí me importa es que consideres siempre lo mejor para la pequeña y para ti..., ya sabes, las cosas de la verdad de conciencia..., y nada de hombres, ni siquiera ese badulaque de Mauro, si antes no hay bendiciones de por medio; nada de malos vicios, etcétera. Y que consideres el volver a la Iglesia, que si algo hay que cambiar es mejor pelear desde dentro que desde la herejía. Porque igual que te digo blanco, te digo negro, y algo te quiero dejar bien clarito, y es la existencia del Infierno como lugar más que físico y que allí se va por mucho que tomes al pecado con... normalidad. En fin, no puedo obligarte a ser una buena cristiana, pero sí a que lo intentes, que me des tu palabra que vas a hacerlo de corazón..., con confesión y comunión por medio, al menos por Pascua Florida. Una mano lava la otra y las dos la cara, y si tú te avienes a razones, yo hago todo un memorial a tu favor, ¿hecho?... Al menos, inténtalo. Siendo así, mi informe va a ir redactado con letra preciosista y con ribetes de colores..., tienes mi palabra.
—¿Sabe, padre? —dijo la mujer bajando la cabeza y aseriando el gesto—. He perdido la fe... hasta casi en el mismo Dios..., y perdóneme la franqueza. A veces me parece que el pícaro Satán sale siempre ganando, y por cómo va el mundo, me pareciera que Dios tiene la partida perdida de antemano, no sé si porque juega mal sus cartas o si porque el otro es jugador más diestro y empedernido.
—¡Calla, hereje! —le cortó con displicencia—. ¡Qué va a ser, ni va a ser!... Lo que pasa es Dios respeta a sus criaturas, y el Maligno hace lo que sea por salirse con su encanto. ¿Que la cosa va cada vez peor?..., eso es más que patente; pero no porque Dios sea lelo, sino porque el hombre prefiere lo que le acomoda en vez de lo justo. Aunque todo se andará, que el día que se calienten los cascos, se lía la manta a la cabeza, agarra la vara de medir y, aquí tres, allá cuatro, nos pone a cada uno en nuestro sitio, no lo dudes. —

Apareciendo Zita con el perro—. Pero, ¡caramba!, ¿y quién es esta princesa que aquí tenemos?... Ven, preciosa, y dale un beso grande a este cura viejo.
La niña, lejos de acercarse al clérigo se fue a Lola, quien la tomó entre sus brazos y la sentó en sus rodillas para que sus pies desnudos no pisaran el suelo.
—Padre —le dijo aún la mujer—, debiera usted tener prevención.
—¿Y eso? —replicó confuso, sin mostrar desaliento por el desaire de la niña.
—Porque si sigue por ese camino —se explicó—, pudiera ser que llenara la iglesia de verdaderos creyentes, de ésos que no fingen... aunque tampoco den limosnas.
—¡Ay!, hija: ¡Dios te oiga!; pero me temo que no está madura todavía esa breva —alegó con resignación—. Pero, déjame darte un consejo: no hagas caso de monsergas, porque la verdadera redención viene de dentro.
Alguien tocó la puerta. Lola, diligentemente se puso en pie, dejó a la niña sobre la silla y acudió a abrir. Era Mauro. Quiso él precipitar su mensaje, pero le hizo callar, pidiéndole que aguardara con don Melquiades en la sala entretanto subía a la niña a su cuarto, ya que la noticia que traía sembraba de alarmas su gesto.
Mauro estaba impaciente y visiblemente alterado. Apenas si había cruzado un saludo con el sacerdote, permaneciendo todo el tiempo como un tigre enjaulado, yendo y viniendo mientras mascullaba maldiciones entre dientes. De vuelta abajo Lola, y aún con el pie en el umbral de la sala, Mauro le informó que Ezequiel había dado instrucciones a la Guardia Civil para que tomaran bajo custodia a la niña, tal y como había prometido, y que a esa hora ya estarían en camino, según había sabido en el casino por Juan de Dios, el alguacil. Luego de esto, echándose mano al bolsillo, sacó su navaja, la abrió y dijo:
—Pero te juro que esta vez no causará más daño.
—¡Por Dios —exclamó el sacerdote—, no cometamos disparates! Razonemos. Yo mismo me ofrezco para hablar con Ezequiel y tratar de resolver esto por las buenas.
—¡No hay razones que valgan con ese...! —renegó Mauro.
Lola estaba sobrecogida, surcándola el rostro un gesto acerbo, cual si de nuevo en su cabeza se repitieran escenas que se confundían en el tiempo. La pezuña de la desgracia parecía escarbar otra vez en su casa, hurgando el rincón donde se hallaba la felicidad que la vida le había devuelto después de tantos años.
Zita lo había escuchado todo, quien movida por la curiosidad estaba junto a la puerta que daba a las habitaciones del piso alto sin que nadie se percatara de su presencia. Con ojos como ruedos y apenas

cubierta con el sobrepuesto vestidito, escuchaba sin comprender el porqué del encono que producía su existencia, alentando rivalidades o pendencias del todo ajenas a ella misma.
Mauro, guardando apresuradamente su arma, quiso irse hacia ella, tal vez con el propósito de asegurarle que su sangre estaba de su parte; pero antes que su mano alcanzara su mejilla, Zita, como un gamo cuyos sentidos habían sido alertados por el inminente peligro, se zafó con agilidad de ella y corrió hacia la puerta de la calle seguida de su perro.
Mauro atinó a pronunciar su nombre, y Zita se detuvo bajo el dintel. Se le acercó con su mano tendida, con su mirada, como la de Lola y la del sacerdote, asustada, y sus labios trataron de articular un argumento; pero Zita tan sólo les miró con aquellos ojos grandes y negros, con un aciago dolor enseñoreándose en su fondo, y luego de un instante, retiró su mirada, volviéndola a los charcos de la calle, y echó a correr calle abajo, hacia el arroyo. Al punto, Lola, saliendo de la atonía y perplejidad en que la habían recluido los sucesos, se precipitó en pos de ella, gritando su nombre; pero la niña ya no replicó. Serpientes eran las venas que prendían su color azulado en el cuello de la preceptora, precipitando su ponzoña cabeza adentro.
—¡Zitaaaaa! ¡Zitaaaaa! —gritó.
Pero Zita ya había doblado la esquina y nada se distinguía en aquella oscuridad tan siniestramente cerrada. Mauro, por compasión, la tomó por los hombros y le dijo:
—No temas, mujer: siempre vivió ahí. Ese es su mundo. Ahí, seguro que no la encuentran, al menos por ahora. Ven, pasa, y pensemos en algo.
Lola comprendió que, efectivamente, nadie era más libre ni más inalcanzable que Zita en ése su mundo; pero también que no era ése su deseo, sino vivir como llevaba haciéndolo desde que entró en su casa. Pensar, sí, eso precisaba, no había más que verla, aunque el desorden de su expresión denotaba profundo dolor en el alma, lo cual era mucho más que un impedimento para el discurrir claro y cabal que las circunstancias requerían.
—Avisemos a doña Fausta y a su marido —propuso desconsoladamente—, ellos sabrán qué hacer para detener a Ezequiel.
Un cepo de angustia mantenía cautivo su corazón. Sentía miedo. Todos los acontecimientos de su vida se habían dado cita en su tronera: Miguel Arcángel había acudido, como la guerra, como la muerte, como la soledad, como tantos años de mala carne y tanto rencor escondido.
—Nada podemos hacer ante los hechos, sino tratar de atenuarlos —

alegó atropelladamente don Melquiades—. Pronto, vosotros id a buscarla, pero mucho ojito con decirle a nadie dónde o dónde no está. Guardad el secreto. Yo avisaré a Armando y a Fausta, y luego trataré de hablar con ese zopenco de Ezequiel o con el obispado o con el mismo Dios bendito. Adiós, adiós.
Y, poniéndose el bonete, se fue corriendo tanto como sus cortas piernas y su amplia sotana le permitían.

* * * * * * *

Lola sentía, sobre cualquier otra emoción, miedo; pero al lado de éste y muy pegadito a él se apretaba la rabia, cual si a la par reclamara a Dios o al diablo misericordia y venganza, emociones que, por más contrarias que fueran, tenían cabida en su corazón. Escuchaba urdir a Mauro un plan tras otro, haciendo propuestas sobre propuestas, sin prestar atención a ninguna, cual si su pensamiento se hubiera exiliado de su cuerpo y estuviera perdido por las diferentes salas del tiempo o de la vida... o quizás buscando a Zita por esos campos de Dios. A todo decía que muy bien, pero que en marcha, lo mismo le daba que avisara o no a sus amigotes de la cantina, a los excombatientes de todas las guerras o al mismo Ejército Nacional, si con ello hallaban sana y salva a la prenda de su corazón.
Al fin, Mauro decidió que antes de bajar hacia el arroyo pasaran por la cantina, donde algunos de sus compadres se reunían para echar la partida a esas horas, y luego, mientras ellos se organizaban por su parte, se irían a buscar a Zita, pues de otro modo estarían en desventaja frente a los medios con que contaba la Guardia Civil y el ayuntamiento.
Se dirigieron calle arriba, hacia el lado de la plaza en la que estaba el casino —lugar que tradicionalmente fue punto de reunión de liberales, primero, y luego de republicanos—; pero, apenas se habían puesto en marcha, cuando en lo alto de la cuesta vieron las siluetas inconfundibles de los guardias civiles embozados en sus capotes y con sus armas al hombro.
Apenas los identificaron, el cabo les dio el alto, y aunque Lola quedó clavada en el suelo cual si se la hubiera congelado la sangre en las venas, Mauro, con mucha más presencia de ánimo y acostumbrado a bregar en tales quites, tiró de su brazo con fuerza y se la llevó calle abajo. Les sintieron echarse las armas a la cara con la intención de aplicar la Ley de Fugas, pero la oscuridad de las calles les protegió en su evasión y, antes de que pudieran tomarles en el punto de mira, ya habían doblado la esquina.
Lejos de irse hacia el arroyo, suponiendo Mauro que irían tras ellos en esa dirección, ascendieron por la calle del agua, dando la vuelta

a la manzana, y se dirigieron a la plaza, tomando muchas precauciones en cada bocacalle para no ser descubiertos, hasta que alcanzaron el casino, el cual estaba muy débilmente iluminado por unos quinqués que había sobre el mostrador.

El primero en percibir su presencia fue Plácido, quien jugaba una partida de dominó en una de las mesas más próximas a la puerta de acceso. Por la prevención de Mauro, que antes de entrar miró a través de la cortina de bolillos unos instantes, supuso Plácido que alguien le seguía, sabedor como era, al igual que todos los demás, de lo que Ezequiel había ordenado.

—Pasad a la trastienda —le dijo, acercándose a él con agilidad—. Yo me quedo aquí y os aviso. Si silbo una copla, salid por la puerta de atrás.

No dijeron ni pío, cual si fuera una estrategia que tuvieran urdida de antemano, y se fueron a la parte posterior, donde les siguieron Tomás, el cantinero, Julio Bengoa, el Hostia, Diógenes y otros.

—Amigos —se explicó Mauro, sin mayores preámbulos—, ya sabéis qué se propone Ezequiel y no tengo que daros más explicaciones. No sé qué pensáis sobre todo esto, pero Zita ha escapado no sabemos dónde y os pido vuestra ayuda para encontrar a esa niña antes que ellos..., porque si tal cosa sucede la llevarán a un hospicio, y esa criatura tiene aquí su lugar.

—Mauro —le interrumpió Julio, poniéndole una mano sobre su hombro—, lo que nos estás pidiendo es que volvamos de nuevo al enfrentamiento con la Guardia Civil, con la autoridad..., y bien sabes que eso nos puede suponer la cárcel, en el mejor de los casos.

—Pues que suponga, ¡hostia! —cortó enfáticamente Mauro—. ¿Qué somos?... ¿Acaso la paz nos ha vuelto cobardes, que ahora consentimos cosa como ésta?...

—Este asunto no nos concierne —alegó, encarándole—. Y perdóname, Lola, pero tú sabes que es una querencia entre vosotros. La niña no es más que una excusa.

—Por lo que veo, Julio, también lo es para ti, para refugiarte en tu miedo. Hubo un tiempo que los hombres de Lubitana supieron dónde estaba su sitio, y pelearon y murieron no tanto por ideales como por una reata de chicos a los que nadie conocía. Nunca escuché a una viuda ni a una huérfana lamentarse de sus pérdidas. Quizás entonces cayeron todos los hombres que quedaban en este pueblo.

—Sin faltar, Mauro..., que yo no lo hago. Si he de jugarme mi libertad y la de los míos, será por causas más importantes que ésta. Y perdona otra vez, Lola, que no va contigo. Está dicho... y hecho.

Y salió, volviendo a su mesa y echándose al coleto el medio chato de vino que aún le restaba. Mauro le siguió con la vista en silencio,

poniendo ceño de disconformidad y no faltándole ganas de irse a él y meterle la navaja hasta los hígados..., pero se contuvo, miró a los demás, y les dijo:
—¿Y vosotros? ¿Aún hay miedo?...
—Yo digo lo mismo —dijo Tomás, tratando de hacerse comprender por Mauro, a quien le tomó por el brazo—. Este asunto no tiene nada que ver con ideas ni Dios que lo fundó. Ya hemos pasado bastante, ¿no te parece?...
—¡Quita de ahí, no me toques! —le atajó Mauro, apretando los dientes y librándose de una manotada del contacto—. Este asunto es de redaños, y ya veo que aquí no quedan. Vámonos, Lola, que aquí no tenemos nada que hacer.
Y escupió en el suelo, dirigiéndose a continuación ambos hacia la puerta. Ya había apartado la cortina de bolillos para salir cuando se giró sobre los talones, les encaró, y les dijo:
—Voy a ir a buscar a esa criatura hacia el arroyo: decídselo a la Guardia Civil o a Ezequiel: aún queda un hombre en Lubitana, y quien tenga dudas bien sabe dónde encontrarme, que Mauro Almazán ni se esconde ni sabe lo que es el miedo.
Y salieron, dejando tras de sí un silencio que podía palparse. Acaso cupiera la decepción, pero no en Lola ni en Mauro. Muy al contrario, ella le miraba con algo de pleitesía y de admiración, comprendiendo, quizás por primera vez, que en aquella sangre eternamente dispuesta a la ebullición vivía el hombre más decidido a todo por lo que él considerara una causa noble. Y para ella, si alguna había entre las demás, era Zita.
Pero tampoco quedaba tiempo para mucho más y, según descendían por las calles, Mauro iba adiestrando a Lola sobre esto y aquello: que si la Guardia Civil sería fácilmente identificable porque tendría candiles para buscar a la niña..., que si solían ir en parejas, no separándose entre sí más de veinte metros..., que si sus armas no podían hacer puntería si se movían con rapidez en aquella oscuridad..., y muchas otras advertencias por el estilo, a las cuales, dicha sea la verdad, ella no prestaba demasiada atención por estar su mente en otro lugar.
En su cabeza únicamente había sitio para Zita, el probable miedo que estaría pasando y cosas semejantes, pareciéndole la garla de Mauro tan absurda como insustancial, toda vez que el que la vieran a ella o le traía sin cuidado, como le importaba muy poco que le dieran dos tiros, si con ello lograba que la niña no fuera acosada como una alimaña.
Quisiéralo ella o no, carecían de valor sus consideraciones, porque entretanto la Guardia Civil había comenzado ya a buscar a Zita por las lindes de la vega, hacia El Golo, donde sintieron la vocinglería

de los hombres convocados por Ezequiel, quienes provistos de candiles y bujías se organizaban ya en partidas. Entre ellos identificaron, no sin dificultad, a algunos de los más activos miembros de la Falange del pueblo, a Viriato y a algunos de los excombatientes de la División Azul, los cuales habían llegado desde el frente ruso hacía pocos meses. En total serían unos cuarenta hombres, la mayoría ataviados con uniformes militares cual si se tratara de una campaña, algunos de los cuales iban a pie y otros a caballo o en mulas. Finalmente se dividieron en varios grupos y se fueron por distintos caminos, según un plan que el mismo Ezequiel y Viriato habían trazado.

* * * * * * *

El termómetro debía de estar muchos, pero muchos grados bajo cero. El aire cortaba la piel como si fuera un cuchillo bien afilado y, con la respiración agitada, parecía meter afilados cristales en la garganta. La noche había quedado rasa, aunque sin luna, y los luceros parecían brillar como si fueran diamantinos carámbanos. Ellos, al fin y al cabo, iban relativamente abrigados, pero Zita había salido de casa con su vestido únicamente, y Lola no dejaba de pensar en esto, casi tanto o más que en la posibilidad que aquellos hombres la hallaran antes que ellos.

La buscaron, primero, en los alrededores del arroyo, donde antaño tuviera su hogar o su cobijo, sin ningún resultado; luego, lo hicieron hacia la parte baja de vega, donde había entre los frutales muchos chozos en los que guarecerse del frío, con un resultado semejante; más tarde, se desviaron hacia Casasola, en la parte alta, detrás de los pinares, sin hallarla tampoco ni oír nada que pudiera parecerse a un ladrido; y por último se fueron hacia la ermita y el camposanto, sin éxito. Serían las ocho de la mañana cuando regresaron a la casa abatidos por su fracaso.

Con el amanecer se habían llenado los campos de luz y de hombres. A ejemplo de una cruel cacería, multitud de personas revolvían ribazos, recodos y linderos, buscando a la niña. Unos, lo hacían por afinidad con Ezequiel, y otros porque la Guardia Civil así lo había demandado. Hasta los muchachos mayores, a instancias de don Viriato, habían abandonado la escuela para acudir en pos de ella, nombrando capitán de la mozalbetería a Rufo, el hijo de Ezequiel, todos ellos ataviados con el uniforme del Frente de Juventudes, aunque algunos, como Flavio y otros muchachos, se negaron en redondo, aun a riesgo de sufrir los severos castigos que don Viriato prometía.

Cuando Lola y Mauro llegaron a la casa, exánimes por el

agotamiento y el frío, había allí algunas personas aguardando, haciendo corro ante la puerta: Fausta, la *señá* Ciruela, Veneranda, Armando, don Melquiades, el Hostia, Plácido y algunos otros, e incluso alguna gente menuda, como Flavio, Tanín y otros mozalbetes de los que se negaron a formar parte de las escuadras juveniles. Entraron todos en la casa y, mientras Mauro daba su versión de lo sucedido contando toda suerte de pormenores, Fausta, Veneranda y la *señá* Ciruela ayudaron a Lola a preparar una infusión.

—Vamos, vamos —le animaba Fausta—, a levantar esa moral, que todo se va a arreglar como Dios manda.

Lola, por causa del abatimiento derramó unas lágrimas casi sin sollozo. Veneranda, como si no lo diera importancia, la extendió su mano con un pañuelo y le dijo:

—No preocuparse *demasiao*, que *to'* esto ya lo ha *pusío* Armando y don Melquiades patas *p'arriba*. Hágase cuenta que está *solucionao*, como aquél que *ice*. Figurarse que el señor cura ha *levantao* al *mesmo* señor obispo, y *pro* lo visto está que trina. Y no digamos Armando, que cuando hablaba *pro* teléfono ha *ponío* hasta voz de militar, y eso que hacía *muchismo* que no le sentía yo hablar *asín*..., lo menos desde la guerra, cuando se calentó con *el* Claudio. Hasta le dijo a un militar *mu'* amigo suyo del *Menisterio* de la Gobernación: «Apee el tuteo y haga lo que le mando, ¡recontrahostia!, que ese *menistro* me debe más de un favor, y o me lo paga ahora *mesmo* o me lo cobro yo mañana... y ante Franco si es *perciso*.» —impostando la voz, histriónicamente—. Conque tranquila, que este Ezequiel de esta *s'entera*. ¡Vaya si *s'entera*! Si conoceremos *nusotras* a Armando cuando se pone las estrellas.

Pero nada había que calmara a Lola o que pudiera llevar un poco de sosiego a su alma, y no por falta de esfuerzos y carantoñas, las cuales la prodigaban con no poco entusiasmo las mujeres. Pero en vista que nada la parecía sosegarla, Fausta, como era natural en ella, decidió tomar las riendas de la situación sin pedir permiso a nadie, y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo se decidió a poner orden en aquel desconcierto.

—Señoras —dijo con toda autoridad—, ayúdenme a servir esta infusión a los hombres. Tú, Flavio, toma la llave de la abacería y te traes dos de las tres cajas de galletas marías que hay sobre el estante de la derecha del mostrador; pero fíjate bien que sean de las de la caja roja y amarilla, que las de las verdes son de las que hay que digerir a lo somorgujo. Y tú, Tanín, acompáñale. Vamos, vamos, salir pitando, y de vuelta en un par de minutos. Y tú, querida, quédate aquí en la cocina tranquila, tómate esto, que ya verás cómo te entona el cuerpo, y ahora mismo te mando a Mauro

para que te haga compañía. Y en un rato más, a descabezar un sueño, que no se puede tener la mente clara si el cuerpo está oscuro, ¿entendido?... De lo demás no te preocupes, que ya estoy yo aquí.
¡Y bien tranquila que podía estar! ¡Pues menuda era Fausta, que cuando en ésas se ponía hasta a su esposo, con todo lo general que era, se le arrugaba el bigote y se le oscurecían las estrellas! En fin, que con la mayor contundencia salió de la cocina y, en un decir ¡Jesús!, el alboroto que hacían los hombres en la sala se convirtió en un leve susurro que les permitieron a Mauro y a Lola de gozar de unos instantes de quietud, en la cual pareció que el cuerpo se les acorchara.
—Tal vez nunca hubiera debido conceder a Ezequiel...
—Calla, mujer, no seas tonta —le interrumpió Mauro, quien ya veía por dónde se disparaba—. Ezequiel siempre estuvo loco por ti..., y tú lo sabes.
—Pero esto...
—Esto es una más. ¿No ves que no va a conseguir nada?... Por lo que dice don Armando, a estas horas ya le deben haberle parado los pies desde el Ministerio de la Gobernación.
—¿Por qué con la niña, Mauro?
—Por ti, claro está. Yo pensé que ya se le había pasado desde que sucedió lo que sucedió en Río Negro...
—¿A qué te refieres?...
—¿Nunca te contó Miguel?...
—No, no quiso.
—Bueno. Tú sabes que Ezequiel siempre te pretendió, aunque tú trataras de desengañarle. Miguel, por amistad, aun estando prendado de ti, se apartó para que tú decidieras, y en buena medida ésa fue la causa de que nos fuéramos a la mar. La idea fue mía, pero porque no levantaba cabeza, todo el día obsesionado contigo. Viendo que él y yo decidimos irnos, Ezequiel se te declaró, y como no aceptaste sus propuestas, se vino con nosotros. Estuvo mucho, pero mucho tiempo acusando a Miguel de que le había desprestigiado ante ti, buscándole las cosquillas una vez y otra.
»Un día, loco de celos, Miguel le sorprendió cuando buscaba en su petate pruebas de que mantenías con él cartas de amor, y le encontró unos poemas que te había escrito. Tú sabes mejor que nadie que de cualquier cosa era amigo Miguel menos de la violencia; sin embargo, cuando le vio revolver y meter sus narices en aquellos papeles que él escribía en las noches de guardia o algunas otras antes de dormir, se le vino una sangre a la cabeza que, si no le quito, le mata. Baste con decirte que Ezequiel sacó un cuchillo de descabezar pescado y arremetió contra él, pero Miguel,

a quien nunca había visto así, a mano limpia se lo quitó y le dio dos cuchilladas que tuvieron a Ezequiel entre la vida y la muerte durante casi dos meses. Por eso volvió tan precipitadamente, y por eso se las ingenió para que otros... ya sabes, pasara lo que pasó, sin él intervenir directamente. Los celos hacen que un hombre se vuelva loco..., y Ezequiel es la muestra que deja esto más que patente.»
—No sabía.
—¿Lo de Miguel?... Bueno, él podía ser todo lo opuesto a la violencia que se quisiera, pero yo he tenido ocasión de verle en algunas escaramuzas, casi siempre por mi culpa y, ¡caramba!, no quisiera tenerle por enemigo. Lo que pasa es que hay gente que confunde y piensa que ser pacífico es ser... otra cosa.
Ambos pensaron en Miguel Arcángel, quien se les dibujó en las mientes con prístina claridad, y quizás trataron de suponer qué hubiera hecho en un caso como el que vivían. Ambos, en silencio, en esa quietud que anda a caballo de la reflexión y el agotamiento, tendieron su vista por la ventana hacia los campos que se abrían del otro lado del valle y contemplaron con lástima el sórdido espectáculo: hombres que iban y venían por los caminos y las peñas acosando la infancia.

* * * * * * *

La puerta de la calle se venció contra el muro de un golpe, haciendo enmudecer a cuantos allí estaban. Con la mayor arrogancia apareció Ezequiel, escoltado por cuatro números y un cabo de la Guardia Civil, quien quedó inmóvil reconociendo uno a uno a los reunidos. Carraspeó en señal de desaprobación, y dijo un «Ya veo que todos los rojos acuden a la llamada de sus ideales» que levantó alguna voz airada..., aunque ninguna como la de Armando, quien se precipitó a él, cual si aún llevara su uniforme tachonado de estrellas y condecoraciones.
—Le ordeno que detenga esta atrocidad —le dijo enfáticamente—. Usted ha debido recibir órdenes del Ministerio que le exigen...
—De quien no recibo órdenes es de usted —le replicó Ezequiel encarándole, en tanto le apartaba con desdén y entraba al interior, en busca de Lola.
—Cabo —ordenó Armando.
—A las órdenes de vuecencia —respondió el guardia civil con presteza, cuadrándose y llevándose la mano al hombro que sujetaba el arma.
—¿Sabe quién soy?...
—Sí, mi general, lo sé.
—Le ordeno que cese en esta acción, y que detenga la búsqueda de

esa criatura.
—Pero, mi general —se justificó el cabo tragando saliva, esforzándose por guardar las formas—..., tengo órdenes precisas que no puedo desobedecer.
—Pero, bueno, ¿es que no ha llegado una orden del Ministerio de la Gobernación revocando la instrucción de tomar bajo su custodia a esa niña?...
—No, vuecencia. Desde que salimos del cuartelillo no se ha recibido ninguna orden distinta de la de custodiar a esa tal Zita y ponerla a disposición de la Comandancia.
—¿Quién hay allí ahora?
—El número Gutiérrez, vuecencia.
—Mande a un número allí y entérese bien, porque debe haber llegado. Vamos, vamos, dese prisa.
—A la orden de vuecencia. Gonzalo...
—No, espere; lo mejor será que vayamos ambos, quiero enterarme personalmente, para, en caso de no haberse recibido, hablar con el Ministerio.
Y se marcharon el cabo y dos números con el general, dejando a los otros dos allí, en prevención de incidentes y como escolta del alcalde.
Ezequiel buscó en la sala, y no viendo allí a Lola, se coló en la cocina, dando señas de que conocía bien la distribución de la casa. Desoyó a Fausta, quien trató de impedírselo, pero él la ignoró y siguió en lo suyo hasta que se topó cara a cara con Lola y Mauro.
—Déjenos, señora. Quiero hablar con ellos en privado.
Fausta miró a Lola y Mauro, quienes aceptaron que así fuera, y salió de la cocina, cerrando la puerta tras ella.
Ezequiel tenía el semblante fatigado, la barba a medio crecer azulándole las quijadas y los ojos preñados por la rabia que producía el agotamiento. Avanzó unos pasos con las manos metidas en las faltriqueras, cruzó el metal de su mirada con la de Mauro y buscó a continuación los ojos de Lola.
—¿Dónde está la niña? —dijo al fin.
Mauro se plantó frente a él, justo a esa distancia en que sus almas se conjugaban, clavó todo el rencor de su corazón en sus palabras y escupió:
—¡Dilo tú!
No aceptó el visitante el reto. Se giró con seguridad a los cristales de la ventana y, mientras presenciaba aquel ir y venir de labriegos y de guardias civiles, dijo:
—En realidad, no es la niña lo que me importa.
—¿Qué es entonces? —le inquirió Lola—. Dime: ¿Qué es?... ¿Qué es lo que te puede servir tanto que persigues a esa criatura como a una

bestia?...
Ezequiel volvió sus ojos ensangrecidos a los suyos, y supo ver en ellos la luz parda producida por la confusión y el tormento a que estaba sometida. Había mucha rabia y dolor, que era decir de alma herida, pero exenta violencia, como el grito de un «¡Basta!» que deseaba fondear para siempre aquel rencor baldío.
—En aquel que un día se enfrentó a Miguel por una mujer vi a un hombre, equivocado o no. De hombres es, llegada la hora, matar o que te maten; pero hoy no le veo. ¿Dónde está Ezequiel? —le gritó Mauro, adelantándose y tomándole de la zamarra—. ¿Dónde se esconde el hombre, en qué lugar de ti?... Eres basura: tus propios restos.
Ezequiel se liberó de la presa sin apartar sus ojos desafiantes de los de Mauro, y ambos permanecieron desafiándose. Lola, sin embargo, creyó vislumbrar en su antiguo amigo a un hombre que pugnaba fieramente por escapar del atroz deber que se había impuesto. Bien le decía el corazón que ya se habían sucedido demasiados disparates, demasiados odios, y que ya todos habían sido demasiado castigados.
—¡Basta, Ezequiel, basta! No nos quites la niña: tú puedes hacerlo.
Mauro se aprestó a retirarla de él, impidiéndola que se humillara.
—Nunca le supliques a un perro —arguyó rabioso. Y luego, volviéndose a él, añadió—: Si se llevan a la niña, tu y yo moriremos, ¡por éstas!
Ezequiel sintió confusión ante aquellas dos manifestaciones tan contradictorias, pero de sobra sabía que la contradicción era quien gozaba de asiento preferente en su ánimo, pues en caso contrario jamás hubiera acudido a la casa, ni aun en tono desafiante. Un alma cuando sufre, busca los caminos más peregrinos para que le den razones de peso que le permitan abandonar su infierno; pero la práctica del odio puede más que el deseo de redención. Así pues, Ezequiel, dando por terminada el encuentro se dispuso a salir. Ya con el picaporte en la mano, le echó al antiguo camarada una mirada acídula y sentenció:
—Si hemos de hacerlo, amén.
Y salió.

* * * * * * *

Por una parte, la noticia de que la Guardia Civil y Ezequiel habían ido a la casa de Lola corrió como un reguero de pólvora, desquiciándose con notables infundios sobre el contenido y sucesos acaecidos; y por otra, el anuncio de Armando de que aún no había llegado contraorden para detener a la niña, soliviantó los ánimos de

los presentes, sintiéndose de nuevo solos ante su propia historia. Ambas cosas, extendidas de boca en boca por toda Lubitana, hicieron congregarse en la casa de Lola a la práctica mitad del pueblo, recordando la Batalla de los Ángeles, aquel episodio del final de la guerra en que los vecinos hubieron de hacer frente al Ejército Nacional para proteger una caravana de niños que huían de la guerra, y en el cual murieron todos, tanto los hombres que lucharon como los niños a quienes pretendían proteger.

La Historia, a veces, es un péndulo que va y viene por los mismos caminos, repitiéndolos con una desquiciante cadencia. La misma eléctrica atmósfera de entonces se hacía ahora presente, y en todas y cada una de las almas había un sentimiento idéntico, pues numerosas viudas de aquel acaecimiento habían acudido con sus vástagos, aunque quien más y mejor hizo patente este hecho, fue la viuda Fonseca quien, arrastrando hasta el general retirado a su hijo de apenas de diez años, le dijo:

—No me queda otro hombre en la casa. A su padre le mataron en el frente de Teruel y a su hermano en la Batalla de los Ángeles: tómelo y gane esta guerra, general, como entonces ganó aquella.

Armando miró a la mujer, cuyos ojos le produjeron el mismo vértigo que Fausta le causó al fin de aquella batalla, decididos a todo por la vida y aun siendo capaces de enfrentarse a la muerte. Los ojos del crío, entre aturdidos y decididos, parecían decir otro tanto, estando dispuestos a dejarse llevar al degolladero si era su madre quien se lo pedía.

—¡Tómelo, general, y no se permita perder esta guerra! —le urgió la mujer.

Armando estaba perplejo. Aún no había logrado salir de su atonía cuando se acercó Romira Alejo con los suyos, dos mozalbetes entre los diez y los doce años, y añadió:

—Y los míos.

Hubo muchos más «míos» de los que él podría aceptar, pues le estaba poniendo al frente de un ejército de niños. Y no sé qué hubiera pasado si no llega a ser por Plácido y el Hostia, quienes se acercaron a él y le dijeron:

—Cuente con nosotros también, general.

—Y conmigo —dijo Julio Bengoa, saliendo de entre la muchedumbre y poniéndose frente al jubilado.

Otros más se sumaron, sobre todo cuando alguien anunció que habían llegado falangistas y requetés desde Tielmes y Carabaña para unirse a la Falange de Lubitana.

—Pero, vamos hombre, ¡qué cuajo! —le dijo Fausta al general—. Ocúpate de esta gente y haz lo que debes.

Armando, como rejoneado, enseguida se lio a dar órdenes,

poniendo a éstos bajo el mando de Plácido, a aquéllos bajo el del Hostia y a los de más allá bajo el de Julio; a Mauro, en cambio, le retuvo junto a sí como consejero y enlace, que dada la sangre que tenía mejor era que se quedara cerca para controlarle, a fin de que la situación no se les fuera de las manos. Aquél, bien lo veía Fausta, era el general del que ella se había enamorado, sangrándose por los ojos. Él, ajeno a esta emoción de su esposa, mandaba que se buscara acá o allá, evitando en todo momento cualquier clase de encuentro con los del otro lado, que podía haberlos que llevaran armas y se produjera, queriéndose o no, una auténtica carnicería.

Mientras esto hacía el general, Fausta arremolinó en su alrededor a las mujeres y sus hijos, los agrupó como si fueran una compañía y dispuso a los muchachos a un lado, a las mujeres a otro y distribuyó entre todos distintas tareas de intendencia. Luego, les pidió a Veneranda y a Lola que buscaran alguna clase de acomodo para todas ellas, que se podía alargar el zafarrancho mientras los hombres hacían lo que debían hacer. Y finalmente, tomó a Flavio, se le llevó a un lado, y le dijo:

—Hijo, ya tenemos bastantes héroes en la familia. No quiero más. Iras con los demás chicos y harás lo que mande Armando, pero cuidándote mucho de no quererte ir con tu padre y tu abuelo, ¿de acuerdo?...

Flavio tendió una amplia sonrisa y salió con los muchachos más que pitando, cual si aquello en lo que se metían fuera toda una verbena.

Lola, desde la cocina, acompañada por Veneranda y la *señá* Ciruela, no podía por menos que conmoverse, pues si había quiénes deseaban someterla de nuevo al desamor y el abandono, poniendo en cautiverio a la prenda de su corazón, los había también que estaban más que decididos a evitarlo como fuera, poniendo en riesgo para lograrlo, como era más que posible, su libertad, si no su vida.

Desde la ventana de la cocina se veían hombres yendo por acá y por allá, unos grupos evitándose a los otros, porque a buen seguro un importante número de ellos escondía armas bajo sus ropas. Los vistosos uniformes falangistas destacaban airosamente del gríseo paisaje, poniendo una nota discordante y ajena, cual si no fuera una tragedia lo que estaban urdiendo. Y lo más doloroso de todo, le parecía a Lola, era que muy pocos pensaban realmente en Zita, sino más bien en un enfrentamiento que no terminó con la guerra, cual si ésta fuera una continuación de la Batalla de los Ángeles. La sociedad, nuevamente se había dividido y, aunque subrepticiamente, una mitad le buscaba las vueltas a la otra.

En la sala se habían quedado Armando y Mauro urdiendo el plan de acción sobre un mapa del término de Lubitana en el que habían

trazado numerosas cuadrículas, sobre algunas de las cuales ya habían pintado cruces rojas, señal de que ya estaban siendo rebuscadas. Carmelo, el jovenzuelo del que antes hablábamos, iba y venía con recados a esta o aquella cuadrilla de búsqueda con instrucciones precisas, trayendo noticias sobre los hallazgos que se habían verificado o pasándose cada tanto por el cuartelillo y el ayuntamiento, por si la ansiada noticia del Ministerio revocando la instrucción de captura de la niña llegaba, lo que no terminaba de suceder.

La casa más parecía un manicomio que una vivienda. Los hombres la daban apariencia de un cuartel en pie de guerra, y las mujeres la de una intendencia, todas ellas moviendo perolas y haciendo bocadillos para los hombres, que hasta falta hizo abrirse la abacería para acopiar provisiones, ya que pocos hombres y mujeres de Lubitana no se habían visto involucrados en el suceso de una u otra parte. Era, como aquél que dice, un pueblo sin neutrales.

Las horas transcurrían con desesperante languidez, sobresaltándose la quietud cuando allá para la noche saltó la noticia de que había habido cruce de disparos entre dos cuadrillas de hombres, sin que, afortunadamente, hubiera que lamentar víctimas. Todo quedó en un susto, gracias a Dios, pero les hizo temerse lo peor, rogando Armando a los suyos que ni de lejos entraran en contacto con quienes buscaban a Zita por parte de las autoridades, al menos hasta que llegara la cancelación de la orden de captura de la niña, y por supuesto prohibió taxativamente que nadie portara armas..., ni navajas siquiera, en prevención de nuevos conatos de enfrentamiento.

Un crepúsculo plácido y gris amenazaba con poner fin al segundo día de búsqueda. Pocas esperanzas había ya de localizar a la niña, y no eran pocos los que ponderaban en corrillos que ésta no se encontraba ya en el término municipal de la aldea. Se habían puesto patas arriba todos los rincones, como muy bien lo atestiguaba aquel raído mapa lleno de aspas rojas, y nadie había visto ni rastro de ella.

Rufo y sus compadres de las Juventudes, merodeando por la cárcava, por las cuevas donde antaño moraron los árabes, creyeron sentir ladridos lejanos. El terreno era demasiado escarpado y la luz escasa. Nadie se atrevió a indagar qué cosa fue exactamente lo que habían escuchado, creyendo algunos que se trató de una raposa o del ruido que hacía al despeñarse el arroyo. Sin embargo, Rufo, por ser como su padre era el más avezado de todos, asumió la responsabilidad de llegar más lejos dando culminación al propósito que hasta allí les había conducido. Así, aprovechando las últimas luces, trató de llegar hasta donde suponía venían los ladridos.

Avanzó con tiento, gateando a veces por el borde de barrancos más que siniestros y escarpados, y allí mismo vio a Zita y a su perro, ambos tendidos en el suelo de una covacha donde no se cabía en pie, guarecidos del frío y del hielo.

El perro al sentir al jovenzuelo, como si una pica le hubieran clavado en la panza, se levantó de un salto y le ladró, alertando a Zita. Ésta enseguida se echó al borde de la covacha, y vio a Rufo trepando hacia ella. Ambos se miraron un instante, reconociéndose, y enseguida la niña echó a correr por un vericueto que conducía a otras cuevas y de éstas al llano. Rufo avisó de su hallazgo a sus amigos gritando, pero no le oyeron. La distancia era mucha y el viento desfavorable, de modo que decidió ir en pos de ella y darle alcance él sólo; pero Zita se movía por aquel terreno como si tuviera alas, y Rufo no era tan diestro.

Cuando Zita había salido de la cárcava, al menos trescientos metros le separaban de su perseguidor. Se metió a través del pinar buscando los altos fértiles de Casasola, difícilmente seguida por el perro, el cual de vez en cuando se detenía para ver por dónde venía Rufo, ladrándole. En el claro del monte, sin embargo, fue muy distinto. Si Zita era capaz de sortear las peñas como una gacela, su fragilidad extrema no la proporcionaba velocidad ni resistencia, haciéndola sentir que el aire quemaba en su garganta y forzándola a toser una vez y otra. Así, las distancias entre presa y acosador se fueron acortando, hasta que no mucho más tarde apenas si Zita le aventajaba a Rufo en medio centenar de metros.

Sabiéndose capturada si continuaba por campo abierto, la niña resolvió serpentear por terrenos difíciles, donde tendría más oportunidades. No obstante, ya casi en Casasola, Zita tropezó con una piedra y cayó al suelo; de no ser por el perro, allí mismo le da alcance su acosador. Se arrojó el animal sobre el mozalbete, metiéndole los dientes por allá por donde pudo, y Rufo, más fuerte y hábil que el pequeño animal, con un pedrusco le dio una, dos, tres, veinte veces en el hocico, en la cabeza, en las patas, dejándole tendido sobre un charco de sangre y gimiendo.

Zita, desde prudencial distancia vio aterrorizada el espectáculo, sintiendo cómo su amigo, tal vez el único de veras, entregaba su vida en aquel mal trago para proteger su huida. Con los ojos anegados de lágrimas y porque no fuera baldía el sacrificio de su menudo compañero, corrió de nuevo; pero Rufo acortaba a cada paso la separación y ya podía notar cómo su mano casi alcanzaba su cabellera. Se salió la niña del camino, zigzagueando entre los álamos del lindero, seguida muy de cerca por su implacable cazador, quien estaba determinado a capturar a su presa a todo trance, acaso saboreando ya las mieles del triunfo.

Una barbacana separaba el lindero de la huerta, junto a la cual había una alberca que recogía un hilo del arroyuelo necesario para el riego, aunque tenía la trampilla abierta y no retenía el agua. Zita iba delante, asiéndose a los árboles, medio cuerpo dentro, medio fuera del terraplén; y Rufo, tratando de darla alcance, a la zaga. Justo al pasar sobre la alberca, cuando ya con tender el brazo hubiera bastado para agarrarla por las guedejas, el mayor peso del mozalbete hizo que la rama a la que se sujetaba cediera y cayó con ella al fondo del estanque, golpeándose con la cabeza en el suelo. La rama se le vino encima, cerrando la trampilla del desagüe al desplomarse sobre ella.

Zita, en primera instancia corrió, pero al cabo de un instante, al reparar escuchar el sonido de la madera al caer y el grito de Rufo, se detuvo para saber qué había pasado, al tiempo que aprovechaba para recuperar el aliento. Con las manos apoyadas en las rodillas miró hacia atrás, pero no vio otra cosa que cerrada oscuridad ni escuchó otra cosa que rumor de agua. Confusa porque no sentía a su perseguidor, en primer lugar pensó en que pudiera haberse escondido o atajar por algún recodo para sorprenderla, pero luego, presintiendo no sabía bien qué, volvió sobre sus pasos, se acercó con enorme cautela a la alberca y vio tendido a Rufo en el fondo de la balsa con la rama encima y el agua medio cubriéndole. Le llamó por su nombre; pero el muchacho no respondió: estaba inconsciente. Libre por fin de él, creyó Zita que aquélla era la mejor oportunidad que tendría para poner tierra de por medio y aun para auxiliar a su perro, que más y mejor lo merecía que aquel bruto. Y de hecho dio algunos pasos con ese propósito, mas finalmente, recapacitando, volvió sobre sus huellas y decidió abrir la trampilla, no fuera que se ahogara su verdugo.

Caminó por el muro de fábrica de la alberca y tiró de la trampilla con todas sus fuerzas, sin lograr descerrarla; golpeó el escotillón metálico con una piedra por desatascarlo, e igualmente fue en vano; y al fin, comprendiendo que no quedaba otro remedio, se descolgó al interior e intentó liberar a Rufo moviendo los ramajes, pero el peso era excesivo para sus exiguas fuerzas, su hambre y su frío. En tales circunstancias, enseguida entendió que únicamente quedaba una solución para evitar que el mozo se ahogara: sujetarle con la cabeza fuera del agua. Apoyada en el muro del estanque mientras sujetaba a Rufo entre sus brazos, se dispuso a soportarle hasta que alguien les encontrara, mientras el nivel ascendía lenta e inexorablemente.

El agua estaba fría, muy, muy fría. Era noche cerrada. Los primeros luceros ya hacían malabares con su titilar en la negritud del cielo, y el viento sacudía implacable las ramas de los árboles, ululando. Zita

gritaba, demandaba auxilio, confiando en que alguno de los muchos que había por allí buscándola la escucharan; pero nadie respondía. Ella misma les había visto por todas partes en los dos últimos días, y ahora le parecía que el mundo estaba deshabitado. Tan sólo el perro, tras unos minutos, apareció gimiendo, sangrando por la boca y trastabillando. No obstante, tomando con sus dientes el vestido de Zita, intentó tirar de ella, aunque únicamente logró desgarrar su vestido. Zita le mandó a por ayuda, y el animal, como reconociendo y comprendiendo sus palabras, todo lo aprisa que pudo marchó camino abajo, hacia la aldea.

Con paciencia infinita, intentando ignorar el frío que la hacía tiritar en el agua y el dolor de sus brazos entumecidos, Zita aguardó un auxilio que no parecía llegar nunca. Desde aquella altura se podía divisar la aldea, cuyas luces se cimbreaban en el gélido viento cual si danzaran. Lloraba porque no podía resistir mucho más, y nada hacía presagiar que la ayuda fuera a llegar de inmediato. Entonces comenzó a cantar aquella tonadilla, «Muchas gracias, jardinero...», tratando de combatir el adormecimiento de sus miembros. Tosía. Rufo no recobraba la consciencia, y de su cabeza manaba un fino hilo de sangre. Y comenzó a hablar con él de su muñeca, de sus juegos, de aquellas cosas de críos... y de lo que guardaba dentro de su silencio. ¡Se hicieron tan amigos!... Como a su muñeca de estopa le cantaba, diciéndole: «¿Ves..., ves, que buena voz tengo?...» Y con cada palabra las estrellas tallaban otro carámbano. Mejilla con mejilla, esperaba, arañando el silencio en un soliloquio de cantos infantiles y esperanzas que desconfiaban ya de sí mismas.

El nivel del agua había alcanzado el rebosadero, viéndose tan sólo de los mozalbetes apenas las cabezas, y el hielo había comenzado a tejer en su alrededor su fatal tela de araña. No sé cuántas horas estuvo así, pero no fue sino hasta casi el alba cuando escuchó los primeros ladridos. El perro, sabrá Dios por qué razones, tal vez porque fue a los primeros que halló, arrastró tras de sí a los mozalbetes compadres de Rufo, ingeniándoselas para conducirles hasta donde Zita y Rufo estaban atrapados. Cuando seguían al perro, seguros de que les conduciría hasta su ama, Flavio y otros chicos les vieron y fueron en pos de ellos también.

El perro se tendió en el suelo justo en el borde de la alberca, meneando el rabo como un abanico. Varios de los chicos le rodearon para atraparle y, cuando el primero de ellos se aproximó para agarrarle por el lomo, la luz de su bujía iluminó la superficie helada del estanque. Zita aún pudo exhalar entonces un gritito. Enseguida, varios de ellos acudieron en su auxilio, repartiéndose la labor de abrir la trampilla y tratar de sacarles de aquella trampa mortal, sin lograrlo. Al llegar Flavio y sus amigos, quienes estaban

dispuestos a presentar batalla por proteger a Zita de sus rivales y se encontraron con aquella escena, olvidaron al instante sus recelos y aunaron esfuerzos con ellos para liberar a Zita y a Rufo; pero no hubo manera. Inútiles se desvelaron los esfuerzos de aquellas dos docenas de muchachos para apartar los ramajes o levantar la trampilla, y Flavio, en un intento de aliviar el evidente sufrimiento de Zita, quien tenía ya los labios cianóticos y la piel del color del pergamino, se echó al agua y le ayudó a sostener la cabeza de Rufo fuera del agua, en tanto los demás se organizaban para retirar los ramajes.

Poco tiempo después, guiados por el resplandor de los candiles y bujías, llegaron varios hombres y guardias civiles, quienes apremiados por las voces de los muchachos y sus demandas de socorro, corrieron hasta el lugar, quedando estupefactos ante el insólito espectáculo.

Dos hombres de la partida se precipitaron a la trampilla, abriéndola tras apartar a los mozalbetes que allí estaban intentándolo con todo tipo de ardides, mientras Ezequiel saltaba a la alberca para recoger a su hijo.

—¡Vive! —exclamó con la voz conmovida tras reconocerle, y abrazándole, le retiró de los brazos de Zita y de Flavio, y le sacó, entregándoselo a sus camaradas.

Le tendieron en el suelo y le cubrieron con sus zamarras, mientras que otros hombres sacaban a Zita y a Flavio de la alberca. La niña tenía sus brazos paralizados en la posición que durante horas sostuvieron el peso inconsciente de su captor, su piel estaba azul y sus labios cárdenos. Su mirada deambuló por entre los hombres como ausente, tiritando bajo una pelliza que la habían echado sobre los hombros.

Ezequiel levantó sus ojos y los cruzó con los de la niña, y no pudiendo soportar su mirada, los bajó. Luego, cobrando fuerza interior, y acaso reconociendo su falta, tendió su mano a la cara de Zita, y en el momento justo en que le alcanzaba su caricia, se desplomó inconsciente.

En aquel instante, guiados por el tumulto de luces, llegaron los hombres de la partida de Plácido y Julio Bengoa, quienes se apresuraron en auxiliar a los chicos, casi todos empapados bajo aquel helor insoportable, protegiéndoles del frío con sus prendas de abrigo y, en no pocos casos, cargándoles en sus brazos para llevarles enseguida a la aldea.

No hubo bandos, sino solamente un grupo de hombres que caminaban a buen paso y en silencio, casi en procesión, de regreso al caserío. Ezequiel abría la marcha, con Rufo inconsciente entre sus brazos; detrás de él, Plácido, con Zita en el mismo estado; a su lado,

Julio con Flavio, quien no tenía ojos sino para mirar a la niña, la cual más parecía un cadáver que una criatura exánime; y más atrás, todos los demás. A nadie le importó en esa hora trágica si las camisas que vestían eran azules o pardas, si tenían ideologías liberales o conservadoras o si eran acomodados o humildes..., porque eran nada más que hombres, padres, amigos o vecinos, y todos aquellos corazones, todos, de grandes y de chicos, estaban honda y sinceramente conmovidos.

15. Paz

Lola lanzó un grito desgarrador cuando reconoció el cuerpo de Zita entre los brazos de Plácido, envuelta en su zamarra. Se abalanzó sobre ella hecha un mar de lágrimas, pidiendo que la llevaran inmediatamente a su alcoba entretanto suplicaba que fueran a buscar a don Numancio. Ni el mismo Mauro era capaz de consolarla, como tampoco lo eran Fausta, Veneranda o la misma *señá* Ciruela.

Sentada en la cabecera de la cama, con la mano de Mauro sobre su hombro, aguardó besando y llorando el rostro de su niña la llegada del médico. Tardó en venir. Zita tosía insistentemente, sin recobrar el conocimiento, y la calentura había hecho presa en ella, aprisionando su cuerpo en una auténtica fragua y forzándola a transpirar una aguadija amarillenta y pestilente. Se ahogaba. Abría su boca como si no hubiera bastante aire en el mundo para llenar su diminuto pecho.

—¿Qué te hicieron, vida mía? —le decía la mujer, inmersa en una zozobra imposible de describir con palabras.

Sus ojos no lloraban: manaban suero. En su pecho había sentido un estremecimiento brutal de cristales que se quebraban. Ya no le quedaba aliento, cual si contemplara ante ella los restos de su esperanza deslavazada por el infortunio.

—¡Que venga el médico, por Dios!

¡Qué dolor ancho el de una madre!... Conmovida, la Parca bordaba una flor blanca en un sudario pequeño, muy pequeño. ¡Qué diminuto su cuerpo sobre aquella cama, y qué inmensa su infancia!... Esferas de sudor diamantino brotaban de su frente como enjoyándola con una corona de estrellas; amoratados los párpados, emblanquecidos los labios, sus manitas en las manos de la mujer, quemaban.

—¡Malditos hombres!...: ¿qué os hizo este pajarillo?

Armando, por piedad, pretendió echar al perro de su lado, que entre gemidos y con su lengua ensangrecida buscaba el calor de Zita.

—¡Ni se os ocurra tocarle! —gritó Lola, apretando los puños—.

Siempre estuvo a su lado, aun cuando nosotros no estábamos.
Numancio llegó no mucho después. Sin musitar palabra entró, tomó asiento junto a la cabecera de la cama, exploró a Zita y, luego, con un mover de su cabeza negativamente, dijo:
—Esperemos, y tengamos fe.
Había un silencio de velatorio que sobrecogía. Hombres, mujeres y niños aguardaban un fatal desenlace sin pronunciar una sola palabra, cual si éstas se hubieran extinguido, todos ellos mezclados, aunados los rivales, ya grandes o ya pequeños, ya vencedores o ya vencidos, porque ante sucesos semejantes las pendencias se desvanecían.
El corazón de Lola trastabillaba y sus ojos manaban la última pena sobre el rostro de su niña. Cada vez que el pecho de Zita se inflaba en busca de aire, un puñal se le hincaba a ella en el costado, extendiendo su mirada por su semblante y sus miembros como si su propia vida al derramarse le pudiera infundir la que la niña estaba entregando silenciosamente. Sólo podía estar a su lado, testificando, plantando injertos de esperanza en aquel pámpano que se consumía.
—Si el combustible del amor, niña mía, insuflara esplendor a la llama de la vida —decía la mujer fuera de sí, haciendo íntima aquella alcoba atestada de gente cual si se hallaran a solas—, a fe mía que tu dolor sería el gozo y el mañana; pero no puede sino llagar, sino sentir que se le asesina dócilmente, sin delito. Ya ves, Zita mía, padecer es casi una costumbre.
Abajo, en la sala, el patio y las escaleras, hombres y guardias civiles formaban corros, cuchicheando. Algunos entraban por turnos en la alcoba y se quedaban por un corto espacio de tiempo, hondamente conmovidos. Don Melquiades y algunas mujeres, rezaban. Toda, toda la aldea se había reunido en aquella casa y en aquella calle. Ezequiel, quien en la habitación contigua había metido a su hijo para que don Numancio le reconociera, entró en la alcoba y, quienes allí se encontraban en pie, le abrieron paso hasta el lecho en el que la niña agonizaba. Aún tenía la ropa empapada y del cabello se descolgaban algunas hebras de agua. Se detuvo junto a Lola y, al fin, tomando fuerzas, declaró:
—Tu hija le dio la vida al mío.
Lola se echó en sus brazos, derramándose con amargura y golpeando su pecho desenhebradamente. Ezequiel la acogió sin encono, aceptando el castigo con la faz marcada por una expresión grave, circunspecta, y en el fondo de sus ojos, de no haber sido un hombre, podría jurarse que con el brillo de una lágrima.
Zita, que ardía de fiebre, recobró no obstante la consciencia por un momento, e incluso tuvo presencia de ánimo para pedir su muñeca,

el único juguete de su infancia, que era decir de su vida. El corazón de la preceptora se extasiaba de dolor, a pesar de que pugnaban los labios por fingir una sonrisa; pero no vencían. Le dijo «Mamá», y le tomó la mano. Algo estallaba en su interior.
—¿Sabes?... —le dijo Zita con un hilo de voz apenas audible—: Rufo y yo seremos desde hoy muy buenos amigos.
—¡Claro, vida mía! En el fondo, siempre lo habéis sido —mintió entre hondos suspiros.
La ternura no se rendía, latía firme aún mientras su aliento se iba apagando, su boca se abría buscando aire y la tos le arrancaba la vida entre convulsiones. La resistencia de Lola tocaba a su fin con premura, deseaba reventar en llanto, derrumbarse definitivamente, mas algo se lo impedía. Nada perturbaba el silencio. Los chicos, capitaneados por Flavio, desde el patio echaron sus ojos por los cristales empañados de las ventanas, con sus caras iluminadas por aquella bendita ignorancia que les impedía comprender las raíces de aquel odio mortal que les empujaba a los hombres contra ellos mismos. Entonces comenzaron a cantar: «Buenas tardes, jardinero...» Zita trató de incorporarse, pero apenas si pudo levantar su cabeza.
—No te esfuerces, vida mía —la riñó Lola amorosamente.
Aunque la fatiga la impedía hablar, sabía mejor que nadie que aquellas voces temblonas que llegaban desde fuera le metían hormigas en los pies, que aun así con ellos se iría a jugar al corro o a saltar, siquiera fuera lo último que hiciera en su vida. Zita clavó en aquella mujer, que había sido para ella lo más parecido a una madre, sus ojos negros, y trató de articular una frase. Tenía un brillo sofocado, gris como la sombra de la muerte.
—¿Me voy a morir, mamá? —preguntó costosamente.
—No, mi niña, mamá lo impedirá —mintió de nuevo, recostando su rostro sobre el pecho de la niña para que no pudiera percibir sus lágrimas.
Rufo entró entonces como noqueado o ausente, y se abrió paso hasta el lecho de Zita. Ella abrió sus párpados un instante y sonrió, y él, tomándola la mano y con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:
—¿Podrás perdonarme?
Zita asintió con su cabecita, y sonrió nuevamente.
—Has de ponerte buena —continuó el mozalbete—. Ya ves que todos los chicos te cantan porque quieren que tú lo hagas con ellos: tienes una voz muy buena.
Zita levantó los párpados con pesadez y los dejó caer de nuevo. Tosía. Se podía escuchar el concienzudo y lento trabajo de la muerte, su presencia amarilla y su hedor de azufre. Mauro y Ezequiel, en un ángulo de la alcoba, con la cabeza cayéndoles sobre

el pecho, pensaban con gestos aseriados, tal vez demasiado tarde, en el precio del rencor y la venganza.
—Mamá —dijo la niña, abriendo sus ojos como faros que buscaran en la profunda niebla un hálito de luz.
Tomó su mano con fuerza, con mucha fuerza, abrió su boca como un pez que se ahogara y tosió nuevamente. Se recostó fatigada, extenuada por el esfuerzo de la vida y quedó mirándola con aquellos ojos apagados.
—Te quiero, vida mía —manifestó con un hilo de voz Lola, todavía.
Y mientras tendía a este mundo desconsolado su postrera sonrisa, sus párpados cayeron, y expiró.
Gritó Lola, no con la voz, sino con el alma, y aquel grito fue escuchado por todas las madres del mundo. El perro aulló, y las mujeres, los niños y algunos hombres, lloraron.
Cesó la canción. Algunos chicos se acogieron al mandil de sus madres. Todos los ojos miraban aquellos ventanales en cuyo interior había expirado un pajarillo feotón, hijo de nadie, una mendiga del cariño, fruto predilecto del árbol perverso de la guerra; un ave errabunda que deleitó al mundo con su trino, y que se fue sin hacer ruido un invierno como tantos.
—¡La orden llegó!.. ¡La orden llegó! —gritaba Carmelo, quien venía corriendo desde el cuartelillo con la noticia.
—¡*Dita* sea! —gruñó el Hostia.
Pero todos los demás callaron, respetando aquella muerte, porque por segunda vez toda Lubitana había muerto con ella un poco.
Dentro, Lola, fuera de la realidad que delimitaba el mundo racional, se abrazaba al cuerpo yerto de Zita, hablándola a su oído de su amor, del amor, de esta vida que tendía cieno sobre la sangre y cómo el milagro de su infancia la había limpiado de todo lodo e inmundicia, de la alquimia que ejerció sobre ella, transformando todo lo malo en bueno y dando a su vida esencia.
—¿Cuál será ahora el color de la esperanza? —decía la mujer, haciendo equilibrios en los confines de la razón—. Nos han robado, alma mía: nos han robado. Entró el odio clamando venganza, y nos dejaron vacías, extenuadas. Entre estas tinieblas vagan ejércitos de cadáveres clamando revanchas ciegas, asesinatos; buscando vienen la sangre inocente: tu infancia. Pero no habrá de ser baldía. Una vez ha de permitir el Señor que la pena se consuele: al menos una. Vive, Zita, no nos abandones en este desconsuelo de esperanzas desalentadas. ¡Preciso tanto tu sonrisa!... ¿Con qué ojos veré ya las mañanas?... ¿Quién arrancará las lágrimas de mis ojos?... Vive, Zita mía: ¡vive! Pídele a Dios el aliento: ¿qué le cuesta?... Dile que la Lola, sin ti, no es nada, como tu muñeca.
Mauro, por compasión la separó del lecho por la fuerza,

estrechándole entre sus brazos con rabia; pero ya no la consolaba el latido de su corazón amigo ni el silencio de aquel pueblo que era respeto, contrición de almas que se examinaban. Sentía un dolor hondo, terminal, ése del que no se volvía porque no había ya adónde regresar. Ni los ojos, ni las manos, ni ninguna función del cuerpo podrían de ahí en más completar ninguna cosa. El sentido había expirado con su chiquilla, convirtiendo la razón misma en carne muerta.

Y en aquel preciso momento en que abjuraba de su condición humana, surgió de la nada una luz cegadora, viva, regocijadora, llenándolo todo de cristales diamantinos y armonía. Se agitó con suavidad de espuma y, posándose sobre la frente de la niña, se deslizó hasta su pecho y reventó en mil colores, en un arco iris de purísimo fulgor. Una voz como de arpa, proclamó por los rincones: «Una vez.» Y se extinguió.

Cuantos allí estaban quedaron sobrecogidos. La voz no alcanzaba ninguna garganta. Fuera, algunos se habían echado sobre los guijarros, temerosos; otros dijeron haber sentido la paz cuando aquella luz inundó el cuarto y sembró la calle de esplendorosas estrellas multicolores que, devanándose sobre sí mismas, ascendieron en hélice al cielo.

Sin soltarse de Mauro, tornó Lola sus ojos al lecho, sintiendo que en su interior algo se recomponía. Zita, abrió entonces los ojos y, mirándola, dijo:

—Mamá, ven: he de contarte un sueño que tuve con el de las barbas largas y la voz corta.

Y Lola se arrojó rabiosamente dichosa sobre el lecho, mientras de sus labios escapaba una vez y otra el nombre de su niña y la abrazaba con cuanto de furioso amor tenía.

Zita se abrazó al cuello de Lola con fuerza, en tanto los brazos de ella hacían red en su hija renacida; Mauro y Ezequiel, a sus espaldas, rieron como niños, sintiéndose el estampido de sus manazas al estrecharse, de sus abrazos de amigotes recuperados; y en la calle, en esa bendita calle en la que un incipiente crepúsculo anunciaba un día nuevo, hombres, mujeres y chicos cantaron, bailaron, creyeron que aún quedaba lugar para la ternura, un rincón para la esperanza y una oportunidad para el beso.

La guerra, por fin, había terminado, y vencedores y vencidos, por primera vez desde hacía... siglos, quizás, se reconocieron mutuamente como partes de un único e inmenso cuerpo.

Epílogo

No volvieron a ver al perro aquél, aunque aún le guardan las sobras de la comida, por si regresa. Zita le extraña todavía, aunque ya siempre tuvo con quién jugar en la plaza, en la escuela y en esa casa donde a Mauro le llama padre y a Lola, madre.

Hoy son como todos, toman la mañana como un regalo que el Cielo les hace cada día y disfrutan del sol, de la lluvia, del trabajo con que se ganan el pan honrado que les sustenta, y al final de la jornada, hablan con Dios en la ermita.

Olvidaron el rencor, al igual que hicieron casi todos en Lubitana, enterrando por fin a sus muertos y deseándoles una paz eterna sin revanchas. El Loco Eusiquio fue sorprendido aquella misma noche por la Guardia Civil derribando el muro que dividía a los hombres en el camposanto mientras saludaba a cada uno de los que allí yacían por su nombre, levantándose el sombrero; pero lejos de arrestarle, dieron aviso al pueblo y entre todos echaron abajo el bardal que separó a los hombres incluso después de la muerte. Don Melquiades se hizo el loco y, accidentalmente, bendijo también aquella tierra... porque ya tenía por cierto que todos, sin excepción, eran hijos del mismo Dios, se coronaran o no con una cruz sus tumbas; pero no dio parte a la archidiócesis del milagro acaecido con Zita porque era privativo de Lubitana, y bien sabía que cada pueblo debía buscar el suyo particular, aunque éste solamente se diera cuando de las gargantas nacía una sola voz y de los pechos una sola esperanza.

Todos aprendieron de Zita. Comprendieron que el odio era un callejón del que no se podía escapar, salvo por el perdón... hacia los demás y también hacia sí mismos, que todos eran —somos— ángeles fallidos que esperaban, un día u otro, la recuperación final de sus alas. Y aprendieron a vivir sin temor y con sus vecinos, hombres y mujeres iguales, todos ansiosos de la paz y el sosiego, sin guerras ni rencores. Muchos habían muerto por un concepto u otro de patria, pero en Lubitana supieron que no había otra guerra que la del hombre, y ésta acechaba en todos lados porque eran ellos mismos.

En la vida, a veces, suceden prodigios, fenómenos que por su naturaleza cotidiana pasan desapercibidos; pero si se tiene el ánimo bien dispuesto, se puede ver que aun entre las candentes brasas de la desolación y las implacables llamas del odio, ya sea con forma de niña o con geometría de ternura, en ocasiones crece una flor en el Infierno, y entonces, solamente entonces, los condenados pueden liberarse de su insoportable sufrimiento y aspirar a la libertad y al amor.

Fin de la Novela

Índice

1.Adviento
2.Natividad
3.Miguel Arcángel
4.Conversaciones patrias
5.Debe y haber
6.Ingresos y deudas
7.El Loco Eusiquio
8.Pagos y cobros
9.El pasado no se olvida
10.Aceptaciones y rechazos
11.El regreso
12.Vísperas
13.Navidad
14.Venganza
15.Paz
Epílogo